LUIS M. MARTINEZ

ARZOBISPO DE MEXICO

EL SACERDOTE

MISTERIO DE AMOR



STVDIVM

"Sin alardes de elocuencia y estilo, pero con una expresión cálida y desbordante, Mons. Martínez escribe sus libros. Hay en todos ellos un enorme caudal de teología, del que no abusa y con el que no deslumbra, y un acento de intimidad con el que logra conquistar y penetrar en el alma.

En este librito, el misterio del sacerdocio ha sido meditado en toda su hondura y expuesto en toda su riqueza de matices y grandeza de responsabilidad y de vocación. Es un libro de repercusiones inmensas en el alma sacerdotal. Dios ha accedido a la súplica del autor "al poner en sus palabras la esperanza y la vida". (*Aránzazu-Oñate.*)

"El amor mutuo entre Jesús y el sacerdote, he aquí el ideal; ese amor que tan bien expresó el Divino Maestro en el lago de Tiberíades cuando interrogó por tres veces al apóstol San Pedro: ¿Me amas más que a éstos?

A través de las páginas de este libro de Mons. Martínez saboreamos las intimidades de Jesucristo con sus buenos sacerdotes. Todas las virtudes sacerdo-

(*Continúa en la solapa siguiente.*)

LUIS M. MARTINEZ

Arzobispo de México

EL SACERDOTE, MISTERIO DE AMOR

+

A mi gran amigo y hno

a. Hto Jesús Lucho Silva

en recuerdo de mi día de

tonsura y recepción del

Ostiariado y Lectorado.

Pax et Bonum.

Francisco de [illegible] CMF

Stgo. de Chile 25.III.66



Colección "TOLLE ET LEGE"

1. Ayala, S. J.: *Un alto en el camino.*
2. Ayala, S. J.: *Arte de gobernar.*
3. Ayala, S. J.: *Ignacianas* (4.ª edición). Tela.
4. Granero, S. J.: *Por los caminos de la vida.* Tela.
5.—Ayala, S. J.: *Exámenes prácticos para días de retiro* (4.ª edición). Tela.
6. Viñayo, O. F. M.: *El hombre y la vida.*
7. Kempis: *Imitación de Cristo* (edición bolsillo). Tela.
8. Ligorio: *Visitas al Santísimo Sacramento y a María Santísima para todos los días.*
9. Enciso: *Apuntes.*
10. Heredia, S. J.: *Una fuente de energía* (7.ª edición).
11. Kolb: *La eterna inquietud* (3.ª edición).
12. Kolb: *Ecce Deus* (Comentario a las Siete Palabras de Cristo en la Cruz. 2.ª edición).
13. P. Crisógono, O. C. D.: *Enseñanzas de Santa Teresita* (2.ª edición).
14. Ayala, S. J.: *Diferencia entre el estado seglar y el religioso*
15. Gutiérrez, O. S. A.: *El día del Señor.*
16. González: *El Sacramento de la Eucaristía.*
17. Monseñor Martínez: *El Espíritu Santo* (5.ª edición).
18. Treviño: *La Eucaristía* (6.ª edición).
19. Treviño: *La Hostia Santa* (2.ª edición).
20. González: *El símbolo de los apóstoles* (2.ª edición).
21. Moseñor Martínez: *Vida espiritual* (4.ª edición).
22. Monseñor Martínez: *El sacerdote, misterio de amor* (3.ª edición).
23. Treviño, J. G.: *¡Confiemos en Él!*
24. Treviño: *Reglas de dirección espiritual.*
25. Monseñor Martínez: *Jesús* (5.ª edición).
26. Monseñor Martínez: *El Espíritu Santo y la oración.*
27. Lorson, S. J.: *El misterioso futuro de las almas y del mundo*
28. Monseñor Martínez: *La intimidad con Jesús.*
29. Mondreganes, O. F. M, Cap.: *Alvernia.* Conferencias para ejercicios espirituales, retiros y misiones.
30. Jiménez, Pepita: *Atalaya.* Pensamientos. Ideas. Orientaciones.
31. Monseñor Martínez: *El camino regio del amor.*
32. Monseñor Martínez: *La pureza en el ciclo litúrgico.*
33. Spiazzi, O. P.: *El Espíritu Santo en la vida cristiana.*
34. Treviño, M. Sp. S.: *Si quiero, puedo ser santo.*
35. Verheylezoon, S. J.: *La devoción al Sagrado Corazón.* Objeto. Fines. Práctica. Motivos.
36. Voillaume: *En el corazón de las masas.* Las fraternidades de los Hermanitos del Padre Foucauld.
37. Spiazzi, O. P.: *Esencia y contemporaneidad de la Iglesia.*
38. Suárez, O. M.: *La verdadera vida cristiana.*
39. Treviño: *Dirección espiritual de la mujer.*
40. Martínez de la Torre, S. J.: *Injertos en Cristo.*
41. Oda Schneider, C. D.: *Él ordenó en mi el amor.*
42. Bruckberger, O. P.: *Unión con Dios.*
43. Nino Salvaneschi: *El Rosario de la esperanza.*
44. Nino Salvaneschi: *Las estrellas, la esfinge y la cruz.*
45. Monseñor Martínez: *Ven, Jesús.*

LUIS M. MARTINEZ
Arzobispo de México

EL SACERDOTE, MISTERIO DE AMOR

TERCERA EDICION



EDICIONES STVDIVM DE CULTURA
MADRID

Nihil obstat:
Don Antonio García del Cueto.
Censor.

Reimprimatur:
✠ José María, *Ob. Aux. y Vic. Gral.*
Madrid, enero 1958.

Depósito legal M. 1879.—1958.

IMPRESO EN ESPAÑA
1958

Bolaños y Aguilar, S. L. — General Sanjurjo, 20. — Madrid, 1958.

EL MISTERIO DEL SACERDOCIO

I

Diliges me plus his?... «¿Me amas más que éstos?»...

FUE *una mañana* radiosa. Sobre las aguas del Tiberíades, rosadas por la luz de la aurora, se acercaba penosamente a la orilla la barca de San Pedro, y sobre la ribera florida se erguía la figura de Jesús, noble y dulcísima. Antes que todos le descubrió San Juan, el apóstol de alma virginal, de mirada limpia, de corazón amante. *¡Es el Señor!,* le dijo a Pedro, y éste, siempre impetuoso y audaz, no esperó que la barca tocara a la orilla, sino que se arrojó al agua para acercarse más pronto a Jesús.

El divino resucitado pide de comer a sus amigos, y éstos, de lo mismo que han pescado, le sirven un alimento sencillo con inmenso amor. Como el viejo patriarca bendijo a Jacob después de comer lo que su hijo le había preparado, Jesús, después de aquella comida cordial, entabla con Pedro el inefable diálogo del amor, el diálogo inolvidable e inmortal que se perpetúa en los siglos, vivificando con su ardor, con su aroma, con su divina eficacia el Pontificado romano.

—*Simón, hijo de Juan, ¿me amas más que éstos?*

¡Con qué emoción pronunciarían estas palabras los labios divinos! ¡Qué acento inefable, qué inflexión del cielo pondría Jesús en aquella amorosa pregunta!

El corazón del gran apóstol palpitó con extraña violencia. ¡Sí lo amaba!... Ni el recuerdo de sus caídas, ni la convicción de su miseria, ni la desconfianza de su fragilidad podían desvanecer la santa seguridad de su inmenso cariño. ¡Ah! ¡El amor que duda de sí mismo no es amor! Humilde, pero seguro, Pedro descubre lo profundo de su corazón ante la luz indeficiente de la ciencia divina.

—*¡Sí, Señor, Tú sabes que te amo!*

Y Jesús, complacido, dice a Pedro:

—*Apacienta mis corderos.*

Tres veces resuena sobre las riberas del Tiberíades esa pregunta de amor que *diciéndose siempre no se repite jamás,* y tres veces Simón Pedro repite la palabra victoriosa del amor seguro de sí mismo.

¡Qué honda emoción, qué variedad de sentimientos experimentaría el apóstol cuando dijo: *¡Señor, Tú lo sabes todo, Tú sabes que te amo!* Y Jesús, plenamente seguro del amor de su discípulo, amplía su divina contestación, diciendo: *Apacienta mis ovejas,* que es la plena bendición sacerdotal, el don de la fecundidad perpetua, la suprema recompensa del amor sobre la tierra.

* * *

Guardada la debida proporción, en lo íntimo de todos los corazones sacerdotales se repite misteriosamente ese diálogo dulcísimo del amor. Puesto que somos cooperadores de Pedro, puesto que participamos de su sacerdocio y de su misión en el grado que nos corresponde por el lugar que ocupamos en la jerarquía, en nuestras almas se realiza el misterio de amor y de fecundidad que hay en el fondo del sacerdocio. Somos sacerdotes porque amamos; y porque Jesús nos hizo la divina pregunta de amor y nosotros le dimos la dulcísima contestación de Pedro, pone en nuestras manos consagradas y en nuestro corazón sacerdotal su precioso tesoro de las almas.

¿Me amas más que éstos? Esta pregunta es una delicadísima confesión de amor, pues nadie sino quien ama tiene el derecho de hacer tal interrogación, de preguntar si es amado. Y si nos pide un amor singular, es porque nos ama también con predilección; ¡ah!, sí; Jesús nos ama singularmente a los sacerdotes; brotamos de las profundidades de su Corazón al impulso de un amor finísimo y a costa de un exquisito dolor.

Jesús dejaba en la tierra sus preciosos tesoros: el Evangelio, la cruz, la Eucaristía, las almas, y necesitaba de la fidelidad de un amor único para guardar esos tesoros, y por eso de lo íntimo de su Corazón sacó el misterio del sacerdocio, complemento de todos sus misterios, depósito de todos sus secretos, guardián fidelísimo de todos sus misterios.

Sí, nos ama más que a los demás, nos ama tiernamente, con ardor celestial, con pasión divina, con delicadeza

incomprensible, con inefable abnegación. ¡Si supiéramos cuánto nos ama!...

Pero no, Jesús dulcísimo, haces muy bien de velarnos discretamente el amoroso arcano; porque si nos dijeras con toda claridad cuánto nos amas, si nos hicieras la plena revelación de tu secreto dulcísimo, moriríamos; y necesitamos vivir para guardar tus tesoros, para apacentar tus almas, para sufrir por Ti. Mañana, en la patria eterna, en la que no se muere, nos harás la prodigiosa revelación; pero ahora, mientras llevemos los divinos tesoros en el vaso frágil de nuestra carne, dinos tu secreto de amor, cuanto sea necesario para que ardan nuestros pobres corazones, pero acuérdate de nuestra miseria y cubre con piadoso velo tu arcano insondable...

* * *

El día de nuestra ordenación sacerdotal, el Pontífice nos dijo, en los momentos solemnes en que se consumó nuestro primer sacrificio, las mismas palabras que dijo Jesús a sus apóstoles en la noche de los misterios: *Ya no os llamaré siervos, porque el siervo ignora lo que hace su señor. Os he llamado mis amigos, porque os he dado a conocer todo lo que oí de mi Padre.* ¡Amistad dulcísima, fundada en la plena comunión de los divinos secretos! Todo lo que oyó del Padre nos lo ha dicho; nos abrió su Corazón y derramó en el nuestro todos sus secretos: el secreto de su luz y el secreto de su gloria, el secreto de su alegría y el secreto de su dolor, el secreto de su fecundidad y el secreto de su amor.

Al amor que nos ha dado lo llamó amistad, por lo mutuo, por lo confiado; pero no es solamente amistad; encierra todos los matices de los afectos humanos, y, como el maná del desierto, tiene para el alma todos los sabores celestiales del amor. ¿Qué importa que para ser sacerdotes hayamos tenido que renunciar a todos los afectos de la tierra, hasta a los legítimos y nobles, si, en cambio de todo lo que pedimos, encontramos la perla preciosa de este inefable amor de Jesús? Él es para nosotros todo: padre, madre, hijo, hermano, amigo y algo más que no tiene analogía con las cosas terrenas, algo que el lenguaje no expresa ni define la inteligencia, pero que el corazón gusta en íntimo silencio.

Para vislumbrar lo que nos ama, basta mirar lo que nos da: su Eucaristía, compendio de todas sus maravillas, es-

trecha y eternamente unida con nuestro sacerdocio, y las almas que compró con su Sangre, que están destinadas al amoroso abrazo, a la unión eterna de los cielos. Todo lo que tiene y todo lo que ama, aun todo lo que es, lo puso en nuestras manos, lo depositó en nuestro corazón.

Y porque así nos ama, nos pregunta si le amamos nosotros también con predilección. Para entregar la Iglesia en manos de Pedro, no le hizo más que una sola pregunta tres veces repetida: «¿Me amas más que éstos?» Si nosotros hubiéramos tenido que confiar a Pedro la misión que le confió Jesús, le hubiéramos hecho, sin duda, innumerables preguntas, todo un examen, para cerciorarnos de su prudencia, de su fortaleza, de su fidelidad. Jesús no le preguntó más que de su amor, porque Él sabe que eso basta. «Ama y haz lo que quieras», dijo San Agustín, y el Apóstol enseña que la caridad coordina todas las virtudes y realiza todos los prodigios. «La caridad es benigna, paciente..., todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta.»

Lo primero, y en cierto sentido, lo único que Jesús pide a sus sacerdotes es que le amemos. La simplicidad de las cosas divinas nos desconcierta; por eso no acertamos a comprender que más que nuestras palabras, más que nuestros sacrificios, Jesús nos pide nuestro amor, y que de tantas cosas grandes que puede hacer el sacerdote, la más grande es amar a Jesús. Sin este amor nuestras palabras son huecas y estériles, nuestras obras y aun nuestros sacrificios nada son. ¿No es esto lo que el Apóstol nos enseña en su magnífico panegírico de la caridad?

Y si amamos a Jesús, de la abundancia de nuestro corazón hablarán nuestros labios y de la plenitud de nuestra vida interior se desbordará nuestro apostolado exterior, fecundo como la palabra de Dios, ardiente como el fuego que Jesús vino a traer a la tierra, caudaloso y pleno como los torrentes que bajan de las montañas, e irá dejando, como ellos, preciosas semillas del cielo, para que las almas tengan vida y la tengan en abundancia.

* * *

¿Me amas más que éstos?, nos dice Jesús con el ansia de quien ama infinitamente, con el ardor de quien busca ser amado sin medida, con la vehemencia de quien ha puesto en un amor toda su alma, con la ternura que solamente puede existir en su Corazón.

¿Me amas más que éstos? Como si dijera: ¿Me amas

hasta el extremo de renunciar por Mí a todas las cosas de este mundo y a todos los afectos de la tierra? ¿Me amas hasta el grado de vaciar tu corazón para que mi amor lo llene, para que sea el soberano de tu alma, el único de tu corazón? ¿Me amas con fidelidad inviolable, eterna, victoriosa? ¿Me amas hasta el sacrificio, hasta la muerte? ¿Me amas de manera que sea Yo la única porción de tu herencia y de tu cáliz? ¿Me amas con ese amor sacerdotal, que es como un reflejo del amor de mi Padre, como el trasunto de aquella ternura virginal que me envolvió en la tierra cuando se realizó el prodigio de la Encarnación?

¿Me amas más que éstos? ¡Ah!, muchas almas me aman en la tierra con ardor apasionado, con ternura exquisita, con abnegación heroica. Me aman las vírgenes en la pureza inviolada, viviendo en la tierra como viven en el cielo los ángeles de Dios; me aman los mártires en el dolor y en la sangre; me aman los contemplativos en el silencio y en la luz; me aman los penitentes en las asperezas y en el sacrificio, y me aman unas almas, como María, en el descanso, y otras, como Marta, en la actividad; unas con delicadeza, otras con ternura, aquéllas con humildad. ¡Oh sacerdote mío! ¿Me amas más que éstos? ¿Más que los simples fieles, más que las religiosas? ¿Me amas, como Yo te he amado, con singular predilección?...

* * *

Nosotros le dijimos en el día de nuestra ordenación, en el esplendor de nuestra juventud, en la plenitud de nuestra fuerza, en la sencillez de nuestro corazón, en el candor virginal y purísimo de nuestra alma: *¡Sí, Señor, Tú sabes que te amo!*

¡Y nuestra palabra fue sincera y nuestra promesa brotó de las profundidades de nuestra alma! ¿Cómo no le habríamos de decir que le amábamos? El verdadero amor está siempre seguro de sí mismo. Y yo pienso que, aunque hubiéramos sondeado el porvenir y en él hubiéramos contemplado nuestras luchas y nuestros dolores, nuestras vicisitudes y aun nuestras fragilidades, le hubiéramos siempre dicho la palabra de amor; como después de muchos años de vida sacerdotal, en los que hemos tenido la experiencia del dolor y del gozo, del triunfo y de la derrota, de nuestro amor y de nuestra fragilidad, todavía le decimos bajo la nieve de los años y, a pesar de los recuerdos de nuestras miserias, lo que dijimos en la radiante pri-

mavera de nuestra vida: *¡Tú sabes todo, Señor; Tú sabes que te amo!*

Claro que te amamos, Jesús dulcísimo, como pobres criaturas, no con tu amor siempre fiel, siempre pleno, siempre victorioso con que Tú nos amas. Te amamos con todas las vicisitudes del tiempo, con todas las ondulaciones propias de la vida humana, con todas las deficiencias de nuestra fragilidad. ¡Pero te amamos, Señor, Tú lo sabes; y Tú, que pordonas las caídas, que olvidas las ingratitudes, que amaste a Pedro después de sus negaciones y a Saulo después que te persiguió, nos amas a nosotros también, pobres e imperfectos, y aceptas el licor celeste de nuestro amor, aunque escanciado en el cáliz frágil y terreno de nuestra miseria!...

* * *

En este mutuo amor de Jesús y de sus sacerdotes está lo íntimo y secreto de nuestro sacerdocio. Los que nos miran por fuera no adivinan lo que llevamos dentro, ni sospechan siquiera nuestro dulce secreto. Para los enemigos somos hipócritas explotadores del pueblo; para los mundanos somos dignos de lástima, porque no nos sentamos al ruidoso y vacío festín de los placeres de la tierra. Algunos nos respetan, pero no nos comprenden; otros nos aman sin saber por qué; aun aquellos que saben que somos «ministros de Cristo y dispensadores de los misterios de Dios», ignoran las intimidades de nuestro corazón.

Hay aún sacerdotes olvidados de lo que son, que desconocen el don de Dios, y no gustan jamás del maná escondido que debía ser su alimento. Mas a los ojos de Dios y a los ojos iluminados de los sacerdotes fieles, el sacerdocio es un misterio de amor, de amor mutuo y singular, de un amor único que encierra el encanto de todos los afectos de la tierra y que es trasunto del amor del Padre, reflejo virginal de la ternura de María.

Y este misterio insondable se esconde en el diálogo delicioso del Tiberíades entre el divino Jesús y el apóstol ardiente, en aquella mañana radiosa en la que el sol fulguraba sobre los cristales del lago, y los perfumes de la primavera embalsamaban el ambiente, y resonaban en el aire diáfano los cánticos de amor de las aves del cielo...

II

Pasce agnos meos..., pasce oves meas. «Apacienta mis corderos..., apacienta mis ovejas».

A la preciosa confesión de amor de San Pedro contestó Jesús con el don de la fecundidad.

Estas frases hondísimas de Jesús: «Apacienta mis corderos..., apacienta mis ovejas», son la inefable recompensa de aquel grito de amor: *¡Señor, Tú sabes que te amo!* Y aquellas palabras de Jesús, eficaces por ser divinas, encierran el misterio de esa fecundidad que ha difundido la vida verdadera en el mundo desde hace veinte siglos y la seguirá difundiendo hasta el fin de los tiempos; como esas palabras de Pedro guardan el secreto de ese amor, único y victorioso, que no se extingue, que no desmaya y que guarda con inmensa ternura y con exquisita solicitud los tesoros divinos de Jesús. Sobre esa confesión de amor y sobre ese misterio de fecundidad descansa la Iglesia indefectible e inmortal.

Como el sacerdote participa del amor de Pedro, participa también de su fecundidad. La recompensa del amor sacerdotal son las almas; porque el sacerdote ama a Jesús, tiene el don celestial de dar la vida a las almas.

Juzgando superficialmente, se diría que apacentar a las almas es una carga, una prueba que Jesús impone al amor sacerdotal para apreciar su sinceridad, para medir su fuerza, para premiarlo al fin. Como si Jesús al decir al sacerdote *apacienta mis corderos,* quisiera decirle: puesto que me amas, me ayudarás a llevar mi cruz y tomarás sobre tus hombros la carga pesadísima de las almas que el amor hará suave y ligera.

Pero no es así; las almas no son la prueba que tiene que soportar el sacerdote para lograr la dicha cumplida de su amor, como Jacob tuvo que trabajar catorce años para lograr la mano de Raquel. No, las almas son la recompensa terrena del amor sacerdotal y su corona eterna.

Para una madre, ¿no son sus hijos la recompensa de su amor? ¿No son las almas el premio del amor de Jesús y el fruto de su dolor?

* * *

Toda fecundidad viene del Padre, principio de todo ser, de toda vida, de toda perfección, en el cielo y en la tierra; y el Padre, en el exceso de su amor, comunicó al Hijo de sus complacencias, a Jesús, su divina fecundidad: *Le diste poder sobre toda carne, para que a todos los que le diste, les dé la vida eterna* (1). El Padre amó a Jesús, le envió al mundo y le dió el poder de dar la vida.

En la oración sacerdotal que Jesús dirigió al Padre en la víspera de su Pasión, expresa el anhelo supremo de su alma, la recompensa de su misión cumplida, y es que a todos los que le dió, los envuelva la misma gloria y el mismo amor: «Yo les di la claridad que me diste» (2), «para que el amor con que amaste esté en ellos» (3). El premio de Jesús es su perfecta fecundidad en las almas.

Mas Él participó a sus sacerdotes el amor y la misión que recibió del Padre: «Como mi Padre me amó, así Yo os amo» (4). *Como mi Padre me envió, así Yo os envío a vosotros* (5). Y como divino corolario de ese amor y de esa misión, les comunicó el don magnífico de la fecundidad, que es el fin altísimo y la preciosa recompensa del sacerdocio.

Porque Jesús nos ama como el Padre le amó, porque nos ha enviado como el Padre le envió, por eso nos dió el poder estupendo de dar vida a las almas, de tener la maravillosa fecundidad encerrada en estas breves palabras: *Apacienta mis corderos.*

No solamente somos pastores, somos padres. Así nos llaman los fieles, y con mucha justicia, porque lo somos en verdad. San Pablo se gloriaba de este título eminentemente sacerdotal cuando decía a los fieles de Corinto: *Si tenéis diez mil pedagogos en Cristo, pero no muchos padres; porque yo os engendré en Cristo Jesús por el Evangelio.* Y este sentimiento de su paternidad espiritual hincha de ternura el corazón del apóstol cuando escribe a los gálatas: *Hijitos míos, a los que de nuevo doy a luz hasta que Cristo se forme en vosotros* (6). Y con su audacia proverbial, San Pablo declara que sus hijos son su *gozo y su corona* (7), esto es, la recompensa de su heroico y glorioso ministerio apostólico.

---

(1) Joan., XVII, 2.
(2) Ib., XVII, 22.
(3) Ib., XVII, 26.
(4) Ib., XV, 9.
(5) Ib., XX, 21.
(6) Gal., IV, 19.
(7) Phil., IV, 1.

Somos padres, porque Jesús nos participó el don de dar la vida a las almas, la vida verdadera que Él nos trajo, la vida eterna. Cada uno de nuestros ministerios es dar la vida. La damos al bautizar, porque el Bautismo es un renacimiento «por el agua y el Espíritu Santo»; la damos por el sacramento de la Penitencia a las almas que la perdieron por el pecado; la damos, sobre todo, por la Eucaristía, puesto que por este sacramento admirable damos a Jesús, que es la vida misma.

Hasta en la predicación damos la vida, porque nuestras palabras no son, no deben ser, *las persuasivas de la sabiduría humana,* como dijo San Pablo, sino las palabras mismas de Jesús, las cuales, como Él dijo, son *espíritu y vida.* Precisamente por su predicación engendró el apóstol a los corintios, de los cuales se declara el único padre en Cristo.

Mas donde principalmente damos la vida al mundo, donde nuestra fecundidad toma caracteres sublimes, es en el altar. El profeta Ezequiel, por mandato de Dios, llamó al Espíritu para que viniera de los cuatro vientos a vivificar el montón de huesos áridos que yacían en el campo de la muerte, y de aquellos despojos tristísimos surgió un ejército viviente y poderoso. En el altar realizamos mayor prodigio: hacemos venir del cielo al Verbo hecho carne, y de las sustancias materiales del pan y del vino hacemos surgir al esplendor del Padre, a la gloria sustancial de Dios, al que es la vida. Y ofrecemos la vida al Padre para que sea glorificado y damos la vida a las almas para que se nutran, y se sacien, y se santifiquen, y sean felices.

Fecundidad semejante solamente a aquella que el mundo contempló atónito en Belén, cuando una Virgen mostró a los hombres, en sus manos inmaculadas, a Jesús, el fruto bendito de sus entrañas; y a aquella otra inefable y eterna que constituye el gozo divino del Señor, cuyo secreto nos reveló el Salmista con estas palabras insondables: *Tú eres mi Hijo; Yo te he engendrado hoy.*

¡Quién lo creyera! Nosotros podemos repetir el eco de esas palabras cuando decimos en el altar las que Jesús nos enseñó a decir en el Cenáculo. En nuestras manos consagradas, el Padre engendra su Verbo divino, y Él, que no usó instrumento para realizar la obra maravillosa de la Creación, toma nuestros labios frágiles de criatura para realizar otro prodigio mayor que la creación del Universo: el prodigio de la Eucaristía.

* * *

¡Ah!, sí, el sacerdote da la vida. Más aún: el sacerdote no sabe, no puede hacer otra cosa que dar la vida; si es sabio, elocuente, artista, hombre de corazón o de acción, todo esto es accidental a su sacerdocio; la función propia de él, su función única, es dar la vida.

Nuestra palabra sacerdotal es vida, nuestra acción apostólica es vivificante, y los sentimientos sacerdotales de nuestro corazón, que deben ser los mismos del Corazón de Jesús, son la vida que se desborda en torrentes de divino amor y de dolor fecundo.

Y siempre dar la vida es un gozo, el gozo y la recompensa del amor. El gozo eterno del Señor es el misterio inefable de su fecundidad divina: el gozo del Padre, que engendra al Verbo; el gozo del Padre y del Hijo que expiran al Espíritu Santo. El misterio de la augusta Trinidad es el misterio de la vida íntima de Dios y de su gozo eterno.

Y quienquiera que participe del amor del Padre participa de su fecundidad; por eso, la sombra del Padre se proyecta sobre todo lo que vive, comunicándole un reflejo de su amor y de su fecundidad y de su gozo.

Pero más que sobre toda otra criatura, si exceptuamos a la Virgen María, esa sombra del Padre se proyecta sobre el sacerdote, intensa, majestuosa, divina, envolviéndole en amor y en fecundidad.

* * *

El misterio del sacerdocio es un misterio de amor y de fecundidad, y es un misterio de fecundidad, porque es un misterio de amor.

El diálogo del Tiberíades expresa todos los secretos del sacerdocio. Cuando San Pedro dijo a Jesús: *Señor, Tú sabes que te amo,* hizo la fórmula del amor sacerdotal. Pero ese amor es fruto de otros amores, del amor de Jesús y del amor del Padre; es el remanso de esa divina catarata de amor que brota del seno del Padre y que salta del Corazón divino de Jesús para inundar el corazón del sacerdote, quien debe a su vez derramarlo en las almas. Y a la fórmula del amor contesta la fórmula de la fecundidad: *Apacienta mis corderos,* fórmula divina que contiene con el secreto de dar la vida la más dulce promesa, la más copiosa bendición y la más perfecta recompensa.

Los patriarcas del Antiguo Testamento se consideraban dichosos y juzgaban premiada su fidelidad a Jehová cuando escuchaban en medio de sueños misteriosos la arcana

palabra de la fecundidad: *Tu descendencia se multiplicará como las estrellas del cielo y como las arenas del mar.* El sacerdote recibe una bendición más perfecta: la de almas innumerables que se agruparán en torno suyo como renuevos de oliva, a las cuales dará, no la vida del tiempo, miserable y fugaz, sino la eterna, la que consiste *en conocer al único Dios verdadero y a su enviado, Jesucristo,* la que trae consigo la posesión de Dios por Jesucristo Señor nuestro.

Jesús, generoso, munificente, que promete la vida eterna a quien da un vaso de agua en su nombre, no podría dejar sin recompensa digna de Él el amor de sus sacerdotes. Y al grito de un amor único y victorioso: *Señor, Tú sabes que te amo,* contesta con una promesa inenarrable de fecundidad, con el don divino por excelencia, con el reflejo del Padre celestial, que fue la recompensa del mismo amor de Jesús; y de las riberas del Tiberíades, embalsamadas con perfumes del cielo, brota y se difunde en los corazones sacerdotales de todos los siglos la divina promesa: *Apacienta mis corderos...*

III

Cum esses junior cingebas te... cum autem senueris... alius te cinget. «Cuando eras joven te ceñías tú mismo; pero cuando envejezcas, otro te ceñirá.»

Tres veces ha preguntado Jesús a Pedro si le ama: tres veces ha hecho el apóstol su sincera confesión de amor; y tres veces el Maestro divino le ha dado la suprema bendición de la fecundidad.

Todo parecía concluído, pues ¿qué puede faltar al amor cuando es mutuo y fecundo? ¿Qué le queda a quien ha dicho la palabra del amor, sino repetirla siempre, como dijo el P. Lacordaire?

Y, sin embargo, Jesús no ha concluído: en aquella misma ribera del Tiberíades, en aquella misma hora de amor, y bajo el impulso de la misma santa emoción, continúa diciendo a San Pedro, si cabe con mayor solemnidad, porque usa una fórmula que en lenguaje de la Escritura envuelve un juramento, las siguientes profundisimas palabras: *En verdad, en verdad te digo, cuando eras joven te ceñías e ibas a donde querías; mas cuando envejecieres ex-*

tenderás tus manos y otro te ceñirá y te llevará a donde tú no quieras. Y el Evangelista explica el sentido de estas palabras, diciendo: *Mas dijo esto significando el género de muerte con que había de glorificar a Dios. Y cuando lo hubo dicho, añadió: Sígueme* (8).

En la escuela de Jesús, después de la palabra del amor, cabe decirse otra palabra, la del sacrificio; después de la bendición de la fecundidad, que parecía la suprema, viene aún otra bendición más perfecta, la bendición de la cruz.

Y esta palabra y esta bendición, que son las últimas y las definitivas en la tierra, brotan de los labios de Jesús y envuelven al Príncipe de los Apóstoles, como le envolvían las brisas del Tiberíades henchidas de los perfumes de la primavera en aquella mañana radiosa e inolvidable.

El misterio de la misión augusta de Pedro no quedaba plenamente expresado con el diálogo inmortal, porque para consumar aquella misión altísima era preciso que la confesión del amor y la bendición de la fecundidad fueran coronadas con la promesa del martirio hecha con la solemnidad del juramento. Y cuando Jesús dió a Pedro la cruz como la insignia suprema de su pontificado, pudo ya decirle la divina conclusión de aquel poema inenarrable: ¡Sígueme!

Y en pos de Jesús ha ido Pedro desde hace veinte siglos, continuando la escena bellísima del Tiberíades por su perenne confesión de amor, por su fecundidad inagotable y por su perpetuo martirio.

* * *

Si los sacerdotes participamos del amor y de la fecundidad de Pedro, es lógico que participemos de su cruz. Jesús nos la prometió muchas veces, sobre todo en la noche del Cenáculo. ¡Si hasta a los simples fieles les ofreció la cruz! Pero si no nos la hubiera prometido se la pediríamos a gritos. ¿Qué sería de nosotros sin la cruz?

Acabo de decir que la cruz está por encima del amor y de la fecundidad. Esto es inexacto; mejor sería decir que la cruz es lo supremo del amor y de la fecundidad, y, por consiguiente, que nuestro amor no sería amor sacerdotal si no nos crucificara, y nuestra fecundidad no sería la divina que da vida a las almas, si no brotara del martirio.

El amor humano sabe de sacrificio, pues si no supiera

(8) Joan., XXI, 18-19.

no sería amor; quien ama con ese amor se inmola, pero ¡con qué timidez, con qué debilidad, con cuántas reservas! El amor divino llega hasta el fondo del misterio del sacrifiico; ¡quien posee este amor no se detiene hasta la cruz, se inmola, y se inmola sin medida! ¡Ese divino amor palpitó en el Corazón de Jesús, y Jesús se clavó en la cruz; el Padre ama infinitamente al Hijo de sus complacencias y le entregó a la cruz.

Nuestro criterio se desconcierta y nuestro corazón tiembla ante ese amor «fuerte como la muerte». ¿Qué amor es ese que habiéndosele propuesto el gozo prefiere la cruz?

Cuando el divino amor llega a poseer un corazón, infaliblemente encierra en él la sed ardiente de sacrificio. María amó como no han llegado a amar los serafines, y al pie de la cruz ofreció al Padre la inmolación de Jesús, y abrió los senos de su alma para impregnarse del perfume de mirra de su Hijo amadísimo. Amó San Andrés y saludó a la cruz de su martirio como el esposo más apasionado saluda a la elegida de su corazón. Amó San Ignacio de Antioquía, y con todo el ardor de su alma impaciente por sufrir, escribió estas palabras inimitables: *Soy el trigo de Cristo, seré triturado por los dientes de las fieras para convertirme en pan inmaculado*. Amó San Juan de la Cruz, y como única recompensa de su vida pidió *padecer y ser despreciado por Jesús*. Y para el amor incomparable de Santa Teresa del Niño Jesús no eran suficientes todos los martirios que se han sufrido y se sufrirán en el mundo.

¿Qué tendrá el amor que así anhela el sacrificio? Pudiera decirse que el amor es sed de sufrimiento.

Ahora bien: si los sacerdotes tenemos que amar más que los demás, necesitamos sufrir más que ellos. Si no fuera todo amor ansia de sacrificio, lo sería el amor sacerdotal, copia y participación de aquel amor inenarrable de Jesús, cuyo anhelo constante fue beber el cáliz de la Pasión, cuyo fruto supremo fue la cruz, cuya perpetuación fue la Eucaristía.

Ni las dulces palabras de nuestros labios, ni las lágrimas tiernas de nuestros ojos, ni los sentimientos apasionados de nuestro corazón, ni aun la fecundidad de nuestra vida apostólica, son suficientes para manifestar a Jesús nuestro amor sacerdotal, para cumplirle lo que le prometimos al decirle como Pedro: *¡Sí, Señor, Tú sabes que te amo!*

El amor sacerdotal exige la cruz e impele a abrazarse de ella, exclamando como San Andrés: *Salve, ¡oh cruz pre-*

ciosa!, recibe al discípulo de Aquel que estuvo en ti clavado, y que en ti me reciba quien en ti me redimió. En estas palabras se encierra el supremo motivo de la cruz sacerdotal; la abrazamos con júbilo, porque amamos a Jesús con ardor; la abrazamos, porque en ella nos amó Jesús.

El sacerdocio es un misterio de sacrificio, porque es un misterio de amor.

El acto supremo del sacerdocio de Jesús fue inmolarse en la cruz por amor; el acto supremo del amor sacerdotal es inmolar a Jesús místicamente en los altares; pero inmolarlo, llevando en el corazón los mismos sentimientos del Corazón divino, ofreciéndose como víctima con Él, juntando nuestras pobres inmolaciones con las divinas de Jesús.

* * *

También la fecundidad del sacerdote requiere la cruz, porque el sacrificio es la clave de la fecundidad.

Así nos lo enseñó Jesús, diciendo: *Si el grano de trigo cayendo en la tierra no muere, permanece él sólo; pero si muere producirá mucho fruto* (9). Para dar la vida es preciso sufrir: el trigo muere para multiplicarse; la mujer padece terribles dolores para dar a luz; Jesús, para darnos vida verdadera, murió en una cruz. De esa cruz bendita, de su Corazón desgarrado, brotaron raudales de vida que llenan al mundo. La Eucaristía, que es un sacramento de vida y de fecundidad, es un sacramento de sacrificio. «Cuantas veces coméis este pan y bebéis el cáliz, anunciaréis la muerte del Señor hasta que venga», dice San Pablo. Y la prodigiosa fecundidad de la Iglesia, ¿no se ha desarrollado en el Calvario de constantes persecuciones?

Quien no sabe sufrir, permanecerá él solo en el triste aislamiento de la esterilidad; para dar la vida es preciso clavarse en la cruz.

Y el sacerdote tiene que dar la vida, ésta es su función propia, su misión altísima y su inefable recompensa; como Jesús, el sacerdote puede decir: «Yo vine para que las almas tengan vida y para que la tengan en abundancia.»

No hay otra ciencia para dar la vida que la que enseñó Jesús, la ciencia de la cruz; no hay otro procedimiento para salvar a las almas que el que Jesús practicó, subir la tortuosa pendiente del Calvario y clavarse en la cruz.

---

(9) Joan., XII, 24-25.

Claro que antes de subir al Calvario, Jesús «comenzó a obrar y a enseñar», pero ni sus palabras de vida eterna, ni sus estupendos prodigios, ni sus ejemplos admirables, fueron otra cosa que semillas que solamente fructificaron cuando las regó la Sangre divina. El sacerdote, como Jesús, debe enseñar y dar santos ejemplos; mas para que sean fecundas sus enseñanzas y su acción, debe regarlas con sus lágrimas y con sus sacrificios.

Nada hay más fecundo que el dolor; Jesús puso en él su eficacia omnipotente; para recoger con alegría los manípulos de opulenta mies, hay que regar con lágrimas el surco en que se deposita la semilla. Para tener una descendencia numerosa, como las estrellas del cielo y como las arenas del mar, hay que hacer el sacrificio supremo sobre el monte de la visión.

Santa Teresa del Niño Jesús no podía entender que se hiciera bien a las almas sin el sacrificio, y por eso empleaba las armas de la oración y del sacrificio para hacer bien a sus novicias. ¿Cuándo comprenderemos esta doctrina capital? ¿Cuándo nos convenceremos que lo mejor que podemos hacer por las almas es sufrir por ellas?

San Pablo expresó el celo ardiente de su inmenso corazón de apóstol en esta fórmula enérgica: «Todo lo gastaré y me gastaré a mí mismo por vuestras almas.» El sacerdote debe dar todo por las almas: sus bienes, su tiempo, sus gustos, sus palabras, su acción; pero después de darlo todo, debe hacer a las almas el don supremo, el don de sí mismo, entregándoles su corazón encendido en llamas y desgarrado de dolor, como el Corazón del Sacerdote eterno.

El dolor da eficacia a todos nuestros ministerios, y el supremo ministerio del sacerdote es sufrir por las almas, como supremo ministerio de Jesús fue el sacrificio del Calvario.

Para dar la vida hay que sufrir, como la mujer sufre terribles dolores para dar a luz a su hijo; el sacerdote necesita padecer angustias de muerte para dar a luz a las almas hasta que en ellas se forme Jesús.

Antes había dicho que es gozo supremo dar la vida; ahora afirmo que no se puede dar la vida sin dolor; y aunque superficialmente consideradas estas afirmaciones parecen incompatibles, no lo son, en realidad, sino que forman una divina paradoja del misterio de la fecundidad. Jesús dió la vida a las almas, llevando en su Corazón la alegría de los cielos y el dolor del infierno, y la vida que

nos dió es al mismo tiempo fruto de su alegría y de su dolor.

Al participar el sacerdote el poder de dar la vida, Jesús le participó el secreto de su dolor y de su alegría; por eso el sacerdote lleva en su corazón el martirio fecundo y el gozo celestial de dar la vida. El gozo sacerdotal por excelencia es el gozo exquisito de sufrir hondamente para que las almas tengan vida, y en un sentido altísimo puede decir lo que el Salmista: «En proporción de los dolores que sufro en mi corazón, tus consuelos han llenado de alegría mi alma.»

Las almas son el gozo y el martirio del sacerdote, como fueron el gozo y el martirio de Jesús.

* * *

Ei discípulo amado, el Evangelista de la vida y del amor, nos guardó en una página exquisita la escena celestial del Tiberíades.

Todos los misterios del sacerdocio están allí: la confesión honda y sincera del amor, la divina promesa de fecundidad y el anuncio misterioso del martirio. Con estos perfumes del cielo se forma la unción sacerdotal que, derramada sobre la cabeza de Aarón, desciende suavemente por su barba florida y llega hasta la orla de su manto.

¡Pluguiera a Dios que la fragancia de esos aromas se esparciera por el mundo e impregnara a todos los corazones sacerdotales, como las brisas del Tiberíades esparcían los perfumes de la primavera en aquella mañana espléndida en que el amor pasó por las riberas de aquel mar inolvidable como una ráfaga de luz de la patria eterna!...

JESUS Y EL SACERDOTE EN EL MISTERIO DE LA ASCENSION

EN UNA PRIMERA MISA

Ascendens in altum, captivam duxit captivitatem: dedit dona hominibus. «Subiendo a lo alto, llevó cautiva a la cautividad y les dió sus dones a los hombres» (1).

Todos los misterios de Jesús se enlazan y se armonizan maravillosamente con el misterio insondable del sacerdocio.

Y es lógico que así sea. Por una parte, el sacerdote es otro Cristo, y si lo es tiene que reproducir místicamente en su vida sacerdotal los misterios de la vida de Jesús. Por otra parte, el centro de la vida y de la misión de Jesucristo es su sacerdocio. Y por eso todos los misterios de Cristo tienen sabor, tienen sentido sacerdotal. Por este motivo podemos, naturalmente, unir en un solo pensamiento los dos misterios que en estos momentos llaman nuestra atención y excitan nuestra piedad.

Con la Santa Iglesia celebramos el misterio de la admirable Ascensión del Señor, de ese misterio que es como la consumación de toda su vida mortal. ¿Podemos dejar de alegrarnos con la Iglesia y con el triunfo supremo de Jesús? ¿Podemos dejar de clavar nuestros ojos en esa altura misteriosa a donde se llevó nuestros corazones?

Pero, por otra parte, un hermano nuestro va hoy por primera vez a celebrar el sacrificio sacrosanto de la Misa. ¿Podemos dejar de fijar en él nuestras miradas? ¿Podemos dejar de recocijarnos con él hoy que es el día de sus desposorios y de la alegría de su corazón?

Unamos, pues, los dos misterios, y no temamos ni por un instante que se vaya a perder la unidad del pensamien-

(1) Ephes., IV, 8.

to; porque los dos están unidos, porque son como dos facetas de un mismo diamante. Ambos misterios, el de la Ascensión de Jesús y el del sacerdocio, pueden expresarse en una misma fórmula: la que el apóstol San Pablo toma de los salmos, explica admirablemente: *Subiendo a lo alto llevó cautiva la cautividad y les dió sus dones a los hombres.*

I

Todo el misterio de la gracia, de la redención y de la santificación de las almas está encerrado, si se me permite la palabra, en dos viajes, en dos divinas peregrinaciones: el Verbo de Dios que baja, el Verbo de Dios que sube, que sube llevando lo que recoge de la tierra. Así lo dice el apóstol San Pablo: *¿Quién es el que sube a los cielos, sino el que baja de los cielos?*

Para subir al cielo es preciso bajar antes del cielo. Nosotros, miserables, impotentes, pecadores, llevando en nuestra carne y en nuestra alma las huellas tristísimas del primer pecado, nunca hubiéramos podido conocer el camino, ni hubiéramos tenido la fuerza necesaria para subir al cielo; pero el que estaba en los cielos bajó a nosotros y nos llevó en sus manos, nos llevó con Él.

¿No hemos visto lo que hacen las aves que se ciernen en las alturas y que con mirada escrutadora ven la presa en el fondo de los valles y descienden rápidas y la arrebatan y la elevan consigo? Eso hizo el Verbo de Dios: desde las alturas de su Divinidad nos miró como sus presas, presas de amor, presas de misericordia, y su Corazón infinito, no sólo se llenó de compasión, de ternura, de amor por nosotros, sino que tuvo la locura de enamorarse de nuestra pequeñez y de nuestra miseria. Y bajó a la tierra, y tomó con sus manos santísimas aquella presa, y la puso sobre su Corazón, y volvió a subir a las alturas divinas de donde había bajado.

Porque cuando Jesucristo subió al cielo, no subió solo, nos subió a nosotros con Él; porque desde que el Verbo de Dios vino a este mundo y se unió a nuestra pobre naturaleza, ya los destinos de Jesús y nuestros destinos no pueden separarse: Él corre nuestra suerte, nosotros corremos la suya. A tal grado, que verdaderamente participamos de todos sus misterios.

La Santa Iglesia tiene cuidado de decirnos en su litur-

gia que los misterios de Jesús son para nosotros, no simplemente recuerdos, sino realidades. Así, en la alegría de la Navidad entonábamos este cántico hermosísimo: *Cristo ha nacido para nosotros,* y para nosotros vivió treinta años en la tierra, y para nosotros se ocultó en Nazaret, y para nosotros predicó en las riberas del Tiberíades, y para nosotros murió en el Calvario.

San Ambrosio (2) dice que en Cristo resucitó el mundo, resucitó el cielo, resucitó la tierra. Ya Jesús no podrá hacer nada solo, estamos unidos con Él; y todo lo que Él haga lo haremos; y adondequiera que vaya también iremos nosotros con Él.

Por eso, al subir al cielo no va solo; el Verbo de Dios lleva, desde luego, nuestra propia naturaleza, con la que se unió hipostáticamente. Por primera vez en los cielos apareció este fruto de la tierra: un cuerpo humano, un alma humana. En aquellos lugares excelsos y misteriosos no había más que espíritus; desde el día en que subió Jesús, hubo ya un cuerpo y un alma, nuestra pobre naturaleza humana, y un cortejo de almas que habían esperado su redención en el seno de Abraham.

Al subir nosotros, subimos todos—en principio, en derecho—al cielo; si Jesús no hubiera subido, nadie hubiera podido subir. Porque Él sube, nosotros subimos; por eso, la Sagrada Escritura dice que al subir al cielo llevó cautiva la cautividad.

Eramos cautivos del demonio por el pecado; pero Jesús, venciendo al demonio, le arrebató su presa; y como atan a los vencidos al carro triunfal de los vencedores, Jesús, con los vínculos del amor, con las ligaduras santas de la caridad, nos ató a su carro triunfal, y así le acompañamos en su entrada victoriosa a los cielos. Somos cautivos del amor. Jesús vino y nos robó el corazón.

* * *

Pero Jesús no sólo elevó a la pobre Humanidad, sino que también llevó consigo ciertos frutos de nuestro linaje, que no sospechábamos siquiera que pudieran subir al cielo: llevó en cierta manera nuestro dolor. ¿No vemos en la Humanidad resucitada de Jesús Nuestro Señor las llagas sacratísimas de sus manos, de sus pies, de su costado, las huellas del dolor? Es el dolor perpetuado, santificado,

(2) De fide resurrectionis, post medium.

en cierta manera divinizado, que sube al cielo. Allí había flores de amor perenne, flores de gozo sempinterno; pero el dolor no había aparecido jamás. Jesús, al bajar a la tierra, lo llevó consigo, y quiso que eternamente estuviera en el cielo, cristalizado y perpetuado en sus llagas sacratísimas.

Y tengo para mí que con su propio dolor llevó también todos nuestros dolores, que en esas llagas sacratísimas están; en manera alguna, todas nuestras penas, todos nuestros dolores santificados.

Y cuando nosotros vayamos al cielo, en el día de la resurrección, cuando nuestros cuerpos mortales resuciten a la voz omnipotente del Señor, entraremos también llevando en nuestros pobres cuerpos la huella de nuestros dolores. El cielo será como una especie de jardín con todas las flores del amor, del dolor y de la pureza.

Como el viajero que va a un país lejano y misterioso, y trae de él, para que las admiren sus familiares, flores exóticas que ha cortado y conservado cuidadosamente, así Jesús, al subir al cielo, llevó consigo las flores de la tierra, las flores exquisitas del dolor.

Pero me apresuro a afirmar que no fue solamente un recuerdo lo que quiso llevar Jesús en sus llagas sacritísimas al entrar al cielo; sus llagas tienen un sentido sacerdotal, son en cierta manera el coronamiento y remate del sacrificio de la cruz.

San Pablo tiene cuidado de explicar este misterio; dice el apóstol que, así como en la antigua ley el Pontífice supremo ofrecía un día en el año un sacrificio especial, y teniendo en sus manos la sangre de la víctima, penetraba en el *Sancta Santorum,* así Jesús, no por la sangre de las víctimas comunes, sino por su propia sangre, entró un día al *Sancta Sanctorum* (no al fabricado por las manos del hombre, sino al seno mismo del Padre celestial), llevando en sus manos, en su costado, en sus pies, su Sangre preciosa derramada en el sacrificio del Calvario, para que de allí descendiera transformada en dones magníficos.

La Ascensión del Señor es la entrada de Jesús en el *Sancta Sanctorum;* y como en la antigua ley, debía llevar Jesús en su Cuerpo santísimo las huellas de su Sangre. Y hasta que no presentó esa Sangre preciosa al Padre celestial, a su entrada al cielo, no quedó consumado su sacrificio; y sólo hasta que quedó consumado su sacrificio pudo ser enviado el Espíritu Santo.

La víspera de su Pasión decía Jesús a sus discípulos: *Porque os he dicho que me voy, vuestro corazón se ha lle-*

nado de tristeza. Yo os digo la verdad, si no me voy, el Espíritu Santo no vendrá a vosotros. La venida del Espíritu Santo es el fruto precioso del sacrificio de la cruz.

Y para que ese fruto se desprendiera maduro y sazonado, era preciso que aquel sacrificio fuera consumado plenamente, que entrara Jesús en el *Sancta Sanctorum* del cielo. Por eso, subiendo a lo alto, no sólo llevó cautiva la cautividad, sino que envió desde allá sus dones a los hombres, o, diré mejor, el don de Dios, el don por excelencia, el Espíritu Santo.

II

Estas ligeras indicaciones bastan ya para comprender que toda la economía de la gracia y de la redención está contenida en estas dos divinas peregrinaciones: en el Verbo de Dios, que baja del cielo, y en el Verbo de Dios, que sube al cielo, llevando consigo la Humanidad entera.

Pero Jesús, subiendo al cielo, dejó en la tierra el secreto de esas divinas peregrinaciones: a los sacerdotes les enseñó el camino para bajar del cielo y para subir a él.

Y el sacerdocio, reproducción de la vida de Jesús, no es otra cosa sino esas dos peregrinaciones: el sacerdote sube al cielo, el sacerdote baja del cielo. Sube al cielo llevando también cautiva la cautividad; es aguilucho, a semejanza del Aguila divina, que desciende y roba la presa y la lleva en su corazón, y luego desciende de allá trayendo sus manos henchidas del Espíritu de Dios.

El misterio del sacerdocio no es otra cosa que esta subida y esta bajada. En otro tiempo, cuando las manos del Pontífice no se habían posado aún sobre la cabeza del sacerdote, conoció éste los caminos de la vida, los senderos de la ciencia y del arte, los senderos de la alegría y del dolor, y quizá caminó por el sendero de la iniquidad. Ahora no tiene derecho a saber más que un camino, el que conduce de la tierra al cielo.

El sacerdote no tiene en el fondo más que dos funciones: subir y bajar, subir al cielo y bajar a la tierra. Subir al cielo llevando almas, llevando dolor, llevando ignominias, llevando en su cuerpo y en su alma las huellas del sacrificio; subir para llevar consigo todas las almas y los corazones a Jesús.

La segunda función del sacerdote es bajar del cielo, trayendo al Espíritu Santo para derramarlo en los corazones.

La función sacerdotal por excelencia es dar a Jesús, es dar a Dios; el sacerdote no sabe, no debe saber otra cosa; sólo sabe dar a Dios. Unos lo dan bajo el ropaje magnífico de la elocuencia, otros en la grosera envoltura de la sencillez y hasta de la vulgaridad. ¡Qué importa la envoltura cuando esa envoltura encierra a Dios!

Dentro de breves instantes este nuevo sacerdote va a subir al altar. ¿No es verdad que subir al altar es tanto como subir al cielo? ¿El cielo no es Dios? ¿No es el seno del Padre? ¿No es el Corazón santísimo de Jesús? ¿No es la unción del Espíritu Santo?

Estar con Jesús es estar en el Paraíso, decía el autor de la *Imitación de Cristo,* y lo decía por una íntima, por una dulcísima experiencia. En el altar, la palabra omnipotente del sacerdote va a hacer descender al Verbo como descendió hace veinte siglos al seno inmaculado de María, para volver a subir al cielo cargado de corazones y de almas. A ese altar bajará Jesús, y con Él, el Padre y el Espíritu Santo; en ese altar estará el cielo velado, pero el cielo.

Después de la consagración hay una oración misteriosa (3), en la que el sacerdote, con las manos juntas sobre el altar y profundamente inclinado, pide al Señor que baje y eleve aquellos dones y los presente ante el acatamiento del Altísimo, para que después descienda una lluvia de bendiciones celestiales sobre todos los que asisten a la santa Misa: *Manda, Señor, que venga tu ángel y que tome estos dones y los lleve ante el acatamiento de tu majestad divina.*

Es la revelación misteriosa del cielo del altar. El ángel del Señor sube al cielo, pero no sube solo. Cuando el sacerdote sube al altar, con él sube la Iglesia, con él suben las almas y sus plegarias y sus necesidades y sus dolores y sus lágrimas. El sacerdote asciende al altar bajo este peso abrumador, pero lo descarga en el corazón de la Víctima inmaculada, y pide entonces que baje el ángel santo de Dios y lleve todos aquellos dones hasta el altar sublime del cielo.

En este punto del canon se realiza la consumación del sacrificio eucarístico.

Entonces el sacerdote desciende.

Este sacerdote, hermano nuestro, descenderá dentro de breves instantes del altar con sus manos cargadas de do-

---

(3) «Supplices te rogamus...», canon Missae.

nes, con un corazón lleno del Espíritu Santo, y lo derramará sobre los fieles para que sean llenos de la bendición de Jesucristo.

* * *

Y no pensemos que sólo en el altar se verifica esta ascensión; no, se realiza siempre. ¿Qué otra cosa debe ser el misterio de la predicación? Muchos pensarán que es una forma de oratoria, que para predicar no hay más que aplicar a las cosas espirituales lo que han enseñado los retóricos. Eso no es la predicación cristiana.

El apóstol San Pablo dice: *Quiso salvar a los creyentes por la locura de la predicación.* La oratoria común, la oratoria de la tierra puede tachársela hasta de un tanto ridícula o un poco cansada; pero, ¿por qué se le había de llamar locura, si es conforme a la razón? Pero el sacerdote, como dice San Pablo, nunca habla con las palabras persuasivas de los hombres, sino con la manifestación de la virtud de Dios. Si posee alguna elocuencia de la tierra, es cosa secundaria.

¿En qué consiste, pues, el misterio de la predicación? El predicador es un hombre que ha subido a las alturas de la contemplación, que ha sentido su espíritu y su corazón bañados con la luz divina, y que de la plenitud de la contemplación deja caer algunas palabras sobre la tierra. La predicación no debe ser otra cosa sino las migajas caídas del banquete magnífico y divino de la contemplación; esto es, la predicación debe ser el misterio de subir y bajar del cielo. Para predicar necesita el sacerdote subir al cielo de la contemplación.

La contemplación es el cielo, porque ahí está Dios, porque ahí le vemos con los ojos de nuestro corazón, porque ahí le palpamos con las manos de nuestra esperanza, porque ahí le estrechamos con el abrazo fortísimo del amor. Y de aquel cielo de la contemplación baja el sacerdote, como bajó Moisés de la cumbre ardiente del Sinaí, llevando sobre su cabeza las señales de su contacto con Dios, llevando algo divino dentro del corazón. Alguna vez que nos hemos acercado a un sacerdote, ¿no hemos sentido yo no sé qué destello de la gloria? Es que viene del cielo y trae todavía los recuerdos de aquella tierra, y viene para dar a los hombres dones de amor. El misterio de la predicación no es otra cosa que el misterio de una subida y de una bajada del cielo.

Y ¿qué otra cosa es el misterio de la dirección de las almas, sino este mismo misterio? Pudiera pensarse a primera vista que los sacerdotes pueden dirigir a las almas, porque son inteligentes, ilustrados, llenos de experiencia, hábiles, sagaces, pedagogos espirituales, que han aprendido clasificaciones para conocer a las almas y fórmulas para aconsejarlas.

De ninguna manera; el sacerdote puede dirigir a las almas, como puede predicar y como puede decir Misa; porque ha bajado del cielo y lleva algo divino en su alma. Para dirigir, necesita primero subir al cielo, subir a la cima de la perfección, a ese cielo en donde Dios se encuentra, a esa cumbre de la cual se pueden repetir las palabras de San Pablo: *¿Quién puede subir al cielo, sino el que bajó del cielo?*

Y sólo cuando ha bajado de aquella cima puede tomar de la mano a las almas pequeñas, pero ávidas de perfección, para conducirlas por esos caminos llenos de misterios, hasta la cumbre de donde el sacerdote ha descendido.

Y así se podría seguir explicando cómo todas las funciones del sacerdote se reducen a ésta: el sacerdote debe vivir en el cielo; y sólo puede bajar a la tierra para llevar consigo a las almas y para derramar en ellas los magníficos dones de Dios.

* * *

Ya conoces tu misión, ¡oh sacerdote!; tu vida sacerdotal no debe ser otra cosa sino esta subida y esta bajada.

Si aprendiste antes de ahora otros senderos, olvídalos, pues no debes conocer más que ese camino regio: el que conduce al cielo. Debes subir constantemente al cielo del altar; sube cada día más amorosamente, más santamente. Subirás también al cielo de la contemplación, y es preciso que tus alas crezcan para que tu vuelo sea cada día más rápido, más poderoso y feliz. Subirás, en fin, al cielo de la perfección, por la cual debes trabajar sin descanso hasta realizar plenamente el ideal divino.

Pero no subas solo; los sacerdotes. como Jesús, no pueden estar solos, porque con ellos está vinculada la suerte de otras almas, y adondequiera que vayan es preciso llevarlas.

Baja a la tierra, baja para que tomes la presa querida de Jesús y lleves en tu corazón las almas que has de conducir al cielo, hasta el acatamiento del Altísimo, al seno inmenso del Padre.

Baja, baja para traer a las almas los dones del cielo, el don único de Dios, el Espíritu Santo, que es la fuente insondable de todos los dones.

Subiendo y bajando harás bien inmenso a las almas, imitarás a Jesús, consolarás su Corazón divino y glorificarás al Padre celestial.

Y un día, que no estará muy lejano, cuando trates de recorrer por última vez el camino de la tierra al cielo, escucharás una voz dulcísima que te dirá: «Siervo bueno y fiel, porque has sido fiel en lo poco, Yo te constituiré sobre lo mucho.» Y entonces el Aguila divina, que es Jesús, tomará tu alma purificada por el dolor y la presentará ante el acatamiento del Altísimo para que entres perpetuamente en el gozo de tu Señor.

LAS EFUSIONES DEL ESPIRITU SANTO EN MARIA Y EN EL SACERDOTE

EN UNA PRIMERA MISA

Spiritus Sanctus superveniet in te et virtus Altissimi obumbrabit tibi. «El Espíritu Santo descenderá sobre ti y la virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra» (1).

TIENEN los genios el misterioso privilegio de poner en sus obras maestras su huella impalpable, su inconfundible sello; y no se necesitan grandes consideraciones para que comprendamos el enlace misterioso, el enlace artístico que tienen entre sí las obras maestras que proceden del mismo genio.

Hay en la Iglesia de Dios dos obras maravillosas de arte divino que tienen entre sí un enlace misterioso; y para comprenderlo, basta contemplar el vestigio divino que en ellas depositó la mano creadora. Son estas dos obras de arte: MARÍA y el SACERDOCIO.

Como lirio entre espinas surge en medio de este mundo corrompido la Virgen, bella, purísima, llevando en el corazón y en las manos al divino Jesús; y también en medio del mar de la vida, del mar de la Historia, se levanta firme, inmutable, glorioso, el sacerdocio católico, luz del mundo, sal de la tierra, divino trasunto de Jesús.

Estas dos obras magistrales de Dios tienen el vestigio divino de su autor; a los ojos iluminados de nuestro corazón se descubre su enlace y la unidad de su origen; las dos son obras maestras de la sabiduría y del poder, pero, sobre todo, del amor divino.

Su origen es el amor infinito, el amor personal de Dios. El Espíritu Santo fue el artífice supremo que forjó la figu-

(1) Luc., I, 35.

ra celestial de la Virgen Santísima y la figura colosal del sacerdocio católico.

Nosotros vimos unidos estos dos misterios sobre la cumbre del Calvario, al pie de la cruz sangrienta, cuando resonaron sobre la tierra dos palabras omnipotentes de Jesús: *He ahí a tu hijo.* Y después: *He ahí a tu Madre...* Y unidos, maravillosamente enlazados, estos dos misterios han recorrido la Historia y llegarán hasta la consumación de los siglos.

María y nosotros estamos unidos, y nadie nos podrá separar, porque Dios nos unió.

Y de una manera especial sentimos hoy la necesidad de unir estos dos misterios en una misma solemnidad, en una misma alegría: con la Iglesia celebramos el misterio de la Asunción de la Virgen Santísima, el misterio de su gloria, de su consumación, el toque supremo que el Artífice divino puso en ella para que su perfección fuera completa; y el misterio del sacerdocio se entra, por decirlo así, a lo más profundo de nuestro corazón, cuando vemos a un hermano nuestro que, en el esplendor de su juventud, en la plenitud de la vida, viene por primera vez a acercarse al altar augusto para inmolar la Víctima santa, para realizar el acto más grande que se puede celebrar sobre la tierra.

Y para enlazar estos dos misterios que están enlazados en la Iglesia y en nuestros corazones, levantémonos hasta el amor eterno, y en la unidad del Espíritu Santo, autor de María y autor del sacerdocio, vislumbremos la maravillosa armonía que estableció en esas dos obras maestras el Espíritu del Señor.

I

La vida de la siempre Virgen María fue un continuado Pentecostés: día por día, instante por instante, el Espíritu del Señor se derramaba sobre el alma purísima e inmaculada de la Virgen. No fue la efusión del Espíritu Santo brote intermitente, sino manantial perenne, fuente que brotaba en lo íntimo de su ser y saltaba hasta la vida eterna, como un río caudaloso que llena de regocijo la ciudad de Dios, según la expresión de la Escritura. El Espíritu Santo con su ímpetu celestial, con su divino vigor, infundió y llenó con sus carismas y con sus gracias el alma inmaculada de la Virgen María.

Pero así como acá en la tierra el río, cuyas ondas cris-

talinas son abundantes, de improviso recibe especiales avenidas, raudales inmensos de agua que vienen de muy lejos, de las altas montañas, y las ondas del río se hinchan, y sus cristales se dilatan, y su caudal sale de cauce e inunda la pradera circunvecina llenándola de fecundidad; así, aunque la vida de María fue un río caudaloso cuando el Espíritu Santo descendió sobre ella con su gracia y con su vida y con su fecundidad, de tiempo en tiempo una avenida excepcional, abundantísima e impetuosa, venida del cielo, venida del seno mismo de Dios, engrosaba sus caudales; y el Espíritu Santo se derramaba con ímpetu creciente, con vigor suavísimo, sobre el alma excepcional de la Santísima Virgen María.

Las Escrituras y la doctrina de la Iglesia nos muestran algunas de esas avenidas excepcionales que el Espíritu del Señor derramó en el alma de la altísima Señora.

La primera es UNA INUNDACIÓN DE PUREZA. El Espíritu Santo descendió sobre el alma de la Santísima Virgen María en el primer instante de su Concepción. Misterio oculto a todas las miradas humanas, pero patente a los ojos profundos de Dios.

¿Cómo sería aquel misterio solemne, único en la historia de la Humanidad? ¿Con qué amor, con qué rapidez, con qué vehemencia, para hablar en nuestro lenguaje, descendió el Espíritu Santo sobre el alma de la Virgen María, y al descender impidió que la mancha original fuera a mancillar, siquiera con un hálito impalpable, el alma de la soberana Reina que por un prodigio estupendo iba a ser concebida sin culpa, única entre las hijas de Adán?

Pero la efusión del Espíritu Santo no produjo únicamente este efecto negativo de apartar de Ella la mancha de la malignidad, no; los teólogos enseñan que el Espíritu Santo derramó en María tal afluencia de vida, que nuestro pobre espíritu es impotente para vislumbrarlo.

Pensemos en la consumación que de Dios reciben los santos después de una larga vida de heroísmo y de gracia; pensemos en los varones como San Pablo, como San Francisco Javier, que después de una larga vida de fatigas apostólicas llegan al fin de su existencia y dicen con la audacia del Apóstol: «He luchado en buena lid, he alcanzado la victoria; no me resta sino recibir la corona de la gloria que el Señor me dará como justo Juez en aquel día.» Consideremos la consumación de las santas vírgenes, como Santa Teresa del Niño Jesús, que, después de una vida inmaculada de anonadamiento y de amor hasta el holo-

causto, emiten el espíritu bajo el ardor de una caricia celestial de Dios. Consideremos todos los santos, reunámoslos, sumemos la abundancia de los dones que recibieron cuando su vida se consumó: y con esto tendremos una idea de lo que María Santísima recibió en el mismo instante de su Concepción Inmaculada.

A diferencia de los santos, de quienes celebramos el día de su consumación, de María celebra la Iglesia el día de su Concepción Inmaculada; como que entonces fueron puestos los fundamentos de su perfección, y en aquel punto recibió más gracias que las que reciben los santos en su consumación. Efusión de Dios fue ésta, purísima y excepcional, que derramó la plenitud de sus gracias y de sus dones con una munificencia verdaderamente divina.

Es la primera efusión del Espíritu Santo, la primera avenida que llegó a aquella alma inmaculada: *la efusión de la pureza.*

* * *

Pasó el tiempo, y un día, en el silencio de Nazaret, volvió, si cabe, con mayor amor y con más vehemencia que en el misterio de la Concepción Inmaculada, a descender sobre la Virgen Santísima el Espíritu Santo.

Un ángel anunció a la doncella de Nazaret el divino misterio. Las palabras que empleó son las que ya he citado: *El Espíritu Santo descenderá sobre ti y la virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra. «Spiritus Sanctus superveniet in te et virtus Altissimi obumbrabit tibi»*... Y el misterio se realizó; y algo muy íntimo, muy santo, algo divino, se verificó en el alma y en el cuerpo de María Santísima: una nueva efusión inefable y esplendente: LA EFUSIÓN DE LA FECUNDIDAD.

Nosotros, con nuestro criterio estrecho, con nuestros ojos miopes y nuestro corazón mezquino, pensamos a veces que la fecundidad y la pureza son cosas incompatibles. Para nosotros, lo supremo de la pureza es la virginidad, y la virginidad de la tierra parece ante nuestro torpe concepto enteramente incompatible con la fecundidad; y no es así; nada hay más fecundo que la pureza, nada hay más fecundo que la virginidad.

Por eso Dios, que es la pureza infinita, que es—si se me permite la expresión—LA VIRGINIDAD ETERNA, es también la fecundidad sin límites, la fecundidad omnipotente, la fecundidad infinita. Por eso el Padre, que es santo, que es pu-

rísimo, sin tierra, sin composición en su divina, en su soberana simplicidad, engendra eternamente a su Hijo, y de sus labios purísimos brota esta expresión insondable: *Filius meus es tu: ego hodie genui te.* «Tú eres mi Hijo: Yo te he engendrado hoy.»

¡Quién había de pensarlo! Esa fecundidad del Padre celestial se reflejó en el alma purísima de María cuando descendió sobre ella el Espíritu Santo y le comunicó el secreto de la divina fecundidad.

La fecundidad de la tierra, ¡qué estrecha, qué mezquina es! El artista produce una obra de arte estéril y fría; el sabio realiza un gran descubrimiento ordinariamente estéril; el hombre puede llegar a la gloria de comunicar la vida, de producir un ser semejante a sí mismo.

Lo supremo de la fecundidad nuestra es un hombre. ¡La fecundidad de la Virgen Santísima tuvo por término a Jesús! Por eso le dijo el ángel: «El Espíritu Santo descenderá sobre ti y la virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra; por eso lo que nacerá de ti será santo.»

Y en aquel momento inolvidable, y bajo el impulso de aquella divina palabra, María se hizo Madre de Dios y el mundo contempló en sus manos a Jesús, y el mundo lo ha recibido en todos los siglos de aquellas manos benditas.

* * *

Treinta años más tarde, la invasión de la fecundidad se completó. ¿Qué son treinta años para Dios, ante cuya presencia «mil años son como el día de ayer que ya pasó»? Entre Nazaret y el Cenáculo hay tiempo, hay distancia; pero en el orden sobrenatural hay unidad perfecta. El Cenáculo es el complemento natural de Nazaret.

En Nazaret, María recibió la fecundidad que la hizo Madre de Dios; en el Cenáculo viene a completarse aquella fecundidad haciéndola Madre de los hombres, medianera de todas las gracias, difusora de Jesús en todos los corazones.

Un ruido misterioso se produjo en el lugar santo; lenguas de fuego aparecieron sobre la cabeza de María y de los apóstoles, y todas aquellas señales exteriores en el recinto sacro simbolizaron la invasión íntima, la invasión prodigiosa que descendió sobre María y sobre el apostolado.

Hay quien piensa que el Espíritu Santo descendió directamente sobre la Virgen Santísima y que de allí se di-

fundió en el alma de los discípulos; porque a Ella se pueden aplicar de alguna manera las palabras del evangelista San Juan: «Todos recibimos de su plenitud.»

* * *

Pero no fue la del Cenáculo la última invasión del Espíritu Santo que recibió la Virgen María. Después de la del Cenáculo vino LA DE LA CONSUMACIÓN, la definitiva, la perfecta.

Un día, después de muchos años de la muerte de Jesús, María va quedándose sosegada y tranquila, como si se entregara a un sueño dulcísimo; su rostro palidece, su cuerpo se enfría...

Es un lirio arrancado que se marchita, es un ánfora de alabastro que se rompe y el perfume exquisito que contiene se eleva a los cielos en espirales misteriosas...

María murió; pero su muerte no es como nuestra muerte, llena de horror y de tristeza y de dolores. Su muerte fue una misa, su muerte fue un cántico de amor, su muerte fue un misterio de gloria.

¿Qué mal misterioso, como nosotros llamamos a lo que produce la muerte; qué mal misterioso invadió el cuerpo virginal de la Santísima Señora y rompió el ánfora celestial?

Acabo de decir que la muerte de María fue como una misa, un trasunto del sacrificio de Jesús, pero sin sangre, sin ignominias; un sacrificio dulcísimo, una oblación llena de paz, una hostia cándida que se elevó a los cielos.

Pero, ¿quién fue el sacrificador? ¿Serían los emisarios de Satanás, como fueron los que sacrificaron a Jesús sobre el Calvario? ¿Serían las fieras, como las que en la arena del circo romano se arrojaron sobre los mártires excelsos? ¿Quién inmoló a María? Vienen a mi mente unas palabras de la liturgia cristiana: *El sacerdote-amor la inmoló: «Amor sacerdos inmolat.»*

¿Por qué murió la Virgen? Porque descendió sobre Ella de una manera nueva, vehemente, inefable, el Espíritu Santo: el sacerdote-amor la inmoló...

* * *

Pero para comprender mis pensamientos es preciso advertir que cuando el Espíritu Santo desciende sobre nuestras almas necesita contenerse. ¿Habéis visto alguna vez

a una madre apasionada, vehementísima, que estrecha sobre su corazón al hijo pequeñito y frágil? ¡Ah!, si siguiera los impulsos de su corazón maternal lo mataría, lo mataría de amor; pero es madre y sabe contenerse; por la intuición de su corazón sabe bien hasta dónde puede estrechar a su hijo, y contiene los ímpetus de su ternura para que el hijo no muera, para que el hijo no sufra.

Así es con nosotros el Espíritu Santo. Cada vez que desciende a nuestras almas querría, ¡ah!, querría estrecharnos con la fuerza infinita de su ternura; pero es sabio, es amante, sabe que si se derrama en nosotros con todo su divino ímpetu nos mataría, y tiene que contenerse con divina discreción para que en el vaso frágil de nuestra carne podamos recibir su invasión divina.

Seguramente que cada vez que desciende el Espíritu Santo, dilata nuestro corazón, como que fortifica nuestra debilidad, cada día somos capaces de recibir un abrazo más estrecho, un beso más ardiente... Pero en la tierra nunca podemos recibir toda la invasión de Dios.

Dice la Escritura que el hombre no puede ver a Dios y vivir; nadie puede recibir la opulencia de su amor sin morir. Dios necesita contenerse. Y así se contuvo para derramarse sobre el alma de la Virgen; se contuvo para acariciarla; se contuvo para abrazarla; se contuvo para manifestarle la inmensidad de su ternura.

Pero un día, el Espíritu Santo no pudo, o, más bien, no quiso contenerse más. El amor así es: llega un momento en que pasa por todo, en que todo lo arrasa en su marcha triunfal. Y ese día el Espíritu Santo no se contuvo: se derramó sin miramiento en el alma de la Santísima Virgen, y la inundó de amor, y, estrechándola, le arrancó la vida... Se rompió el ánfora y el perfume exquisito se levantó a los cielos en misteriosas y perfumadas espirales...

Pero no he hablado del misterio completo. Yo no diré que el Espíritu Santo recogió los fragmentos del ánfora rota y los soldó maravillosamente; no, no fue soldadura.

La fuerza omnipotente del amor transformó aquella ánfora rota en ánfora celestial, y otra vez el cuerpo de la Virgen, bello, sutil, esplendoroso, celestial, vino a unirse con su espíritu; el licor exquisito volvió a ocupar el ánfora transfigurada... Y allá en el seno de Dios, María reina en el solio del amor y canta eternamente las maravillas del Increado...

II

También la vida del sacerdote es un Pentecostés continuado. Nosotros lo sabemos por una dulce experiencia, y ¡pluguiera a Dios que lo supiéramos mejor todos los días! Subimos al altar, y todos los días en nuestras manos consagradas se realiza el estupendo prodigio. Todos los días Jesús viene a nuestro corazón, le encontramos en todas partes, en la alabanza que brota de nuestros labios, en las almas que se acercan a nosotros para que les demos el Pan de Dios...

La vida sacerdotal es un Pentecostés continuado. En el sacerdocio estamos recibiendo al Espíritu Santo; y aun antes que recibiéramos la unción santa, primero que la mano del Pontífice se posara sobre nuestras cabezas, ya el Espíritu Santo se derramaba en nosotros, ya estaba preparando la obra maestra del sacerdocio en nuestro corazón.

Pero como en María, también en el sacerdocio hay avenidas; avenidas singularísimas en que la abundancia de los dones de Dios semeja a las ondas del río cuando se dilata, cuando se encrespa, cuando se sale de cauce y se extiende por la campiña florida.

* * *

La primera invasión del Espíritu Santo en las almas sacerdotales es DE PUREZA. No en un día, ni en un instante definido y determinado, como lo fue en el día de la Inmaculada Concepción de María, no; esas efusiones son ocultas, son misteriosas, pero frecuentes.

Nosotros vemos en el seno de un hogar cristiano a un niño, al parecer, como los demás. Cierto que su mirada tiene una maravillosa limpidez, que sus sonrisas son ingenuas y deliciosamente celestiales; pero, ¿quién puede descubrir en el fondo y en el corazón de ese niño la señal de predestinación?...

Cualquiera que sea la doctrina que se profese acerca de la vocación al orden sacerdotal, nadie negará que el Espíritu Santo, que todo lo hace con número, peso y medida, que todo lo dispone con energía y suavidad, viene a nosotros desde muy temprano para preparar nuestro corazón, nuestra alma y nuestro cuerpo para el gran misterio.

Ese niño, ese joven, cuando sus ojos se abren para con-

templar la escena de la vida; cuando siente en sus venas la plétora de su sangre juvenil; cuando siente que su corazón se dilata; cuando su espíritu sueña en no sé qué cosas misteriosas y vagas, ¿quién impide que en esos momentos no sienta, como tantos otros, eso que llama la Escritura «la fascinación de la vanidad»? ¿Por qué lo que ve en derredor suyo no deslumbra sus ojos? ¿Por qué el ruido de la alegría mundana no viene a turbar el silencio de su corazón? ¿Por qué ve él como vanas las cosas de este mundo y suspira por yo no sé qué divinos sueños?... ¿Quién puso en su corazón esa divina inquietud que le hace gustar algo misterioso que él mismo no comprende, pero que atrae su espíritu, que arroba divinamente su corazón?...

Ni la ciencia, ni el arte, ni la gloria, ni el amor, ni todas esas cosas bellas de la tierra cautivan aquel corazón. Siente, es verdad, el atractivo de todas ellas; pero hay algo, como un vago presentimiento, que le dice: «Eres más grande y naciste para cosas mayores.» Y sus ojos se pierden en la lejanía, como su espíritu escruta en el misterio el secreto de la divina inquietud que lleva en el alma...

Poco a poco se va aclarando el enigma... Quizá en un atardecer radioso, en un templo recogido, lleno de silencio, entre las espirales del incienso, o al escuchar las notas armoniosas del canto eclesiástico, el joven aquél mira la Hostia santa y siente que se transfigura ante sus ojos, y... ¡allí está la clave de su vida, el secreto de su inquietud!...

Jesús, el divino Jesús, le llama; y como en los relatos evangélicos, el joven escucha la divina palabra: *Si quieres ser perfecto, anda, vende lo que tienes, dalo a los pobres, y ven, y sígueme.* Y el joven no piensa, no razona, no analiza, porque el corazón ni analiza ni razona; bajo el impulso de la divina inspiración lo deja todo, y va en pos del divino Jesús, del misterioso Desconocido que le llama, que le arrastra con la fascinación de su palabra y el encanto inmenso de su amor...

Yo me complacería en descubrir toda la historia secreta de la vocación sacerdotal; de buena gana recorrería esos años ocultos y silenciosos, pero brillantes, del joven, del sacerdote; mas sería demasiado extenso. Lo que sí digo es que en todo eso hay misterios: es el Espíritu del Señor que desciende a nuestras almas, y que va creando poco a poco en nosotros la pureza sacerdotal.

Hoy arranca uno de los afectos que en nuestro pobre

corazón había nacido; otro día le rompe una fibra secreta que le deja sangrando; mañana, un sacrificio; después, un renunciamiento; más tarde, un consuelo, una dulzura, una nueva luz, un nuevo impulso..., ¡qué sé yo!...

¿Quién puede escrutar las maravillas de Dios en las almas sacerdotales?

Pero el Espíritu Santo va poco a poco preparando en nosotros una pureza semejante a la de la Virgen Santísima: la que requiere un sacerdote para ejercer santamente sus divinas funciones.

* * *

Cuando la obra individual está concluída, el Espíritu del Señor vuelve a descender con una avenida DE FECUNDIDAD sobre el alma sacerdotal. Esta invasión tiene su día y tiene su hora: el joven transfigurado de amor y de esperanza se acerca ante el Pontífice, que con toda la pompa de su alta dignidad, le espera cerca del altar. El joven se arrodilla, el Pontífice pone sobre la cabeza del que va a ser sacerdote sus manos consagradas; y silenciosamente, inefablemente, amorosamente, desciende sobre aquel joven el Espíritu Santo.

¿Qué milagro ha realizado el Paráclito cuando las manos del Pontífice se posan sobre la cabeza del joven? Un milagro de fecundidad. Es como el eco, el trasunto del gran misterio que se realizó en Belén.

Quizá habrá quien se extrañe de que haya envuelto las gracias sacerdotales y las de la Santísima Virgen en esta fórmula: *Spiritus Sanctus superveniet in te et virtus Altissimi obumbrabit tibi.* Quizá habrá quien piense que propaso el sentido del texto; que estas palabras que significan la invasión del Espíritu Santo en el instante solemne de la Encarnación no merecen aplicarse a la invasión del Espíritu Santo en las almas sacerdotales.

Pero no es así. Es el mismo misterio: allá de una manera real, acá de otra manera mística; pero lo místico es real, lo místico es misterioso, es secreto, escapa a nuestros ojos y a nuestro pobre criterio humano, pero es una realidad. Aun en cierto sentido, si se me permite la expresión, es más real que la realidad que palpamos con nuestros sentidos.

¿Qué es lo que el Espíritu Santo realizó en el alma de este hermano nuestro a quien venimos a acompañar en

el día de su gloria y de la alegría de su corazón? Fue, lo repito, un misterio de fecundidad.

En la credencia está una hostia blanquísima, preparada con exquisita solicitud, elegida con inmenso amor; allí está muy blanca, muy pura, si se quiere, muy bella; pero no es sino pan material; apenas difiere del que llevamos todos los días a nuestra boca sino en que es ázimo. Dentro de breves instantes nuestro hermano subirá al altar; tomará en sus manos esa hostia purísima, pronunciará las palabras misteriosas y se realizará un prodigio estupendo...

¡Oh! ¡Si pudiéramos ver las cosas espirituales y divinas como vemos las terrenas, tengamos por cierto que todos desfalleceríamos de respeto y de amor!... Pero los misterios de Dios están velados; y en el silencio que entonces reinará, ante nuestra fe y nuestro amor, se hará el prodigio de Nazaret y de Belén: el eterno prodigio de Jesús. Jesús aparecerá en el altar, Jesús aparecerá en las manos del sacerdote, y el nuevo sacerdote sin turbación, sin sacrilegio, podrá decir con sus labios las palabras que pudo decir María, las palabras que dice eternamente el Padre celestial: *Filius meus es Tu, ego hodie genui te:* «Tú eres mi Hijo, Yo te he engendrado hoy.»

* * *

Y no es ésta la única fecundidad del sacerdote. En la inquietud de sus años juveniles, en el fervor de la gracia abundantísima de su ordenación, nuestro hermano irá por esos mundos de Dios buscando almas; porque Dios le ha hecho, como a Pedro y a sus compañeros, pescador de hombres; irá a ellos para saciar la sed de Dios que todos llevamos en el alma, que muchos desconocen, que otros desprecian, que muy pocos estiman.

No le presentemos riquezas, porque las ha dejado por Dios; no queramos halagarle con gloria, porque él sabe que la gloria de este mundo es humo vano; no le hablemos de amores terrenos, ni de la ciencia, ni de la sabiduría de los hombres, que está definitivamente perdida y desechada por Dios. Hablémosle de almas, porque en ellas descubre un vestigio divino que corresponde al misterioso anhelo que lleva en el corazón.

Y él se acercará a ellas con la pureza de un ángel, con la ternura de una madre, con la habilidad de un maestro, y derramará en ellas las gracias del cielo, y les comunicará la verdadera vida, la vida eterna. Las limpiará de sus

manchas, las apartará de las cosas de la tierra y hará que los ojos y los corazones de esas almas se eleven al cielo en donde está la verdadera paz, la única dicha verdadera.

Y es que nuestro hermano, al mismo tiempo que recibió el misterioso poder de hacer aparecer a Cristo en el altar, recibió también el misterioso, el extraño poder de hacer aparecer a Jesús en las almas. Él saldrá por los senderos de este mundo como divino sembrador, arrojando sobre el surco fecundo de las almas la semilla bendita.

Necesito contenerme; de buena gana hablaría siempre de este misterio tan santo, y que es, para nosotros los sacerdotes, tan personal, tan íntimo. Se diría que, al hablar de él, descubro el Corazón de Dios y nuestro propio corazón.

¿Podrá decirse que porque un nuevo sacerdote va a celebrar su primera misa ha consumado su vida?

Pudiera decirse acaso. Pues, qué, los años transcurridos con todas sus vicisitudes, sus sacrificios y hasta sus miserias, ¿no están encaminados a este punto culminante, a recibir la unción sacerdotal y a ofrecer la divina inmolación?

Es así en cierto sentido. La ordenación sacerdotal es una gloria; pero en otro sentido es nada más un germen, es un principio. ¡Oh!, si yo pudiera hablar de la vida sacerdotal: vida de dolores y de alegrías, de dolores de infierno y de alegrías celestiales; vida fecunda, vida de silencio, vida de actividad asombrosa y de supremo recogimiento; vida en el cielo y vida en la tierra.

¡Oh!, no podría en unas breves palabras decir lo que es la vida del sacerdote; pero el misterio de hoy me convida a hablaros de otro misterio: el de la muerte sacerdotal.

* * *

Ya lo sé, en el mundo no se tolera hablar de la muerte en el día del regocijo y de la alegría; y si, por ejemplo, en medio de un banquete nupcial alguno hablara de la muerte futura de los desposados, aun cuando la supusiera lo más tarde posible, se le tomaría aquello a mal. ¿Por qué hablar de la muerte en el momento del regocijo del amor?

Pero para nosotros los cristianos, y, sobre todo, para nosotros los sacerdotes, la muerte apenas tiene un dejo sutilísimo de tristeza; para nosotros, la muerte es la puerta de la felicidad, la muerte es nuestra última misa, la muerte es nuestra consumación; es el toque postrero, defi-

nitivo, magistral, que el divino artífice pone a la obra maestra que ha realizado en nosotros.

¡La muerte del sacerdote!... Nosotros no debemos morir como mueren todos, no; desgraciadamente, a las veces, morimos como mueren todos; y lo que es más terrible, morimos como mueren los pecadores; pero no, no es así como nosotros debemos morir.

Hablaré con ingenuidad, y diré lo que pienso en lo íntimo de mi corazón. Yo miro tres tipos de muerte, los únicos dignos de un sacerdote.

Pienso que el sacerdote puede morir de fecundidad, perdóneseme la expresión. ¿No hemos visto alguna vez que en el otoño los árboles se inclinan y sus ramas se desgajan bajo el peso irresistible de sus frutos abundantísimos? Así pienso que debe morir el sacerdote, oprimido bajo la opulencia de su fecundidad...

Hay otra manera de morir digna del sacerdote: como murió San Ignacio de Antioquia, como murieron los apóstoles. Cuando el anciano venerable pensaba en el martirio, ¡ah!, se gozaba en lo íntimo de su corazón al ver que sus miembros iban a ser hechos pedazos, que su carne iba a ser arrancada cruelmente por los dientes de las fieras y que él se iba a convertir en pan inmaculado. Decía: «Ahora comienzo a ser discípulo de Cristo, que amorosamente se dejó despedazar por mi. Ahora seré perfecto sacerdote.»

Después de celebrar todos los días, ¿no parece lógico que nosotros terminemos diciendo nuestra última misa, la misa de nuestro martirio, y que como San Ignacio de Antioquía, como los santos apóstoles, mezclemos nuestra pobre sangre con la Sangre divina de Jesús?...

Hay otro tipo de muerte para el sacerdote: el de la Virgen María.

¡Ah, sí! Durante nuestra vida sacerdotal, como durante la vida de María, el Espíritu Santo está sin cesar descendiendo sobre nosotros, conteniéndose para no destruir el vaso frágil de nuestra miseria; pero si recibimos los tesoros celestiales, si somos fieles a nuestro sacerdocio, si conservamos incólume la pureza de nuestro corazón y de nuestro cuerpo, si guardamos de una manera avara las gracias que recibimos en nuestra ordenación, *la gracia que recibimos por la imposición de las manos del Pontífice,* si somos siervos fieles que llevamos a Jesús a todas las almas, que tratamos con la delicadeza del Señor; si cumplimos con nuestro santo, nuestro augusto ministerio..., un día el Espíritu Santo no podrá soportar (digamos con

la vehemencia de nuestro bello lenguaje) la exuberancia de su amor, y se derramará de una manera más vehemente en nosotros; y bajo la divina opresión de su abrazo divino, bajo el ardor de una caricia misteriosa del Altísimo, sentiremos que se rompe el ánfora de nuestro cuerpo, y que nuestro espíritu sacerdotal va a perderse en el seno augusto de Dios...

MARIA Y EL SACERDOTE

EN UNA PRIMERA MISA

Et ex illa hora accepit eam discipulus in sua. «Desde aquella hora el discípulo la tomó como cosa suya.»

Por más que hayamos asistido muchas veces a una primera misa, nos parece siempre algo nuevo, interesante y conmovedor; como nos parecen encantadoras las alboradas, por más que todos los días podamos gozar de su frescura y de su alegría; como nos parecen siempre dulces las primaveras, por más que cada año pasen por la tierra esparciendo su calor y su perfume.

Una primera misa llega hasta lo íntimo del corazón; es el misterio del Cenáculo que se renueva, y parece que siempre que por vez primera sube al altar un sacerdote se contempla el rostro transfigurado de Jesús en el Cenáculo, se miran en sus manos la Hostia y el cáliz y se escuchan las inolvidables, solemnes, divinas palabras: *Haec quotiescumque feceritis, in mei memoriam facietis.* «Haced esto en memoria mía.»

Una primera misa produce en nuestra alma la impresión de que la Iglesia es inmortal, de que su sacerdocio es perpetuo, y de que este sacerdocio está encargado de conservar la cristiandad hasta la consumación de los siglos.

Nosotros declinamos. Bajo el peso de los años sentimos que las fuerzas flaquean, y vemos que se aproxima la muerte. Pluguiera a Dios que pudiésemos decir como el Apóstol: *Bonum certamen certavi, cursum consumavi, fidem servavi*: «He peleado en buen combate, he sido fiel, he consumado la obra que me ha confiado Dios.» Pero de cualquier manera morimos tranquilos.

Morimos nosotros, pero el sacerdocio no muere. En pos de nosotros vienen los que reciben como una herencia

preciosa el tesoro que nosotros recibimos de nuestros mayores, el que recibimos de Jesús. Todos los días, hombres en la plenitud de la vida, en el esplendor de su juventud, vienen a constituirse perpetuadores del sacrificio de Cristo. Y, en medio de todas las persecuciones y vicisitudes, gloriosamente pasa por el mundo el sacerdote cristiano, renovando siempre el supremo sacrificio de la cruz.

Y si ahondamos este misterio, si penetramos en su fondo, vislumbraremos toda la grandeza de la obra de Cristo, toda la fidelidad de la Iglesia, toda la fortaleza que tiene para resistir los combates y persecuciones de sus enemigos.

Por eso quiero hablaros del misterio del sacerdocio, ahora que se nos persigue, que se nos calumnia, que se nos quisiera borrar de la faz de la tierra. Es preciso que comprenda el mundo lo que somos; porque, aunque miserables y pecadores, bajo esta envoltura terrena se esconde un tesoro divino.

Pero el misterio del sacerdocio es un misterio profundo, inagotable.

¿Podrían agotarse alguna vez las maravillas del firmamento? Los sabios escrutan el cielo sin cesar; cada día la ciencia moderna inventa aparatos más precisos y de mayor alcance para descubrir los misterios del firmamento; pero son inagotables, y por muchos siglos que dure el linaje humano no alcanzará a decir la última palabra sobre el mundo sideral.

Como el cielo, son los misterios de Jesús y los del sacerdocio, por mucho que se les escrute y profundice, no se les agotará jamás, porque nunca se agota lo divino. El sacerdocio es un misterio que está en íntima relación con todos los misterios cristianos, y cuando tenemos que hablar del sacerdocio, debemos examinar y ver cuál de tantas maravillas hay que exponer a los fieles.

Ahora no vacilo en la elección. La Santa Iglesia celebra hoy una fiesta de la siempre Virgen María; hablaré, pues, de lo que es María para el sacerdote; es algo que exigen las circunstancias, es algo que pide mi corazón. Trataré de revelar ese tesoro que poseemos, que recibimos de Jesús en el Calvario: esa Virgen bendita, que es para nosotros nuestra fortaleza, nuestro consuelo, nuestra esperanza, nuestra vida, nuestro amor; esa Virgen bendita sin la cual el sacerdocio sería una carga demasiado pesada para nuestra debilidad.

I

Jesús, antes de alejarse de este mundo, legó a la Humanidad sus tesoros como una herencia preciosa. Los tesoros de Jesús son nuestros, son de todos; pero estos tesoros se los confió especialmente a los sacerdotes; ellos son, si se me permite usar este término de nuestra vida ordinaria, los albaceas que poseen la herencia divina de Jesús, y tienen la misión de distribuirla debidamente a los demás, puesto que todos somos sus herederos.

Y los tesoros de Jesús son preciosos. Desde luego, la Eucaristía. Y Jesús la dejó a los sacerdotes en la víspera de su Pasión. ¿Quién puede recordar sin conmoverse la escena inolvidable del Cenáculo? En aquella noche de eterna memoria, ante las miradas atónitas de los discípulos, Jesús realizó el misterio eucarístico; y cuando acabó de partir el pan de vida, y acabó de mojar sus labios con el vino de salud, escucharon los discípulos estas palabras creadoras: *Haec quotiescumque feceritis, in mei memoriam facietis.* «Cuantas veces hagáis esto, hacedlo en memoria mía.» Era su herencia; Jesús dejaba en nuestras manos y en nuestro corazón el tesoro de la Eucaristía.

Después de la resurrección, en las riberas encantadoras del Tiberíades, Jesús resucitado dice a sus discípulos: «Id y predicad a todas las criaturas y bautizadlas en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.» Con la herencia de su palabra, es la herencia de sus sacramentos, que pone en las manos y en el corazón de sus sacerdotes.

Pero Jesús nos dejó otro tesoro, un tesoro dulcísimo para su corazón. ¿Quién no lo adivina? ¡Es María! Jesús no escatimó al sacerdote ese tesoro preciosísimo, y en la hora más solemne de su vida, en los momentos más trágicos de su sacrificio, nos dejó como herencia a su propia Madre. En medio de las angustias de su agonía, en medio de las tristezas de la muerte, Jesús volvió sus ojos moribundos, pero siempre dulcísimos, a la tierra. Al pie de la cruz está María y está Juan, y resuena en el Universo una palabra divina: *He ahí a tu Madre. He ahí a tu Hijo.* La herencia de Jesús está consumada. Juan era el representante de los sacerdotes, y en él recibimos a la Santísima Virgen; es nuestra, es nuestro tesoro.

Y después de haber pintado el Evangelio la escena que acabo de reproducir, dice: *Desde aquella hora el discípulo*

la tomó como su propiedad, como cosa suya. Y desde aquella hora, la hora solemne del sacrificio de Jesús, María Santísima es nuestra, es nuestro tesoro.

¡Bendito sea Jesús, que nos dejó tan preciosa herencia! Debemos estarle hondamente agradecidos por habernos dejado sus palabras, sus sacramentos y su Eucaristía; pero nuestra gratitud por habernos dejado a María, ¡no sé qué tiene de tierno, de dulce, de encantador!

¿Qué hubiera sido de nosotros sin María? Yo pienso que el peso de la vida humana es demasiado grande para que pueda soportarlo una sola alma. Por eso Dios Nuestro Señor formó entre nosotros estrechos vínculos, y quiso que el hombre fuera eminentemente social, para que no las almas aisladas, sino unidas las unas con las otras, llevaran las grandezas y las miserias propias de la existencia humana. Ni para los dolores ni aun para las alegrías se basta un alma a sí misma. Cuando sufrimos, buscamos un corazón que nos comprenda, un alma que nos ayude a beber el cáliz de la amargura. Y en las mismas alegrías también necesitamos un desahogo, porque el alma humana tiene tal vez mayor capacidad para sufrir que para gozar. Cuando pasa por nosotros como un relámpago del cielo la felicidad que ambiciona nuestra alma, no podemos resistirla solos; es preciso que otra alma nos ayude a soportar su peso dulcísimo.

Por eso Nuestro Señor quiso que naciéramos en el seno de una familia. Cuando abrimos los ojos a la luz de este mundo, encontramos el apoyo de un padre y la ternura de una madre, encontramos hermanos y encontramos amigos; no estamos solos. Cuando llega el momento marcado por Dios, entonces el hombre busca una compañera para que le ayude a soportar el peso de la vida, para que sean comunes los dolores y las alegrías.

¿Y nosotros, sacerdotes, habríamos de vivir solos, habríamos de estar aislados, llevando un peso más formidable que el de los fieles? Porque si un alma no basta para soportar el peso de la vida común, menos podrá soportar el peso de la vida sacerdotal. Jesús mismo no quiso llevarla solo, y por eso quiso que cerca de Él estuviera la dulce María, y que entre los dos llevaran el peso de las alegrías y de los dolores de los treinta y tres años de su vida mortal.

Cerca de nosotros está siempre un sagrario, y en él está Jesús, el amigo que no nos olvida, que no nos traiciona, en cuyo corazón encontramos siempre lo que ambiciona el nuestro. Podemos pensar que Jesús nos bastaría; pero Él

mismo quiso—seguramente porque Él mismo formó nuestro corazón y sabía sus aspiraciones—que, juntamente con Él, estuviera cerca de nosotros María; porque nuestro corazón necesita la ternura de una madre. Y así, con Jesús y con María, podemos recorrer los ásperos senderos de la vida sacerdotal y llevar sobre nuestros hombros la cruz de Cristo.

Funiculum triplex difficile rumpitur. «Una cuerda triple difícilmente se rompe.» Jesús, María y el sacerdote forman una cuerda triple indestructible.

II

Pero es dulce para nosotros contemplar más de cerca los beneficios que María hace al sacerdote. ¿Para qué nos sirve esa dulcísima Madre nuestra? ¿Qué servicios nos presta? ¿Qué hacen con nosotros sus sacerdotes?

Lo que hace María con nosotros es exactamente lo que hizo con Jesús. Porque nosotros venimos a sustituirle, quedamos en su lugar. Por eso Él no le dijo a San Juan: «Te encargo a mi Madre, cuídame ese tesoro.» No, sino que le dijo: *Esta es tu Madre.* Y luego a María: *Este es tu Hijo.* El único Hijo de María es Jesús. Al decirle «Este es tu Hijo», quiso darle a entender *en adelante éste será tu Jesús.* Y San Juan es el representante de los sacerdotes. Como si Jesús hubiera dicho a María: «Mira, hasta ahora tú has sido mi Madre, mi confidente, mi ayuda; en adelante, éste me sustituye, tú harás con él lo que has hecho conmigo, porque es tu hijo, porque tú eres su Madre.»

Y, en efecto, María hace con nosotros lo que hizo con Jesús.

Podemos reducir a tres los servicios que prestó a su Hijo divino, correspondientes a las tres etapas de la vida de Cristo: la vida oculta, que duró los treinta primeros años: los tres años de su vida pública, y los últimos días, las últimas horas de su sacrificio y de su agonía. Y en estas tres etapas de la vida de Jesús tuvo la Virgen Santísima una función especialísima que desempeñar.

En los treinta primeros años de la vida oculta, María fue la confidente de Jesús, donde depositó toda su confianza. ¿Quién hubiera podido escuchar esas dulces confidencias? ¿Quién hubiera podido sorprender el misterio celestial de aquella intimidad? ¿Cómo, emocionado ante su Madre, no le revelaría sus secretos, no le diría sus proyec-

tos? María fue la primera a quien dijo el gran secreto de su Corazón: el secreto de su Eucaristía. A la Virgen Santísima le debe haber dicho el secreto de su sacrificio; le debe haber confiado las penas hondas que laceraban su Corazón y las alegrías celestiales que inundaban su alma. Fue su dulce confidente. ¿Qué hubiera hecho Jesús llevando en su Corazón tantos secretos de amor y de dolor, si no hubiera tenido un pecho maternal, un corazón purísimo donde depositar sus sagrados misterios?

Después, María fue la que orilló a Jesús, por decirlo así, a que iniciara su vida apostólica en Caná de Galilea. No había llegado aún su hora, no era todavía tiempo de que se manifestara al mundo. Pero la Virgen Santísima le dice de encantadora manera: «¡No tienen vino!», y aunque Jesús protestó que no había llegado su hora, María comprendió que sus palabras tenían una eficacia poderosa sobre su Hijo, y dijo a los criados: «Haced lo que Él os diga.» Y Jesús hizo su primer milagro, comenzó su vida pública a ruegos de la Virgen María.

Yo pienso que en medio de las fatigas de su apostolado, en medio de aquella atmósfera fría e indiferente, en medio de las imprudencias de sus enemigos y aun de los mismos discípulos suyos, Jesús ha de haber buscado como consuelo dulcísimo, como descanso anhelado, como apoyo y fortaleza, a María, que debe haber visto de cuando en cuando, y cuyo recuerdo y amor llevaba Jesús en lo más íntimo de su alma.

Por último, Jesús recorrió la postrera etapa de su vida: en Getsemaní sudó sangre, y después de ignominias sin cuento y de dolores inenarrables, subió las ásperas pendientes del Calvario. Cerca de esa cruz bendita estaba María en pie, llena de fortaleza y de amor, sintiendo en lo íntimo de su corazón los dolores del Hijo, traspasado su pecho por una espada misteriosa, participando de su inmolación, como había participado de su vida pública, como había sido su confidente durante treinta años de su vida oculta.

* * *

Para los sacerdotes hay las mismas tres etapas: nosotros tenemos una vida íntima, una vida pública y también tenemos nuestra pasión.

Nuestra vida íntima es quizá la más interesante de todas: no sólo para el sacerdote, sino para todo hombre lo importante es, no lo que aparece de fuera, sino lo que

hay y lo que es de dentro. El verdadero valor del hombre sólo Dios lo mira, cuando con sus ojos escrutadores contempla nuestro interior. Y en el sacerdote, especialmente, lo que dice a los fieles no debe ser sino lo que se desborda de la plenitud de su contemplación, asegura el Doctor Angélico.

La vida apostólica, que es la vida sacerdotal, debe ser un desbordamiento de la vida contemplativa. El sacerdote debe tener dentro del alma un banquete, el banquete de la luz y del amor, el banquete de su misa, el de una constante comunión con Dios. Cuando el sacerdote no lleva nada dentro, es como una nuez vana, que no tiene más que la corteza, algo inútil, algo estéril; podrá hablar y hacer ruido, nunca podrá llegar hasta lo íntimo de las almas.

Y en esa vida íntima del sacerdote, María es nuestra confidente. Esa vida está compuesta, como toda vida humana, de alegrías y de dolores, Y precisamente porque hemos sido levantados de la tierra, nuestras alegrías son más elevadas, nuestros dolores son más hondos, nuestras confidencias son torrentes que se desbordan.

Por eso necesitamos alguien que nos comprenda, que reciba nuestras confidencias, que nos aliente con su palabra, que enjugue el sudor de nuestra frente y las lágrimas de nuestros ojos. Necesitamos una madre en cuyo regazo podamos descansar cuando nos sintamos cansados; una madre de cuyo corazón estemos seguros, a quien podamos decir todo, lo grande y lo pequeño, lo celestial y lo terreno, las gracias de Dios y nuestras hondas miserias.

Y para esto, Jesús nos dió a María.

Hay secretos—secretos sacerdotales—que no podemos decir a nadie, ni a nuestra madre de la tierra con amarnos tanto y comprendernos tan bien. Sólo a Ella, sólo a María, sólo a su corazón, podemos confiarnos para descansar.

Para nuestra vida íntima tenemos dos tesoros en la tierra: el sagrario y María. Allí está toda nuestra vida; allí es donde aprendemos y oímos en el secreto lo que decimos a veces sobre la cátedra santa. El sagrario es nuestro Nazaret, es el centro de nuestra vida.

Pero no podríamos disfrutar de los encantos de Jesús ni ponernos en contacto con Él, si la Virgen María no nos enseñara a conocerlo, a tratarle y amarlo.

Después, viene para nosotros la vida pública.

¡Ah!, el sacerdote no puede encerrarse dentro de sí mismo, porque para él las almas son todo. Nuestro Señor las puso en sus manos, es otro tesoro que le confió y que

tiene que conservar y acrecentar con el sudor de su rostro y con la sangre de su corazón. No nos podemos encastillar en nuestro egoísmo, porque estamos al servicio de los fieles; somos sus servidores, y los fieles tienen derecho para pedirnos lo que como sacerdotes debemos darles. Y nuestra vida, nuestro gozo y todo lo que tenemos les pertenece, porque así lo quiso Jesús, porque nos dió las almas no para gozar de ellas, sino para sacrificarnos por ellas.

Y ¡qué penosa, qué terrible es la vida apostólica! San Pablo decía que llevamos un tesoro espiritual en vasos frágiles. Si fuéramos ángeles, nos sería muy fácil llevar ese tesoro divino en el alma; mas el sacerdote no es un ser extraño, tiene todas las miserias y tiene todas las grandezas del hombre; lo mismo lo grande que lo pequeño nos hace sufrir; lo mismo lo grande que lo pequeño hace pesada con exceso la cruz de nuestra vida sacerdotal.

Pero no estamos solos, con nosotros está María, que no nos abandona nunca.

Si pudiéramos ver las cosas divinas como podemos ver las cosas terrenas, veríamos que siempre, cerca del verdadero sacerdote, está María... Ella nos sugiere lo que decimos a los fieles cuando predicamos. Ella nos ilustra para que podamos escrutar el abismo de la conciencia humana. Ella sostiene nuestra debilidad cuando queremos decaer bajo el peso de la fatiga y del dolor. Ella es la que nos impulsa hacia la vida apostólica, como impulsó a Jesús en Caná de Galilea.

Y en medio de nuestras dificultades podemos siempre acudir a Ella. María es nuestro apoyo, nuestra fortaleza, nuestra alegría. Y cuando, fatigados en el ministerio sacerdotal, necesitamos descanso, nos lo brinda dulcísimo el regazo de María; y cuando sentimos que su mano bendita enjuga el sudor de nuestra frente, las mayores penas se convierten en alegrías celestiales.

Para nosotros, como para Jesús, tiene que llegar nuestro calvario y nuestra cruz. No podemos dejar de seguir al Maestro por las ásperas pendientes del Calvario.

Y si nos ofreciera otro camino, lo rechazaríamos sin vacilar, pues nuestro amor y nuestro honor sacerdotal exigen que vayamos por donde Él fue, que nuestras plantas se desgarren donde la Sangre de Jesús dejó sus huellas, que nuestras manos y nuestros pies se claven donde se clavaron sus pies y sus manos.

Esa es nuestra gloria, ese es nuestro honor, y gracias a Dios no nos faltará jamás. El mismo Jesucristo lo dijo:

«Si a Mí me han odiado, a vosotros también os odiarán; si a Mí me han perseguido, a vosotros también os perseguirán.» Hace veinte siglos que lo sabemos, hace veinte siglos que nuestra preciosa herencia es la persecución y el martirio.

Y aun cuando los enemigos de la Iglesia no nos persiguieran, el sacerdote tiene siempre secretos calvarios y cruces ocùltisimas. Sufrimos todas las necesidades de la vida humana, y sufrimos las nuestras, las íntimas, las sacerdotales. Hacemos nuestras las penas de las almas, como también sus alegrías. Así como una madre sufre todo lo que sus hijos sufren y siente su corazón desgarrado siempre que alguno de sus hijos se extravia, asi nosotros sentimos las penas y los extravios de las almas que se nos han encomendado. *¿Quién de vosotros*—dice San Pablo—*sufre sin que yo sufra? ¿Quién de vosotros se escandaliza sin que yo sienta que arden mis entrañas?*

Los sacerdotes sufrimos por las almas y sufrimos por Jesùs, por el amado de nuestro corazón, por el amigo íntimo de nuestra vida. Cada injuria que se le hace lastima nuestra alma, cada blasfemia que se le dirije nos hiere el corazón.

Si, el sacerdote tiene que estar en la cruz, es su puesto de honor, alli donde recibió la herencia de María en la hora sacerdotal por excelencia. El sacerdote tiene que estar siempre en la cruz; pero al pie de toda cruz sacerdotal está siempre Maria, que contempla nuestro sacrificio y llena de consuelo celestial nuestra alma.

¡Ah!, si desde lo alto de la cruz no viéramos sino el vacio, no contemplaran nuestras miradas sino la tierra; si no escucháramos otra cosa que las blasfemias del Calvario, no podríamos soportar la terrible lucha. Pero desde arriba de la cruz se ve siempre a María cerca, muy cerca de nosotros. Cuando la sangre de nuestras heridas corre y nuestras penas se exacerban y nos creemos llegados al colmo del dolor, bajamos los ojos y encontramos unos ojos muy tiernos, ojos muy dulces, ojos de madre, los ojos de María, que nos confortan y animan, y entonces sentimos que son pequeños nuestros sufrimientos y que podemos participar todavia más del sacrificio de Nuestro Señor.

Y he aquí lo que es María para el sacerdote: nuestra confidente en la vida íntima, nuestra ayuda en la vida apostólica, nuestro consuelo al pie de la cruz.

* * *

Más que nadie lo debes considerar tú en lo íntimo de tu corazón, sacerdote, que, por primera vez, vas a celebrar el tremendo sacrificio.

Dice San Juan: *Que desde aquella hora, tomó a María por suya.* Aquella hora es ésta. Es la hora de tu primera misa, es la hora del Calvario. También tómala tú por tuya; siempre ha sido tu tesoro, siempre la has amado con toda tu alma, pero ahora de manera especial va a ser tuya. Porque ahora es tuya como sacerdote: Ayer, los sacerdotes te dispensaban este tesoro del cielo; ahora lo posees en propiedad. Aprecia el tesoro riquísimo que has recibido de las manos de Dios, no te apartes nunca de María ni vayas a permitir que por tu culpa brote de sus ojos purísimos una sola lágrima.

Ella será tu confidente, será tu ayuda, será tu amor, será tu Madre; en su regazo descansarás tranquilo; sus manos enjugarán el sudor de tu frente, sus labios te arrullarán para que descanses en sus brazos maternales; a Ella le contarás tus penas y tus alegrías, y en su corazón vivirás tranquilo todos los días de tu vida.

María será tu apoyo y tu fortaleza en la vida apostólica; no des un paso sin Ella. Mira que la vida humana es demasiado pesada para que una alma pueda soportarla sola. No lleves el peso de tu vida sacerdotal solo, sino que contigo lo lleven Jesús y María, para que formen la cuerda triple imposible de romper.

Y cuando llegue para ti el Calvario, que ha de llegar —no querrás permanecer eternamente en el Tabor, sabiendo que Jesús, el amado de tu alma, está en el Calvario—; cuando llegue para ti la inmolación y la amargura, piensa que cerca de esa cruz está María, y vuelve a Ella tus ojos, y en sus miradas encontrarás la fortaleza, el consuelo y la paz...

JESUS, AMIGO DEL SACERDOTE

EN EL XXV ANIVERSARIO DE LA PRIMERA MISA

> *Jam non dicam vos servos, quia servus nescit quid faciat dominus ejus. Vos autem dixi amicos: quia omnia quaecumque audivi a Patre meo, nota feci vobis.* «No os llamaré ya siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su señor. Mas a vosotros os he llamado amigos: porque os he hecho conocer todas las cosas que he oído de mi Padre.»

La amistad es comparada con el vino, en la Escritura, sin duda porque la amistad, como el vino, hace olvidar las penas de la vida y llena de alegría el corazón; pero, sobre todo, la amistad, como el vino, se hace más exquisita y profunda con el tiempo.

El amigo nuevo es como el vino nuevo. El vino nuevo es espumoso y ardiente; mas con el tiempo su aroma es más fino; su sabor, exquisito; al beberlo difunde en el cuerpo suave calor y dulce alegría en el alma. La amistad antigua es como el vino añejo. El tiempo, que todo lo destruye o lo marchita, ni destruye ni marchita la verdadera amistad; antes bien la afina y la hace más dulce y más profunda.

El sacerdocio, que encierra tantos misterios, es en el fondo el misterio de una íntima amistad. En nuestra ordenación oímos de los labios del Pontífice, que es como oírlas de labios de Jesús, las palabras: *Ya no os llamaré siervos, porque el siervo ignora lo que hace su señor; os he llamado amigos, porque todas las cosas que oí de mi Padre os las he dado a conocer*. Y esas palabras no son vanas, porque son divinas. En ese día inolvidable recibimos el tesoro de una íntima amistad con Jesús.

Y como esa amistad es verdadera, sólida y divina, no pierde con el tiempo ni su encanto ni su dulzura, sino que,

como vino añejo, embalsama con su perfume de cielo nuestra alma y llena nuestro corazón con su sabor de vida eterna, siempre antiguo y siempre nuevo, cuando los años han corrido y el alma ha gustado todas las alegrías y todos los dolores, los gozos recónditos y las penas hondísimas del sacerdocio.

La primera misa es dulce e inolvidable como los días de la juventud; tiene suaves tintes de aurora, tiene ricos perfumes de primavera; es el fruto primero de una nueva amistad, el primer abrazo sacerdotal con Jesús, la primera caricia de su nuevo amor, la primera entrevista henchida de dulce intimidad e indecibles encantos; tiene algo de vino nuevo, espumoso y ardiente.

Guardamos en el alma su recuerdo inmortal, y después de muchos años nos parece que fue ayer cuando nuestras manos temblaban de respeto elevando la Hostia Santa, cuando nuestro corazón palpitaba de amor y nuestra alma se estremecía de emoción ante el Misterio divino.

Después de veinticinco años, nuestra amistad con Jesús se ha hecho más exquisita y profunda. ¡Tantos años de tratarlo con dulce familiaridad! ¡Tan firme experiencia de su bondad y de su amor! ¡Tan íntima convicción de que es fiel, de que sabe perdonar y olvidar!

El tiempo nos ha enseñado a conocerlo y a amarlo; hemos sufrido reveses y desilusiones, y en medio de las ruinas de nuestros afectos y de muchas esperanzas, Él solo, Jesús, permanece firme, cada día más grande, cada día más bello, cada día más amante. Las palabras de la Iglesia, tantas veces repetidas, tienen ya para nosotros claro y profundo sentido: *Porque Tú eres el único Santo, el único Señor y el único Altísimo, Jesucristo.*

Nuestro corazón, purificado por el dolor, ha roto todas las ligaduras que lo ataban a la tierra y se ha adherido plenamente al Amigo dulcísimo que llenó de alegría nuestra juventud. Por un trato íntimo y prolongado con Jesús hemos conocido sus recónditos encantos, sus finezas inenarrables, sus delicadezas conmovedoras. Hasta nuestras miserias que Él ha olvidado, hasta nuestras ingratitudes que ha perdonado, nos han descubierto la insondable misericordia de su Corazón; y aunque las lloramos amargamente, las bendecimos también, porque nos han revelado la profunda realidad de aquellas palabras de los Salmos que tantas veces hemos repetido sin comprender: *Porque es bueno, porque su misericordia es eterna. «Quoniam bonus, quoniam in aeternum misericordia ejus.»*

Con los ojos henchidos de lágrimas, con el espíritu lleno de recuerdos, con el corazón saturado de profundas emociones, nos acercamos al altar de Dios después de veinticinco años de sacerdocio, al Dios que llena de alegría la eterna juventud de nuestras almas.

¿No es verdad, hermano mío, que al celebrar hoy tu fausto aniversario gustas, en la profundidad de tu alma, el vino añejo de la amistad de Jesús, más dulce y exquisita que en el día inolvidable de tu primera misa?

Todos los presentes te acompañamos hoy a dar gracias a Dios por tus veinticinco años de sacerdocio; y yo, que, unido también contigo por antigua amistad, me regocijo con tu alegría y participo de tus santas emociones, quiero, como sacerdote, recordarte y recordar a los fieles el misterio de esa intimidad con Jesús y mostrar la profunda realidad de aquellas palabras que escuchaste, como las hemos escuchado todos, en el día de tu ordenación.

¿Las recuerdas? Ya el Pontífice había hecho sobre tu cabeza la misteriosa imposición de manos, ya las tuyas estaban ungidas con el óleo, ya estabas revestido con los ornamentos sagrados y habías recibido el cáliz y la Hostia del sacrificio; con el Pontífice, ya habías hecho bajar al Dios de los cielos sobre el ara santa; y cuando lleno de recogimiento gustabas la delicia de la primera comunión sacerdotal, el Pontífice, en nombre de Jesús, y con una solemnidad sobrehumana, como si vinieran del Cenáculo, pronunció estas palabras: *Ya no os llamaré siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su señor; os he llamado mis amigos, porque os he dado a conocer todo lo que escuché de mi Padre.*

Jesús nos reveló entonces el misterio del sacerdocio declarando el misterio de esa nueva amistad.

* * *

Solamente a los amigos decimos nuestros secretos y solamente a los íntimos les abrimos nuestro corazón hasta su fondo. Y a los sacerdotes nos descubrió Jesús las profundidades de su alma. *Os he llamado mis amigos, porque os he dado a conocer todo lo que oí de mi Padre.* ¿Lo hemos oído? *Omnia, todo.* Con ser su alma inmensa, toda está patente a las miradas del sacerdote; con ser algo prodigioso lo que Jesús oyó del Padre, nos lo dijo todo en las increíbles confidencias de su amistad.

Y no exagero, porque son clarísimas las palabras de Jesús: *Todo lo que oí del Padre os lo he dado a conocer.*

Mas ¿cómo pudo revelarnos todo, si lo que oyó del Padre es infinito, si es el abismo insondable de la sabiduría de Dios?

El Padre no tiene más que una sola palabra, que es su Verbo; y Jesús, como Dios, es esa palabra infinita; y como hombre, oyó con divina plenitud esa palabra, porque esa palabra sustancial llenó con sus divinos tesoros la santa Humanidad de Jesús.

Y esa palabra soberana nos la reveló Jesús, revelándose a nuestras almas; y no nos la dijo una sola vez y como de paso, a la manera que Moisés vió pasar sobre la montaña santa la gloria de Dios, sino que nos dió para siempre esa palabra, puesto que se nos dió a Sí mismo.

Jesús es nuestro, es el don que el Padre nos hizo; porque de tal manera amó Dios al mundo, que le dió a su Hijo Unigénito. Nosotros llevamos en el vaso frágil de nuestra naturaleza ese divino tesoro de la palabra única del Padre.

Guardamos a Jesús en nuestras almas por la fe. San Pablo nos lo enseña: *Christum habitare per fidem in cordibus vestris.* Le guardamos más íntimamente por nuestro amor: *Si alguno me ama, Yo también le amaré, y el Padre también le amará.* Le poseemos con toda la riqueza de su Humanidad sacratísima y con el abismo insondable de su Divinidad en la Santa Eucaristía; y en el misterio de la Comunión, Jesús entra en lo íntimo de nuestro ser, y en la fragilidad de nuestra carne nosotros guardamos el secreto del Padre, la gloria de Dios, su palabra única, y poseemos todo lo que Jesús oyó del Padre.

Sin duda que estas maravillas no son exclusivas del sacerdote, pueden ser de todos los cristianos, y por eso todos gozamos de la amistad de Jesús, que tiene un nombre inefable en el lenguaje cristiano: caridad, nombre divino; porque, como nos lo dijo San Juan: *Dios es caridad.*

Pero los sacerdotes tenemos una manera nueva, singular, secretísima, de poseer a Jesús, de recibir la revelación de la única palabra del Padre.

Los simples fieles cristianos escuchan esa palabra, poseen a Jesús, pero no tienen poder alguno sobre Él. Cuando baja a la tierra le adoran, le aman, le reciben, le estrechan íntimamente en sus almas; pero no le pueden hacer bajar de los cielos. Todas sus plegarias llenas de fe, todos sus anhelos de amor, todos sus gritos de esperanza, todos sus clamores de deseo, no bastan por sí mismos para

atraer a Jesús, para arrancarle de los cielos, para hacerle vivir entre nosotros y para aprisionarle en el tabernáculo, para hacerle nuestro tesoro y nuestra pasión. Son amigos de Jesús, pero no son sus íntimos, no les ha entregado la plenitud de su secreto.

A nosotros, sí. Mil veces hemos presenciado el misterio estupendo, que no admiramos suficientemente, porque nos es ya familiar, y dentro de breves instantes lo volveremos a presenciar.

El ara santa está vacía, la blancura de los metales que la cubren parecen decirnos que esperan la Hostia pura, la Hostia santa, La Hostia inmaculada; pero no está allí aún. Todo está preparado para el sacrificio; arde la cera, quémase lentamente el incienso sobre las brasas, los cánticos sagrados resuenan, los fieles se arrodillan, las almas esperan en amoroso silencio; pero como dijo Isaac al subir al monte de la visión: «¿En dónde está la víctima?»

El sacerdote, que hace veinticinco años subió al altar por vez primera, volverá a subir, y en medio del silencio del cielo y de la tierra, pronunciará unas palabras divinas, las que Jesús pronunció en el Cenáculo, las que nos enseñó a decir; y del seno del Padre vendrá Jesús a las manos del sacerdote, y entre las luces del altar, en medio de las espirales perfumadas del incienso, se elevará Jesús oculto por velos misteriosos, pero patente a la fe y al amor; y la Víctima eterna, la única Víctima agradable al Padre, renovará sobre ese altar el misterio de su inmolación santa y fecunda.

¿No os parece que el misterio del altar es como un trasunto del eterno misterio que se realiza en la vida íntima de Dios? «Tú eres mi Hijo: Yo te he engendrado hoy», dice el Padre, y en los esplendores de la santidad brota, del seno del Padre, su Verbo, blancura de la luz eterna, espejo sin mancha de la majestad divina, imagen de su bondad.

Como eco de la eterna palabra resuenan en el altar las arcanas palabras del sacerdote: *Este es mi Cuerpo. Este es el cáliz de mi Sangre.* Y sobre el altar aparece también la blancura de la luz eterna, velada por la blancura de la Hostia santa y el esplendor del Padre escondido en los accidentes del vino de salud.

¿No es verdad que Jesús nos reveló a los sacerdotes la plenitud de su inefable secreto? ¿No es verdad que nos dio a conocer todo lo que oyó de su Padre celestial?

Somos sus amigos íntimos; nos ha dado sus tesoros; se nos ha dado a Sí mismo de manera inefable, y nosotros, po-

bres criaturas de un día, tenemos poder maravilloso sobre el Eterno.

* * *

No solamente en el altar podemos los sacerdotes realizar el trasunto del eterno misterio de Dios. No; Jesús nos reveló el secreto del Padre en su plenitud.

Si Jesús baja al altar, si vive oculto en el sagrario, es para entrar en las almas y vivir en ellas; pues por ellas se hizo carne el Verbo de Dios, por ellas murió Jesús en el Calvario; las almas son la gloria de Dios.

Cuando Jesús no vive en ellas, las almas semejan el caos inmenso y tristísimo del principio de los tiempos; son algo grande, pero sin luz y sin belleza, porque Jesús es la claridad y la hermosura y la dicha de las almas. A las almas sin Jesús pueden aplicarse aquellos enérgicos epítetos con que caracteriza la Escritura la materia primitiva de la tierra: *inanis et vacua*; son algo vacío, informe, desolado.

Mas cuando el Espíritu Santo se pasea triunfante sobre las almas, como se paseó sobre las aguas en el principio de los tiempos; cuando pone en las almas a Jesús, éstas se iluminan, se embellecen, se transforman, se convierten en un cielo, porque como dijo el autor de la *Imitación*: *Estar con Jesús es dulce paraíso.*

Pero, ¿quién realizará este prodigio? ¿Quién llevará a las almas desoladas y vacías la eficacia de la palabra divina, la inefable fecundidad del Pdre? Una palabra, trasunto del Verbo de Dios, puso el orden y la armonía en el caos primitivo; pues escrito está: *Ipse dixit et facta sunt; ipse mandavit et creata sunt.* La palabra eterna puso como un eco de sí mismo en la materia, y surgió el Universo espléndido y hermoso, como un poema de amor a la gloria divina.

¿Quién, insisto, dirá la palabra eficaz, la palabra fecunda que lleve a las almas, no un eco de la eterna palabra, sino esta misma palabra, al Verbo de Dios, que no es un cántico a la gloria de Dios, sino esta misma gloria?

Según la ordinaria economía de la gracia, el sacerdote es el único que puede pronunciar esta palabra soberana. Es en el bautismo la palabra que regenera y en la penitencia la que perdona y limpia. Y cuando el sacerdote pronuncia esas palabras de vida, una transformación inenarrable se produce en las almas.

¿Quién explicará jamás el misterio de la justificación del pecador? *Eratis enim aliquando tenebrae; nunc autem*

lux in Domino. Antes de la justificación, las almas eran tinieblas; después, son luz en el Señor. Ni el contraste entre la noche oscura y el día espléndido me parece suficiente para hacernos vislumbrar la misteriosa transformación, porque nuestras noches tienen siempre luz. Si pudiéramos apreciar el enorme contraste entre el caos y el Universo después de que los labios divinos dijeron: *Hágase la luz,* tendríamos idea de lo que pasa en el pecador que se justifica.

Como en el risueño amanecer huyen las sombras y la luz se difunde como una caricia de amor sobre la tierra que despierta, y con la luz se esparce por todas partes la vida y la alegría, así acontece con las almas cuando se justifican; las baña la luz divina, las vivifica el amor de los cielos; la gracia diviniza al alma hasta su fondo y la majestad de Dios llena su templo purificado y santo.

¡Y el sacerdote realiza esta transformación con su palabra eficacísima! Si Dios nos hubiera comunicado el secreto de su palabra creadora, nos hubiera hecho en cierto sentido un don menor que comunicándonos el secreto de su palabra que justifica; pues enseña Santo Tomás que la justificación de un pecador es obra más grande que la creación del mundo, y que la gracia de una sola alma es un bien mayor que el bien natural de todo el Universo.

Que se me permita repetir la misma pregunta: ¿no es verdad que Jesús nos dio a conocer todo lo que oyó de su Padre?

* * *

Pero la justificación, con ser tan maravillosa, no es más que el principio de la vida espiritual: la compararía con la aparición de la luz en el Universo. Y así como después de aquella aparición radiosa Dios consumó en los otros cinco días la obra de la Creación y pasó por el Universo, llenándolo todo de orden, de armonía, de belleza, como lo expresó San Juan de la Cruz en esta estrofa incomparable:

Mil gracias derramando
pasó por estos satos con presura,
y yéndolos mirando,
con sólo su figura
vestidos los dejó de su hermosura;

hasta que, concluída su obra grandiosa, vio Dios que todo era muy bueno; y los cielos cantaron la gloria de Dios, y la tierra se llenó de su majestad; así en las almas, después

de justificadas, Dios derrama en ellas innumerables y preciosas gracias y pone en ellas otro orden, otra armonía, otra belleza incomparable superiores a los de la Creación; de tal suerte que, mejor que los cielos, las almas cantan la gloria de Dios, y más que la tierra están llenas de la majestad, de la bondad y del amor de Dios.

Las virtudes florecen, como florecen las campiñas en la primavera; los dones de Dios brotan luminosos en el alma como brotan las estrellas en un cielo purísimo; en el fondo del alma brilla la imagen de la Trinidad Santísima, como se refleja en los cristales de un lago tranquilo la gloria del cielo. Y Dios mismo habita en aquella alma limpia, y la llena, y la posee, y la diviniza; como baña el sol con sus vivos resplandores la sutil nubecilla que flota en el espacio, y la abrillanta, y la penetra, y parece transformarla en luz.

Hasta qué grado altísimo llega esa obra de Dios en las almas, nos lo dan a conocer las maravillosas vidas de los santos, los poemas más bellos que se han cantado en la tierra, dulces algunos como un idilio de amor, sublimes otros como una honda tragedia.

No hay hermosura en la Naturaleza, ni maravilla en el arte, ni descubrimiento realizado por la ciencia moderna que pueda compararse con la obra estupenda que Dios realiza en las almas cuando se desarrollan y llegan a su madurez los gérmenes santos que recibieron en el Bautismo.

Y Dios, que realizó la obra de la Creación sin servirse de ninguna criatura como instrumento, ha querido utilizarnos a los sacerdotes como sus ministros y dispensadores de sus misterios; en tanto que en cada uno de los días de la Creación solamente su voz resonaba en la inmensidad, disponiendo el orden y la armonía del Universo, al adornar y embellecer ese otro universo de las almas, pequeño en extensión, pero inmensamente mayor que el otro por su divina trascendencia —¿quién lo creyera?—, quiere que nuestra voz, la pobre voz del sacerdote que tiene todas las limitaciones y todas las deficiencias, sea la que resuene en lo íntimo de las almas en cada una de las etapas de la vida espiritual, más bellas, más solemnes, más grandiosas que los días de la Creación.

Antes de continuar, necesito reconocer públicamente nuestras miserias; todas, las que tenemos como criaturas, las que son propias de nuestro linaje corrompido, las que son obra de nuestra malicia personal. Como los demás hombres, llevamos en nuestro corazón los gérmenes de la iniquidad, y, a pesar de los dones copiosos que hemos re-

cibido de la mano de Dios, hemos, quizá, manchado nuestra dignidad sacerdotal con nuestras culpas.

Lo digo para gloria de Dios; lo confieso para que resalte por el contraste la divina amistad de Jesús, sus dones riquísimos, su increíble condescendencia, su infinito amor.

Siendo tan frágiles, tan miserables y aun tan pecadores, Jesús ha querido asociarnos a su obra sublime en las almas. Nuestra voz es la que realiza en ellas esas profundas separaciones que la gracia exige, como la voz de Dios dividió las aguas en la aurora de los tiempos; nuestra voz enciende en las almas los divinos luminares que presiden sus días y sus noches, como la voz de Dios hizo brillar en los cielos el sol, la luna y las estrellas; y como esa voz creadora hizo brotar toda las plantas que embellecen la tierra, nosotros, con nuestra voz, hacemos germinar en las almas la riquísima variedad de las virtudes.

Hacemos más, puesto que transformamos a las almas en Jesús, soplamos sobre ellas para infundirles como un soplo de vida al Espíritu Santo, y formamos las almas a la imagen y semejanza de Dios.

Seremos todo lo pequeños y miserables que se quiera, pero nosotros formamos los santos.

Nuestra palabra es la que tiene divina eficacia para santificar; la palabra pública que como sembradores esparcimos desde esta cátedra santa; la palabra íntima y secretísima que decimos al oído de los fieles en el divino misterio de la dirección; la palabra sacramental que hace lo que dice, como la palabra de Dios; y la palabra del padre y maestro que, tenga o no los caracteres de la elocuencia, de la sabiduría y de la prudencia humanas, tiene la unción del Espíritu Santo y la ráfaga de luz del Verbo eterno y la divina fecundidad del Padre celestial.

Per stultitiam praedicationis voluit Deus salvos facere credentes: «Por la locura de la predicación quiso Dios salvar a los creyentes», dijo San Pablo. Y nosotros predicamos siempre, lo mismo en medio de las solemnidades de nuestras fiestas, como en el silencio de los confesonarios.

Y el misterio de nuestra palabra es siempre el mismo, el que expresó el Apóstol con fuerte energía: *Per stultitiam praedicationis*. El que quiera explicar por razones humanas la virtud de nuestra palabra, fracasará. Humanamente es una necedad, es una locura, así nuestra palabra pública, como nuestra palabra íntima. Muchos habrá más elocuentes, más artistas; pero Dios ha rechazado esas cosas, la sabiduría de los sabios, la prudencia de los prudentes.

La eficacia divina que se esconde en el fondo de la necedad, de la locura de nuestra predicación, ¿sabemos en qué consiste? En que Jesús nos ha confiado en el exceso de su exquisita amistad todo lo que oyó de su Padre; en que nosotros envolvemos, si se quiere, en palabras imperitas, la palabra única de Dios, la eterna, la fecunda, la que penetra como espada de dos filos hasta las divisiones del alma y del espíritu, la que nunca vuelve vacía e infructuosa a los labios divinos que eternamente la pronuncian.

Nosotros no poseemos la elocuencia de las palabras, sino el secreto del Verbo de Dios.

Y para que la plenitud del secreto de Jesús fuera perfecta, no solamente comunicamos al Verbo de Dios envuelto en el velo frágil de la elocuencia humana, sino que lo comunicamos también cubierto con los blanquísimos velos eucarísticos, y con nuestras manos consagradas ponemos en los labios y en el corazón de los hombres al Verbo hecho carne, al Verbo hecho nuestra eucaristía, para ser el alimento de las almas.

¡Ah! Sí. Jesús nos confió su secreto, Jesús nos entregó su tesoro. Jesús se nos dió a Sí mismo de una manera nueva, singular, inefable. Nosotros tenemos la prerrogativa divina de repetir como un eco de la palabra eterna del Padre las palabras arcanas que ponen a Jesús sobre el altar, las palabras santificadoras que ponen a Jesús en las almas.

No somos siervos, porque no nos oculta Jesús los misterios que realiza en la tierra; somos sus amigos, porque todo lo que oyó de su Padre nos lo ha revelado.

Por eso, el Pontífice nos dijo en el día de nuestra ordenación las palabras dulcísimas del Cenáculo.

* * *

¿No resuenan aún en tus oídos, hermano mío, como si hoy las pronunciara el añorado Pontífice que te ordenó? ¿No resuenan aún bañadas con la luz crepuscular del recuerdo y embalsamadas con su exquisito perfume?

Pero, no, no fue ayer solamente cuando le dijeron esas palabras; Jesús te las ha dicho siempre, te las dice aún. ¿No las escuchas en estos instantes, más claras, más dulces, más solemnes, como una suave caricia de amor de tu Amigo fidelísimo? Y ahora las comprendes mejor que hace veinticinco años; tu espíritu, maduro ya, tiene luz más clara para penetrarlas; tu corazón, purificado por el dolor, se abre más ampliamente para recibir la amorosa con-

fidencia; tu alma, sacudida por todos los vendavales de la vida, tiene ya esa augusta serenidad que nos hace escuchar mejor a Jesús.

Oyelas en el silencio de tu alma; óyelas de esos labios divinos que no han cesado de decírtelas en veinticinco años. Tú has sentido, tú has gustado en toda tu vida sacerdotal la dulce, la fidelísima amistad de Jesús; la has gustado en esos momentos de cielo que tiene siempre el sacerdote cerca de Jesús; la has gustado en medio de la lucha, hasta en el fondo de tu miseria, hasta en la ignominia de tu ingratitud para con Jesús.

¿Acaso cuando has vuelto a Él después de tus deficiencias no le has encontrado siempre dulce, siempre misericordioso, siempre amante, siempre el mismo? ¿No te ha dicho, cuando, humillado y contrito, te has arrojado en sus brazos dulcísimos, las palabras inefables de su eterna amistad?

¡Ah! Jesús, el incomparable amigo de nuestra vida sacerdotal, es fidelísimo, sabe perdonar y sabe olvidar, y, sobre todo, sabe amar como nadie amará nunca, como nadie comprenderá jamás. Sus dones son sin arrepentimiento y su amistad es eterna.

Entrégate sin reservas a esa divina amistad; ábrele tu corazón y confíale tus secretos como Él te ha confiado los suyos; dale tu corazón y tu vida sacerdotales; sé verdadero amigo de Jesús como Él ha sido tu amigo incomparable.

Sé fiel hasta la muerte, para que cuando tus ojos se apaguen a la luz de este mundo y se abran al esplendor de la eternidad, escuches de los labios del Juez las dulces palabras sacerdotales, las palabras de la amistad que oíste hace veinticinco años, y recibas la suprema, la definitiva, la eterna revelación del secreto sacerdotal de Jesús, en el seno inmenso y amoroso del Padre.

LAS EPIFANIAS DE JESUS AL SACERDOTE

EN EL XXV ANIVERSARIO DE UNA PRIMERA MISA

Mihi vivere Christus est. «Para mí, vivir es Cristo» (Phil., I, 21).

El verdadero valor de un hombre y la gloria de su vida no está en las palabras que brotan de sus labios, por elocuentes que sean, ni en el éxito de sus empresas, por grandes que las supongamos; el verdadero valor de un alma y de una vida está en el interior, en las palabras que el hombre se dice a sí mismo en el silencio de su santuario íntimo, en el tesoro que lleva escondido en los profundos senos de su alma, en algo que los demás ignoran, en algo que muchas veces ignora el mismo que lo lleva escondido en su propio corazón.

El artista realiza la belleza esculpiéndola en los mármoles o haciéndola palpitar en maravillosas policromías; pero su obra exterior, aun cuando sea una obra maestra, no expresa lo mejor y lo más exquisito del artista; esto está oculto, porque lo lleva escondido en los pliegues de su espíritu; es el ideal que ha visto y que no se puede expresar cumplidamente; es la ilusión estética inenarrable que se traduce al exterior, pero que nunca descubre su acabada plenitud.

El sabio ilumina con la luz de la verdad las inteligencias que le rodean; pero la fuente de esa luz la lleva dentro, el sol de donde dimanan esos rayos está escondido; a la manera que el astro del día antes de aparecer en el Oriente ilumina la tierra, pero nuestras pupilas no pueden contemplar su disco radioso.

Un héroe que pasa a la posteridad por sus hazañas, lleva dentro de sí mismo la fuente de su heroísmo, la fortaleza íntima de donde emanan sus gestas nobles y gloriosas.

El verdadero valor de un hombre y de una vida está

dentro, y esta ley de nuestra vida se realiza también en en el orden sobrenatural. La vida sobrenatural es algo escondido en lo más exquisito de nosotros mismos: *Ecce enim regnum Dei intra vos est*, lo dijo Jesucristo: «El reino de Dios está dentro de vosotros mismos.» *Omnis gloria filiae regis ab intus*: «La gloria de la hija del rey es interior», se dice en los Salmos.

¡Ah!, nosotros mismos contemplamos con admiración la vida de los santos, sus biografías nos descubren las maravillas que realizaron sobre la tierra, en sus escritos percibimos el perfume celestial de sus virtudes; pero la gloria de los santos está escondida en su corazón, y sólo un día la contemplaremos a la luz excelsa de la gloria.

Y siendo el sacerdocio algo sublime, exquisito, en el mismo orden sobrenatural, también la gloria del sacerdocio es algo interior. Lo mejor del sacerdocio no son las palabras llenas de unción que deja caer sobre las almas; no son los consuelos que vierten en los corazones heridos; no es la mano que extiende para levantar a los caídos del cieno del pecado o para guiar a las almas hasta la cumbre de la perfección, no; lo más exquisito, lo más bello, lo más santo de la vida sacerdotal es algo íntimo, es algo escondido que llevamos en el alma; tal vez ni nosotros conocemos perfectamente el secreto de nuestro sacerdocio.

Mientras vivimos en el mundo no aparece lo que somos; solamente a las veces y en momentos solemnes, brillan en el fondo de nuestro corazón los relámpagos, que nos revelan el divino tesoro que llevamos escondido.

Por eso, hoy que debo tratar del sacerdocio, porque, llenos de júbilo y de alegría, venimos a acompañar a un hermano nuestro que cumple veinticinco años de vida sacerdotal, yo quiero hablar de esa fuente oculta, exquisita, divina, de nuestra vida.

No diré nada del sacerdote que pasa por la tierra haciendo el bien a semejanza del divino Maestro, no trataré de su palabra que llena el mundo, ni de su acción que lo hace la sal de la tierra; sólo quiero hablar de la vida interior, oculta, íntima, del sacerdote; de esa vida que constituye nuestra gloria, que es el don más perfecto y más excelente que hemos recibido de Dios Nuestro Señor.

Para que pueda hablar de esos misterios ocultos y profundos; para que pueda tocar el corazón de mi hermano hablándole de sus recuerdos, de sus realidades y de sus esperanzas; para que pueda edificar vuestra vida, haciéndoos comprender mejor lo que somos los sacerdotes, y así

nos rodeéis de veneración, de estimación y de cariño, es preciso que imploremos el auxilio de Dios, que invoquemos al Espíritu Santo—el único que puede sondear los misterios del corazón del sacerdote—, poniendo por intercesora a la bienaventurada Virgen María.

* * *

San Pablo, que escrutó con mirada profunda todos los misterios y que tuvo el don de encontrar palabras adecuadas y bellísimas para expresarlos, tiene una frase comprensiva y lapidaria para expresar la vida íntima del sacerdote: *mihi vivere Christus est.* «Para mí, vivir es Cristo.» No se podría expresar con menor número de palabras y con mayor precisión y energía ese secreto que los sacerdotes llevamos en el alma, esa vida que constituye nuestra gloria. La vida del sacerdote es Jesús, Jesús que aparece a nuestro espíritu radiante y transfigurado, y lo envuelve en los esplendores de su luz; Jesús, que nos robó el corazón y lo encendió en fuego divino; Jesús, que como un exquisito perfume se difunde en nuestro ser y en nuestra vida, y la embalsama, y la impregna, y la transfigura...

El primer contacto que tuvimos con Jesús, su primera aparición en nuestra alma, fue en los días tranquilos de nuestra infancia. Entonces su figura apareció lejana y misteriosa, como la estrella de los Magos, pero también como ella radiante y atractiva.

Apenas sabíamos en los primeros años de nuestra vida lo que era Jesús, pero sentíamos el atractivo poderoso que ejerce sobre los corazones sencillos y las almas puras. Vislumbramos ya a ese Jesús que, en el transcurso de los siglos, sigue repitiendo su divina palabra: *Dejad que los niños se acerquen a Mí, porque de ellos es el reino de los cielos*; y atraídos por su luz corríamos a Él, y nuestros ojos ingenuos lo buscaron, y nuestro corazón empezó a amarlo, y nuestra vida comenzó a pertenecerle.

Nuestro corazón es nuestro tesoro; pero este corazón debemos darlo para que se engrandezca; la felicidad consiste en hacer a alguno el don de nosotros mismos. Y las criaturas nos rodearon, y sentimos el atractivo de ellas. ¿A quién le daríamos nuestro corazón?

Y en medio de los ardores de nuestra juventud, volvió a aparecer ante nuestra alma Jesús: hermoso, dulcísimo, divino, y no vacilamos...; juzgamos como nada todas las

cosas de la tierra y le dimos a Jesús nuestro corazón, todo y para siempre.

Y un día inclinamos la cabeza ante el Pontífice, y él cortó nuestros cabellos, al mismo tiempo que decíamos con toda la expresión juvenil de nuestra alma: *Dominus pars haereditatis meae et calicis mei, tu es qui restitues haereditatem meam mihi.* «El Señor es la porción de mi herencia y de mi cáliz; Tú, Señor, eres el que me restituyes mi propia herencia.» Y desde aquel día inolvidable Jesús entró a nuestro corazón; desde entonces lo llevamos dentro, Él es nuestra vida, nuestra única vida.

* * *

Pero el Jesús que recibimos cuando nos iniciamos en el estado eclesiástico, el Jesús de nuestra primera misa, no cabe duda que es, si se me permite la expresión, un Jesús limitado; más tarde crecerá en nuestra alma, lo conoceremos mejor; pero, entre tanto, es el Jesús que nos llamó, el Jesús a quien entregamos el corazón, aquel Jesús de nuestra juventud cuyo atractivo no se vuelve a repetir, pues es el atractivo de todo lo que comienza, tenue y rosado como la aurora, jubiloso y fresco como la mañana, perfumado y esplendente como la primavera, ardiente y risueño como la juventud...

Jamás volveremos a sentir aquellas impresiones inolvidables y únicas que sentimos cuando Jesús nos llamó, cuando nos abrió sus brazos, cuando nos sonrió por primera vez, cuando nos pidió el corazón, cuando se lo dimos con toda generosidad de nuestra alma.

Pero con ser tan bello el Jesús que nosotros conocimos y que amamos en los días risueños de nuestra juventud, en los primeros años de nuestro sacerdocio, no es más que una aurora que crece, que va creciendo siempre hasta convertirse en la plenitud del mediodía.

La vida sacerdotal, en lo que tiene de más íntimo y exquisito, es Jesús, que crece en el fondo de nuestra alma; es una aurora, primero; después, un amanecer; más tarde, una mañana radiosa; y si somos fieles a la gracia de nuestra ordenación, llegará a ser la plenitud del mediodía.

San Pablo expresaba este misterio con otra fórmula también exquisita y profunda: *Nos... gloriam Domini speculantes, in eamdem imaginem transformamur, a claritate in claritatem, tanquam a Domini spiritu.* «Nosotros, contemplando la gloria de Dios, nos transformamos en la mis-

ma imagen, caminando de claridad en claridad.» Esa es la vida íntima del sacerdote, caminar de claridad en claridad para conocer cada día mejor al Jesús al que hemos entregado el corazón y la vida; caminar de claridad en claridad para que nuestro corazón vaya creciendo de amor en amor, de fuego en fuego, hasta que un día seamos transformados en la imagen divina.

* * *

Pudiéramos decir, atendiendo al espíritu de la liturgia en estos días, que la vida sacerdotal es una epifanía constante, o bien una serie de epifanías; es Jesús, que se nos va manifestando cada vez más claramente, que nos va robando más el corazón, que va poseyendo más nuestra vida, y al que nosotros le entregamos los dones simbólicos de oro, incienso y mirra, que expresan el don único, el don inenarrable de nosotros mismos.

Yo distingo en el sacerdote cuatro epifanías, cuatro manifestaciones de Jesús, cada una de las cuales va creciendo de claridad en claridad, hasta que lleguemos a la divina transformación.

La primera epifanía del sacerdote está en el Evangelio.

El Evangelio nos manifiesta a Jesús; esas páginas del libro inmortal están llenas de Él. ¡Ah, si supiéramos comprender profundamente el Evangelio! A través de las palabras y de las enseñanzas, de los símbolos y de las figuras, no vemos más que la excelsa, la augusta, la divina figura de Jesús.

El sacerdote estudia sin cesar el Evangelio, y el Evangelio le está revelando sin cesar a Jesús; cada día las páginas del libro sagrado son para nosotros más claras; cada día el santo Evangelio abre ante nuestro espíritu horizontes más vastos; cada día las palabras de Jesús tienen para nosotros un sentido más profundo, y, paralelamente, cada día Jesús va llenando más nuestro espíritu y nuestra vida.

San Pablo nos enseña que la única ciencia del sacerdote debe ser la ciencia de Jesús: *Yo no he querido*—les decía a los fieles de Corintio—, *yo no he querido saber ante vosotros otra cosa que a Jesucristo, y a Jesucristo crucificado*. Es nuestra ciencia, la única ciencia del sacerdote. Si en las aulas aprendimos otras cosas, si nuestro ingenio, si nuestra experiencia ha acumulado muchos conocimientos, ¡ah!, todas esas cosas debemos despreciarlas; son a lo sumo el pedestal, el pobre pedestal de la única ciencia

sacerdotal, la ciencia de Jesucristo, y de Jesucristo crucificado.

Todo lo que hemos aprendido, como todo lo que hemos enseñado, no nos sirve, no nos puede servir para otra cosa sino para conocer mejor a Jesús, para que el Evangelio nos entregue sus misterios y, a través de sus páginas sencillas, pero llenas de luz, podamos contemplar la figura colosal y divina del Cristo.

Y así nos ha sucedido; de claridad en claridad, el Evangelio nos ha revelado su secreto; de claridad en claridad, cada día ha aparecido ante nosotros más precisa, más de cerca, más luminosa, más dulce, la persona adorable de Jesucristo Señor nuestro.

La primera epifanía del sacerdote es una epifanía de luz.

* * *

Pero hay otra, no diré más perfecta, pero sí más íntima: es la epifanía del sagrario.

El sacerdote y la Eucaristía están absolutamente unidos. Jesús hizo el sacerdote para la Eucaristía, e hizo la Eucaristía principalmente para el sacerdote. El día que nosotros desapareciéramos, desaparecería la Eucaristía de la tierra; y el día que se acabara la Eucaristía, no podría subsistir el sacerdote católico. Estamos unidos, nuestras relaciones con Jesús en el sacramento del amor son estrechísimas; es el amigo fiel, el confidente que jamás nos abandona, que siempre recibe los íntimos desahogos de nuestro corazón.

No nos dejemos engañar por las apariencias. ¿Sabemos cuáles son las mejores horas, las más felices, en la vida del sacerdote? ¿Serán los momentos en que en nombre de Dios anuncia la divina palabra e ilumina las almas y mueve los corazones? ¿Serán acaso los mejores instantes del sacerdote aquellos en que se dedica a aumentar la gracia y a aquilatar la blancura del alma? ¿Serán los más dulces momentos para el sacerdote aquellos en que extiende su mano consagrada para purificar al pecador y arrancarlo de las garras del demonio y arrojarlo en los brazos de Dios? ¿No será acaso cuando después de penosos esfuerzos el sacerdote llega a contemplar un alma que ha recorrido todas las etapas de la vida espiritual, y ha arribado a la cumbre, y allí encontrado al Amado de su corazón, y se ha unido a Él con vínculos indisolubles?

No; los mejores instantes del sacerdote son los que pasa cerca del sagrario bendito, con su amigo íntimo, con el inseparable compañero de su vidá, con Aquel que es su fortaleza, su consuelo y que ha llegado a ser su propia vida.

En el silencio del alma sacerdotal se comunica Jesús, y nos enseña sin ruido de palabras, y las emanaciones de amor de su Corazón llegan hasta las profundidades de nuestro pobre corazón. ¡Cuántas veces, como San Pedro, queremos decir al pie del Sagrario: *Bonum est nos hic esse!* «¡Qué bueno es permanecer aquí!» ¡Cuántas veces le decimos a Jesús: «Señor, no permitas que me separe de Ti; haz que viva cerca de tu tabernáculo, cerca de esta tienda que yo mismo te he levantado, que yo viva siempre en el eterno Tabor de la Eucaristía.»

En ese contacto íntimo de oración, de amor, de fe, de confianza, de intimidad, Jesús va creciendo en nuestras almas; cada día nos es más familiar; cada día nos es más íntimo; el silencio del sagrario se puebla de palabras divinas; nosotros sentimos cerca de la divina Eucaristía yo no sé qué atractivo misterioso, qué júbilo de bienaventuranza, qué preludios del cielo.

La segunda epifanía del sacerdote es una epifanía de amor y de intimidad por la Eucaristía.

* * *

Pero no vayamos a pensar que sólo en el Evangelio o en la Eucaristía encuentra el sacerdote a Jesús: lo encuentra en todas partes. El sacerdote sabe cuánta verdad encierra la expresión del Apóstol: *Omnia et in omnibus Christus. «Jesucristo es todo en todas las cosas creadas.»*

¿Sabemos cuál es la tercera epifanía del sacerdote? Son las almas. En las almas nosotros encontramos a Jesús. ¡Ah!, quizá muchos no conprendan este pensamiento, creyendo quizá que las almas son para el sacerdote una carga; sí, lo son en verdad, a la manera que Jesús es una carga. La leyenda dice que cuando el gigante Cristóbal llevaba sobre sus hombros a Jesús, le dijo: «Niño, pesas más que un mundo.» Así pesa Jesús, así pesan las almas; pero es una carga dulcísima, porque cuando llevamos sobre nosotros el peso de las almas, es a Jesús a quien llevamos, a Jesús, que pesa más que un mundo; pero a Jesús, que es más dulce que los cielos.

No conoceríamos bien a Jesús si no nos acercáramos al

fondo de las almas; porque cuando nos acercamos a esos abismos descubrimos lo que es Jesús para ellas, su bondad, su condescendencia, su amor, su delicadeza inefables. Jesús es dulcísimo para cada alma, se adapta maravillosamente a cada una según su mentalidad, su temperamento, sus atractivos. Él es niño con los niños, y artista con los artistas, y sabio con los sabios, y sencillo con los sencillos. Y nosotros le vemos obrar en las almas, y a medida que le vemos, le vamos conociendo y sabiendo su modo, su táctica, su espíritu, su bondad, su misericordia.

De manera que si no nos acercáramos a las almas, Jesús no se nos revelaría en toda su grandeza y en todo el esplendor de su bondad y de su misericordia.

Más aún: las almas mismas nos reflejan a Jesús. Cada alma es un cristal de un lago en donde se refleja al Sol divino. Ver a las almas es ver a Jesús; en ellas se contemplan, se palpan los rasgos divinos de Cristo.

Para el sacerdote, las almas son el complemento del Evangelio, y, me atreveré a decirlo, son el complemento de la Eucaristía; la epifanía en las almas es la epifanía espléndida que nos hace conocer a Jesús maravillosamente, que nos hace descubrir su modo íntimo, su misericordia, su amor, su bondad, su grandeza, su omnipotencia.

* * *

Me resta aún hablar de otra epifanía, la más íntima: la epifanía de Jesús en nuestro propio corazón.

¡Ah!, en nuestro corazón lo llevamos. Entró allí el día que le entregamos el alma, el día que le dijimos: *Dominus pars haereditatis meae et calicis mei; Tu es qui restitues haereditatem meam mihi.* «El Señor es la porción única de mi herencia y de mi cáliz; Tú, Señor, eres el que me restituyes mi propia herencia.»

Durante el transcurso de nuestra vida sacerdotal, Jesús ha ido creciendo en nosotros, y lo hemos encontrado fuera: en el Evangelio, en el Sagrario, en el santuario de las almas; pero, sobre todo, en nuestro propio corazón.

Y en nuestro corazón está el Jesús nuestro, el que se ha adaptado plenamente a nuestra pequeñez, el que nos comprende, el que nos ama, el que considera nuestros trabajos y nuestros dolores, el que conoce lo más íntimo de nuestras confidencias... Es el Jesús nuestro, el que se revela en nuestro propio corazón y nos manifiesta lo que no nos manifiesta en ninguna otra parte.

Para saber cómo ama Jesús, necesitamos entrar dentro de nosotros mismos; sólo así podemos conocer todas las delicadezas y las delicias de su amor.

El amor es así, se puede formar algún concepto de lo que es el amor, estudiando los demás corazones; pero para conocer perfectamente la ciencia del amor, necesitamos entrar dentro de nuestro propio corazón. Acabamos de saber lo que es el amor cuando amamos; acabamos de comprender ese misterio el día en que somos amados.

Y ese Jesús que está dentro de nosotros es el Jesús que nos ama, de quien hemos recibido acá, dentro del corazón, delicadezas exquisitas.

* * *

Pero no creamos que conocemos a Jesús, más que por otra cosa, por los consuelos que vierte en nuestra alma y por las luces con que ilumina nuestro espíritu, no; la transfiguración íntima, la que hace Jesús dentro de nuestro propio corazón, se nos manifiesta no tanto por el consuelo y por la luz, cuanto por los dolores y por las humillaciones.

¡Ah!, cuando sufrimos, cuando sentimos los sacerdotes en el interior del corazón amarguras mortales, entonces, a través de nuestros dolores, la figura de Jesús se afina.

Yo no sé por qué, pero el dolor se transforma rauda y fácilmente en luz. ¿No hemos visto que hasta los mundanos, cuando son sacudidos por el dolor abren los ojos? ¿No hemos comprobado que la luz del dolor es la más espléndida, con la única que llegamos a comprender ciertos misterios de la vida? El que no ha sufrido, ¿qué sabe? *El que ha sufrido*—ha dicho alguien—*es como el que sabe muchas lenguas: comprende a todos, y de todos es comprendido.* El que ha sufrido mucho posee en el fondo de su corazón un gran tesoro.

Cuando sufrimos se disipan las vanidades que oscurecían como nubecillas el firmamento de nuestras almas, y Jesús aparece radiante ante nuestro espíritu.

Para conocer a Jesús plenamente, hay que conocer al Jesús doloroso; hay que mirarlo enclavado en la cruz, en la cima sangrienta del Calvario; pero para mirar a Jesús allí es necesario que participemos de sus dolores, que llevemos en el cuerpo y en el alma los estigmas de su Pasión.

* * *

Pero todavía quiero hablar de otro misterio quizá más extraño y más desconcertante que el misterio del dolor: quiero hablar de otra epifanía de Jesús en lo íntimo de nuestro corazón. No solamente le vemos a través de nuestros consuelos y a través de nuestros dolores, sino, lo que es más, le miramos a través de nuestras miserias. Y por eso, si no tuviéramos otro motivo para amarlas y bendecirlas, nos bastaría éste.

¡Dichosas miserias que nos revelan a Cristo!

Todos las tenemos, y si alguno dijera que no las tiene se engañaría a sí mismo, y la verdad no estaría en él. Todos llevamos dentro de nuestro ser una herencia de maldición que nos legaron nuestros padres; como dice el apóstol San Pablo, llevamos tesoros maravillosos en vasos frágiles.

En la ordenación sacerdotal no se transformó el vaso fragilísimo, sino que en él se depositaron los tesoros sacerdotales.

Nosotros estamos llenos de miserias, vuelvo a repetirlo; ni la gracia de la ordenación, ni la opulencia del don de Dios que hemos recibido, han quitado lo grosero y lo frágil de los vasos en que recibimos los tesoros celestiales; y nuestra vida socerdotal, esa vida que está llena de gracias y de dones de Dios, está igualmente llena de miserias. Pero esas miserias nos han revelado a Jesús en un aspecto divino y delicadísimo.

Él es el único que comprende nuestras miserias y que no se aparta de nosotros cuando aparecen; se diría que nuestras miserias lo atraen, se diría que nuestras miserias enternecen su Corazón.

Los hombres, cuando descubren nuestros defectos, se alejan; tienen hasta cierto punto razón, ¡son tan repugnantes! El único que no se aleja por nuestras miserias es Jesús. ¡Ah, Jesús sabe perdonar, Jesús sabe olvidar, Jesús sabe curar, Jesús sabe transformar!...

¡Cuántas veces nosotros, como aquel pobre judío de quien habla el Evangelio, estamos cubiertos de heridas en la vera del camino de la vida, y Jesús es el buen Samaritano que se acerca a nosotros con amor, que vierte el vino y el aceite en nuestras llagas, y que no solamente paga para que nos curen, sino que Él mismo nos lleva en sus brazos benditos y nos coloca sobre sus hombros y nos estrecha en su Corazón!

¡Ah!, yo agradezco a Jesús que me ame, le doy gracias inmensas por todos los dones de que me ha colmado; pero

si he de decir la verdad, yo agradezco a Jesús, más que todo, que me soporte, que no se retire de mí por mis miserias, sino que, al contrario, se acerque entonces más a mí con la sonrisa más dulce de sus labios, con el amor más tierno de su Corazón... ¡Bendito Jesús que sabe soportarnos y que no se asusta por nuestras miserias!

Por eso, a través de ellas nosotros descubrimos al Jesús que es superior a todos nuestros defectos, al Jesús que no se horroriza de nuestros pecados, al Jesús que nos abre sus brazos y nos introduce en su Corazón para que vivamos en él y de él hagamos como un cielo anticipado.

* * *

Hay cuatro epifanías en la vida sacerdotal: una epifanía de luz en el Evangelio, una epifanía de amor en el sagrario, una epifanía de fecundidad en las almas, una epifanía inenarrable en lo íntimo de nuestros corazones.

A través de nuestros dolores, a través de nuestras miserias, contemplamos a Jesús, a ese Jesús que va creciendo cada día más radiante, cada día más preciso, cada día más bello en nuestra alma, a ese Jesús que nos robó el corazón, al que vamos siguiendo cada día más perfectamente, y que embalsama con perfume divino toda nuestra vida. Ese Jesús es la vida del sacerdote: *Mihi vivere Christus est.* «Para mí, vivir es Cristo.»

* * *

Veinticinco años de vida sacerdotal es la marcha triunfal de Jesús en el alma del sacerdote; marcha triunfal de luz, de amor, de dolor, de humillación y de esperanza.

Nuestro hermano ha sentido todas estas cosas en lo íntimo de su alma; nuestro hermano ha visto crecer a Jesús en su alma, de claridad en claridad, ha conocido estas epifanías; y él, a su vez, como los dones misteriosos de los Magos, le dió a Jesús desde pequeño su corazón.

Al participar de su triunfo, al ayudarle a dar gracias a Dios Nuestro Señor por los beneficios recibidos en este cuarto de siglo, pidamos para él las gracias de Dios. Arrodillémonos ante el acatamiento de Dios, arrodillémonos ante la Virgen de Guadalupe, cuya imagen lleva él esculpida en su alma.

* * *

Señor, a tus plantas divinas y bajo tu manto azul, ha venido nuestro hermano a celebrar veinticinco años de vida sacerdotal.

¡Madre! ¡Madre!, sigue dándole a Jesús como se lo has dado hasta ahora.

Los Magos encontraron a Jesús en tus brazos, en tu regazo; todos los sacerdotes encontramos a Jesús en Ti y todas las epifanías sacerdotales aparecen en tu regazo y en tu Corazón.

¡Señor, que Jesús crezca en el alma de nuestro hermano; que cada día sus epifanías sean más espléndidas y más radiosas; que Jesús le llene con su luz y con su amor y con su fecundidad y con sus dolores; que le llene con todas sus gracias; que le encuentre en las páginas sagradas del Evangelio, en el cielo del sagrario, en el santuario de las almas, en lo íntimo de su corazón; que vaya creciendo más y más para que, de claridad en claridad, se transforme en su imagen divina, mientras llega la inefable, la eterna epifanía del cielo!...

EL MISTERIO DE LA FIDELIDAD

EN EL XXV ANIVERSARIO DE UNA PRIMERA MISA

Vocabatur fidelis et verax. «Era llamado fiel y veraz» (Apoc., XIX, 11).

PARECE el tiempo uno de los grandes enemigos de nuestro linaje: destruye nuestras obras, desconcierta nuestros designios, deshoja nuestras esperanzas. Bajo la acción lenta, pero demoledora y eficaz del tiempo, los imperios se desmoronan, las instituciones humanas se destruyen y cambia de cauce nuestra historia.

De una manera especial parece que el tiempo es enemigo de nuestro corazón. ¡Cómo marchita nuestras ilusiones, cómo disipa nuestros sueños, cómo enfría nuestros afectos y los arranca de nuestro corazón cuando los creemos más profundamente arraigados!

Cuando amamos, soñamos siempre en un amor inmortal; cuando amamos, nunca dejamos de decir que amaremos siempre... ¡Ah!, y una triste y penosa experiencia nos enseña cuán inconstante es nuestro corazón, cuán frágiles nuestros afectos: viene el tiempo y despoja de sus encantos a los seres que amamos, produce en ellos la inevitable decadencia, y, con las galas que les arranca, parece que se lleva también los afectos de nuestro corazón.

Y muchas veces ni siquiera necesita el tiempo hacer ese despojo para arrancar de nuestro corazón el amor; basta que el tiempo pase, que vaya limando poco a poco lo humano, para que, por la natural inconstancia de nuestro corazón, dejemos de amar hoy lo que ayer amamos, y dejemos de pensar en un amor inmortal.

Por eso, cuando logramos alcanzar una victoria sobre el tiempo, cuando una institución nuestra, una obra de nuestras manos y, sobre todo, un amor de nuestro corazón triunfa del tiempo y subsiste a pesar de la acción de-

moledora de éste, celebramos el acontecimiento con regocijo y con admiración, y, parodiando la palabra del apóstol San Pablo, nos enfrentamos al tiempo y le decimos: ¡Oh tiempo! ¿En dónde está tu poder? ¿En dónde está tu victoria?

Este es el sentido profundo de los aniversarios que celebramos; cada aniversario es un triunfo sobre el tiempo, cada aniversario es una victoria de nuestro corazón sobre las vicisitudes propias de la vida humana.

Hoy celebramos un aniversario gratísimo y trascendental; un hermano nuestro en el sacerdocio cumple veinticinco años de vida socerdotal, veinticinco años que a los ojos de Dios son como un momento fugaz—aun en el transcurso de la historia humana, veinticinco años son un instante—, pero que en nuestra pobre vida individual son un triunfo sobre el tiempo. Que cualquiera institución dure veinticinco años ya es cosa notable; pero que un afecto noble dure veinticinco años en nuestro corazón, es una victoria sobre el tiempo, es algo que merece nuestro regocijo y nuestra admiración.

Y ¿hemos pensado lo que son veinticinco años de vida sacerdotal? ¡Ah!, no me llama la atención en ellos las gracias opulentas que Dios ha derramado sobre el sacerdote; sólo Dios sabe el número y la calidad y la índole de las gracias sacerdotales que derrama sobre un alma durante veinticinco años. Tampoco atrae mi espíritu el sinnúmero de sacrificios y de esfuerzos que un sacerdote tiene que hacer durante veinticinco años. ¡Ah!, para nuestro corazón inconstante, para nuestra pobre naturaleza tan frágil, ¿sabemos lo que es durante veinticinco años estar al cuidado de almas, lo que es estar íntimamente unido con Jesucristo, el Supremo Sacerdote?

Pero más que las gracias recibidas del cielo, más que los esfuerzos que hace la pobre naturaleza humana en la vida sacerdotal, llama mi atención en estos momentos ese misterio de amor y de fidelidad que contienen veinticinco años de vida sacerdotal. Significan que Jesús, durante veinticinco años, ha amado con una fidelidad divina al sacerdote; significan que el sacerdote, durante veinticinco años, ha amado con fidelidad a Jesucristo, el Supremo Sacerdote.

Yo pienso que, por encima de todo, el sacerdocio es un misterio de amor, y que un jubileo sacerdotal es un misterio de fidelidad: de fidelidad por parte de Jesús, de fidelidad por parte del sacerdote.

Por eso dentro de los innumerables nombres que la Escritura da a Jesucristo Nuestro Señor, he tomado este nombre del *Apocalipsis: Era llamado fiel y veraz,* y quiero, en medio de esta solemnidad—de esta solemnidad que es para todos, puesto que para todos es el sacerdote—, hablar de este misterio de fidelidad y decir cómo Jesús es fiel, admirablemente fiel, deliciosamente fiel, divinamente, fiel; quiero decir cómo el sacerdote también, aunque pobre y mezquino, es, sin embargo, fiel a Jesucristo Nuestro Señor cuando durante veinticinco años ha llevado sobre sus hombros la carga celestial, pero pesadísima, del sacerdocio.

I

Hace veinticinco años el Pontífice puso sus manos ungidas sobre la cabeza de nuestro hermano, hizo descender sobre él al Espíritu Santo y en él se realizó un misterio, un misterio divino: su corazón, su ser se transformaron.

Dios amó tanto ese corazón, que quiso depositar en él los tesoros inefables del sacerdocio; en ese día, que ya parece lejano, nuestro hermano recibió la misión de Jesús; desde ese día aquel hombre, como dice la Escritura, fue levantado del polvo de la tierra para ser colocado entre los príncipes de la Iglesia de Dios; desde ese día, aquel hombre convertido en sacerdote fue otro Cristo, tuvo la misión de realizar en la tierra exactamente lo que Jesucristo hizo hace veinte siglos durante su vida mortal.

Los labios del sacerdote siguen pronunciando a través de los siglos las palabras de vida eterna que pronunció Jesús en el Tiberíades; las manos del sacerdote siguen otorgando el perdón que Jesucristo otorgaba; los labios del sacerdote dan testimonio de la verdad como Jesucristo vino a darla; el sacerdote sigue encendiendo en la tierra el fuego sagrado que Jesús trajo del cielo; como Jesucristo, el sacerdote puede decir: yo vine para que las almas tengan vida y para que la tengan en abundancia; su misión es la misma misión de Jesús.

Hace veinticinco años nuestro hermano recibió los poderes de Jesús. Él lo había dicho: aquel que sea discípulo mío, hará lo que Yo haga y hará las cosas más grandes. Extendemos la mano los sacerdotes y pronunciamos una palabra misteriosa, y las almas se purifican; llegan los pecadores cubiertos de crímenes a nuestros pies, y les decimos las palabras que Jesucristo nos ha ordenado que les diga-

mos, y con la Sangre preciosa del Cordero lavamos aquellas almas manchadas. Todos los días decimos palabras arcanas en el altar, y por la eficacia divinamente omnipotente de esas palabras, Dios baja del cielo, Jesucristo desciende a nuestras manos y se realiza un milagro estupendo. En esas manos consagradas están todos los poderes de Jesús; lo que el sacerdote perdona, Jesús lo perdona; lo que el sacerdote retiene, Jesús lo retiene.

El sacerdote tiene en sus manos los tesoros de Dios, es ministro de Cristo y dispensador de los dones divinos que reparte y difunde en las almas.

Los tesoros de Jesús son dos: la Eucaristía y las almas, y Jesús puso en las manos del sacerdote la Eucaristía y las almas, el día de su ordenación. Desde ese día, él tiene un sagrario, él tiene unas almas que Cristo le ha confiado: ha recibido los tesoros de Jesús.

* * *

Pero todas estas cosas de que he hablado me parecen muy poco en comparación de lo que voy a decir.

El sacerdote recibe la misión de Jesús, los poderes de Jesús, los tesoros de Jesús; pero con ser tan grandes estas cosas, misión, poderes y tesoros, hay una cosa más grande, más dulce, más divina, que recibe el sacerdote el día de su ordenación sacerdotal, que recibió nuestro hermano hace veinticinco años. ¿Adivinamos cuál es? Es el Corazón de Jesús. El día de nuestra ordenación sacerdotal, Jesús no solamente nos da sus poderes, su misión y sus tesoros: nos da su Corazón, el don más rico, el don más celestial, el don más divino.

Por eso, dentro de la solemnidad de la ordenación sacerdotal, cuando el sacerdote acaba de recibir la primera comunión sacerdotal, el Pontífice, en nombre de Jesucristo, le dice—¡dulce arcano!—: *Ya no te llamaré siervo, porque el siervo ignora lo que hace su Señor; te he llamado mi amigo, porque te he dado a conocer todo lo que oí del Padre.* Como si dijera: «Sería muy poco darte mi misión, mis tesoros y mis poderes; Yo te doy lo supremo que tengo, lo más exquisito, lo más profundo, lo más santo: te doy mi Corazón.» Y desde ese día, el sacerdote es dueño del Corazón santísimo de Jesús.

¡Ah!, todos somos dueños del Corazón de Cristo, porque a todos se nos da; pero el sacerdote es de manera singular el dueño de ese Corazón divino; conoce todos sus

secretos, escucha todos sus latidos, puede sacar de él todos sus tesoros, y, sobre todo, el sacerdote sabe que Jesús le ama de una manera especial: el Corazón divino es su tesoro, es su riqueza y es su don.

Pues bien: todo esto que el sacerdote recibe de Jesucristo en el día de su ordenación, todo esto que recibió nuestro hermano hace veinticinco años, lo tiene aún sin menoscabo, sin cambio, sin vicisitudes; la misión que ahora tiene es la de hace veinticinco años; sus padres están incólumes: veinticinco años no han mermado sus poderes, no han cambiado su misión.

Pero lo que quiero inculcar en las almas, lo que quiero decir en estos momentos solemnes, es que el amor de Jesús no ha cambiado, que Jesús le ama como hace veinticinco años; porque Jesús se llama fiel, porque su fidelidad es indestructible, es divina.

El apóstol San Pablo nos dice que los dones de Dios y su vocación son sin arrepentimiento; cuando nosotros damos, muchas veces nos arrepentimos de haber dado, damos hasta cierto instante, damos en tanto que se realizan ciertas condiciones; nuestros dones están llenos de arrepentimiento. Empero, los dones de Jesús son sin arrepentimiento: lo que da, lo da para siempre; el amor de Jesús es un amor fidelísimo.

Para que podamos comprender hasta dónde llega la fidelidad de Dios, voy a revelar un secreto tomado de la Escritura; ¿creemos que la predilección que Dios tuvo por el pueblo judío ha desaparecido? Nos engañamos. El pueblo judío cometió un pecado gravísimo, el deicidio: mató a Jesús, al Dios-Hombre, y gritó al pie del pretorio: «Caiga su Sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos.» Durante diecinueve siglos, el pueblo judío ha puesto mil veces asechanzas contra la Iglesia de Dios. Todos los pueblos le rechazan, y vaga por todas partes marcado con el estigma del deicidio. ¿Creemos por eso que ha dejado de ser el pueblo elegido? No, allí está la epístola en donde San Pablo nos enseña que esa predilección de Dios está suspendida, pero no derogada. En los últimos tiempos volverá la predilección de Dios, y el pueblo judío será siempre su pueblo predilecto.

¿Es creíble semejante fidelidad de Dios a su promesa? Las promesas que Él hizo a Abraham, a Isaac y a Jacob están en pie. Los cielos y la tierra pasarán, las palabras de Dios no quedarán sin cumplirse.

Y ese Dios fidelísimo nos dio su Corazón, nos dio su

amor el día de nuestra ordenación sacerdotal. Veinticinco años no son suficientes para disminuir siquiera el amor que Dios tiene a sus sacerdotes; ni cincuenta, ni un siglo, ni un milenario son capaces de cambiar el amor de Dios, porque su amor, como sus dones, son sin arrepentimiento.

Ahora ama a nuestro hermano como lo amara hace veinticinco años; no digo que más, porque cuando se ama con un amor infinito no se puede amar con mayor intensidad; pero las gracias que nuestro hermano ha recibido durante veinticinco años son la prueba de ese amor tan intenso, nos están hablando de esa fidelidad de Jesucristo Nuestro Señor.

Yo comprendo que mis palabras son torpes, que no puedo deshojar siquiera la flor de este misterio, que no acierto a explicar cómo veo en lo íntimo de mi corazón esa fidelidad de Jesús, que supera a todas las fidelidades.

Cuando principia la decadencia de los hombres, cuando vamos envejeciendo, cuando vienen a menos nuestras facultades, cuando poco a poco se van llevando los años el vigor y la lozanía de nuestra juventud, sentimos que el vacío se va formando en torno nuestro. Nos olvidan, precisamente cuando deberían pensar en nosotros, cuando tenemos necesidad de apoyo y de amor; ¡así es el pobre corazón humano!...

Jesús no es así; a medida que el tiempo pasa, su ternura se hace fina y delicada, su amor es como el vino generoso, que con el tiempo se hace más exquisito. Cada día que pasa Jesús nos amá más; ¿qué importa que nuestra cabeza se ponga blanca, qué importa que nuestro organismo degenere, qué importa que veamos marchitarse todas nuestras esperanzas, si hay un Corazón que nos ama con un amor que no cambia, con un amor que supera a todas las vicisitudes, con un amor sin arrepentimiento?

Ni nuestras faltas, ni nuestras negligencias, ni nuestros defectos son suficientes para disminuir siquiera el amor de Nuestro Señor. ¡Ah!, si Nuestro Señor cambiara cuando nosotros cambiamos, ¡pobres de nosotros, tan frágiles, tan inconstantes! Si Nuestro Señor dejara de amarnos por nuestros olvidos y por nuestras ingratitudes, ¿qué sería de nosotros, que estamos cubiertos de ingratitudes y de olvidos?

¡Ah!, no; pero Jesús es tan condescendiente, tan misericordioso, y, sobre todo, sabe tan delicadamente perdonar, sabe tan plenamente olvidar, que, a pesar de nuestra ingratitud, nos ama; cuando caemos, su mano bon-

dadosa nos levanta; cuando nos manchamos, su mano dulcísima nos limpia; cuando nos alejamos de Él, es el Buen Pastor que va en pos de la oveja perdida para volverla al redil.

Jesús es fiel hasta con los ingratos, Jesús es fiel hasta con los miserables; por eso, tratándose de Jesús, no necesitamos mirar nuestra historia y contemplar nuestro interior: nos basta mirar sus ojos, nos basta adivinar la grandeza de su Corazón para saber que es fidelísimo, que nos ama, a pesar de todas las vicisitudes de la vida y de todas las inconstancias del corazón humano.

Verdaderamente, su nombre es FIEL...

II

Pero veinticinco años de sacerdocio no solamente son un prodigio de fidelidad por parte de Jesús, sino que son también un prodigio de fidelidad por parte del sacerdote.

Hace veinticinco años, nuestro hermano oyó en lo íntimo de su corazón una pregunta que le hizo Jesús, la misma que hizo a San Pedro sobre las riberas del Tiberíades en una mañana radiosa: DILIGIS ME PLUS HIS? «¿Me amas más que éstos?» A esta pregunta amorosa de Jesús contestó San Pedro: «Sí, Señor; Tú sabes que te amo.»

Esta pregunta, guardada la debida proporción, nos la hace Jesús a todos los sacerdotes en lo íntimo de nuestra alma para poder otorgarnos la dignidad suprema del sacerdocio.

¿Me amas más que éstos? ¿Sabemos lo que significa esta pregunta? ¡Ah!, todos los cristianos amamos a Jesús; por lo menos, todos debemos amarle, porque ya dijo San Pablo: *Si alguno no ama a Jesucristo Nuestro Señor, sea anatema.* Pero quiere Jesús que el sacerdote le ame de una manera especial, más que los seglares, más que las religiosas; el sacerdote debe amar a Jesús de una manera singular.

¿Qué significa esa singularidad? ¿Cuáles son los caracteres que tiene el amor sacerdotal?

* * *

El sacerdote tiene que amar a Jesús de una manera *exclusiva.*

Los simples fieles aman a Nuestro Señor y deben amarle, pero pueden perfectamente convivir en su corazón el

amor de Jesús y cualquier otro amor noble y legítimo. El simple cristiano, el simple fiel, puede, amando a Jesucristo, fundar sobre la tierra un hogar, puede consagrar su corazón a su esposa y a sus hijos, sin que estos amores legítimos y nobles vengan a turbar la paz del amor a Jesús.

Nosotros, no. Jesús nos dice: *¿Me amas más que éstos?* En nuestro corazón no cabe ningún otro afecto que el amor a Jesús y aquellos que directamente se deriven de ese afecto divino. El día que nuestro hermano recibió la vestidura clerical le dijo al Señor: «Mi riqueza eres Tú, mi gloria eres Tú, mi amor eres Tú.» *El Señor es la porción de mi herencia y de mi cáliz. Tú me restituyes mi herencia, que es preclara.*

Y el día que recibió la ordenación del subdiaconado, afirmó todavía más su entrega y dio un nuevo paso en este camino; ese día renunció para siempre a los afectos más nobles y legítimos del corazón y le consagró a Jesús su corazón entero, íntegro, para que aquel corazón fuera de Jesús, para que no amara a nadie.

¡Ah! *¿Me amas más que éstos?* Esta pregunta significa: éstos me pueden amar a Mí y a las criaturas; tú, no; tu amor debe ser exclusivo, tu corazón debe ser solamente para Mí, con todos sus latidos y toda su energía vital; este corazón debe ser únicamente mío.

* * *

Pero tiene aún otro sentido que yo veo claro y palpable: en el día de la ordenación sacerdotal nos entregamos a Jesús para que disponga de nosotros; nuestra vida es de Él, de Él son nuestros pensamientos, de Él, nuestras palabras; de Él, nuestras acciones, trabajos y tiempo, y de Él, nuestros sacrificios; nosotros no vivimos para nosotros; vivimos para Él y vivimos para las almas, pero vivimos para las almas, porque vivimos para Jesucristo.

Porque Él ha dicho: lo que hagáis con mis hermanos lo hacéis conmigo. Nosotros no tenemos empresas, no tenemos tesoros, no tenemos gloria a la que aspirar, no tenemos más que una sola cosa: *Jesús*. Jesús es nuestra riqueza, Jesús es nuestro amor, Jesús es nuestra vida, como dijo muy bien el apótol San Pablo: *Para mí, vivir es Cristo.*

Y este amor *singular* que el sacerdote le jura a Jesucristo el día de su ordenación, y que podría expresarse con la fórmula preciosa de San Pablo: *Sí, Señor, Tú sabes que*

te amo; ese amor que jura el sacerdote el día de su ordenación, se convierte en fidelidad cuando el sacerdote tiene la dicha de permanecer siempre en ese amor.

* * *

Veinticinco años no han entibiado en el corazón de nuestro hermano el amor que juró a Jesucristo en el día de su ordenación; todavía le ama, le ama mucho más ahora; también, después de veinticinco años de sacerdocio, él puede repetirle a Nuestro Señor las palabras de San Pedro: *Sí, Señor; Tú sabes que te amo.* Y esta frase, si no es más sincera, sí es más rica que la que dijo hace veinticinco años, porque ya con un cuarto de siglo ha comprobado la sinceridad y la hondura de su amor.

Durante veinticinco años nuestro hermano le ha sido fiel a Jesús; para Él, para Jesús, ha sido su corazón; para Él, para Jesús, ha sido su vida; y ha trabajado y ha sufrido por Él; ahora, con la seguridad de veinticinco años de trabajos apostólicos, nuestro hermano puede repetir la frase de San Pedro: *Sí, Señor; Tú sabes que te amo.*

No desconozco que en nuestra vida socerdotal hay muchas deficiencias y muchas miserias; las hay seguramente en la vida de nuestro hermano. Como dijo el apóstol San Pablo, llevamos en vasos frágiles tesoros divinos; los tesoros del sacerdocio los tenemos en este pobre corazón tan inconstante. Como el poeta latino, podemos decir: «Yo soy humano, y nada humano es extraño a mí.»

Los sacerdotes tenemos todas las grandezas y todas las deficiencias de la naturaleza humana; por consiguiente, nuestra fidelidad no es como la fidelidad de Dios, purísima, incólume, perfecta. ¡Ah!, no; nuestra fidelidad es una pobre fidelidad; es una fidelidad que tiene deficiencias, que tiene manchas. Y, sin embargo, pienso que es algo glorioso que sea fiel una pobre criatura como nosotros; que es algo admirable el que, a pesar de todas las vicisitudes del tiempo y de todas las astucias del demonio y de las tentaciones del mundo, nosotros, llenos de miserias, guardemos incólume el amor a Dios y le seamos fieles.

¡Cuánto pudiera yo decir acerca de esto, si no temiera fatigar vuestra atención! Nosotros, vuelvo a repetirlo, tenemos todas las fragilidades humanas, vivimos en un mundo corrompido, sentimos la atracción de las cosas de la tierra; y, sin embargo, cuando durante veinticinco años a pesar de todos esos obstáculos,·conservamos nuestro corazón y nuestra vida para Dios, ¡ah!, ¿cómo no hemos de

ser fieles, cómo no ha de ser nuestra fidelidad algo verdaderamente glorioso?

Dios es fiel a lo divino, nosotros, fieles a lo humano, pero Él y nosotros somos fieles; y yo me atrevo a aplicar al sacerdote las palabras de la Escritura que se refieren al Verbo de Dios; también el sacerdote puede llamarse *fiel y veraz* como Jesús; a su manera, el sacerdote es fiel, nuestro hermano ha sido fiel.

Después de veinticinco años, él conserva la misma actitud sacerdotal de siempre; ahora, como hace un cuarto de siglo, le dice a Jesús: *Sí, Señor; Tú sabes que te amo,* y el corazón y la vida de nuestro hermano es totalmente para Jesús. Habrá tenido deficiencias y miserias, porque, al fin y al cabo, tiene una naturaleza frágil; pero en medio de esas deficiencias, su corazón, su cuerpo, su vida y su ser le pertenecen a Jesús; le ama como hace veinticinco años, le ama más que hace veinticinco años, y los trabajos y esfuerzos de ese período larguísimo de tiempo son una prueba evidente de su amor y de su fidelidad.

* * *

¿Vislumbramos lo que significan veinticinco años de vida sacerdotal? Es un misterio de fidelidad arcana; es un misterio de fidelidad por parte de Jesús para el sacerdote; es un misterio de fidelidad del sacerdote para Jesús.

Y cuando vemos que estos veinticinco años que se llevaron los encantos y la lozanía de la juventud de nuestro hermano, que han cambiado la faz de nuestra patria y del mundo, que esos veinticinco años que han hecho tantos estragos en la tierra, no han podido arrancar el amor del Corazón de Jesús y del corazón del sacerdote, sentimos regocijo y admiración, y parodiando las palabras del apóstol San Pablo, le decimos al tiempo: «¡Oh tiempo! ¿En dónde está tu triunfo?»

* * *

He concluído de decir lo que me propuse, pero tengo otra palabra íntima, dulce, para decirle a Jesús en estos momentos solemnísimos:

¡Jesús, dulce Jesús, Supremo Sacerdote y Príncipe de los sacerdotes; Jesús, que eres llamado con razón en el *Apocalipsis* con este nombre justísimo de Fiel! ¡Oh Señor, yo no he podido traducir lo que mi espíritu alcanza a vislumbrar de tu fidelidad inenarrable!

¡Ah!, sé que eres fiel como nadie lo ha sido, como nadie lo puede ser, que tus dones son sin arrepentimiento, y que tu amor tiene, ¡oh fiel Jesús!, ¡oh dulce Jesús!, lo que mi torpe palabra no ha podido expresar. ¡Tú hazlo sentir en lo profundo de las almas, diles que eres fidelísimo, divinamente fiel; Tú nunca olvidas, Tú siempre perdonas, Tú toleras, pero, sobre todo, Tú amas, Tú nos envuelves con tu ternura, que está por encima del tiempo, de ese terrible enemigo que es el tiempo!

Señor, pero ¿verdad que he expresado los sentimientos íntimos de tu Corazón cuando he hablado de nuestra fidelidad, de la fidelidad del sacerdote?

Muchos pensarán que somos infieles, porque somos miserables; Señor, muchos pensarán que somos infieles, porque algunas veces nuestros ojos miran la fascinación de la vanidad, y nuestro corazón parece que quiere sustraerse a tu mirada.

¡Ah! Pero Tú, que eres humano, profundamente humano; Tú, que conoces lo que sufrimos y luchamos; Tú, que sondeas lo íntimo de nuestro corazón; Tú, que eres de mucha misericordia; Tú, que tienes paciencia dulcísima, ¡ah, Señor!, Tú ves nuestras deficiencias con ojos de amor, y, a pesar de ellas, nos proclamas fieles—¿no es verdad?—, cuando, a pesar de nuestras deficiencias, conservamos para ti nuestro corazón y nuestra alma.

Señor, nuestro hermano, que celebra sus veinticinco años de sacerdote, ha sido fiel; si me permites una palabra de nuestro lenguaje familiar, ha sido fiel a lo pobre, Señor, pero ha sido fiel; Su corazón y su vida te han pertenecido siempre.

¡Señor, corrobora, perfecciona, engrandece este misterio de fidelidad; no te digo que seas Tú más fiel que tus sacerdotes, porque no puedes serlo más! Sigue siendo fiel Jesús, sigue amándonos con ternura, sigue amándonos con predilección, sigue derramando en nuestro corazón los tesoros del amor divino!

Y haz, ¡oh Señor!, que nosotros seamos cada día más fieles, que cada día nos apartemos más de las cosas de este mundo, que cada día te amemos más que los seglares, que te amemos más que las religiosas, que te amemos de una manera singular, con un amor exclusivo, con un amor total, con un amor abnegado, con un amor fidelísimo, para que, Señor, cuando termine nuestra vida puedas decir a cada uno de tus sacerdotes: *¡Siervo bueno y fiel, entra en el gozo de tu Señor! Así sea.*

SAN FRANCISCO DE ASIS Y EL SACERDOCIO

EN EL XXV ANIVERSARIO DE LA PRIMERA MISA DE UN SACERDOTE FRANCISCANO

Non enim iudicavi me scire aliquid inter vos, nisi Iesum Christum, et hunc crucifixum. «Porque no he juzgado saber algo entre vosotros, sino a Cristo, y a Éste Crucificado» (I Cor., II, 2).

SAN Francisco de Asís es un santo singular; su alma y su vida están impregnadas de poesía; encierra su corazón un volcán de amor; lleva en su cuerpo los estigmas del Cuerpo de Cristo; es un santo profundamente humano y al mismo tiempo maravillosamente divino; siente vibrar en su corazón todas las fibras del corazón del hombre y parece sentir los impulsos del Corazón de Dios. Siendo pobre, pequeño e ignorante según el mundo, ha tenido en la historia humana un influjo decisivo. Hace siete siglos que su palabra resuena en la tierra; hace siete siglos que su figura, dulce y celestial, brilla en medio de todas las vicisitudes de la Historia; hace siete siglos que está alimentando con su doctrina y su vida a una multitud inmensa de almas.

Pero me parece especialmente singular, porque sin ser sacerdote es el padre de una inmensa, de una distinguida familia sacerdotal.

Por humildad, sin duda, y porque así convenía a los designios amorosos y providenciales de Dios, no fue sacerdote; y, sin embargo, su doctrina, su ejemplo, y, sobre todo, su espíritu, son eminentemente sacerdotales y más que suficientes para formar de una manera admirable al sacerdote. Además, esa doctrina y ese espíritu de San Francisco ponen ciertos caracteres singulares y exquisitos en la vida del sacerdote.

Y hoy que venimos a acompañar a un hermano nuestro, que no sólo es sacerdote, sino sacerdote franciscano, y que viene a darle gracias a Dios por sus veinticinco años de vida sacerdotal, quiero exponer, aprovechando esta ocasión, el espíritu franciscano, y cómo el que lo sigue puede realizar perfecta y maravillosamente el ideal del sacerdote.

* * *

El apóstol San Pablo decía que no quería saber otra cosa sino a Cristo, y a Éste crucificado. Estas palabras expresan todo el espíritu sacerdotal. El sacerdote es un hombre que no debe tener más que una ciencia, la ciencia de Jesús crucificado.

Pero esta ciencia divina es múltiple, es compleja, es profunda. Tener la ciencia de Jesús crucificado significa tener la ciencia de las criaturas, tener la ciencia de lo divino y tener la ciencia del dolor.

San Francisco de Asís poseía maravillosamente estas tres ciencias, y, por consiguiente, muy pocos podrían decir como él: «Yo no he sabido otra cosa en medio de vosotros sino a Jesucristo, y a Éste crucificado.»

Él tuvo la ciencia de las criaturas que produjo en su alma ese desprendimiento, esa pobreza celestial que es como el pedestal de su gloria. Tuvo el conocimiento claro y profundo de Jesús, que convirtió su corazón en un volcán de amor. Y tuvo un hondo conocimiento del dolor; por eso su corazón estaba henchido de lo que él mismo llamaba *la perfecta alegría.*

Podría decir que San Francisco de Asís es un hombre que, conociendo a las criaturas, se desprendió totalmente de ellas; es un hombre que, conociendo a Jesús, le amó con toda su alma; es un hombre que, abrazándose de Jesucristo, descubrió el sentido profundo del dolor y saboreó la perfecta alegría.

Por eso me ha parecido siempre que uno de los mejores cuadros, no digo ya desde el punto de vista artístico, sino desde el punto de vista simbólico, para representar el espíritu de San Francisco de Asís, es aquel en que el santo aparece hollando con su planta el mundo y estrechando entre sus brazos llagados a Jesús crucificado.

Ahora bien: esta noble ciencia que se funda en esa ciencia de Jesús crucificado, de la que nos habla el apóstol San Pablo, es precisamente la que necesitamos los sacerdotes.

Para nosotros, las ciencias humanas y profanas, por más brillantes que sean, no son propias nuestras; a las veces estorban, a las veces encontramos el secreto de utilizarlas, pero como un rey utiliza a los plebeyos para su cortejo real. Nuestra ciencia es la ciencia de Jesús crucificado, y esa ciencia, si la analizamos, comprende estas tres ciencias que acabo de nombrar: la ciencia del desprendimiento, la ciencia del amor y la ciencia de la perfecta alegría.

* * *

Quizá pueda pensarse que llamo ciencia al desprendimiento, por la necesidad de acomodarme al texto de la Sagrada Escritura que me ha servido de epígrafe; pero no, para amar la pobreza se necesita una ciencia. No se ama sino lo que se conoce; no se ama apasionadamente sino lo que se conoce con profundidad. Para amar la pobreza, para desposarse con ella, es preciso tener esa ciencia, la ciencia del Espíritu Santo, que nos hace comprender de una manera inefable la vanidad de las cosas de la tierra.

No vayamos a creer que San Francisco y sus hijos, al despreciar las cosas de este mundo, lo hayan hecho siempre con esfuerzo heroico, no; lo han hecho por un movimiento lógico de su espiritu. Las desprecian, porque han descubierto que son despreciables, porque tienen una ciencia celestial que les hace comprender ese desprendimiento divino.

Más aún: esa ciencia la debe tener todo cristiano; ¿no recordamos lo que Jesucristo nos enseñó en el santo Evangelio? «¿Quién es aquel que no se pone a considerar de antemano si tiene dinero suficiente para llevar a cabo una torre, no sea que la comience y la deje sin terminar? Y ¿quién es el rey que contando con diez mil hombres y teniendo que ir al encuentro de otro rey, su enemigo, no se pone a considerar si podrá combatir a los veinte mil que tiene su enemigo? Porque, si piensa que no es suficiente su ejército para alcanzar la victoria, entrará en negociaciones de paz.»

Después de estas dos comparaciones, de una manera inesperada, Jesucristo nos dice: «Así vosotros, si no renunciáis a todas las cosas que poseéis, no podréis ser mis discípulos.» A primera vista, ¿qué tiene que ver la torre y el dinero, los soldados y la guerra con el desprendimiento? Pero si se ahonda en las palabras del Evangelio, encontraremos esta doctrina perfectamente verdadera: para com-

batir se necesitan los soldados y para edificar se necesita dinero; así también para ser cristiano se necesita el desprendimiento.

Por eso el mismo Jesús dijo en el sermón de la montaña: «Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos.»

Si el cristiano tiene que ser desprendido, con mayor razón debe serlo el sacerdote, como consecuencia de la doctrina de Jesús.

Dos de los discípulos de Juan Bautista que siguieron a Jesús, atraídos por la dulzura de su voz, por la elocuencia de sus palabras y por la magia de sus milagros, le preguntaron: «Maestro, ¿dónde vives?» Jesucristo les contestó: «Las aves tienen su nido, las raposas tienen sus madrigueras; pero el Hijo del hombre no tiene donde reclinar la cabeza.» Como si quisiera decir: ¿Queréis ser mis discípulos? ¿Queréis acompañarme en la obra apostólica que quiero realizar? ¿Queréis ser mis colaboradores? Yo no tengo siquiera donde reclinar mi cabeza. El secreto de mi ciencia es la pobreza; el de mi grandeza, el desprendimiento.

Un día Jesús envió a sus apóstoles para que realizaran una misión apostólica, como preparación para su futuro ministerio. Los envió de dos en dos y les dió instrucciones precisas, no para enumerar los medios humanos de que debían valerse, sino, al contrario, para prohibirles que llevaran dinero y alforjas y mudas de ropa. Para la misión apostólica son un estorbo el dinero y las alforjas. El apóstol, el sacerdote, debe tener la santa libertad de los pobres; y cuando nos preocupamos de las provisiones y del vestido, entonces nuestro ministerio pierde eficacia, porque pierde desprendimiento. ¡Dichoso el sacerdote que no quiere llevar provisiones ni dinero! ¡Dichoso el sacerdote que va a cumplir su misión sin pensar en los recursos materiales de este mundo!

Y ¿dónde aprender esta ciencia divina del desprendimiento? ¡Ah!, lo sabemos muy bien: Francisco de Asís es el gran maestro; hasta sus propias vestiduras las arrojó a los pies de su padre, delante del obispo de Asís; y, pobre y desnudo, fue a desposarse con la *dama Pobreza* en Santa María de los Angeles, en la Porciúncula, en ese monumento franciscano embalsamado con los exquisitos, con los deliciosos recuerdos del pobrecito de Asís.

Su doctrina es doctrina de pobreza. El nos enseña con su palabra y con sus ejemplos cómo en la vida sacerdotal es indispensable que nuestro corazón esté vacío.

Más aún: Francisco de Asís poseía el secreto de hacer dulce, de hacer bello, de hacer práctico el desprendimiento. Consideramos la pobreza como algo muy repugnante, como algo sucio, como algo lleno de miserias; pero cuando con su mano mágica Francisco toca la pobreza, entonces la vemos como algo de los cielos: es un rayo de luz, es un destello de Dios, es algo que nos roba el corazón. ¿No creemos que es una base solidísima para el sacerdocio el llevar en el corazón ese espíritu de desprendimiento?

* * *

Mas el espíritu de Francisco no es solamente el espíritu de la pobreza; la pobreza nada más es el camino, la pobreza es la antesala, es el atrio de lo que verdaderamente viene a constituir el espíritu franciscano. Este espíritu es el amor, un amor que por tener caracteres singulares se le llama tradicionalmente *amor seráfico,* porque entre los espíritus bienaventurados los que aman con mayor intensidad son los serafines.

¡Ah! El sacerdote necesita amar mucho; más aún: el sacerdote no necesita más que una sola cosa: ¡AMAR!

Y esta doctrina no es mía, la hemos recibido de los labios mismos de Jesucristo, cuando para constituir a San Pedro jefe supremo de toda la Iglesia y poner en sus manos todos sus tesoros, no le exigió más que una cosa, no le hizo más que una sola pregunta, pero se la hizo tres veces: *Simón, ¿me amas? ¿Me amas más que éstos?* Como si quisiera decir, de una manera elocuentísima, que para apacentar los corderos, que para continuar la obra apostólica, que para ser sacerdote no se necesita más que una sola cosa: amar a Cristo.

Y en verdad el sacerdote es una obra prodigiosa de amor. Algunos piensan y consideran al sacerdote como un profesional que conoce su arte, que obra por su propia ciencia. No, nosotros no somos profesionales.

A las veces se considera al sacerdote como un oficinista de Dios, que está dispuesto a escuchar a todos, a darles consejos. No, el sacerdote no es un oficinista; él solamente se dedica a amar.

El pueblo cristiano nos llama con el nombre dulcísimo de PADRE, y en verdad lo somos; porque propio del padre es amar, es el hombre que tiene el corazón lleno de amor y que todo lo que hace por sus hijos lo hace porque los ama. Así es el sacerdote, el padre de las almas.

El sacerdote necesita amar; el que no ama no es apto para el sacerdocio, no es capaz de aspirar a la paternidad divina. De una manera análoga, Jesucristo nos hace esta pregunta antes de nuestra ordenación: *¿Me amas más que éstos?* Y hasta que nosotros le decimos con toda la sinceridad de nuestra alma: *Sí, Señor; Tú sabes que te amo*, hasta entonces nuestras manos no son ungidas y desciende a nuestra alma el espíritu sacerdotal.

¿Dónde aprender la ciencia del amor? ¿Cómo lograr que nuestro corazón se entregue para hacer que Jesucristo sea todo para nosotros y que por Él vivamos y que por Él muramos?

Hay una maravillosa escuela de amor en la Iglesia: la escuela de San Francisco de Asís. ¡Ah! El conoció la maravillosa ciencia divina. En su corazón había un amor inmenso, un amor apasionado, un amor ternísimo. ¿Qué caracteres tiene el amor de Francisco? Es divino y humano al mismo tiempo, tan humano como que es un amor que llora, un amor que se empequeñece... Se estremecen de ternura nuestras entrañas cuando le vemos en aquella noche lejana de Navidad arreglando con sus propias manos *el nacimiento*, estrechando entre sus brazos la imagen de Jesús Niño, con el corazón emocionado y los ojos llenos de lágrimas...

Es un amor humano, un amor que llora, un amor que se conmueve; pero al mismo tiempo, es un amor que se extasía, que pasa las noches saboreando esta palabra: MI DIOS Y MI TODO.

Es un amor humano que canta, que siente...; pero al mismo tiempo es un amor divino que en este mundo recibe las sagradas llagas y saborea dichas y dolores que no puede expresar el lenguaje del hombre.

Para aprender a amar, no hay como la escuela de Francisco.

Quiera Jesús que todos los sacerdotes aprendan en esa escuela, que amen a Jesús como le amó Francisco, de una manera apasionada, ternísima, al mismo tiempo divina y humana; que en Jesús se concentren todos nuestros afectos, puesto que Él es el encanto del cielo y de la tierra.

* * *

Pero la ciencia divina de Jesús no está completa cuando se desprecia a las criaturas ni cuando se le ama a Él apasionadamente. Jesucristo, ante todo y sobre todo, es Víctima y Sacerdote. Jesucristo aparece de diversas ma-

neras en la tierra; pero la más sublime fue en la cruz. Por eso un gran orador francés dijo con mucha justicia: «Nada más grande en el Universo que Jesucristo; nada más grande en Jesucristo que su sacrificio.» Jesucristo crucificado es la última palabra de la sabiduría y del poder y del amor. Por esto San Pablo no solamente dijo que la única ciencia era Jesús, sino Jesús crucificado. Nosotros, que le inmolamos todos los días en el altar; nosotros, que vivimos de su sacrificio, porque la razón suprema del sacerdote es el divino misterio del Calvario y de la cruz; nosotros, que todos los días repartimos a las almas los frutos del sacrificio del Calvario y del altar, nosotros no debemos predicar otra cosa que a Jesucristo, y a Éste crucificado.

Vivimos del Calvario, vivimos de la cruz, y debemos por lo mismo comprender a Jesucristo crucificado. Pero esto no significa simplemente que nos llenemos de compasión al considerar sus crueles dolores; para comprender a Jesucristo crucificado, no basta que sintamos torrentes de amor divino, sino que es preciso conocer y participar el misterio insondable de su dolor.

Los sacerdotes debemos penetrar esas profundidades, no sólo porque tenemos que enseñar la doctrina y el espíritu de Jesucristo, que no se sabe sino en el dolor; no sólo porque tenemos que decir que la cruz es el símbolo del cristiano, no un símbolo hueco, no un símbolo frío, sino un símbolo viviente; sino que debemos conocer las profundidades del dolor de Jesús, porque tenemos que llevar en nuestra alma y en nuestro cuerpo los estigmas del sacrificio.

El sacerdote no siempre es mártir en el sentido ordinario de esta palabra; pero sí es mártir, porque tiene que sufrir ese martirio, desconocido y lento, que es la vida sacerdotal, pues en ella hay que renunciar a todas las cosas, hasta los afectos legítimos de nuestro corazón; hay que vivir entregados a las almas, sacrificando nuestro tiempo, nuestros gustos; hay que ser el blanco de los enemigos de Dios y llevar en el corazón esos dolores íntimos que Jesucristo suele participar a sus amigos.

Todo esto es propio del sacerdote; el sacerdote tiene que ser mártir y, por consiguiente, tiene que conocer a fondo el dolor.

¿Y sabemos cuándo se conoce a fondo el dolor? Cuando de él arranca la alegría. El conocimiento de las criaturas produce desprendimiento; el conocimiento de Dios produce amor; el conocimiento de la cruz y del dolor produce alegría.

Todos los santos nos lo han dicho en una o en otra forma. ¿No recordamos las palabras que dijo Santa Teresa del Niño Jesús, aquella contemporánea nuestra que en plena juventud se deshojó como una rosa: *Encontré felicidad y la alegría, pero solamente en el dolor?*

Paradoja, dirán los mundanos; misterio, decimos nosotros.

Pero para los hijos de Francisco es una doctrina que les es muy familiar. Basta recordar aquella deliciosa parábola de la perfecta alegría, que hemos saboreado tantas veces, y en la que Francisco declara que en sufrir por Cristo bendito, que tanto sufrió por nosotros, está el secreto de la perfecta alegría.

Este es el conocimiento más profundo que se puede tener del dolor cuando de él brota la alegría celestial. Las otras alegrías son imperfectas, son pasajeras, son efímeras; ésta, no; ésta es sólida, ésta es inmortal, ésta es la perfecta alegría.

El sacerdote debe tener la ciencia del dolor, debe poseer el secreto de la perfecta alegría, porque solamente así puede realizar cumplidamente su ministerio sacerdotal.

* * *

¿No es adecuado el espíritu franciscano para la vida y para la obra sacerdotal?

El sacerdote que se impregna del espíritu de San Francisco cumple perfectamente sus deberes sacerdotales.

Los veinticinco años de vida sacerdotal de nuestro hermano están impregnados del espíritu sacerdotal, y están llenos de los perfumes franciscanos: del perfume de la pobreza, del perfume del amor, del perfume del dolor, y esos tres perfumes forman el ungüento celestial con que se unge la cabeza de Jesús y se le llena de consuelo.

Démosle, pues, gracias a Dios Nuestro Señor por los dones que ha derramado en su alma sacerdotal y franciscana; pidámosle que siga derramando sobre él sus gracias intensamente, para que siempre cumpla su ministerio sacerdotal.

Pero, ¿qué mejores manos que las estigmatizadas de San Francisco para elevar hacia el cielo nuestras acciones de gracias con motivo del jubileo sacerdotal de nuestro hermano, que es un hijo suyo que ha sabido grabar en su alma todo el simbolismo de su doctrina y de su espíritu?

¡Oh Padre San Francisco, sin ser tú sacerdote, eres

padre de esta distinguida familia de sacerdotes, y padre no por una coincidencia artificial, sino porque tus hijos han brotado de tu corazón verdaderamente sacerdotal, aun cuando no hayas recibido el sacerdocio!

¡Que por tus manos y por las manos inmaculadas de la Virgen María lleguen al cielo las acciones de gracias de nuestro hermano, enriquecidas con las acciones de gracias de todos los que le amamos; preséntalas ante el trono de Dios para que le envíe un torrente de gracias abundantísimas a fin de que llegue a ser un franciscano perfecto y un sacerdote según el corazón de Dios.

DIVINA AMISTAD

EN EL QUINQUAGÉSIMO ANIVERSARIO DE UNA PRIMERA MISA

> *Jam non dicam vos servos, vos autem dixi amicos; quia omnia quaecumque audivi a Patre meo nota feci vobis.* «Ya no os llamaré siervos, porque el siervo ignora lo que hace su señor; os he llamado mis amigos, porque os he dado a conocer todo lo que oí del Padre» (1).

TIENE la Santa Iglesia la prerrogativa de percibir con una intuición maravillosa el fondo de los misterios de Jesús y de expresar lo que contempla, en una sencilla ceremonia, en una frase rápida y comprensiva, como las palabras que acabo de citar y que pronunció Jesucristo Nuestro Señor en el Cenáculo en la noche de los inefables misterios.

La Iglesia la ha recogido y ha hecho de ella el anillo de oro que enlaza las dos partes principales del rito de la ordenación sacerdotal: el Pontífice ha impuesto ya sus manos augustas sobre la cabeza del ordenado; le ha revestido con los ornamentos sacerdotales; le ha ungido sus manos con el óleo santo; después, el Pontífice y el nuevo sacerdote celebran juntos, formando un solo corazón, una sola alma, diciendo al unísono las palabras arcanas de la Eucaristía. Y cuando el sacrificio se ha consumado por la Comunión, cuando siente el nuevo sacerdote en el fondo de su alma la delicia inenarrable de la primera Comunión sacerdotal, la Santa Iglesia hace que el Pontífice diga de una manera solemne y envolviéndola, por decirlo así, en los pliegues de ese cántico misterioso y divino del *Aleluya,* la frase dulcísima que Jesucristo pronunció en el Cenáculo: «Ya no os llamaré siervos; os he llamado mis amigos, porque os he dado a conocer todo lo que recibí del Padre.»

---

(1) Joan., XV, 15.

Y cuando cesan los acentos del *Aleluya,* comienza la segunda parte de la ordenación, breve, pero henchida de profundidad y de belleza; el Pontífice vuelve a imponer las manos sobre el nuevo sacerdote para que reciba al Espíritu Santo; toma entre sus manos las manos de él para que prometa obediencia y reverencia, y luego sella con un ósculo de paz el rito sagrado.

Yo pienso que ese anillo de oro con que se enlazan las dos partes lógicas, por decirlo así, de la ordenación sacerdotal; yo pienso que esa frase del Santo Evangelio que la Santa Iglesia coloca en un marco grandioso y que repite a nuestros oídos el día en que, llenos de respeto y de amor, acabamos de recibir la santa ordenación, expresa maravillosamente el fondo del misterio del sacerdocio en lo que tiene de más íntimo.

¡Ah, sí! Ser sacerdote es ser amigo de Jesús, amigo íntimo y amigo predilecto. La frase del Evangelio se extiende a todos los cristianos, porque todos somos amigos de Jesús; pero nosotros lo somos de manera singular; las palabras de Jesucristo en la boca del Pontífice el día de nuestra ordenación sacerdotal tienen un sentido nuevo, divino; nos hablan de una intimidad exquisita, de una amistad inefable; el fondo íntimo de nuestro sacerdocio allí está, es una amistad estrechísima y singular con Jesucristo Nuestro Señor.

Y de esa amistad quiero hablar hoy, que venimos a acompañar a un hermano nuestro que, en el regocijo de su alma, viene a darle gracias a Dios por cincuenta años de sacerdocio.

¿Qué son cincuenta años de sacerdocio? Son cincuenta años de amistad con Jesús, de amistad íntima, de amistad sacerdotal.

Y la amistad de Jesús no es como la pobre amistad humana, que el tiempo la marchita muchas veces, que está sujeta a todas las vicisitudes de la vida, no; Jesús es el amigo fiel, es el amigo de siempre; el *Apocalipsis* nos lo enseña, su nombre es *fiel y veraz*; es el amigo fiel que no abandona, que sabe perdonar, que sabe estrechar a los que ama. Y esa amistad sacerdotal es una amistad que va creciendo siempre, como la resplandeciente aurora, cuya luz va acrecentándose sin cesar, hasta llegar a la plenitud del mediodía, según la frase de la Sagrada Escritura.

Quiero hablar de esa amistad de Jesús con el sacerdote. ¡Ah!, siento dificultad para hundir mis pobres pupilas en lo profundo del arcano; es tan hondo, es tan bello, que

siento algo así como una especie de pudor espiritual. Porque el misterio de que voy a hablar es un misterio íntimo, de esos que se guardan en el ánfora sagrada de nuestro corazón, de esos que no trascienden al público, de esos que se sienten en el silencio del recogimiento.

Pero estoy seguro de que lo que voy a decir encontrará eco en el corazón del sacerdote afortunado que ha vivido cincuenta años de sacerdocio; estoy seguro de que lo que voy a decir también llevará un rayo de luz y de amor a los corazones de los fieles para que comprendan mejor al sacerdote, para que le amen con toda su alma, para que le protejan con su amor, con su respeto y con sus oraciones; para que se establezca más íntimamente que nunca esa unión estrechísima que debe existir entre el sacerdote y los fieles, ya que todos somos una sola cosa en Cristo Jesús, Sacerdote Supremo, que en un arranque de amor y de misericordia nos ha querido hacer partícipes de su sacerdocio.

* * *

Dice la Escritura que Dios es amor. Y es el amor inenarrable que en su unidad perfecta, en su sencillez inefable, encierra plenitud y riqueza. Nuestro amor, nuestro pobre amor, los pobres afectos de nuestro corazón, imitan ese amor infinito, pero imposible que pueda abarcar su plenitud; cada uno de nuestros afectos, como que recibe un destello del amor infinito, y así todos los afectos humanos tienen su propia característica: el amor nupcial es ardiente, generoso el amor de un padre, delicado y tierno el amor maternal.

La amistad se caracteriza por la confianza y se alimenta de confidencias; por eso Jesucristo Nuestro Señor, cuando, en la noche de la Cena, declaró el secreto de su alma diciendo que era nuestro amigo, caracterizó ese afecto divino de su Corazón con este rasgo inconfundible: *Yo os he llamado amigos, porque os he dado a conocer todos los secretos de mi Corazón, porque os he dicho todo lo que oí de mi Padre.*

No es una de tantas razones de su amistad; es el rasgo propio característico, específico; es nuestro amigo, porque nos ha hecho la confidencia de su alma; pienso que no se puede caracterizar mejor la amistad que diciendo que el amigo derrama el corazón en el corazón de su amigo; y Jesucristo Nuestro Señor derrama su alma en nuestra alma, nos da a conocer todos los secretos de su Corazón.

Pero, ¿no será una divina hipérbole la frase de Jesu-

cristo? ¿Puede Él, por ventura, depositar en la pequeñez de nuestro espíritu los tesoros de luz que recibió en el seno del Padre? ¿Puede nuestro estrecho corazón recibir de los labios amorosos de Jesús todo lo que Él escuchó del Padre? El cielo y la tierra pasarán, pero las palabras de Jesús no pasarán jamás; si no acertamos a comprenderlas, ¡qué importa!; nuestra ignorancia no limita su poder, no pone valladares a su amor.

Él nos lo ha dicho: hemos recibido todos los secretos de su alma, y esos secretos deben ser como el germen precioso que está escondido en nuestro corazón, y que se va poco a poco desarrollando, a la manera que el grano de trigo que cae en la tierra, y luego surge como un tierno renuevo que se torna en tallo firme, y produce hojas, flores y frutos.

Los secretos de Jesús los tenemos sustancialmente en nuestra alma; pero Dios, que sabe adaptarse a nuestra pequeñez, que sabe acomodarse a sus criaturas, hace que se vaya desarrollando conforme a las leyes de la psicología humana, que necesita del tiempo; de tal manera que cada instante que pasa puede traer un desarrollo en esa semilla bendita que ha germinado en nuestro corazón.

Y el tiempo se encarga de ir poco a poco desarrollando los secretos de Jesucristo, de tal manera que se realice la palabra profunda y gráfica del apóstol San Pablo: *Nos... gloriam Domini speculantes in eamden imaginem transformamur a claritate in claritatem* (2). La amistad de Jesús es una maravilla de luz, y esa maravilla de luz no brilla de un momento a otro en todo su esplendor; vamos contemplando la gloria divina, nos vamos poco a poco transformando en la misma imagen, pero de claridad en claridad.

¿Pudiéramos contemplar ese maravilloso desarrollo en cincuenta años de sacerdocio? ¿Por qué plenitudes de luz, por qué maravillas de esplendor pasaría el sacerdote para llegar a los cincuenta años de su sacerdocio? ¿Qué transformación se realizaría en su alma cuando durante medio siglo haya contemplado la gloria de Dios?

Examinémoslo con respeto y con amor.

* * *

Tengo la osadía de asomarme al Corazón de Jesús y sorprender sus secretos divinos.

---

(2) II Cor., III, 18.

El primer secreto que le dice a sus sacerdotes es el secreto personal de cada uno de nosotros. Lo primero que Jesús me ha dicho es el misterio de mi destino, casi diría el misterio de mi predestinación. Parece increíble, pero nosotros somos para nosotros mismos un misterio; la Escritura nos lo hace entender: *Nondum apparuit quid erimus.* «Todavía no aparece lo que vamos a ser.» Me atrevería a decir: todavía no aparece ni siquiera lo que somos; ¡es tan difícil penetrar en las profundidades de nuestra alma!

Y Jesús nos va diciendo lo que somos, lo que seremos; nos va diciendo nuestra palabra propia, el secreto de nuestro destino, el secreto de nuestra misión.

Un día, en los sueños espléndidos de nuestra juventud, recibimos la primera revelación de nosotros mismos: con los ojos atónitos, con el corazón palpitante, con el alma en actitud de adoración, escuchamos las palabras de Jesús, que nos decía como a los apóstoles en la ribera del Tiberíades: «Ven en pos de Mí; Yo te haré pescador de hombres.»

Y, como los apóstoles, dejamos las redes, dejamos nuestros padres para ir en pos del Divino Desconocido que nos llamaba; creímos en nuestra ingenuidad, que habíamos encontrado la solución de todos nuestros problemas: ya sé mi destino, ya conozco mi misión: seré sacerdote.

Pero, ¿acaso con esta primera palabra de luz y de amor apareció lo que íbamos a ser? No. Santa Teresa del Niño Jesús, finísima observadora de las cosas espirituales, nos enseña que Dios Nuestro Señor no nos dice de una sola vez todo lo que tiene que decirnos; poco a poco, con una lentitud divina, nos va levantando los velos que cubren nuestra propia alma y nuestro propio destino. ¡Ah!, durante nuestra vida vamos poco a poco aprendiendo lo que somos y lo que debemos ser; y la suprema revelación de nosotros mismos no se realiza en la tierra, sino en la eternidad, cuando el hombre reciba, como dice la Escritura, ese nombre nuevo que nadie sabe sino el que lo ha recibido.

En nuestra vida sacerdotal poco a poco se fue precisando nuestra misión. No todos los sacerdotes tenemos la misma misión. San Pablo nos lo dio a entender: *Numquid omnes apostoli? Numquid omnes prophetae? Numquid omnes doctores?* (3). «No todos han de ser apóstoles, profetas,

---

(3) I Cor., XII, 29-30.

doctores; no todos han de tener la gracia de darles salud a los cuerpos y a las almas.» No, el Espíritu Santo difunde sus dones como quiere; entre aquellos mismos apóstoles que se formaron en el Corazón santísimo de Jesús hay una variedad notable, casi diría una oposición que se palpa en su destino: San Juan, el dulce, el contemplativo, qué distinto es de Pedro, el activo, el ardiente; sobre la ribera del Tiberíades, Nuestro Señor hizo notar la diversidad y hasta la oposición cuando le dijo a San Pedro: *Si Yo quiero que éste permanezca así hasta que Yo venga, ¿a ti, qué? Tú sígueme.* Aquellos dos apóstoles tan amigos, tan unidos, van por distintos caminos, tienen distinta fisonomía, han recibido distinta misión. La misión de uno es misteriosa. ¿Qué quiso decir Jesús con estas palabras misteriosas: «Si Yo así quiero que permanezca, ¿a ti, qué»? No lo sabemos, pero comprendemos que es distinta esa palabra de la otra que le dijo a San Pedro: *Tú sígueme.*

Poco a poco se va revelando lo que somos; Nuestro Señor nos va diciendo el secreto de nosotros mismos. Y cuando se llega a la cumbre de la vida, cuando se llega, como nuestro hermano, a los cincuenta años de sacerdocio, no diré que se comprende el nombre nuevo y divino que recibiremos en la eternidad, pero sí se sabe lo suficiente para sentir la serenidad de las alturas, para observar tranquilos en la cumbre y contemplar en aquella región hasta donde no llegan los ruidos de la tierra, el camino recorrido y presentir con una gran seguridad el camino que tenemos todavía que recorrer.

¡Dichosa serenidad de las cumbres, llena de luz porque los años han hecho que poco a poco Jesús nos vaya revelando todo lo que oyó del Padre acerca de nuestro destino y de nuestra predestinación!

* * *

Pero el sacerdote no solamente conoce el secreto de su propia alma, conoce el secreto de muchas almas. ¡Ah! ¡Precioso secreto! No vayamos a pensar que el misterio íntimo de las almas consiste en la aplicación de recetas formuladas, de medicinas espirituales ya hechas que se toman con la mano y se le van dando a cada cual, conforme a sus necesidades. Esto sería una manera muy mezquina y muy inexacta de concebir el ministerio de las almas; no, cada alma es una revelación.

Si nosotros somos fieles, Jesús nos dice su secreto acer-

ca de cada alma, porque cada alma es única. *Apenas hay un alma*—dice San Juan de la Cruz—*que en la mitad de su camino se parezca a otra.* Cada alma tiene su propia fisonomía, su propia misión y sus propios recursos. Y el que se dedica al ministerio de las almas necesita recibir de Dios el secreto de cada una de ellas.

También en esto se va poco a poco penetrando en los secretos de Jesús; sustancialmente Él nos ha dicho todo, pero la imperfección de nuestro espíritu requiere que poco a poco vayamos comprendiendo los secretos de luz de Jesucristo, y la vida entera no es suficiente para agotar esos tesoros inefables.

Cada alma es una revelación; y no sólo aprendemos en ella lo que Dios de ella quiere, sino que a través de las almas comprendemos a Jesús. ¡Ah!, no hay Evangelio semejante al evangelio de las almas, no hay manera de conocer a Jesucristo comparable con esta manera.

Cuando nos hemos acercado muchas veces a las almas, cuando hemos sondeado sus intimos repliegues, cuando hemos recibido la revelación de Dios acerca de ellas, entonces conocemos de una manera mejor lo que es Jesús, su bondad, su amor, su misericordia, su justicia, su santidad, los divinos, procedimientos que emplea con las almas, las dulzuras que en ellas vierte.

No sé si exagero, pero he de decir lo que siento y lo que pienso. Se ha dicho que si el Evangelio se hubiera perdido, se podría rehacer con los escritos de los Santos Padres; pero pienso que si el Evangelio y los escritos de los Santos Padres se perdieran, se podrian rehacer sustancialmente con las almas. Quien las conociera, quien hubiera recibido la revelación de ellas, podria expresar todas las palabras del Santo Evangelio y descubrir el Corazón de Jesucristo, tal como en el libro inmortal se nos muestra.

¿Cómo no hemos de ser los amigos íntimos de Jesús si nos revela los secretos de las almas?

Pensemos en la riqueza de luz que llevará en su espíritu nuestro hermano después de cincuenta años de sondear las almas; cincuenta años de ministerio íntimo de las almas es como medio siglo de sondear los espacios del firmamento. Imaginémonos a un astrónomo excepcional que poseyera aparatos maravillosos, que tuviera una ciencia extraordinaria y que hubiera pasado su vida contemplando los cielos, ¿qué maravillas de luz no habría contemplado? El firmamento de las almas es más espléndido, es más bello, es más grande que el que contemplan nuestros ojos en las

noches serenas; tiene astros más numerosos, más bellos más espléndidos, canta de una manera más sonora la gloria de Dios.

¿Qué habrá aprendido nuestro hermano en medio siglo de sondear almas numerosas, escogidas por Dios, amadas por Él? Respetemos su secreto íntimo y proclamemos a la faz del mundo que los sacerdotes somos los amigos de Jesús, porque hemos recibido los secretos de su alma.

* * *

Con ser tan ricos estos tesoros, no son los más opulentos que el sacerdote tiene; Jesús nos ha revelado otros secretos más grandes, más profundos, más bellos, porque nos ha revelado el secreto de su propio Corazón.

El amigo de la tierra nos ha dado pruebas de su amistad cuando nos habla de sus proyectos, de sus esperanzas, de sus dolores; pero la suprema manifestación de su amistad es cuando nos habla de sí mismo, cuando nos dice sus secretos íntimos, cuando derrama su corazón en nuestro corazón. Y Jesucristo lo ha hecho: nos ha revelado todos sus secretos, nos ha dicho lo que es Él, nos ha descubierto su origen inenarrable en el seno del Padre, nos ha dicho cómo nació de ese seno infinito en los esplendores de la santidad, y nos ha hablado de su profundo anonadamiento al venir a esta tierra, y de las palpitaciones de amor y de dolor de su Corazón santísimo, y nos ha dicho el secreto de su dolor y el secreto de su fecundidad y el secreto de su alegría.

¿Lo dudamos? ¿Vuelve a surgir en nuestro espíritu la objeción insidiosa? No serán éstas divinas hijérboles? ¿Puede acaso Jesús derramar su Corazón en nuestro pobre corazón humano? ¿Podríamos nosotros oir todo lo que oyó del Padre? ¡Si lo que oyó del Padre infinito, si lo que oyó del Padre, nadie lo puede comprender, sino el que es Dios!

Pero hay una frase del apóstol San Pablo que nos ayuda a descifrar el divino misterio; dice el apóstol que la fe es *la sustancia de las cosas que esperamos*. ¿Comprendemos la palabra bella y profunda? El que posee la fe tiene sustancialmente lo que los bienaventurados poseen en el cielo, la sustancia de lo que esperamos. ¡Ah!, esperamos contemplar a Dios cara a cara, esperamos bañarnos en los esplendores de su luz, esperamos asomarnos al abismo divino. Pues bien: tenemos la sustancia de lo que esperamos.

Quien tiene en sus manos un grano de trigo puede decir que tiene muchas espigas que de allí brotarán, y el que tiene un puñado de semillas puede decir que tiene en la mano la futura mies opulenta. Nosotros tenemos la fe—divino germen de la vida eterna—en nuestros corazones; luego poseemos ya el cielo. Pero, ¡ah!, la comparación es insuficiente; el grano no es la mies, sino el origen de ella; y lo que nosotros poseemos por la fe es la sustancia misma, no el germen, la sustancia de las cosas que esperamos.

Para explicar mi pensamiento diré: toda la ciencia de Tomás de Aquino está contenida en esa semilla de vida que nosotros aprendimos desde niños. La contemplación de los grandes místicos no sale de ese cuadro; lo que ellos saben lo sabemos nosotros; nada más que ellos lo saben de una manera tan profunda, tan clara, tan bella, y nosotros lo conocemos de una manera tan imperfecta, tan enigmática, tan cubierta de sombras; pero el objeto de nuestro conocimiento es el mismo: nosotros tenemos—me complazco en repetirlo—la sustancia de las cosas que esperamos, la sustancia de lo que Santo Tomás de Aquino conoció, la sustancia de lo que contemplaron Juan de la Cruz y Teresa de Avila; tenemos, por nuestra fe, la sustancia de todas esas cosas divinas.

¡Ah!, Jesús nos ha revelado todo lo que oyó del Padre: la divina revelación, la opulenta, la maravillosa explosión de luz que Jesús contempló en el seno del Padre, la llevamos aquí, nos la dió Jesucristo envuelta entre las sombras sagradas de la fe.

Pero si todos los cristianos poseen la sustancia de las cosas que esperamos, los sacerdotes las poseemos de una manera singular, de una manera divina; para nosotros, esos secretos de Jesús son más claros, son más bellos, son más armoniosos. ¿No les dijo Jesucristo a sus apóstoles: *A vosotros os es dado conocer claramente los misterios del reino de Dios; a los demás solamente en figuras?*

Porque Jesucristo, antes de subir a los cielos, nos hizo un encargo, encargo trascendental y glorioso: *Id y enseñad a todas las naciones todo lo que Yo os he enseñado.* ¡Empresa gigantesca, gloriosa, pero terrible! Enseñar a todos, enseñar todo. ¿Puede acaso nuestra pequeñez realizar la empresa divina?

Pero no se enseña sino lo que se sabe; si Dios me manda a enseñar todo, es porque quiere enseñarme todo; si Él dice que vaya por el mundo para predicar los misterios del reino de los cielos, es porque Él piensa, en el secreto, en

el silencio del tabernáculo, comunicarme a mí los tesoros divinos de su luz.

Y así es; por la gracia de nuestra ordenación, por las gracias de estado, recibimos torrentes de luz para conocer los misterios de la fe y poder enseñarlos a nuestros hermanos; a semejanza del apóstol San Pedro, hemos sido confirmados, y tenemos el deber de confirmar en la verdad a nuestros hermanos.

Cuando el sacerdote ha recibido de Dios como misión especial enseñar los grandes misterios de Jesucristo, cuando ha llenado su vida con medio siglo de enseñanza teológica, ¡ah!, imaginad el tesoro de luz que llevará en su alma. Allí están los secretos de Jesús, allí están los tesoros del cielo; verdaderamente, Jesús es su amigo, porque le ha revelado los secretos de su Corazón, porque le ha dicho todo lo que oyó de su Padre.

* * *

Pero me falta una palabra misteriosa y secretísima que decir.

Hasta aquí se puede seguir el paralelismo entre la amistad humana y la divina; a nuestros amigos les decimos lo que de ellos pensamos, les exponemos nuestros afectos y nuestros proyectos; pero la intimidad humana se detiene allí. Podemos dar todo, comunicar a nuestros amigos todo lo nuestro, pero no les podemos hacer el don de nosotros mismos.

El secreto sustancial de nuestro corazón y de nuestra alma somos impotentes para hacerlo; decimos que nos damos, que hacemos el don de nosotros mismos, pero esto sí que tiene algo de hiperbólico, es una manera de decir; damos el corazón y el alma, porque damos todo lo que del corazón y del alma proviene; pero dar el corazón mismo, dar el alma misma, tomar nuestro corazón, introducirlo en otro corazón, arrancar nuesta alma y fundirla con otra alma para que la otra alma, sin necesidad de palabras, descubra en el alma nuestra qué tiene dentro, lo que somos y pensamos, es imposible.

Pero esto que es imposible para los hombres, es posible para Jesús.

¡Ah! El último, el profundo, el divino secreto de Jesús, es un secreto sustancial; no solamente nos da a conocer sus afectos, sino que nos da su Corazón, y su alma nos la ha dado, la tenemos dentro de nosotros mismos.

¡Dichoso Jesús, que puede satisfacer plenamente los anhelos de su Corazón! Nosotros no podemos; tenemos que detenernos fatalmente ante el límite de nuestra pequeñez y de nuestra propia fragilidad. Él, no; se nos ha dado sin límites, se nos da en la Santa Eucaristía, entra dentro de nuestro propio corazón.

Y si he de decir todo lo que siento, la Eucaristía no me satisface aún. Es un sacramento, es un medio; lo que llena mi alma es el fruto del sacramento, la cosa del sacramento, como dicen los teólogos. Porque la Comunión es algo fugaz; es, pudiéramos decir, algo imperfecto; lo perfecto, lo divino, lo inmortal, es lo que la Comunión deja acá dentro. Me deja a Jesús, me deja a Dios, que nada ni nadie me lo puede arrancar; ni los ángeles, ni los demonios, ni la altura, ni la profundidad son capaces de arrancar ese Dios que llevo en el alma y que es el secreto definitivo y profundo de Jesucristo Nuestro Señor.

¿Vemos cómo puede Jesucristo decir «Yo os he dado todo lo que recibí del Padre»? ¿Qué fue lo que recibió del Padre? Recibió su ser: Él es la palabra del Padre, la sabiduría del Padre; Él recibió del Padre la sustancia de vida. Y esa sustancia y esa sabiduría y esa palabra nos las da.

¡Ah!, no sólo tengo la fe, tengo a Dios dentro del corazón, tengo a Jesús dentro del alma; lo que Jesús recibió del Padre, su secreto sustancial, yo lo tengo en lo profundo de mi corazón.

Y tener a Jesús en el alma por cincuenta años, y poseerlo cada día más y más estrechamente, familiarizarse con Él, adivinarle sus pensamientos, sentir los latidos de su Corazón dentro de nuestro propio corazón, vivir con Él durante medio siglo en comunión íntima, en familiaridad estrecha, ¡ah, no han de ser mis labios balbucientes los que expresen el divino, el inefable misterio!...

* * *

¿Lo vemos? Jesús nos ha revelado los secretos de su Corazón. Es nuestro amigo, porque nos ha dicho todo lo que recibió del Padre celestial.

Cincuenta años de sacerdocio son cincuenta años de intimidad y de luz; cincuenta años de sacerdocio sólo pueden ser expresados por aquellas palabras del apóstol San Pablo: *Nos... autem gloriam Domini speculantes, in eamdem imaginem transformatur a Claritate in claritatem.* «Nosotros, habiendo contemplado la gloria de Dios que se

nos revela, nos vamos transformando poco a poco en su imagen, de claridad en claridad» (4).

He dicho todo lo que tenía que decir. No me atrevo a hablar a mi hermano, porque mi palabra quizá lastimaría su corazón sensible; le hablaré a Jesús, al Supremo Sacerdote, y le hablaré con todo mi corazón y con toda mi alma:

¡Jesús, Sacerdote eterno, Sacerdote Supremo, que en la noche de tu Pasión nos declaraste el misterio inefable de tu íntima, de tu divina amistad!

Señor, yo, unido con mis hermanos aquí presentes, te damos gracias porque a nuestro hermano le revelaste los secretos de tu Corazón, porque henchiste su alma de luz, porque le has dicho todo lo que oíste del Padre celestial.

¡Oh Jesús!, guarda en su corazón los divinos tesoros, ¡ah!; no solamente guárdalos, acrecéntalos, haz que cada día te conozca mejor y conozca mejor a las almas: haz que cada día ahonde más profundamente en los misterios del reino de los cielos, y, sobre todo, que se una íntima y estrechamente contigo, que cada día su alma diáfana y pura se llene de luz, de la luz de tu Corazón, de la luz de los cielos.

Sé su amigo, su amigo íntimo, el amigo que le consuele, que le fortifique, que le eleve, que le santifique; elévale, santifícale y purifícale con la luz de tu rostro, con la luz espléndida de tu Corazón divino.

¡Oh Jesús, realiza, consuma en él tu obra sacerdotal, que nada detenga los efluvios de tu luz, para que conozca en la tierra, profunda y copiosamente, tus secretos, para que allá en el cielo, al recibir el nombre nuevo que nadie conoce sino el que lo ha recibido, se hunda en los abismos de luz en donde sea eternamente feliz con la contemplación de tu esencia divina. Así sea.

(4) II Cor., III, 18.

LA IMAGEN DEL PADRE (1)

TODOS los dones de Dios son en verdad inenarrables; hay en ellos algo recóndito, algo arcano que desconcierta nuestro espíritu. Dios puso en el seno de ellos un fulgor de lo infinito, y lo infinito siempre deslumbra nuestra pobre inteligencia humana.

Por eso Jesucristo dijo a la Samaritana en el brocal del pozo de Jacob: *Si scires donum Dei!* «Si conocieras el don de Dios!...» ¿Quién puede conocerlo plenamente sobre la tierra? ¿Quién puede conocer ese don único y múltiple, celestial y humano, que es Jesucristo Nuestro Señor?

Y cuanto más excelente y perfecto es el don de Dios, cuanto Jesucristo se nos da de una manera más íntima y completa, tanto más incomprensible y misterioso es el don de Dios. Ahora bien: el sacerdocio es una comunicación maravillosa de Jesucristo a nuestra miseria; es un don altísimo, es un don perfecto. Por eso, si todos los dones de Dios son inenarrables, con mayor razón lo es el sacerdocio.

San Juan Bautista Vianney, que conoció este don divino con una luz experimental, se atrevió a decir: *Lo que es el sacerdote no se conocerá jamás en la tierra; sólo lo conoceremos en el cielo. Porque si lo conociéramos en este mundo, moriríamos, no de temor, sino de amor.*

Y de una manera más perfecta es verdaderamente inenarrable la plenitud del sacerdocio que Dios en su misericordia y en su amor ha concedido a los obispos. Si el sacerdocio es un misterio, la plenitud del sacerdocio tiene que serlo más, porque, si se me permite la expresión, es más divino.

---

(1) Este capítulo está tomado del sermón que el excelentísimo señor Arzobispo de Méjico predicó en el Jubileo Episcopal del excelentísimo señor doctor don Maximino Ruiz, Obispo titular de Derbe y Vicario General del mismo Arzobispado, el día 8 de septiembre de 1938, en la Basílica del Tepeyac.

Por eso, hoy venimos a dar gracias a Dios Nuestro Señor por los veinticinco años de vida episcopal que un insigne prelado ha recibido de las manos de Dios; venimos a acompañarle en su justa alegría y en su gratitud inmensa. Ligas estrechísimas tenemos con él, porque hace muchos años que se sacrifica en esta archidiócesis haciendo el bien, porque tiene con nosotros vínculos muy santos. Para nosotros es un hermano, para muchos es un padre, para todos, un amigo, quizá con esa amistad exquisita, semejante al vino añejo y generoso.

Pero como no se puede agradecer lo que no se conoce, ni se puede sentir en el alma todo el peso de la gratitud cuando no aparece claramente a nuestros ojos la magnitud del don recibido, por eso es necesario que fijemos la mirada de nuestro espíritu en ese don inenarrable de la plenitud del sacerdocio por el cual venimos a dar gracias a Dios Nuestro Señor.

Nuestro venerable hermano ha escrutado muchas veces el divino misterio; pero quizá mis palabras, si Dios las bendice, vayan a tocar las fibras más íntimas de su alma.

En cuanto a los fieles, lo que voy a decir no solamente les servirá para que con toda su alma agradezcan el don inenarrable del sacerdocio, sino también para que se acreciente en sus almas el respeto y la veneración por los obispos; porque, a pesar de la magnitud de nuestras miserias, llevamos en vaso frágil tesoros del cielo. ¡Que no se detengan los fieles en nuestras deficiencias humanas! La perla preciosa no vale menos porque se engaste en grosero metal; antes bien, lo tosco del engarce hará resaltar el oriente espléndido de la perla engarzada.

* * *

Toda la grandeza y hermosura de las criaturas depende de que Dios puso en ellas un reflejo de su divina faz.

Aun en el orden natural, si hay belleza en el arcano firmamento, en el océano misterioso, en las campiñas apacibles, en los bosques umbríos, es porque al pasar Dios, según la bella expresión de San Juan de la Cruz, fue dejando un destello de su hermosura en todas las obras de sus manos:

Y yéndolas mirando,
con sólo su figura,
vestidas las dejó con su hermosura (2).

---

(2) *Cántico espiritual,* canción V.

Si esto es verdad, como lo es, tratándose de las criaturas materiales, cuánto más tratándose de las almas.

Las almas valen por lo que tienen de divino: su grandeza consiste en su capacidad de Dios. Pueden compararse a los cristales. Un cristal no es sino una capacidad de luz; su elemento, su belleza, consiste en verse inundado por los rayos del sol. De la misma manera, la grandeza de un alma consiste en recibir los destellos divinos: y cuanto mayor es la capacidad del alma y cuanto más brillante es la luz que Dios pone en ella, tanto más grande es el alma, tanto más bella y más santa.

El día de nuestro bautismo, Nuestro Señor derramó en nosotros dones divinos. San Pedro los describe con palabras magistrales: *Per quem maxima et pretiosa nobis promissa donavit: ut per haec efficiamini divinae naturae consortes.* «Por Jesucristo, Dios nos ha otorgado promesas preciosas, nos ha dado dones riquísimos, para que por ellos nos hagamos partícipes de la naturaleza divina» (3).

El cristiano que participa de la naturaleza de Dios, puede exclamar con la santa osadía del apóstol San Pablo: *Ipsius enim et genus sumus.* «Somos de raza divina» (4).

Llevamos en nuestra alma algo divino, y por eso divino que hay en nosotros, podemos entrar en relaciones estrechísimas con las tres Personas de la Santísima Trinidad.

El apóstol San Juan nos hace vislumbrar el misterio: *Quod vidimus et audivimus, annuntiamus vobis, ut et vos societatem habeatis nobiscum, et societas nostra sit cum Patri, et cum Filio ejus Jesu Christo.* «Os anunciamos lo que hemos visto y oído para que tengáis sociedad con nosotros, y nuestra sociedad sea con el Padre y con su Hijo Jesucristo» (5).

En efecto, el cristiano tiene con el Padre celestial una relación íntima: es hijo adoptivo suyo. *Tal es la caridad que Dios nos ha tenido*—dice el mismo apóstol—, *que nos llamamos y somos en verdad hijos de Dios* (6).

Con Jesucristo iba a decir que somos hermanos; no, más que hermanos, somos una sola cosa con Él; estamos incorporados a Él, *somos una sola cosa con Cristo,* afirma San Pablo.

Y el Espíritu Santo se ha derramado en nuestros co-

---

(3) II Pet., I, 4.
(4) Act., XVII, 28.
(5) I Joan, I, 3.
(6) I Joan., III, 1.

razones. El día de nuestro bautismo ha hecho de nuestra alma su templo, y de tal manera se ha unido con nosotros, que es el alma de nuestra alma y la vida de nuestra vida.

¡Ah! ¡Si supiéramos lo que significa ser cristiano! ¡Si conociéramos las riquezas de nuestra vocación!

* * *

Pero el sacerdote tiene una unión nueva, una relación más íntima con las tres divinas Personas, porque ha recibido de ellas una nueva y opulenta infusión de lo divino.

El sacerdote, según la tradición cristiana, es otro Cristo, *sacerdos, alter Christus;* porque está singularmente unido a Jesús, porque participa de algo exquisito, profundo, trascendental de Cristo Nuestro Señor, que es su sacerdocio.

El sacerdocio de Jesús está relacionado con todos sus títulos y vinculado con todas sus prerrogativas; porque es Sacerdote, por eso es Redentor, Maestro, Santificador, Rey. Y ese divino sacerdocio lo participamos por el carácter que la ordenación sacerdotal imprime en nuestras almas.

Y por participar de ese sacerdocio, por tener ligas íntimas con Jesucristo, tenemos una relación nueva y estrechísimas con el Padre celestial. Nos mira como a Jesucristo. Yo pienso—perdónese mi atrevimiento—que el sacerdote participa de aquellas palabras que el Padre celestial dirigió a Jesucristo sobre el monte de la Transfiguración: *Éste es mi Hijo muy amado; escuchadle.* ¿No es el sacerdocio una transfiguración, una transfiguración de nuestra miseria que se llena de luz celestial?

Y el espíritu Santo, como la nube luminosa de que nos habla el Evangelio, envuelve nuestra gloria sacerdotal.

* * *

Pero si el sacerdocio nos pone en relaciones estrechísimas con el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, es indudable que la plenitud del sacerdocio lleva estas mismas relaciones a su plenitud de intimidad y de perfección.

En efecto, el obispo tiene relaciones muy singulares con el Padre celestial. Se ha dicho, con razón, que el orden episcopal es el orden del Padre, así como el presbiterado es el orden del Hijo y el diaconado el orden del Espíritu Santo. El obispo ES LA IMAGEN DEL PADRE.

Acabo de decir que toda la tradición cristiana en una

frase legendaria ha expresado la gloria sacerdotal diciendo: *Sacerdos, alter Christus.* «El sacerdote es otro Cristo.» Y lo es en verdad. Tiene la misma misión que Jesús, sus mismos poderes; realiza los mismos prodigios que Jesús realizó, da testimonio de la verdad como Él lo dio, y viene como Él para que las almas tengan vida y la tengan en abundancia.

Pero si el sacerdote es otro Cristo, yo me atrevo a decir que el obispo es otro Padre celestial. Y no opongo una cosa a la otra; antes bien, si somos la imagen del Padre, es porque somos la imagen de Jesucristo.

¿No recordamos que cuando Felipe le dijo a Jesucristo *Muéstranos al Padre,* Jesucristo le respondió: *¿Tanto tiempo he vivido con vosotros, y no me conocéis? Felipe, el que me ve a Mí, ve al Padre?* De manera que el obispo es la imagen del Padre, porque es la imagen más perfecta de Jesucristo. La sombra del Padre parece proyectarse sobre los que han recibido la plenitud del sacerdocio.

El obispo participa de la majestad del Padre, y por eso la Iglesia le rodea de honores. Sus poderes son inmensos. En su corazón palpita aquella ternura robusta y dulcísima que existe en el Corazón del Padre.

El obispo es un sacerdote que ha alcanzado la plenitud de la fecundidad. El Padre posee la plenitud de la fecundidad, porque es el principio de todo ser. *De Él procede toda paternidad en el cielo y en la tierra* (7), dice la Escritura. De su plenitud engendró al Hijo en los esplendores de la santidad; y amándose el Padre y el Hijo espiraron, de una manera inefable, por vía de amor, al Espíritu Santo. Y el obispo participa de esa fecundidad.

El sacerdote es fecundo, ¡cómo no! Habla, y su palabra es palabra de Dios que penetra hasta lo profundo de las almas; extiende su mano consagrada y pronuncia palabras arcanas, y la Sangre de Jesucristo lava las almas de los pecadores; vierte el agua en la cabeza del que se bautiza y le da la vida; y como si todas estas cosas no fueran suficientes, su voz omnipotente hace bajar a Jesucristo Nuestro Señor. Cuando celebra la santa misa, cuando pronuncia las palabras sacramentales sobre la Hostia y el vino, parece que dice, como un eco de la palabra del Padre: *Tu es Filius meus; ego hodie genui te.* «Tú eres mi Hijo; Yo te he engendrado hoy.»

* * *

(7) Ephe., III, 15.

Pero por más que todo sacerdote sea fecundo, que pueda dar la vida de la gracia y de la santidad, sin embargo, el simple sacerdote no puede comunicar el don de la fecundidad a otras almas, esa divina fecundidad de consagrar otros sacerdotes que continúen la gloriosa cadena que en el transcurso de los siglos comunica a las almas la vida divina.

Si no hubiera obispos, el sacerdocio, la Eucaristía y los demás sacramentos y toda la Iglesia se acabaría sobre la tierra, porque sólo el obispo tiene el don perfecto de la fecundidad. No sólo da la vida, sino que puede consagrar sacerdotes que, a su vez, puedan dar la vida a las almas.

Se acerca a nosotros el joven que ha recibido de Dios una mirada de amor y un llamamiento inefable. Temblando de respeto y de emoción, se postra ante nosotros, y le imponemos nuestras manos consagradas, ungimos sus manos juveniles, pronunciamos sobre él las palabras sacramentales, y aquel joven surge convertido en padre, y puede su palabra hacer bajar a Jesucristo de los cielos, y puede su mano consagrada consolar y purificar y bendecir y santificar...

En la ordenación sacerdotal hay una ceremonia sencilla y simbólica. Después de la primera Comunión sacerdotal, el nuevo sacerdote se arrodilla ante el Pontífice; éste toma entre sus manos las manos del nuevo sacerdote, y le hace prometer obediencia y reverencia a él y a sus sucesores; y después, santamente, tiernamente, le da un ósculo en la mejilla, diciéndole: «Que la paz sea contigo.»

Yo pienso que ese ósculo es como un símbolo de aquel otro ósculo inefable e infinito que el Padre y el Hijo se dan en el misterio de su vida divina... El Padre engendra a su Hijo en los esplendores de la santidad; y cuando le ha engendrado, que es siempre, se unen los dos en un ósculo sustancial de amor, que es el Espíritu Santo. Cuando el Pontífice, después de haber hecho otro Cristo al joven que acaba de ordenar, le da ese ósculo en la mejilla, ¿quién no ve en este ósculo del tiempo una alusión, lejana pero bellísima, del ósculo de la eternidad?...

Cuando hablamos de estos misterios tan altos, nuestros labios balbucientes no pueden decir sino palabras entrecortadas: estos misterios son inenarrables, sólo los conoceremos plenamente en el cielo. ¡Pero es muy dulce para nuestro corazón decir lo que podemos, como un niño que con labios balbucientes le suele decir a su padre la palabra de amor que lleva en lo íntimo de su corazón!

* * *

El obispo tiene una unión más estrecha que el simple sacerdote con Jesucristo.

Sin duda que el simple sacerdote recibe lo supremo del sacerdocio, que es el poder pleno sobre el Cuerpo real de Cristo. Cualquier sacerdote, lo mismo que un obispo, lo mismo que el Papa, puede consagrar y realizar el misterio eucarístico, el más grande prodigio del sacerdocio. En este sentido, los sacerdotes nada tienen que envidiar a los obispos ni al mismo Pontífice supremo: la palabra consagradora tiene en todos la misma eficacia.

No así en cuanto al Cuerpo místico de Cristo, en el cual, como enseña Santo Tomás, el obispo tiene mayor poder que los simples sacerdotes. El obispo tiene poderes especiales sobre las almas.

La predicación, que es su alimento divino, compete por derecho propio a los obispos, como dice el pontifical: *Oportet episcopum praedicare*. «Es propio del obispo predicar.» Si los sacerdotes predican, es únicamente como enviados de los obispos y en nombre de ellos.

Los obispos tenemos, respecto de la verdad de Jesucristo, respecto de su doctrina sagrada, una autoridad especial, como el mismo pontifical lo asegura; y de aquí nace una unión especial con el portavoz de su doctrina salvadora.

Los sacerdotes administran, sin duda, los sacramentos; pero hay sacramentos en los cuales sólo el obispo puede preparar la materia, como la Extremaunción: sólo el obispo puede consagrar el óleo con que el sacerdote unge a los enfermos. Y, en general, Santo Tomás da esta regla: «Es propio del obispo disponer y hacer todo aquello que está encaminado a perfeccionar a las almas en orden a los demás.» Sería prolijo explicar el sentido de estas palabras; basta deducir de todo lo dicho que la unión del obispo con Cristo es más estrecha que la de los simples sacerdotes; de una manera más especial es otro Cristo, porque ha recibido la plenitud del sacerdocio.

* * *

Con el Espíritu Santo también tiene estrechas relaciones. Es propio del obispo dar el Espíritu Santo. Por medio del obispo, Dios quiso seguir dando el Espíritu Paráclito al mundo.

Sin duda, que el sacerdote también lo da, pero de otra manera. Porque el Espíritu Santo y la gracia están tan íntimamente enlazados, que es imposible que en un alma

sin la gracia permanezca el Espíritu Santo, como es imposible que el Espíritu Santo deje de habitar en un alma que está en gracia. De esta manera es como el sacerdote da el Espíritu Santo, porque da la gracia por medio de los sacramentos.

Mientras que el obispo da el Espíritu Santo directamente, hay dos sacramentos cuyo efecto propio es de infundir al Espíritu Santo, y cuya administración está reservada a los obispos: la Confirmación y el Orden sacerdotal.

La Confirmación es el sacramento del Espíritu Santo; por ella, el Espíritu divino se derrama en las almas; por eso reciben la gracia y la fortaleza para confesar y defender la fe.

También el sacramento del Orden tiene como efecto propio la infusión del Espíritu Santo. Al diácono, al presbítero y al obispo se les dice, aunque de distinta manera: *Accipe Spiritum Sanctum.* («Recibe al Espíritu Santo.»)

Y como no se puede dar sino lo que es propio, quiere decir que el obispo posee de una manera especial al Espíritu Santo, que le lleva en su corazón y como una fuente fecundísima de virtud que se derrama por todas partes.

¿No se desprende de todo lo dicho que el obispo tiene relaciones especiales con el Padre, con el Hijo y con el Espíritu Santo?

* * *

Si hubiera tiempo, sacaríamos las consecuencias innumerables de esta doctrina santa.

Si somos representantes del Padre, debemos tener esa providencia exquisita y constante que tiene el Padre celestial sobre todas sus criaturas, aquella providencia que Cristo explicaba, diciendo: *No caerá un cabello de vuestra cabeza sin la voluntad del Padre.*

Si somos la imagen de Jesucristo, debemos participar de aquella inmolación divina con la que se ofreció por la salvación del mundo.

Si damos el Espíritu Santo a las almas, debemos llevarlo en el corazón; a Él, que es el amor por excelencia, el amor supremo, ante el cual palidecen todos los amores de la tierra...

Pero debo concluir, invitando a todos para que oremos por nuestro venerable hermano, en este día de júbilo y de gloria para su alma.

* * *

¡Oh Jesús, Sacerdote supremo y Príncipe de los pastores, en los designios inescrutables de tu amor y de tu providencia elegiste a nuestro hermano para elevarle a la plenitud del sacerdocio; Tú quisiste que fuera la sombra del Padre, continuador de tu obra redentora y el instrumento divino para que el Espíritu Santo continuara infundiéndose en las almas!

¡Gracias por estos veinticinco años de vida episcopal!

Si alguna sombra lleva en su alma, si alguna deficiencia hay en su vida—¡cómo no tenerla si nuestra naturaleza es frágil y miserable!—, cúbrelas, Señor, con tu misericordia y con tu amor, y sigue derramando en su alma tus bendiciones celestiales.

Perfecciona en él la imagen del Padre, transfórmale más perfectamente en Ti, únele más estrechamente al Espíritu Santo, para que, realizando tu obra salvadora en la tierra, cuando comparezca ante Ti, Príncipe de los pastores, le corones con diadema de gloria inmortal.

LA SUPREMA PATERNIDAD (1)

Jesús vino al mundo a traernos la vida. Él mismo nos dijo: *Ego veni ut vitam habeant, et abundantius habeant.* «Yo vine para que tengan la vida y para que la tengan con mayor abundancia» (2). Sus palabras son espíritu y vida. Vida en el fuego de amor que esparció en los corazones, y en el cual quiere que toda la tierra arda. Lecciones de vida son sus ejemplos y poema de vida es la maravillosa sucesión de sus misterios. Y vida es, sobre todo, la efusión en las almas de aquella *nueva criatura* que nos hace *partícipes de la naturaleza divina: «ut per haec efficiamini divinae consortes naturae»*, como dijo el apóstol San Pedro (3).

La vida que Jesús nos trajo es tan rica, que vale más que toda la obra creadora; tan bella, que es en el fondo la bienaventuranza; tan alta, que es participación de la misma vida de Dios; tan duradera, que es la vida eterna.

Podía, sin duda, Jesús habernos hecho el don de la vida por Sí mismo sin valerse de intermediarios ni de instrumentos, como rige por su Espíritu todos los movimientos de nuestros corazones, como quiso ser Él mismo el divino alimento de nuestras almas. ¡Somos los hombres instrumentos tan groseros de la acción divina! ¡Es tal nuestra fragilidad, que tenemos el triste privilegio de estorbar las obras de Dios!

Pero Él quiso valerse de nuestra pequeñez para realizar sus prodigios, nos hizo el honor de tomarnos como instrumentos, nos otorgó la gloria de participarnos su divina fecundidad. Nada más humano que este designio de amor, ya que es propio de nuestra naturaleza valernos de las cosas sensibles para subir a las invisibles y divinas; y nada

---

(1) Fragmentos del sermón en las Bodas de Plata del excelentísimo y reverendísimo señor Arzobispo, doctor don Leopoldo Ruiz, con la Iglesia Michaocana, predicado el 12 enero 1937, en la Catedral de Morelia.

(2) Joan., X 10.

(3) II Pet., I, 4.

más divino al mismo tiempo que poner en nuestros vasos frágiles los tesoros del cielo.

Si Él nos diera la vida de manera directa e inmediata, las almas vivirían en un soberbio aislamiento, como estrellas que brillan a enormes distancias unas de otras, sin más relación que su coexistencia en el tiempo y en el espacio. Pero el admirable propósito de la divina voluntad de servirse de nosotros como instrumentos de su acción y revestirnos de su augusta fecundidad, estableció entre las almas relaciones íntimas y dulcísimas; no estamos aislados, hay en nosotros unidad y armonía, formamos un solo cuerpo viviente e inmenso; *somos una sola cosa en Cristo* (4), como dijo San Pablo con audacia gloriosa.

No solamente nos dio el derecho de llamarnos hijos de Dios, sino que a algunos hombres privilegiados les dió también el derecho de abrogarse el nombre divino de padre, y al impulso prodigioso de *la suma sabiduría, de la divina omnipotencia y del primer amor* (5), apareció en la tierra la paternidad espiritual que es un misterio de amor, de fecundidad y de sacrificio.

Ahondemos brevemente en los abismos de este misterio.

* * *

Esta divina paternidad es un misterio de amor.

Toda noble paternidad viene del amor. ¡Mezquina paternidad la que no brota de las profundidades del corazón! ¡Paternidad innoble la que nace de la carne y de la sangre y no del destello inmortal que de Sí mismo puso Dios en nuestras almas!

Pero si la paternidad humana no fuese obra de amor, lo sería la paternidad espiritual, que es trasunto de la eterna paternidad de Dios, que es amor. Por un amor infinito, el Padre engendra a su Verbo en los esplendores de la santidad; por un amor incomprensible, Jesus nos dio la vida, sufriendo la muerte en un exceso de amor.

En una mañana radiosa de primavera, Jesús nos reveló el misterio de la paternidad espiritual en las riberas floridas del Tiberíades (6). Para poner las almas en las manos, o más bien en el corazón de Pedro, para revestirle de la plenitud de la paternidad, le hizo por tres veces la

(4) Rom., XII, 5.
(5) Dante: *Infierno,* cant. II, V, 4-5.
(6) Joan., XXI, 15.

pregunta dulcísima: *¿Me amas más que éstos?* Sabía el Maestro divino que amarle a Él es amar a las almas, y que aquel amor singular que le pedía el apóstol sería en el corazón de Pedro un volcán de celo y de amor paternal.

A todos los sacerdotes nos hace Jesús la deliciosa pregunta, porque todos llevamos en el alma el misterio de ese amor, que no es como el de las otras almas, sino que tiene caracteres singulares, destellos divinos, porque es amor de padre: puro, abnegado, fecundo.

Amor tan desinteresado que inspiró al Apóstol aquella frase triunfal: *Ego libentissime impendam et superimpendar ipse pro animabus vestris, licet plus vos diligens, minus diligar.* «Con todo mi corazón gastaré todo y me gastaré a mí mismo por vuestras almas, aunque amándoos más, sea menos amado» (7).

Amor que da la vida, ¿no es propio del amor dar la vida? Como Jesús, nosotros vivificamos por el misterio de nuestra palabra, por la administración de los sacramentos, por la íntima dirección de las almas.

Amor abnegado que, como Cristo, se enclava en la cruz para hacer felices a las almas y sufre la muerte para dar la vida.

Pero el amor del obispo no es simplemente el amor que arde en el corazón de todo sacerdote. El obispo debe amar más que todos ellos, de otro modo más sublime que ellos. *Diligis me plus his?* «¿Me amas más que éstos?» (los sacerdotes), le dice Jesús al que eleva a la plenitud del sacerdocio.

Todo sacerdote ama a las almas, pero no está por razón de su sacerdocio consagrado para siempre a ellas. Hoy está al cuidado de unas; mañana, al de otras; bien puede no recibir o no aceptar el cuidado de las almas sin faltar a sus deberes esenciales.

El obispo, no; por su oficio está consagrado total y perpetuamente al amor y al servicio de las almas que Dios le ha confiado. El anillo que lleva en su mano es símbolo de la amorosa fidelidad que debe guardar a la Iglesia, con la que se ha desposado de manera íntima y de suyo perpetua.

Por eso dice Santo Tomás que el Episcopado es *un estado*; no así el simple sacerdocio.

Y este amor único en el corazón del obispo abarca toda su actividad, toda su vida, toda su abnegación, y las pone

---

(7) II Cor., XII, 15.

al servicio de las almas que tiene que apacentar en el Señor.

Muchos corazones sacerdotales nos amarán; pero hay uno que nos ama singularmente, que tiene para nosotros corazón de padre: es nuestro obispo. *Tendréis muchos pedagogos en Cristo, pero no muchos padres; porque en Cristo Jesús yo os engendré por el Evangelio* (8).

* * *

Y porque el amor del obispo es único, su fecundidad lo es también. Se diría que la fecundidad es la función propia del amor, y que, por tanto, los caracteres de éste señalan los de aquélla.

¡Ah! Sí, todo amor es fecundo y el sacerdote es divinamente fecundo. Ya os dije que todos nuestros ministerios se reducen a dar la vida a las almas.

Pero la fecundidad del obispo es singular, porque es plena, universal y única en su diócesis.

Puede dar la vida en todas las formas variadas y riquísimas establecidas por Jesús. En su consagración se le dijo sin limitaciones: *Accipe Spiritum Sanctum.* «Recibe al Espíritu Santo», y como este divino Espíritu contiene la plenitud de la vida, el obispo recibe la plenitud del sacerdocio.

Los presbíteros dan la vida porque son padres, pero no pueden engendrar otros padres, no pueden comunicar a las almas el poder de trasmitir a otras la vida que reciben. El obispo, sí, engendra hijos y crea padres; el raudal opulento de su vida no se confina en cauces estrechos, sino que se dilata majestuoso en el espacio y en el tiempo. Si él no existiera, se extinguiría en la tierra la vida y no podría subsistir ese reino de Cristo, del que la Iglesia dice que no tendrá fin: *cuius regni non erit finis.*

Pero lo más admirable de la fecundidad episcopal es que se extiende a toda su Iglesia e influye callada y eficazmente en todas las almas que se le han encomendado; a la manera que la cabeza ejerce silenciosamente su influjo vital en todas las actividades del hombre, sin que ninguna de ellas escape a su impulso vivificante.

Muchos nos dan la vida alimentando nuestras almas con la doctrina de Jesús; pero ninguno predica sin la misión episcopal. Muchos perdonan nuestros pecados, pero todos reciben la jurisdicción de nuestro padre Muchos nos

(8) I Cor., IV, 15.

vivifican por medio de los divinos sacramentos; pero nadie puede administrarlos sin su beneplácito. Su luz nos ilumina, sus normas nos rigen y con su prudencia sobrenatural y con su solicitud de pastor y con su caridad de padre es, como dijo San Pedro, *la forma de su grey* (9), quien imprime a su Iglesia su íntima fisonomía.

En verdad, podemos tener — es preciso repetirlo — muchos maestros, muchos guías, muchos consoladores en Cristo; pero no muchos padres, porque uno solo nos comunica sin cesar la vida por un influjo universal y único.

¡Admirable disposición de Jesús en su Iglesia de reproducir en cada diócesis el misterio de unidad riquísima y fecunda, que es como el sello de su obra secular y divina! ¡Una sola fe, una sola vida, un solo padre!

* * *

Pero precisamente porque es única la fecundidad del obispo, es singular su martirio.

Jesús nos enseñó que el sacrificio es condición indispensable de la fecundidad cuando dijo: *Nisi granum frumenti cadens in terra mortuum fuerit, ipsum solum manet; si autem mortuum fuerit multum fructum affert.* «Si el grano de trigo no muriera cayendo en el seno de la tierra, quedaría sola, permanecería estéril; pero si muriere, produciría fruto» (10).

Y esta ley esencial de la fecundidad se aplica a la paternidad del espíritu en toda su plenitud arcana.

Cuando Jesús, después de la triple confesión de amor del apóstol San Pedro, le confió en las riberas del Tiberíades sus corderos y sus ovejas, añadió de manera solemne y misteriosa: *Cuando eras joven te ceñías a ti mismo; pero cuando seas viejo otro te ceñirá y te llevará a donde tú no quieras.* Y para que no nos quepa duda acerca del sentido profundo de esta profecía, que es al mismo tiempo una lección de apostolado, el evangelista nos enseña que con estas palabras anunciaba Jesús a San Pedro la muerte que tendría que sufrir, el martirio que le esperaba.

Y no es coincidencia fortuita o individual el enlace del apostolado y del martirio. En los primeros siglos de la Iglesia, obispo y mártir eran sinónimos, y en los tiempos actuales lo son también: lo sabemos demasiado.

---

(9) I Pet., V, 3.
(10) Joan., XII, 24.

Y para que se realice la divina sinonimia no es necesario que un martirio solemne venga a sellar la vida fecunda de los pastores. Hay martirios secretísimos que solamente Dios conoce: amarguras tan hondas como crueles que se esconden debajo del pecho ordenado con la cruz pastoral.

El padre lleva en su corazón todas las penas y todas las flaquezas de sus hijos. *Quis in vobis infirmetur et ego non infirmor? Quis scandalizatur et ego non uror?*—decía San Pablo—. «¿Quién de vosotros sufre sin que yo sufra? ¿Quién se escandaliza sin que se me quemen mis entrañas?» (11).

Esta solicitud viva y constante por las almas es un martirio, trasunto de aquel que llevó Jesús en su Corazón todos los días de su vida mortal. Todos los corazones sacerdotales lo sufren; pero en el corazón episcopal es más amplio, más hondo, más amargo: porque su solicitud abarca una extensión enorme, porque sus deberes son más apremiantes, porque siendo en su Iglesia el principio de unidad y la fuente de la vida, a él refluyen con su responsabilidad y su amargura todos los dolores y todos los extravíos de las almas que le están encomendadas.

Y su martirio no es solamente el reflujo pasivo, por decirlo así, de lo que sufren las almas; los deberes de su augusta paternidad le imponen sacrificios constantes y a las veces heroicos. Su consagración a las almas no es puramente teórica y sentimental; a ella tiene que sacrificar su tiempo, sus gustos, su actividad y hasta su vida.

Todo sacerdote está obligado en ciertas circunstancias a heroicos sacrificios; pero esa obligación ni es constante ni imprescindible, ya que puede dejar el cuidado de las almas. El obispo está consagrado perpetuamente a ellas, y, ante las exigencias de su cargo pastoral, debe sacrificar hasta la vida. Lo dijo Jesús: *Bonus pastor animam suam dat pro ovibus suis.* «El buen pastor da la vida por sus ovejas» (12). El mercenario puede huir ante las asechanzas del lobo, porque no es pastor ni lleva en su corazón el divino interés de las almas. El pastor no huye jamás, y heroicamente se interpone entre el lobo cruel y las almas que ama.

¿No es el obispo el blanco de las persecuciones de los enemigos de Dios? ¿No puede decir, como nadie, lo que de-

(11) II Cor., XI, 29.
(12) Joan., X, 11.

cia al Apóstol: *Non est nobis colluctatio adversus carnem et sanguinem sed adversus principes et potestates, adversus mundi rectores tenebrarum harum, contra spiritualia nequitiae in caelestibus.* «No es nuestra lucha contra la carne y la sangre, sino contra los príncipes, las potestades, los rectores del mundo de estas tinieblas, contra los principios espirituales de la iniquidad, en el campo de las cosas celestiales» (13).

* * *

En la niebla sagrada del misterio se vislumbra el arcano de la paternidad espiritual: es una gloriosa proyección de la augusta paternidad de Jesús; como Él, el obispo aparece nimbado con la triple aureola, con la triple majestad de un amor único, de una fecundidad plena, de un martirio íntimo; su anillo pastoral es el emblema de su amor fidelísimo; su mitra le hace descollar entre los sacerdotes, no por el esplendor de su gloria, sino por la plenitud de su fecundidad, y la cruz fulgurante que adorna su pecho simboliza el íntimo martirio que en su corazón se oculta...

---

(13) Eph., VI, 12.

LA TRIPLE PALABRA DEL AMOR SACERDOTAL (1)

Dicit ei iterum: Simon Joannis, diligis me? Ait ilii: etiam Domine, tu scis quia amo te. «Y le dice de nuevo: Simón, hijo de Juan, ¿me amas? Y él le dice: Sí, Señor; Tú sabes que te amo.»

Por una feliz coincidencia, podemos celebrar en una misma solemnidad y con una sola alegría dos insignes aniversarios: el pastor de la archidiócesis de Michoacán cumple medio siglo de vida sacerdotal, henchida de frutos, embalsamada con el perfume de las virtudes pontificales y decorada con obras meritísimas, y su digno coadjutor cumple también veinticinco años de vida sacerdotal, ya rica en virtudes y méritos, y más rica aún en esperanzas.

Tenemos razón para regocijarnos en el Señor; y nuestra santa, nuestra justísima alegría no ha podido encerrarse en los límites de la archidiócesis, se ha dilatado por la provincia gloriosa de Michoacán, y desbordando los límites de ella, ha encontrado eco en todos los ámbitos de la República mejicana, porque en todas partes hay almas y corazones que nos acompañan en espíritu en esta solemnidad; más aún, el Soberano Pontífice, el padre de todos nosotros, en cuyo inmenso corazón caben todas nuestras alegrías y todas nuestras tristezas, desde su augusto trono ha enviado felicitaciones y augurios a los dos insignes prelados, augurios y felicitaciones que son las de Jesucristo en persona.

Debo, sin embargo, confesar que en medio de la alegría que dilata mi corazón, he oído en el fondo de mi alma una voz disonante que parece enturbiar mi júbilo: la voz de la razón, de esa pobre razón humana que formula objeciones y no las resuelve, que plantea problemas y no acierta a

---

(1) Del sermón en los Jubileos sacerdotales de oro y plata, respectivamente, de los excelentísimos señores doctor don Leopoldo Ruiz y doctor don Luis Altamirano, el 19 de marzo de 1938.

desatarlos. Esa voz me ha dicho: ¿Por qué celebrar esos aniversarios? ¿No es acaso celebrar nuestra derrota? ¿Qué son los años que hemos vivido sobre la tierra sino una parte de nuestro corazón y de nuestra vida? Esos años han marchitado nuestras ilusiones, han deshecho nuestros proyectos, han desgarrado nuestro corazón, nos han alejado de los que amábamos, nos han hecho sentir nuestra debilidad, han puesto en nuestra vida un dejo de amargura y de melancolía; ¿para qué entonces celebrar nuestras derrotas?

Pero otra voz que viene del cielo, la voz de la fe que todo lo explica, que todo lo ilumina, que todo lo idealiza, me ha dado la contestación plena y vigorosa para esa voz de la pobre razón humana. Llevamos, ciertamente, en vasos frágiles tesoros celestiales, y la envoltura humana se deshace; pero lo divino que contiene es inmortal; lo que el tiempo nos arrebata es lo humano, pero no puede arrebatarnos lo divino; antes lo acrecienta y lo engrandece.

Pienso que así como la crisálida, encerrada en su cárcel, se va poco a poco transformando en mariposa, y cuando la cárcel se desmorona, la mariposa triunfante despliega las alas y se remonta hacia las alturas, así acontece también en la vida humana: llevamos dentro algo divino encerrado en la cárcel frágil de nuestra naturaleza humana; poco a poco lo divino va creciendo dentro y lo humano se va desmoronando fuera, hasta que llega el día en que la cárcel se rompe y la mariposa hiende las regiones purísimas de la eternidad.

Lo divino se hace y se acrecienta en nosotros a través de lo humano, que se deshace. Más aún: precisamente nuestras derrotas que nos inflige el tiempo, alimentan lo divino y lo hacen crecer en nuestra alma. Por eso, después de veinticinco y de cincuenta años de haber vivido sobre la tierra, podemos descubrir con cierta amargura lo que el tiempo nos arrebata de lo humano; pero tenemos que confesar también en el júbilo de nuestro corazón lo que el tiempo ha acrecentado en nosotros, que es lo divino; y cuando vemos estas cosas a los esplendores de la fe, podemos arrojar a la faz del tiempo el reto triunfal, y, parodiando a San Pablo, decirle: *¡Oh tiempo!, ¿dónde está tu victoria?*

Yo vengo precisamente a cantar la victoria que se consigue sobre el tiempo, la victoria que estos dos prelados han obtenido sobre ese tiempo demoledor de todo lo humano...

I

La vida sacerdotal es algo maravilloso: está compuesta de luz y de amor, de fecundidad, de sacrificio y de esperanza. Pero si de entre todos estos múltiples y riquísimos elementos que la componen quisiéramos determinar cuál es el primero, el principal, el que sirve de clave a esta maravilla de Dios, no vacilo en afirmar que el fondo de la vida sacerdotal es el amor... El amor del cual Jesús habló a Pedro en una espléndida mañana de primavera sobre las riberas floridas del Tiberíades: *Simón, hijo de Juan, ¿me amas?* Y Pedro le contesta: *Sí, Señor; Tú sabes que te amo.*

Ese diálogo inmortal expresa en forma poética y divina el misterio del sacerdocio: suyos son esos dos amores que se buscan, que se enlazan, que se funden en un solo amor: el amor de Jesús al sacerdote y el amor del sacerdote a Jesús. Ese diálogo se repite de una manera inefable cada vez que un sacerdote se ordena, cada vez que un sacerdote celebra su primera misa: *¿Me amas más que éstos?*, nos dice Jesús; y nosotros, en ese día de la alegría de nuestro corazón, le decimos como Pedro: *Sí, Señor; Tú sabes que te amo.*

Pero esa palabra de amor que le decimos a Jesús en el día de nuestra primera misa tiene caracteres especiales, tiene la frescura, el colorido, el perfume de una primavera.

Muchas veces le repetiremos a Jesús la misma palabra, pero ninguna tendrá el encanto de aquélla inolvidable. Diremos muchas misas en nuestra vida, pero ninguna tendrá el dulce, el inefable, el arcano atractivo de nuestra primera misa; porque aquella misa tuvo claridad de amanecer, perfume de primavera, ardor de juventud. Habrá otras más santas, más opulentas; pero ninguna tan encantadora como aquélla, en que dijimos a Jesús la primera palabra de amor, eco de la que hizo estremecer los cristales del lago de Tiberíades.

Esa palabra primera, la palabra de nuestra primera misa, tiene, a mi juicio, estos caracteres: es ardiente, en ella pusimos toda la ternura de nuestro corazón y todo el ardor de nuestra juventud; es segura, la dijimos con plena confianza, pues no sospechábamos siquiera que pudiéramos ser infieles ni tampoco que nuestro corazón pudiera tener deficiencias; por eso pronunciamos esa palabra con una seguridad generosa, pero ingenua. No teníamos

todavía obras que ofrecer a Jesús ni frutos que brindarle; pero le ofrecimos en aquella primera misa lo inmenso de nuestros deseos y la nobleza de nuestra generosidad. No sabíamos con precisión qué trabajos y qué sufrimientos nos aguardaban; pero nuestro corazón, en una ignorancia providencial y deliciosa, abarcaba en su entusiasmo todos los trabajos y todos los sacrificios para ofrecerlos al Señor en una palabra sonora de amor.

II

Pasan los años... En nuestra vida socerdotal tenemos muchos trabajos que sobrellevar, muchas penas que sufrir; acumulamos méritos mezclados con deficiencias; tenemos aciertos, cometemos errores..., porque así es toda vida humana, y aun en cierto sentido la vida misma de los santos.

Y entonces, cuando nuestra vida ha llegado a su madurez, cuando hemos alcanzado la cumbre de veinticinco años de vida sacerdotal, el inmortal diálogo de amor vuelve a resonar en lo íntimo del alma, y otra vez Jesús nos dice: *Simón, hijo de Juan, ¿me amas?* Y nosotros otra vez le decimos la palabra de amor: *Etiam, Domine; Tu scis quia amo te.* «Sí, Señor; Tú sabes que te amo.»

Con justísima razón ha dicho el P. Lacordaire: *El amor sólo tiene una palabra, y diciéndola siempre no la repite jamás.* Lo que decimos a Jesús el día de nuestro primer jubileo sacerdotal es lo que le dijimos el día de nuestra primera misa: la palabra de amor, la única que puede expresar el corazón del sacerdote. Es la misma, y no la repetimos, porque cada vez que se dice esa palabra arcana tiene nueva riqueza, nuevo sentido, nuevo esplendor.

Esa segunda palabra de amor que le decimos a Jesús después de veinticinco años de fatigas y de sufrimientos, de triunfos y de derrotas, tiene otro sentido; ya no es la palabra segura y confiada de la juventud, sino que la pronunciamos como Pedro en la ribera del Tiberíades, recordando sus negaciones y su infidelidad, pero sintiendo al mismo tiempo en su pecho la sinceridad de su amor. Así, nosotros, ya no decimos aquel sí rotundo y robusto, seguro de sí mismo, que dijimos el día de nuestra juventud felizmente ignorante; este segundo sí tiene no sé qué de desconfianza de nosotros mismos y no sé qué sabor de huhumildad y de arrepentimiento. La vida nos ha revelado la

magnitud de nuestra fragilidad, y sabemos que podemos caer y ser infieles.

Pero sobre todas las dudas que se levantan en nuestro corazón, predomina nuestro amor sincero, que no puede negarse a sí mismo, y entre el temor y la esperanza de serle fiel, le decimos otra vez a Jesús: *Sí, Señor; Tu sabes que te amo.*

Esa segunda palabra de amor es más sólida, más profunda. En la primera no pudimos ofrecer a Dios otra cosa que la inmensidad de nuestros deseos y la nobleza de nuestra generosidad. A los veinticinco años de sacerdocio hemos dejado atrás la primavera con sus perfumes y sus claridades espléndidas, y el estío, ardiente y fecundo, y comenzamos a vivir el otoño de la vida y a cargarnos de frutos maduros que nos hacen sentir el peso de nuestra propia fecundidad.

Entonces la palabra de amor que decimos a Jesús no expresa únicamente buenos deseos, sino que significa los frutos de nuestro ministerio y los sacrificios de nuestra vida sacerdotal. *Señor* —le decimos—, *yo te he sido fiel; veinticinco años no han podido desmentir la sinceridad de mi amor.*

Sin duda que para Dios poca cosa son veinticinco años, puesto que la Escritura afirma que *mil años en su presencia son como el día de ayer, que pasó*; pero para nosotros, criaturas frágiles, flores de un día; para nosotros, amasados en la inconstancia, un cuarto de siglo es una gran parte de nuestra vida. En un cuarto de siglo, ¡cuántos corazones cambian, cuántos espíritus se tuercen, cuántos acontecimientos se realizan en la Historia! Y si nosotros, durante veinticinco años, hemos conservado íntegra y fiel la ternura de nuestra primera misa, podemos decir a Jesús: *Señor, he sido fiel a tu amor... El tiempo ha cambiado muchas cosas en mí y en torno mío: mis ojos, aquellos ojos ingenuos de niño, se han abierto a las toscas realidades de la vida; mis brazos se han ejercitado sin cesar en la lucha; mis pies se han fatigado evangelizando la paz, evangelizando el bien; mi corazón ha sufrido mucho, ha amado mucho...; pero en medio de tantas visitudes, el amor de mi primera misa está aquí incólume, el amor de mi primera misa está aquí purísimo; antes bien, más arraigado y más profundo... Señor, después de veinticinco años de sacerdocio, Tú lo sabes, yo te amo...*

No puedo negar que en veinticinco años de sacerdocio tengamos que lamentar un sinnúmero de deficiencias y

fragilidades; ¿por qué negarlo, si somos humanos? Pero a mí me parece que esas miserias no son contra nuestra fidelidad sacerdotal; antes la acrecientan y la hacen más meritoria...

¡Ah!, si fuéramos ángeles, si como esos espíritus superiores se fijara inconmoviblemente nuestra inteligencia en la verdad y nuestra voluntad en el bien, ¿qué tendría de raro que fuéramos fieles durante veinticinco años? Pero que, a pesar de nuestra fragilidad y miseria, de nuestras deficiencias y caídas, al concluir un cuarto de siglo de vida sacerdotal, todavía podamos decir a Nuestro Señor «Tú sabes que te amo», ¿no es esta fidelidad más meritoria y gloriosa, y tanto más meritoria y gloriosa cuanto más frágiles y miserables somos?

III

Pasan los años... Algunos sacerdotes afortunados, bendecidos especialmente por Dios, llegan a celebrar cincuenta años de vida sacerdotal.

En ese atardecer de la vida que tiene yo no sé qué misteriosa melancolía, melancolía que ignoro si será la huella que ha dejado en el alma la vida de la tierra o el presentimiento de la vida celestial; en ese atardecer, dulce y glorioso, Jesús vuelve a hacer la pregunta inmortal: *¿Me amas?* Y otra vez el sacerdote, cargado de méritos y sufrimientos, vuelve a decirle en lo íntimo de su corazón: *Sí, Señor; Tú sabes que te amo.*

¿Adivinamos lo que tiene de profundo, de divino, esa última palabra de amor? ¡Es la palabra de la consumación!...

El otoño va tocando a su fin; en el huerto los árboles se desgajan cargados de frutos; ya empieza a sentirse el frío del invierno, y todo anuncia que se avecina ese tiempo triste y austero... Y como el labrador contempla gozoso su huerto pletórico de frutos y al calor del hogar acumula en sus graneros la mies opulenta, así el sacerdote que ha llegado a los cincuenta años de ministerio. Está al fin del otoño, y el invierno se aproxima, siente el gozo de la fecundidad y la añoranza del cielo, y en medio de esa dulce melancolía que embarga su corazón, pronuncia de una manera nueva, profunda, riquísima, la palabra del amor: *Domine, Tu omnia nosti; tu scis quia amo te!* «Señor, Tú lo sabes todo; Tú sabes que te amo.»

¿Qué caracteres tiene la palabra de la consumación?

Es una palabra de sabiduría, porque cuando se ha vivido mucho y santamente sobre la tierra, el espíritu se eleva, la cárcel del cuerpo se desmorona y la crisalida se transforma en mariposa. En la última etapa de la vida sacerdotal, la luz de la sabiduría parece envolver con su nimbo magnífico todo el ser del sacerdote. Ya no tiene el ardor y la ingenuidad de los primeros años, ni siquiera el ánimo de luchar que caracteriza la madurez de nuestra vida. Parece que todo para él se ha convertido en luz: todo lo ve, todo lo sabe; vive en una atmósfera superior, desde donde contempla la grandeza espléndida de las cosas humanas; en una atalaya desde donde vislumbra maravillosamente las cosas divinas...

El segundo carácter de esta última etapa de la vida sacerdotal es la paz perfecta. Cuando la vida se consuma, la paz llena el corazón, como si Dios quisiera que no fuera tan brusca y repentina la transición entre las inquietudes de la tierra y la felicidad del cielo; y por eso va llenando, impregnando y embalsamando nuestra alma con la paz del cielo, y saboreando esa paz definitiva es como el sacerdote repite a Jesús: *Tú sabes que te amo.*

Tiene, en fin, otro carácter esa palabra de los cincuenta años: es una palabra impregnada de mirra. Lo que la Esposa del *Cantar de los Cantares* dice: *Manus meae destillaverunt myrrham.* «Mis manos destilaron mirra», puede también afirmarse de las manos del sacerdote que consuma santamente su vida. Sus manos destilan mirra, porque en la vida sacerdotal, más que en toda vida humana, es preciso sufrir.

¡Ah, sí!, sufrir, porque sólo el sufrimiento purifica y expía; sufrir, porque sólo el sufrimiento es fecundo; sufrir, porque sufrió Jesús, el Supremo Pastor, el Príncipe de los sacerdotes, y nos daría vergüenza ir coronados de flores tras de Aquel que por nosotros quiso coronarse de espinas...

Y en los últimos años de la vida sacerdotal los sufrimientos se acrecientan, ¿por qué? Porque nuestro sacerdocio se afina, porque nuestro parecido con Jesús se acentúa, porque la madurez del alma es perfecta, porque es preciso prepararnos para la eternidad. Y entonces las manos del sacerdote destilan mirra, mientras que en su corazón se desborda una ternura purísima, mientras que sus hombros se doblegan bajo el peso de la fecundidad, mientras que en su alma vibra la palabra de la consumación: *¡Señor, Tú sabes que te amo!*

¡Oh!, ¿quién podrá declararnos lo que significa esa palabra de amor con que se consuma la vida, cuando Dios es servido de prolongarla durante medio siglo de sacerdocio?

IV

He hablado de la fidelidad del sacerdote; pero, ¿cómo terminar sin decir una palabra de la fidelidad de Jesús?

En el lago de Tiberíades, Jesús pregunta al sacerdote si le ama; pero, ¿quién no ve que en el fondo de esta pregunta hay una declaración dulcísima de amor? Porque preguntar a una persona si nos ama es tanto como confesarle nuestro amor.

Y así es, en verdad. En la ribera del Tiberíades, Jesús le confesó a Pedro su amor: *¿Me amas más que éstos?* Era tanto como decir: *Yo te amo de una manera singular.*

De suerte que la palabra de amor que el sacerdote dice a Jesús en su primera misa no es palabra aislada, sino que responde a otra más profunda y sonora, a una palabra de amor de Jesús.

El día de nuestra primera misa nos dijo Jesús que nos amaba, y lo recordamos todavía con fruición... Era un Jesús espléndido y bellísimo, era el Jesús del Tabor, transfigurado y luminoso. En ese día nada sospechábamos de sufrimientos y de cruz; o si lo sospechábamos, ese presentimiento quedó relegado a último término, y sólo pensamos en gozar de su amor.

Pasan los años..., y llegamos a la madurez de la vida. ¿Nos seguirá amando Jesús? Tantos corazones que nos amaban antes y que han dejado de amarnos: unos porque dejaron de latir, otros porque fueron inconstantes... ¿Jesús lo será también? La magnitud de nuestras deficiencias, el peso de nuestras ingratitudes, ¿le arrancarán a Jesús el amor que nos brindó el día de nuestra ordenación sacerdotal?

Nos dice el *Apocalipsis* que el nombre de Jesús es FIEL Y VERAZ; la fidelidad de Jesús nadie la iguala, nadie la conoce, nadie la sospecha: es una fidelidad divina que está por encima de todas las fidelidades humanas.

Todavía Dios es fiel con el pueblo judío; después de diecinueve siglos de persecuciones y de crímenes, todavía lleva Dios en su corazón al pueblo escogido; y día vendrá, como lo han predicho las Escrituras, en que Dios se acordará de la predilección con que ha amado a Israel, y lo

sentará en su regazo, y lo acariciará y consolará como una madre acaricia a su hijo predilecto. ¡Ah, nadie puede igualar a Dios en su fidelidad!

¿Cómo entonces no había de ser fiel con sus sacerdotes? Nosotros lo sabemos por una experiencia dulcísima... Cuando llegamos a la plenitud de la vida y volvemos la mirada en torno nuestro, encontramos tantos vacíos...: seres queridos que se alejaron de nosotros, torturas que desgarraron nuestro corazón, ingratitudes, desdenes, ilusiones que se marchitaron, proyectos que se deshicieron...; pero en medio de todas las vicisitudes y sobre todas las ruinas hay algo que no cambia, que no se muda, que no pasa, antes bien cada día se acrecienta y se revela mejor: la fidelidad de Jesús. ¡Oh, Él es siempre el Jesús de nuestra primera misa, el Jesús de nuestra juventud sacerdotal, del cual decimos cada mañana al subir las gradas del altar: *Introibo ad altare Dei, ad Deum qui laetificat juventutem meam.* «Subiré al altar de Dios, del Dios que regocija mi juventud»; el Jesús que, a pesar de todas nuestras deficiencias, nos ama siempre y nos perdona!

Pero ya no es el Jesús del Tabor: la visión radiosa ha desaparecido. Es el Jesús que trabaja, que recorre las aldeas, que entra en las sinagogas, que predica desde la barca de Pedro, el Jesús fecundo que pasa por la tierra haciendo el bien.

Nosotros lo sentimos en medio de nuestras fatigas apostólicas y de nuestros trabajos sacerdotales; por eso sabemos que no estamos solos, que no vivimos abandonados. Jesús nos sostiene cuando desfallecemos, nos levanta cuando caemos, enjuga el sudor de nuestro rostro cuando trabajamos, nos oculta cuando somos perseguidos, nos impulsa para hacer el bien a las almas, nos alienta ofreciéndonos que Él mismo será nuestra recompensa. Y cada año que pasa vamos comprendiendo mejor cuánto nos ama Jesús y cuán profunda y divina es su fidelidad.

Y en el atardecer de la vida, a los cincuenta años de sacerdocio, ¡oh Padre amadísimo, que celebras en estos momentos tan fausto aniversario, sólo tú podrías decirnos cuán fiel es Jesús, cómo no te ha desamparado jamás en medio siglo de vida sacerdotal, cómo ha sido tu fortaleza y fecundidad y tu recompensa; cómo se ha verificado en ti la palabra del salmo: *Qui laetificat juventutem meam,* regocijando la juventud siempre renovada de tu alma!

En las últimas etapas de la vida sacerdotal, la fidelidad de Jesús se revela más plenamente: no es el Jesús del

Tabor; tampoco es ya el Jesús del Tiberíades... ¡Es el Jesús de la noche inolvidable, el Jesús del Cenáculo y de Getsemaní, ternísimo y transfigurado por el dolor!

¿No es verdad que la suprema fidelidad de Jesús está en comunicar a su sacerdote los secretos íntimos de su Corazón? El amor, a medida que pasa el tiempo, se hace como el vino, más exquisito, más generoso; primero tiene manifestaciones superficiales, después más profundas, al último hondísimas. La suprema fidelidad de Jesús está en abrirnos plenamente su Corazón, depositando en el nuestro los secretos del suyo. Y los secretos de su Corazón, ya lo sabemos, son ternura y sacrificio, y la noche del Cenáculo y de Getsemaní fue la suprema revelación de su Corazón divino.

Por eso esa palabra de San Juan: *Habiendo amado a los suyos, los amó hasta el fin,* muestra la fidelidad de Jesús, que va hasta el extremo de la ternura y hasta el extremo del sacrificio.

Cuando Jesús ama a un alma sacerdotal durante medio siglo, se establece entre los dos el diálogo inmortal del amor a través de los años. Pero al llegar al atardecer de la vida, Jesús abre su Corazón y deposita en el corazón del sacerdote su doble secreto: el secreto de su ternura y el secreto de su dolor.

Entonces la vida sacerdotal es un Cenáculo y un Getsemaní: un Cenáculo donde la ternura se desborda y un Getsemaní donde el alma se embriaga con una amargura divina...

EL APOSTOL DE LA UNIDAD

EL ILUSTRÍSIMO SEÑOR PLANCARTE, ABAD DE GUADALUPE

En 1862, en Roma, en la grandiosa basílica de San Pedro, con toda la opulencia de la liturgia, con toda la gloria de la corte pontificia, Su Santidad Pío IX canonizó a San Felipe de Jesús, el primer mártir mejicano.

En aquella solemnidad felicísima estaba un joven compatriota nuestro apenas iniciado en el estado eclesiástico, un joven que llevaba en su alma una pasión nobilísima: el amor a su patria; y al presenciar la grandiosa ceremonia, cuando el Papa, en nombre de Jesucristo y con la potestad de los apóstoles Pedro y Pablo, declaró que un hombre es santo y que debe colocarse en los altares, sintió en su alma una impresión inefable.

¿Sería que la luz del cielo bañó en aquellos momentos su alma con esplendores divinos? ¿Sería que cayó de las alturas una chispa de amor que incendió su corazón nobilísimo? ¿Sería que el alma del primer mejicano se derramó en la grande alma de aquel joven compatriota nuestro?

El prelado que recibió de aquel joven esta íntima confidencia pensaba que en aquellos instantes San Felipe de Jesús se había compenetrado de manera inefable con aquel joven, que le había dado un mensaje de amor y de esperanza para la patria mejicana, que había sembrado en su corazón una semilla preciosa que había de producir flores y frutos en el porvenir.

Aquel joven era el P. don Antonio Plancarte y Labastida, abad de Guadalupe, el hombre superior cuyo centenario acabamos de conmemorar.

Yo no sé si será exacta la opinión del prelado a quien me refiero; pero estoy seguro de que si no fue en aquel lugar y en aquellos instantes, de todos modos el P. Plancarte recibió de Dios una misión providencial sobre la nación mejicana. Es muy difícil señalar a las mociones divinas un

lugar y un tiempo; de ordinario la acción de Dios sobre las almas es como un rocío celestial que va cayendo poco a poco en ellas y las va penetrando hasta que las fecunda por completo.

En esta bendita ocasión en que venimos a rendirle un homenaje de amor al varón esclarecido que realizó en nuestra patria obras grandiosas, quiero sencillamente decir que el P. Plancarte recibió de Dios una misión sobre nuestra patria, y felizmente la cumplió.

¿Cuál fue esa misión? Pienso que no es una ilusión de nuestro patriotismo, que no es esa ceguera nobilísima que pone el amor en nuestras almas para que veamos siempre grande y bello lo que amamos; estoy seguro de que Méjico ha recibido de Dios prerrogativas singulares: tiene un cielo divino espléndido, panoramas de ensueño, montañas excelsas, lagos misteriosos, bosques umbríos, campiñas floridas; su tierra pródiga entrega al que la cultiva mieses opulentas; en las entrañas de su suelo posee riquezas fabulosas que no se han explotado aún completamente, y en el vasto suelo de nuestra patria, arrullado por el murmullo gigantesco de dos océanos, hay una multitud de almas que, por pobres e ignorantes que se supongan, llevan en su seno aptitudes prodigiosas para la ciencia, para el arte, para todo lo que es grande, para todo lo que es noble.

Y, sobre todo, Dios derramó en Méjico dones sobrenaturales y divinos con abundancia maravillosa. El pueblo mejicano—lo atestigua la Historia—tiene una fe indomable, una piedad tierna, ardiente, única, sentimientos nobilísimos, y, sobre todo, tiene un tesoro más bello que sus campiñas y sus bosques, más espléndido que su firmamento, más rico que las entrañas de su suelo—¿quién no lo ha adivinado?—; nuestro tesoro es una Virgen dulcísima que nos sonríe desde una colina gloriosa; es la dulce Virgen de Guadalupe, símbolo de la predilección divina, cifra de nuestro destino, felicísimo centro de nuestros corazones, urna de nuestras esperanzas, amor de nuestros amores.

¿Qué podía necesitar hace setenta y ocho años nuestra patria? ¿Qué podría necesitar durante este período de tiempo para que Dios suscitara un hombre superior que nos viniera a dar lo que nos faltara?

Sólo quiero contestar esta pregunta. Una cosa falta aún: *la unidad, la armonía.* El día que encontremos el secreto de la unidad, habremos encontrado el secreto de la dicha. Méjico unido será un pueblo grande, próspero, feliz.

Pero apenas nacidos a la vida independiente, el enemi-

go, como en la parábola evangélica, sembró la cizaña juntamente con el trigo, y durante poco más de un siglo que llevamos de vida autónoma, nuestra Historia está compuesta de luchas constantes; hemos perdido nuestro tiempo en luchas estériles, y, lo que es todavía más deplorable, no sólo hay en nosotros esas divisiones justas, legítimas—aunque lamentables—, de los que piensan de distinta manera y están separados por un abismo, sino que hasta en nuestro mismo campo parece que nuestra actividad constante tiene por fin y por sendero dividirnos perpetuamente. ¡Ah!, el día en que Méjico encuentre el secreto de la unidad, ese día sonorá para nosotros la hora de la prosperidad, la hora de la dicha.

El P. Plancarte vino a cooperar de una manera eficacísima para realizar esa unidad. Claro, no la consumó ni podía consumarla; la unidad y la armonía de los pueblos es obra de largos años, muchas veces de siglos. Poco a poco las almas se armonizan; poco a poco los corazones se enlazan, y es obra de titanes, es obra de gigantes realizar lo que puede llamarse con una frase de Nuestro Señor: *La consumación en la unidad.*

Yo pienso que María Santísima de Guadalupe, en la plegaria perenne de sus manos juntas, en el clamor interminable de su corazón maternal, está repitiendo la frase que Jesús dijo en la noche de la Cena: «Que todos sean una sola cosa para que todos sean consumados en la unidad.»

Y para comenzar a realizar el prodigio de nuestra armonía nacional, Dios, en su misericordia y en su amor, nos envió un hombre superior, cuya misión fue ésta: la unidad y la armonía en el pueblo mejicano.

* * *

La primera unidad que se necesita para nuestra dicha es la que nos une a Dios; en ella está el fundamento de todas las demás unidades. Por eso Jesucristo, en la víspera de su Pasión, decía al Padre celestial: *Tú en Mí y Yo en ellos, para que todos sean consumados en la unidad.*

¡Ah! Dios siempre está unido con nosotros, Dios siempre está unido con el pueblo mejicano; sí, nuestro pueblo, nuestra nación, brotó de una mirada dulcísima de los ojos divinos, de una palpitación amorosa de su Corazón infinito; y para justificar mi aserto, me basta evocar el prodigio del Tepeyac, ese prodigio del cual un Papa se atrevió a decir: *Non fecit taliter omni nationi.* «No se ha hecho cosa

igual con otra nación.» Bastaría ver que se levanta sobre la colina del Tepeyac la imagen gloriosa para que podamos estar seguros de que Dios está con nosotros y nos ama.

Pero nuestros vínculos de unión con Dios se han aflojado por nuestros pecados. Para los pueblos, como para las almas, el pecado es el gran mal. ¿No dice la Escritura: la justicia eleva a los pueblos, pero el pecado rebaja a las naciones? El pecado hace miserables a los pueblos, y nosotros tenemos muchos pecados, pecados individuales y pecados nacionales; no los enumero, porque no quiero ofuscar con amargos recuerdos el brillo de este día.

Para que nuestra unión con Dios se haga más estrecha, para que el pueblo mejicano esté unido con el Señor, para que se realice la palabra de Jesús: *Tú en Mí y Yo en ellos*, es indispensable que el pecado se borre, que se domine, que se disminuya al menos su influjo nefasto.

Para borrar el pecado, los individuos tenemos un Sacramento divino; mas para borrar los pecados nacionales, no hay más que un recurso: *la expiación.*

Un ejemplo grandioso, estupendo, de esa verdad, nos están dando las naciones de Europa. Naciones nobilísimas se debaten en angustias supremas. ¿Por qué? ¿Por la voluntad de un caudillo? ¿Por el capricho de los que dirigen las naciones? No; por la ley providencial de la expiación. Había en ellas pecados que pagar, y Dios Nuestro Señor, reuniendo en haz inefable su misericordia y su justicia, lanzó sobre los pueblos terribles vicisitudes.

Pero no existe solamente la expiación que Dios envía; existe también la que nosotros amorosamente brindamos; y el P. Plancarte, con mirada profunda, con intuición genial, comprendió que Méjico necesitaba expiación. Y quiso que la expiación en nuestra patria fuera constante, que tuviera su lugar, y levantó un templo bellísimo para que bajo sus bóvedas se levantaran al cielo clamores que pidieran misericordia, para que bajo sus bóvedas la oración y el sacrificio y, sobre todo, la Santa Eucaristía, estuvieran constantemente expiando los pecados que hemos cometido contra el Señor.

Quizá no hemos comprendido perfectamente el gran pensamiento del P. Plancarte; quizá no le hemos dado a nuestro templo expiatorio nacional la importancia que debiéramos; nos hemos olvidado que para nuestro bien y para nuestra dicha tenemos dos templos nacionales: el Tepeyac y el San Felipe; el Tepeyac, el *templo del Amor;* San Felipe es el *templo de la Expiación.* Y en la doctrina

de Jesucristo Nuestro Señor se necesita unir la expiación y el amor para que brote la paz, para que venga la felicidad.

Fue la primera unidad que realizó el P. Plancarte; nos unió con Dios con nuevos vínculos; pensó que, si se expiaban los pecados de Méjico, no se necesitaba otra cosa para que todo el amor de Dios se derramara sobre nosotros, para que los corazones de los hijos se enlazaran maravillosamente con el Corazón infinito del Padre.

* * *

Pero después de la unidad, de la unión con Dios, se necesita en la tierra otra unidad.

Jesucristo en la tierra se oculta a nuestros ojos carnales; pero los ojos de nuestra fe, los ojos iluminados de nuestro corazón, lo descubren constantemente. No sólo vive Jesús en la santa Eucaristía, vive también en el Papa; el Papa es su Vicario, el Papa es la piedra sobre la cual está edificada la Iglesia, el Papa es Jesús que enseña, que rige, que consuela, que da vida.

Gracias a Dios, Méjico siempre ha sido fidelísimo al Santo Padre; pero la larga distancia que nos separa de Roma, y, más aún, el influjo pernicioso de una doctrina que en otro tiempo estuvo en boga, *el regalismo*, hizo que se aflojaran—hace ya muchos años—los vínculos que unían a la Iglesia de Méjico con la Iglesia de Roma, que es la columna de la verdad, el centro de la unidad, el manantial purísimo de la vida.

Hubo una época en que, aun en los centros docentes eclesiásticos, se enseñaba el regalismo, error pernicioso que por halagar al soberano restaba derechos al Pontífice Supremo, y, con el pretexto plausible de conservar nuestras tradiciones y las tradiciones de la Madre Patria, en nuestras leyes y en nuestra doctrina—gracias a Dios, no en lo esencial—nos habíamos alejado un poco de Roma, habíamos hecho más grande la distancia que separa a Roma de Méjico.

El P. Plancarte lo comprendió. Los grandes hombres tienen intuiciones geniales; de ordinario, en su tiempo no se comprenden ni sus ideas ni sus tendencias, porque la mayoría de los hombres no saben ver a lo lejos; más aún, no saben ver lo profundo de los problemas presentes.

Quiso el P. Plancarte que se estableciera en Méjico esta unidad, esta acción estrechísima con la Santa Sede Apostólica; y sólo Dios sabe a costa de cuántos sacrificios y

cuánta constancia formó un grupito de jóvenes y los envió al Colegio Pío Latino-Americano, para que fueran a beber a las fuentes purísimas de Roma la doctrina, el espíritu perfectamente cristiano; para que fueran a escuchar de cerca las inmensas palpitaciones del corazón del Papa; para que vinieran a traer a Méjico un mensaje de renovación y de esperanza.

Aquel grupo de jóvenes se convirtió en un grupo de prelados insignes; muchos han muerto, otros viven aún. Y aunque aquel grupo de jóvenes era pequeñísimo, el primer impulso estaba dado.

El P. Plancarte murió, pero no su obra; y en pos de aquellos jóvenes ha seguido una gloriosa caravana de los mejores seminaristas de la República, que van a beber en aquellas fuentes cristalinas, que van a caldear sus corazones con el amor del Papa, y que vienen a traer a Méjico el espíritu de la Santa Sede Apostólica.

Y todos somos testigos de que la obra del P. Plancarte se ha realizado; nuestra liturgia, nuestro derecho y, sobre todo, nuestro espíritu, son cada día más perfectamente romanos; y aun los que no tuvimos la dicha de ir a beber en aquellas fuentes purísimas, hemos participado de esa grande transformación y hemos cooperado a realizarla.

La segunda unidad creada por el P. Plancarte fue nuestra unión estrechísima con el Santo Padre.

¡Ah!, si se permite a mi corazón un desahogo, diré que en estos últimos días esos vínculos se han estrechado de manera inefable; en los tiempos de nuestras tristezas, de nuestros dolores, Dios suscitó en el inmenso corazón del Papa Pío XI una predilección singular por Méjico, y nos dirigió miradas que llegaron al fondo del alma, y nos impartió bendiciones y consuelos, y derramó su inmenso corazón de Pontífice en el propio corazón de los mejicanos atribulados.

Actualmente, un monumento que se yergue en el Vaticano da testimonio de que dos colinas gloriosas se han unido para siempre: la colina del Vaticano y la colina del Tepeyac.

* * *

Pero no bastaba unir al pueblo de Méjico con Dios y unirlo estrechamente con el vicario de Jesucristo en la tierra; había otra empresa, al parecer, más difícil; unir a todos los mejicanos entre sí.

Pero, ¿no deberíamos todos estar unidos? Parece mentira nuestras divisiones; si somos débiles, ¿no necesitamos estrechar nuestras manos y formar grupo compacto para conservar la fortaleza? Nuestra Historia, sin embargo, comprueba qué cosa tan difícil es unir a los mejicanos.

¿Qué hombre, qué ideal, qué bandera hay que pueda unirnos a todos? Yo pienso que nuestra desunión no es falta de nobleza; es fruto de nuestra ignorancia o quizá de nuestras pasiones. Se necesita y se ha necesitado siempre un centro de unidad, algo a donde puedan converger todos los ojos, donde puedan palpitar al unísino todos los corazones, donde todos los labios formulen una sola alabanza, un sólo cántico de amor.

¡Ah!, gracias a Dios, tenemos ese centro de unidad, quizá como ninguna otra nación. La frase de Benedicto XIV vuelve a mis labios: *Non fecit taliter omni nationi.*

El P. Plancarte lo comprendió así. Y un día, un día inolvidable, un día glorioso entre todos los de nuestra Historia, el 12 de octubre de 1895, toda la patria mejicana se conmovió de una manera única; en aquel día los océanos entonaron un cántico nuevo, las flores de nuestra campiña esparcieron perfumes más exquisitos y hasta las estrellas de nuestro cielo emitieron centilaciones más espléndidas... Un pueblo conmovido, un pueblo arrodillado, puso sobre la frente de nuestra Madre augusta, de nuestra Reina incomparable, una corona de amor y de esperanza.

Y ya lo dije hace poco tiempo; esa corona fue, ciertamente, la obra de un pueblo, pero fue también la obra de un hombre. El P. Plancarte recorrió la República, habló como él sólo sabía hablar; su voz de fuego penetró en las almas, conmovió los espíritus, llegó, por decirlo así, como espada de dos filos hasta las profundidades del alma nacional. Y aquel día fue un cántico, fue un epitalamio, fue una epopeya la que se levantó al cielo, y en aquel día se realizó sobre nuestra patria el prodigio de nuestra unidad y de nuestra armonía.

Sabemos muy bien que de aquel acontecimiento arranca una nueva era de amor a la Virgen Santísima de Guadalupe, una nueva era de unión. A pesar de lo que las apariencias de nuestras vicisitudes pudieran enseñarnos, cada día nos sentimos más unidos. Y cuando vino la tormenta y parecía que se nos iba a arrebatar el tesoro de nuestra fe, nuestros enemigos fracasaron; se habían destruído muchas cosas, quizá, pero había salido incólume, más segura que nunca, la fe, nuestra fe cristiana, ¡porque más segura

y más sólida que nunca se erguía sobre la colina bendita la imagen gloriosa de Guadalupe!

* * *

¿Nada falta en la misión providencial del P. Plancarte?

Los grandes hombres tienen una mirada inmensa; el Padre Plancarte no sólo vio el presente, pensó en el porvenir, quiso que el pasado y el porvenir se fundieran en una inefable unidad. Y es natural que si él había pensado en una expiación y en Roma y en Guadalupe, pensara también en las nuevas generaciones, pensara en la niñez. Pensar en la niñez es pensar en el porvenir, es enlazar el porvenir con el pasado, es realizar la unidad propia de una nación que está destinada a vivir siglos.

Pienso que su propósito era más amplio; las circunstancias de su vida hicieron que se fijara de preferencia en la niñez femenina, y a fe que tenía razón. Si he de decir lo que siento, quiero rendir en estos instantes un homenaje de admiración a la mujer mejicana, uno de los tesoros más grandes que tenemos en nuestro país y en nuestra Historia. ¡La mujer mejicana, dulce, pura, piadosa, que ama su hogar, que rodea de ternura a su esposo, que sabe derramar en los corazones de sus hijos preciosas enseñanzas!

¡Ah!, no necesito citar los nombres de las heroínas de nuestra Historia; pienso que la mayor parte de las mujeres cristianas mejicanas son verdaderas heroínas, tanto más meritorias cuanto más ocultas.

¿No es verdad que uno de los secretos de la conservación de nuestra fe, de los caracteres de nuestra piedad, de los nobles sentimientos de nuestro corazón, depende de la mujer mejicana?

Nuestras madres forjaron nuestro corazón; depositaron en nuestro espíritu nuestras primeras ideas, que fueron luminosas porque venían de un alma pura; sembraron en nuestro corazón sentimientos nobilísimos, porque venían de un corazón cristiano y piadoso. Todos podemos dar testimonio de esta verdad. Si hay en nosotros algo noble, algo santo en nuestro corazón, lo debemos a nuestra madre, cuyo dulce recuerdo enternece el corazón.

En Méjico, los varones frecuentemente se extravían, pero por el impulso de la pasión, por las fuentes malsanas de los errores; mas para todos, para casi todos, al menos, llega un momento, es el momento del dolor, o el momento de las torturas de la vida, o el momento majestuoso de la

muerte; y en esos trances supremos, siempre el mejicano tiene cerca de sí una madre, una hermana, una esposa o una hija, que, entre caricias y ósculos de ternura, le hablan de Dios, y le recuerdan días risueños de su juventud, y le señala en la lejanía las santas esperanzas cristianas.

Y casi siempre el prodigio se realiza, y con lágrimas, tanto más preciosas cuanto más varoniles, el pobre mejicano cambia, aborrece lo que ayer amaba, y se prosterna ante Jesucristo y ante la Santísima Virgen María, conducido por la presión dulcísima, pero irresistible, de una mujer mejicana.

El P. Plancarte lo comprendió; por eso puso sus ojos y su corazón en la niñez femenina. Y para que en el transcurso de los años y de los siglos no faltara quien uniera en un apretado haz católico a la niñez femenina que formaría más tarde los hogares, sacó de su corazón inmenso, de su corazón ternísimo, una nueva familia espiritual, que parece llenar nuestra República y se ha extendido aún en el extranjero.

Y la forjó a su imagen y semejanza, y la infundió su espíritu, y la hizo profundamente mejicana para que se plegara a las exigencias de nuestra situación, para que supiera hablar a la niñez, para que esparciera por todas partes dos grandes amores: el amor a Jesucristo y el amor a la patria mejicana.

Y quiso que llevaran por nombre el nombre de aquella Virgen, de aquella gloriosa imagen que constituye nuestra unidad y nuestra gloria; quiso que sobre su pecho y sobre su corazón llevaran el glorioso, el profundamente mejicano nombre de Guadalupe.

* * *

Cuatro maravillosas unidades realizó el P. Plancarte. Su misión estaba cumplida.

Yo podría—haciendo una reminiscencia de los libros santos—decir de él que apareció en nuestra tierra como fuego, y que su palabra ardía como una centella, que aplacó la ira del Señor y reconcilió el Corazón del Padre con los hijos, que sobre la colina del Vaticano contempló la gloria de Dios y sobre la colina de Tepeyac miró el amor y la ternura de la siempre Virgen María.

Y podría concluir diciendo lo que dicen las escrituras del profeta Elías: «Bienaventurados los que te conocieron

y los que estuvieron decorados con el don de tu amistad.»

Pero antes de terminar, quiero decir que la vida del Padre Plancarte no solamente fue cumpimiento de una misión, sino que contiene una lección preciosa e interesante para nosotros.

¿Queremos la grandeza y la prosperidad de nuestra patria? El P. Plancarte nos ha mostrado los senderos, el sendero de la unidad, el sendero de la armonía. Unidos con Dios, unidos con el Vicario de Jesucristo, unidos con la Santísima Virgen de Guadalupe, unidos no solamente con las generaciones pasadas, sino también con las generaciones del porvenir, realizaremos el milagro de una patria grande, de una patria próspera, de una patria feliz.

¡Ah!, yo repito como un eco la plegaria de Jesús en el Cenáculo, que estoy seguro que es la plegaria que se oculta en el misterio de las manos juntas de la Virgen de Guadalupe, en el misterio de su Corazón ternísimo de Madre: ¡Que todos seamos una sola cosa, que encontremos el secreto de la unidad y de la armonía para que, unidos todos en Dios, con el Papa, con la Virgen de Guadalupe, y unidos entre sí, podamos realizar el supremo anhelo de nuestra alma: un Méjico grande, un Méjico próspero, un Méjico feliz!

EL REVERENDISIMO P. FELIX ROUGIER

ORACIÓN FÚNEBRE

Ut cognoscat mundus quia diligo Patrem, et sicut, mandatum dedit mihi Pater sic facio: surgite, eamus hinc. «Para que el mundo sepa que amo al Padre y que obro conforme al mandato que me dio, levantaos y vamos de aquí» (Joan., XIV, 32).

Nos encontramos una vez más ante el misterio de la muerte. Mil veces hemos tropezado con él; nos es familiar, y, sin embargo, jamás acertamos a comprenderlo plenamente.

Un hombre que vivió muchos años e hizo mucho bien; que supo amar y logró ser amado; que atrajo en torno suyo innumerables almas y les infundió su espíritu; que esparció palabras de vida y realizó obras fecundas, cayó vencido por el golpe fatal de la muerte.

Es verdad que por sus años y sus virtudes parecía maduro para dejar la tierra; pero, ¡ay!, deja en triste orfandad muchas almas de las que era principio de unidad y centro de vida. Fundador y padre de una congregación casi naciente, ¿no debía vivir aún porque su obra meritísima necesitaba todavía de su calor y su influjo? Tronco fecundo que alentaba con su vida muchas ramas lozanas pero juveniles, ¿por qué murió? ¿No se desgajarán esas ramas florentísimas cuando cese el empuje de la primavera, cuando llegue el invierno desolado, cuando ruja devastador el vendaval?

¡Ah!, la muerte desconcierta siempre al espíritu humano. Hiere sin saber dónde, arranca sin preocuparse de la catástrofe que produce. Ciega, sorda, implacable, ni mira nuestras lágrimas, ni oye nuestros clamores, ni se conmueve por nuestras plegarias... Disipa nuestras esperan-

zas, como se disipan las nubes del otoño; deshace nuestros sueños, como se deshace la espuma que corona las olas del océano, y sobre las ruinas de la grandeza y de la gloria y de la felicidad humanas pasea su carro victorioso y realiza su obra de destrucción y de exterminio.

Stipendium peccati mors, dijo San Pablo. Fruto del pecado, la muerte guarda, en su amargura sin igual, los caracteres del árbol maldito que la produjo.

Pero la mano misteriosa de Dios, ¿no habrá puesto una gota de dulzura en el absintio corrosivo de la muerte? Cuando Jesús se envolvió en ella sobre la cumbre sangrienta, cuando en la cruz bendita la muerte y la vida lucharon en combate gigantesco, ¿no pondría su mano milagrosa un germen de vida, un destello de amor, un reflejo de inmortalidad sobre la muerte vencida?

En vísperas de su Pasión, Jesús dijo una palabra divina que parece rasgar los velos que cubren los misterios de la muerte. Acaba de realizar el prodigio de la Eucaristía, acaba de sacar de su Corazón amoroso el misterio del sacerdocio; nunca les había hablado a sus discípulos como en aquella noche inolvidable, cuando su alma se desbordó sobre ellos en un torrente de luz, de ternura, de intimidad y de esperanza. Mas de improviso se rompe el idilio celestial. *Surgite, eamus!*—«¡levantaos, y vamos!»—, les dice, deteniendo el raudal de sus íntimas efusiones. ¿Adónde va? A la muerte. Viene el príncipe de las tinieblas. Pero, ¡ah!, sí, el príncipe de las tinieblas no encuentra nada en Él. En nosotros sí encuentra, al menos, la huella arcana de su antigua posesión; ¿pero en Jesús?... ¿Por qué no se queda para siempre en el cenáculo, que es morada de la luz y del amor y de la paz? ¿Por qué Getsemaní? ¿Por qué el Calvario?

Oíd: «Para que sepa el mundo que amo a mi Padre..., levantaos, y vamos.»

La suprema explicación del misterio de la muerte es el amor. La divina pasión por su Padre que llevaba en el alma explica los dolores y las ignominias de su Pasión, explica su muerte sacratísima.

Y su amor, como exquisito perfume, se difundió por el mundo cuando se rompió el alabastro de su corazón, y las almas se han embalsamado con la divina fragancia, y el amor puede poner en la muerte su majestad y su dulzura.

Tal es el pensamiento que quiero proponer a vuestra consideración. Con la ayuda de Dios evocaré la dulce figura espiritual del muy reverendo P. Félix Rougier, fundador

de los Misioneros del Espíritu Santo, y cuando la hayamos contemplado, cuando penetremos en el secreto de su alma, espero que vislumbraremos el misterio de la muerte y pondremos en los labios agonizantes del reverendo Padre las mismas palabras de Jesús: «Para que el mundo sepa que amo al Padre..., levantaos, y vamos.»

* * *

Para conocer interiormente a un hombre, hay que descubrir su fisonomía espiritual, como para conocerlo exteriormente se necesita mirar su rostro.

Y la fisonomía de las almas es lo que hay en ellas de más alto y de más bello, lo que se eleva a los cielos, lo que se comunica con Dios, lo que se baña en la luz del rostro divino, que, según el texto sagrado, sella a las almas.

El alma del P. Félix se bañó en esa luz; tenía a Dios en sus labios y lo tenía en los ojos iluminados de su corazón.

Lo que ven esos ojos en el divino esplendor marca la fisonomía de un alma.

Hay almas que nada ven; están ciegas, y su rostro no tiene expresión; hay almas que hunden sus pupilas en el océano de la luz y de claridad en claridad llegan a transformarse en la misma imagen divina.

Y esa luz tiene en cada alma su propio matiz: para unas es el candor de la pureza; para otras es la llama rojiza del amor; para éstas es la púrpura del sacrificio; para aquéllas es el celeste fulgor de la esperanza.

¿Qué vieron los ojos del P. Félix en la luz divina? Vieron, sin duda, muchas cosas. Como a maestro de espíritu, le eran familiares las cosas divinas. Vio la gloria de María y escribió un libro piadosísimo; vislumbró al Amor eterno y propagó ardientemente la devoción al Espíritu Santo; se sentó a la sombra de la cruz y saboreó sus frutos y dijo de ella cosas admirables.

Pero ninguno de esos rayos de luz imprimió en su alma el sello característico. Sus ojos se hundieron en el arcano y vislumbraron la majestad del Padre, y la sombra del Padre se proyectó sobre él, y su devoción por excelencia fue la devoción al Padre.

La misma devoción de Jesús, la que llenaba el alma del Maestro, la que hacía palpitar su Corazón santísimo de manera inefable, la que turbaba su divina serenidad.

¡Cuánto escribió el P. Félix sobre esta devoción rara y profunda! ¡Cómo se conmovía cuando hablaba del Padre!

Decidme vosotros, que fuisteis sus hijos y recibisteis sus íntimas confidencias, ¿no os exhortó mil veces al amor al Padre? ¿No fue este amor la santa obsesión de su alma sencilla y piadosa? ¿No observasteis que se iluminaba su rostro y fulguraban sus ojos cuando hablaba del Padre?

Todavía en sus últimas horas, cuando, rodeado de sus hijos, se despedía de ellos y les dejaba su bendición y su testamento, la palabra que brotó espontánea y ardiente de su alma fue para grabar en los suyos la devoción al Padre.

Esta devoción del P. Félix es la clave de su vida y el secreto de su muerte.

Hizo de él un trasunto del Padre, pálido y lejano sin duda, pero un trasunto al fin.

Por esa virtud prodigiosa del amor de asimilar a los que le aman, la devoción al Padre puso en el alma y en la vida del P. Félix rasgos vigorosos del Divino Amado.

Muchos, muchísimos, le llamaron padre, y lo fue en verdad, no solamente por la gloria de su sacerdocio ni por la prerrogativa de fundador, sino también por su fisonomía íntima, modelada por su amor al Padre.

* * *

Cuando pienso en el sacerdote por quien venimos a orar y reconstruyo en mi alma su figura inolvidable, lo que en ella me impresiona y subyuga antes de todo raciocinio y de todo análisis es su bondad, la bondad que brillaba en su dulce mirada, que se difundía en su sonrisa casi infantil, que vibraba en su palabra suave y tranquila, que se desbordaba en sus acciones, en su trato, en sus obras.

Aún me siento tentado a pensar que había en su bondad algo de excesivo...; pero, ¿puede haber exceso en la bondad, que es suave emanación del amor que no soporta medida?

Es fácil sentir la bondad, pero difícil hablar de ella; se experimenta, pero nuestro espíritu no acierta a definirla ni a explicarla. Es el don de sí mismo, desinteresado y generoso; es el amor que se difunde con la suavidad y con la fuerza de un perfume; es algo inefable que atrae con dulzura, que penetra hasta en lo hondo de las almas y que nos hace pensar en Dios.

Porque Dios es, por su esencia, la bondad infinita; pero esta divina prerrogativa la atribuimos al Padre, que se da y se difunde, llenándolo todo y sin esperar nada; que comunica su infinita riqueza al Hijo y al Espíritu Santo, y,

sin salir de sí mismo, crea al Universo y pone en él el reflejo de su hermosura soberana.

Pienso que el P. Félix recibió en su alma pura un destello de esa bondad inefable; por eso se daba sin medida, por eso atraía irresistiblemente. Se pueden discutir sus obras y aquilatar sus virtudes, mas no se puede dudar de su bondad, que proyectaba en su alma y en su vida la sombra del Padre.

* * *

Pero hay algo más característico aún del Padre: la fecundidad. Principio del que todo procede en lo increado y en lo creado, de Él se deriva toda paternidad en los cielos y en la tierra. *A quo omnis paternitas in caelo et in terra nominatur,* dijo San Pablo.

De su seno infinito engendra el Verbo en los esplendores de la santidad; del mutuo amor del Padre y del Hijo emana, como un beso infinito, el Espíritu Santo; y al Padre se atribuye la obra colosal y portentosa de la creación, que puso en cada estrella un fulgor, en cada flor un perfume, en cada fruto un principio vital y en cada alma un destello de su luz divina.

Las almas que lo aman y que llevan en su seno un trasunto de su paternidad son singularmente fecundadas.

Así fue el P. Félix maravillosamente fecundo; fundó a los Misioneros del Espíritu Santo, que florecen esparciendo el aroma del amor y derraman en el mundo los frutos preciosos de la cruz; ejerció un influjo eficaz e indiscutible en todas las obras de la cruz, y a la sombra de ellas y por efusión de su espíritu hizo surgir muchas Congregaciones religiosas: las Hijas del Espíritu Santo, las Catequistas Guadalupanas, las Misioneras de Jesús Sacerdote, las Oblatas de Jesús Sacerdote, y aún dejó gérmenes de otras familias espirituales que a tiempo oportuno se tornarán en Congregaciones religiosas, sin contar las almas innumerables, los institutos ya formados, que recibieron el influjo de su caridad y de su espíritu.

El tiempo señalará la magnitud y la solidez de su obra; pero en cuanto podemos sondear el porvenir, el P. Félix nos parece como aquellos antiguos patriarcas cuya descendencia es numerosa e inmortal.

Se diría que murió abrumado bajo el peso de su fecundidad, como esos árboles prolíficos que se desgajan en el otoño bajo la opulencia de sus frutos.

* * *

Pero no, no fue la fecundidad el secreto de su muerte; necesitamos ahondar aún más en el abismo de su amor al Padre para descubrir el misterio de su muerte.

No es solamente la semejanza con el Padre el fruto divino de la devoción a la primera Persona de la Santísima Trinidad.

Hay otro inesperado y precioso, cuya plenitud aparece en Jesús, el primero, el supremo, el inefable devoto del Padre.

En el divino Corazón de Jesús hay un anhelo gigantesco, impaciente, victorioso: el ansia de sufrir y de morir, *la sublime locura de la cruz.*

Tengo un bautismo con el que debo ser bautizado—exclamó en un momento de intimidad suprema—, *¡y cómo estoy impaciente en tanto que llega el día de recibirlo!*

¿Por qué el amor del Padre produce la locura de la cruz? ¡Misterio insondable! Vinculada a la cruz está la mayor gloria del Padre, su gloria espléndida y definitiva.

Y porque Jesús amaba al Padre se hundió en la amargura de Getsemaní, y subió por las sangrientas laderas del Calvario, y dio a la cruz el abrazo de amor, mortal y glorioso.

Y quienes, como Jesús, aman al Padre sienten, como Él, la ardorosa y apremiante pasión de sufrir y de morir.

¡Cuánto sufrió el P. Félix! Largas esperas en silencio y en paz cuando la portentosa vocación llenaba ya su alma y engendraba en su corazón grandiosos proyectos. ¿Quién le dio fuerza para esperar, una de las cosas más difíciles para el pobre corazón humano? El amor al Padre; porque le amaba, esperó su hora en la paz y el martirio.

Y vinieron las luchas y los tormentos que cuesta siempre dar la vida: ingratitud, incomprensión, hostilidad, el espíritu que se deprime, el corazón que se desgarra, el alma que parece aplastarse bajo el peso de múltiples e increíbles dificultades. Pero en el fondo de aquel grande corazón ardía como fuego inextinguible la devoción al Padre, y en medio de todos los martirios pudo decir como Jesús: *Para que el mundo sepa que amo al Padre..., levantaos, vamos.*

No lo dijo, sin duda; las almas sencillas no dicen lo que hacen; a las veces, ni lo comprenden siquiera; pero su actitud valerosa y ardiente expresa con mayor elocuencia que las palabras el íntimo misterio.

Así recorrió en su larga vida los senderos dilatados y

tortuosos del dolor; y llegó para él el término, el término inevitable de la vida humana.

El Padre, en sus designios inescrutables de sabiduría y de amor, señaló la hora del sacrificio. Muchas veces lo había librado de la muerte por singular favor y aun por verdadero milagro; pero era preciso que el reverendo Padre muriera.

¿Puede, acaso, una vida consumarse sin la muerte? ¿No es ésta el sello de la grandeza, el coronamiento de la virtud, la gloria del amor?

Tememos la muerte porque ignoramos su misterio; las almas que han recibido la sublime revelación de ese arcano la desean con ansias apasionadas; quiénes, como la liberación del amor encadenado; quiénes, como el triunfo del amor insaciable; quiénes, como el holocausto del amor fecundo, que necesita caer en la tierra y morir para producir su fruto.

No sé si el P. Félix desearía la muerte; pero estoy seguro de que al sonar la hora de Dios, con la paz de su alma, con la generosidad de su corazón, con la sonrisa casi infantil de las almas puras, fue hacia la muerte pudiendo decir como Jesús: *Para que el mundo sepa que amo al Padre, ¡levantaos, vamos!*

* * *

¿Vislumbramos el misterio de la muerte?

¡Ah! No digamos que la muerte es implacable y cruel; no digamos que hiere sin saber dónde y que arranca sin preocuparse de la catástrofe que produce; la muerte es la mensajera de Dios, de su justicia y de su misericordia, y desde que la tocó el amor, desde que se unió con Jesús en el Calvario y fue ungida con la Sangre divina, se transfiguró de manera inefable, se impregnó de dulzura y aún puede trocarse en un poema de amor.

Tal es la lección que se desprende de la muerte del reverendo Padre Rougier.

He concluído; pero nos resta cumplir un deber dulcísimo para los que amamos al reverendo Padre: orar por él.

¡Pluguiera a Dios que ya no necesitara de nuestros sufragios! Pero, ¿quién conoce los inexcrutables juicios de Dios? Y es también una necesidad para nuestra alma enviar al que amamos lo único que podemos enviarle: el perfume de nuestras plegarias.

¡Oh Dios!, que encendiste en el corazón de tu siervo

Félix un singular amor a Ti y que, proyectando sobre él los destellos de tu bondad y de tu fecundidad infinita, hiciste que por él florecieran nuevas familias espirituales en la iglesia; ábrele tu seno infinito y amoroso y concédele el descanso en la luz y en la paz. Bendice sus obras para que vivan y florezcan y produzcan frutos de vida. Te lo pedimos por tu Hijo Jesucristo, Señor nuestro, que contigo vive y reina en la unidad del Espíritu Santo Dios por todos los siglos de los siglos. Amén.

MONSEÑOR RAFAEL GUIZAR, OBISPO DE VERACRUZ

ORACIÓN FÚNEBRE

Fortis est ut mors dilectio, «Fuerte como la muerte es el amor» (*Cant.* VIII, 6).

¡CUÁNTA razón tiene la divina Escritura al afirmar que es amargo el recuerdo de la muerte! Dios la eligió para que fuera el castigo del pecado, y a la verdad que la Sabiduría divina y la Justicia eterna hicieron de la muerte un castigo formidable.

El pecado es una obra monstruosa del egoísmo, compuesto como está de sensualidad y de soberbia. Y Dios quiso para castigarlo que la muerte despojara, humillara y vertiera en el corazón humano su amargura incomparable. Porque la muerte nos separa de todo cuanto poseemos en la tierra; todo nos lo arrebata, y, lo que es peor, nos arranca pedazos de nuestro propio corazón, separando de nosotros a los seres más queridos, por nobles, por legítimos, por santos que sean los vínculos que con ellos nos unieron, y hasta introduce su guadaña destructora en lo íntimo de nuestro ser, y separa y divide los elementos mismos que están esencialmente unidos en nosotros.

La muerte vierte yo no sé qué amarguísimo absintio en nuestros corazones, disipa nuestros anhelos, marchita nuestras ilusiones y, sobre todo, nos humilla y aplasta definitivamente nuestro orgullo, porque mata todos nuestros anhelos de grandeza, porque convierte en un puñado de polvo vano nuestros sueños de gloria. ¡Ah!, verdaderamente la muerte es la derrota completa, plena, de nuestra pobre naturaleza humana.

Y ¿quién puede competir con la muerte? ¿Quién la puede vencer? ¿Quién la puede atar a su carro de triunfo?

¿Quién? El amor, el amor, que es poderoso como la muerte; el amor, que si se trata del divino, es más poderoso que la muerte. Solamente el amor puede poner un

destello de luz en sus sombras tenebrosas; solamente él puede trocar en suavidad el absintio de amargura que la muerte vierte en las almas; solamente el amor puede trocar en triunfo la ignominiosa derrota que la muerte nos inflige.

Para monseñor Guízar, ¿la muerte fue una derrota o fue un triunfo? ¿Lo vimos caer como un precito en el abismo, o lo vimos llegar como un alma dichosa que toca las puertas de la eternidad para encontrar la felicidad? ¡Ah!, yo no vacilo en contestar que para monseñor Guízar la muerte fue un triunfo. ¿No fue una marcha triunfal su fúnebre cortejo? ¿No lo llevaron sus diocesanos envuelto en ternura y veneración hasta su última morada? Quizá nunca había sido él tan ruidosamente honrado como en esos momentos supremos.

Pero más que este triunfo exterior, quiero hacer resaltar otro, el íntimo, el profundo.

Los que contemplamos su muerte, ¿no vimos descender sobre su rostro nobilísimo la paz de Dios, la luz del cielo? ¿No nos sentimos contagiados de la inmensa dulzura que Dios vertió en su corazón inmenso? Sin duda lo lloramos; tenemos razón, y nunca lo lloramos debidamente. Pero, ¿no es verdad que en medio de las desgarraduras del corazón llevamos en el alma yo no sé qué divina esperanza? ¡Ah!, la muerte de monseñor Guízar no fue una derrota, fue un triunfo, y fue un triunfo porque llevaba en su corazón el amor, un inmenso amor, un divino amor.

Y de este amor yo quiero hablar, tanto porque será gratísimo para los hijos echar una mirada en el alma de su Padre, cuanto porque es útil para todos sacar de la muerte del insigne prelado esta lección profundamente cristiana, esta lección eminentemente consoladora y fortificante: *Más poderoso que la muerte es el amor.*

* * *

Cada alma tiene su fisonomía espiritual perfectamente definida; apenas hay un alma, podría decir, parodiando a San Juan de la Cruz, que en la mitad de los rasgos de su fisonomía se parezca a otra. Los que miran superficialmente a las almas pueden confundirlas, como los poco observadores confunden a las veces un rostro material con otro. Mas para quien mira con atención, para quien penetra con profundidad, cada alma es única, tiene su fisonomía característica, singular, inconfundible.

Más aún: los rasgos que constituyen la fisonomia espiritual de un alma no son como fragmentos de mármoles que se aglutinan ingeniosamente para formar un precioso mosaico; no, las almas no son un mosaico, antes bien tienen unidad vital; hay en ellas como un principio que las unifica, que es la causa de su armonia y de su belleza, sobre todo en las almas grandes, sobre todo en las que han recibido un destello divino.

¿Cuál fue el rasgo capital de monseñor Guízar? ¿Cuál fue el principio que dio unidad a su grande alma, a su vida fecundísima?

* * *

Había en él prendas tan hermosas que quienes no penetraron hasta el fondo de su alma podrian fácilmente confundirse a primera vista. Pudiéramos decir que el rasgo característico del obispo de Veracruz, que ahora lloramos, fue su desprendimiento esplèndido, su desprendimiento excesivo, al menos para los criterios estrechos. Pudiéramos pensar que monseñor Guízar escuchó en su juventud la palabra austera y sublime que dijo Jesús a un joven en las riberas del Tiberiades: *Si quieres ser perfecto, anda, vende todo lo que tienes y dalo a los pobres, y ven y sígueme.*

Y sin duda que monseñor Guízar escuchó esta palabra, y dilapidó su patrimonio en obras de misericordia. Y además de este patrimonio, que era cuantioso, cuantos tesoros pusieron en sus manos la caridad y la justicia, monseñor Guízar los dilapidó con un desprendimiento verdaderamente notable. Se le puede aplicar la palabra de la Escritura: *Dispersit, dedit, pauperibus. Justitia ejus manet in saeculum saeculi* (1). Un hombre que manejó verdaderos caudales, llevaba, sin embargo, en su persona y en sus cosas un sello de pobreza; pobreza noble y decorosa, sin duda, pero pobreza al fin. ¡Cuántas veces lo vimos con una sotana raída de color indefinible! ¡Cómo hasta en sus ornamentos pontificales llevaba el sello de su pobreza! (2).

No faltará quien juzgue indigno de un prelado semejante modestia; yo tengo para mí que con la dignidad

---

(1) «Dió con munificencia a los pobres», P. CXI, 9.

(2) Su anillo pastoral le habia importado la suma irrisoria de ¡dos pesos con cincuenta centavos!, como él mismo afirmaba graciosamente al quejarse de haberlo perdido... Cuando se consagró, le obsequiaron con una magnifica cruz pectoral por suscripción popular en la isla de Cuba; apenas consagrado, la vendió, y con su producto hizo imprimir un Catecismo suyo, con una tirada de medio millón de ejemplares.

episcopal cuadra mejor la pobreza que el boato, y, sobre todo, en monseñor Guízar, la pobreza, la modestia suya especialísima, no era una nota disonante, se encontraba en perfecta armonía con su manera de ser, sencilla y santa.

* * *

¡Ah!, pero mayor y más noble que su desprendimiento era su generosidad. ¡Qué munificencia la suya! ¡Cómo encontraba una dicha recóndita en dar, en dar siempre, en dar sin medida! Como San Lorenzo, podía decir: *In caelestes thesauros manus pauperum deportaverunt.* «Todas las riquezas, Señor, que Tú pusistes en mis manos, los pobres las llevaron a los tesoros celestiales.»

Su corazón compasivo no podía soportar ninguna miseria, y su mano se extendía siempre al pobre, y su tesoro no se agotaba jamás; y si pudiéramos contar todas las necesidades que remedió y todas las penas que consoló; si vinieran aquí todos los que recibieron beneficios de su mano, ¡ah!, sería estrecho este templo para contenerlos (3). Lo único que se salvaba, si se me permite otra palabra al parecer dura; lo único que se salvaba de su furor caritativo eran los bienes de la Iglesia, y, sobre todo, vuestros bienes, seminaristas de Veracruz; lo vuestro lo guardaba, o más bien dicho os lo daba sin medida, porque os amaba con toda el alma, porque vosotros teníais un lugar de honor en su corazón inmenso.

Pero ocurre preguntar si él se desprendió de todo, si él miraba con desdén las riquezas de este mundo, ¿por qué no se agotaba nunca en sus manos la bolsa de los pobres? ¡Ah!, es que él sabía lo que saben todas las almas generosas y desprendidas, que la bolsa de los pobres la llena Dios; y él con confianza sacaba de aquella bolsa, porque sabía que por munificente que fuera su mano, más, mucho más munificente es la mano providente de Dios. Y aquí aparece otro rasgo de su fisonomía que nos atrae y que nos hace pensar si no sería el rasgo característico de su alma: esa confianza en Dios, sencilla y heroica.

El confiaba siempre en la Providencia. Era un hombre optimista que tenía siempre el corazón dilatado, un hom-

(3) Periódicamente distribuía a las familias vergonzantes todo lo necesario para surtir su despensa.

bre audaz que se acercaba a Dios y le pedía sus dones a la manera como se los pedía Moisés, con yo no sé qué amorosa autoridad.

No solamente monseñor Guízar tenía esta confianza ilimitada tratándose de las limosnas de los pobres, no; la tenía para arrancar del Corazón de Dios las gracias para los pecadores. ¡Cómo corrían en pos de él las ovejas perdidas! ¡Qué eficacia la suya, diremos casi infalible, para tocar los corazones más duros!

Y ¿de dónde le venía esa eficacia? De su confianza en Dios, de la audacia de su oración. Pedía a Dios el prelado de Veracruz lo que muchos no nos atrevemos a pedir, lo que la oración ordinaria no se atreve a solicitar, empleando una frase de la liturgia: *quod oratio non praesumit;* lo que la oración ordinaria no presume, monseñor Guízar se atrevía a pedirlo, y él arrancaba a Dios Nuestro Señor gracias especiales para las almas. ¡Cuántas veces las leyes naturales tuvieron que torcer sus cauces ante la magia poderosa y formidable de la oración confiada! ¡Qué bella es esta prerrogativa, qué hermoso este rasgo de la fisonomía de monseñor Guízar! (4).

* * *

Y, sin embargo, no es su confianza lo característico de su alma. ¡Ah!, el secreto de monseñor Guízar está más hondo, la clave de su alma y de su vida no la hemos encontrado aún. Y permítaseme que diga aquí algo personal. Una santa amistad, de la cual doy gracias a Dios con toda mi alma, me permitió acercarme al grande corazón de monseñor Guízar y me hizo sorprender su secreto; y no se diga

---

(4) He aquí uno de los muchos rasgos de su vida, que lo muestran. Monseñor Guízar iba a dar una misión en Villahermosa (Tabasco), aprovechando la estación del invierno, en que la temperatura es soportable y había probabilidades de que los tabasqueños asistieran. Pero recibió un telegrama de su obispo (entonces monseñor Guízar era canónigo de la catedral de Zamora), que lo llamaba urgentemente. Cuando volvió de su viaje, ya había pasado el invierno y pesaban sobre Villahermosa sus tremendos calores. En tales circunstancias, la asistencia a la misión hubiera sido nula. Monseñor Guízar no desistió, sin embargo, y, acompañado de los demás sacerdotes, fue ante el Sagrario, se puso de rodillas, y, tomando el termómetro en las manos, dijo, lleno de fe: «No nos levantaremos de aquí hasta que el termómetro baje tantos grados.» Y el termómetro bajó, y la temperatura se conservó así todo el tiempo de la misión, que fue muy concurrida y provechosa.

que cometo una indiscreción al revelarlo, porque nada me lo impide, ningún vínculo ata mis labios.

Yo he leído en la Escritura santa que si es bueno esconder el secreto del rey, es honorífico revelar las obras de Dios, y yo afirmo que el secreto de monseñor Guízar era un amor, un amor tierno, un amor ardiente, un amor apasionado a Dios que llevaba en su alma. ¿No recordamos que siempre que hablaba de Él vibraba su voz y vibraba su alma y vibraba su cuerpo?

Pudiera pensarse que todo eso era efecto de su temperamento ardiente; no, era el efecto del fuego que llevaba en su corazón. A la manera que ese fuego interior que hay en el seno de nuestro planeta, al decir de los sabios, cuando no encuentra salida sacude la tierra con movimientos formidables, monseñor Guízar vivía en constante emoción, vibraba siempre, porque llevaba en el pecho el secreto de su amor.

Yo puedo decir más: que hace muchos años la oración de monseñor Guízar era siempre la misma, de una simplicidad admirable; la oración, es decir, lo más íntimo que hay en las almas, lo que expresa su verdadero valor; porque cuántas veces exteriormente hacemos ruido, y, sin embargo, tenemos el corazón seco y vacío. Lo que vale un alma se conoce por su vida interior; por la palabra—dice el P. Lacordaire—que el alma se dice a sí misma, o más bien por la palabra que le dice a Dios. Y ¿cuál era la palabra que constantemente, que en todos los tiempos, que en todas sus oraciones monseñor Guízar le decía a Dios? *Señor, yo te amo, y te quiero amar como nadie te ha amado sobre la tierra.*

No recuerdo dónde ni cuándo tropezó él con esta expresión; pero desde entonces no la abondonó jamás, la tenía en sus labios y la llevaba siempre en su alma. El Padre Lacordaire, a quien acabo de citar, decía que cuando nosotros le hemos dicho a una persona yo te respeto, le podemos decir todavía otra palabra mejor, yo te estimo; y cuando le hemos dicho yo te estimo, le podemos decir yo te venero, yo te admiro; pero cuando le decimos yo te amo, ya no podemos decirle otra palabra. Al que ha pronunciado esa palabra divina no le queda otro recurso sino seguirla repitiendo siempre.

Y así lo hizo monseñor Guízar; encontró la fórmula divina de su amor, la fórmula divina de su alma en esa frase sublime, y saboreaba todos los días la dulzura de esa palabra, y la revolvía en lo íntimo de su corazón, y su ora-

ción era ese decirle a Dios siempre: *Yo te amo, yo te quiero amar como nadie te ha amado sobre la tierra.*

Parecerá locura el soñar en amar a Dios como nadie lo ha amado sobre la tierra. Sea; pero, ¿acaso el amor no es una locura? Y el amor que no lleva a estas locuras, como las llamamos nosotros en buen sentido, es un amor estrecho, es un pobre amor, es un mezquino amor. El amor verdadero no tiene medida. ¿El amor de Jesucristo Nuestro Señor no es una divina locura? ¿No lo llama San Pablo la locura de la cruz? ¡Ah!, si nosotros miramos con atención lo que hizo Jesús, no podemos menos de pensar que no hay locura comparable con la suya, divina e inenarrable; con ella llenó su corazón y su vida.

Sí, el amor nunca dice basta, no se conforma jamás. Un amor que dijera hasta aquí llego y de aquí no paso, volveré a decirlo, es un amor mezquino, y apenas merece ese nombre sacratísimo.

Santo Tomás de Aquino, el genio de autoridad indiscutible, no el místico audaz, no el poeta que se deja llevar por arrebatos de su fantasía, sino el hombre que ve todo a la luz de los principios eternos, nos enseña dos cosas: que el amor no tiene medida, y que jamás acabaremos de cumplir el primer mandamiento de la ley: *Amarás a Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con todas tus fuerzas.* Si María Santísima hubiera vivido más de lo que vivió, hubiera tenido otros peldaños que recorrer en la escala del amor divino, y todavía le hubiera obligado amar a Dios de una manera más perfecta. ¡Ah!, quien juzga locura esa frase audaz de las almas apasionadas de Dios es que no comprende el amor. Pudiera en estos momentos repetir la frase de San Agustín: *Da mihi amantem et sentiet quod dico.* «Dame alguno que ame, y entenderá lo que digo.»

* * *

Y cuando hemos descubierto en el fondo del corazón de monseñor Guízar este venero inagotable del amor, nos explicamos toda su vida. ¿Qué tiene de raro que haya visto con desdén las cosas de este mundo si llevaba en su corazón el divino tesoro? ¿Cómo no había de ser generoso, si quien ama lleva en el corazón los mismos sentimientos del Amado? Monseñor Guízar llevaba en su alma los sentimientos del Corazón de Jesús, ¿cómo no había de ser misericordioso y compasivo y generosísimo? El que ama, confía; no hay base más firme y más sólida para la confianza

que el amor. ¡Ah! cuando se ama, cuando se conoce al Amado, cuando sabe uno — como decía Santa Teresa del Niño Jesús—a qué atenerse respecto a la bondad y la misericordia de Dios, es imposible poner límites a la confianza.

Pero no vayamos a creer que el desprendimiento, la generosidad y la confianza de monseñor Guízar eran los rasgos que inmediatamente brotaban de su amor a Dios; no, hay otro que podemos llamar esencial en su fisonomía, y que es la consecuencia lógica, la prolongación de su amor de Dios, y es *el amor de las almas.*

Seguramente que este amor todos se lo conocimos. El amor a Dios lo ocultaba un poco por el pudor espiritual; el amor a las almas no podía contenerlo, se le desprendía en sus palabras, en sus acciones, en todo. ¿No recordamos con qué énfasis pronunciaba estas palabras: *las almas?* ¡Cómo se enardecía pensando en ellas! Y no era una vana emoción, no; su vida entera estuvo consagrada a las almas. Mucho antes de que recibiera la plenitud del sacerdocio, ¿no recorrió la República, qué digo, no recorrió el mundo evangelizando a las almas? En la isla de Cuba, en varias Repúblicas de Centro y de Sudamérica, ¿no estuvo realizando su obra por excelencia, la obra de su corazón, las Misiones?

¡Y cómo en ellas se desbordaba su alma! Su palabra sencilla pero unciosa y vibrante, que, como espada de dos filos, llegaba hasta el fondo de los corazones, sacudía las almas y las convertía a Dios. Por eso, él soñaba siempre en las Misiones. En eso pasó una buena parte en su vida, y cuando Dios, en sus santos y misteriosos designios, le invistió con la dignidad episcopal, no dejó de ser misionero; fue obispo y siguió siendo misionero, el *obispo misionero* que transformó a Veracruz con su palabra cálida, unciosa, sencilla, pero llena de luz y de eficacia.

Y por las almas trabajaba sin cesar; ¡era infatigable!, porque el amor no descansa, porque para él no hay cansancio ni conoce límites; era incansable predicando, y enseñando la doctrina a los niños, y oyendo confesiones, y se pasaba así los días y las noches con una fortaleza admirable que nacía de su amor a Dios.

* * *

Pero tengo también otro secreto que revelar. Sin duda, basta lo que el mundo vio para comprender el amor que tenía a las almas; pero hasta los apóstoles que trabajan de una manera incansable suspiran por el descanso eter-

no. Trabajamos ahora, decía alguno, pero tenemos la eternidad para descansar. Sí, soñamos en el cielo, no porque el trabajo nos fastidie, sino porque hay en el fondo de nuestra alma un anhelo de descansar que lo reservamos, al menos, para la otra vida.

Monseñor Guízar no tenía este anhelo, o más bien dicho, sí lo tenía, pero estaba como abrumado bajo el peso de otro. Suspiraba por la dicha eterna, tenía la ilusión—y así lo pedía a Dios con todas las veras de su alma—que cuando cerrara los ojos a la luz de este mundo, los abriera inmediatamente a los esplendores de la visión beatífica; no por sufrir, decía, sino por ver a Dios, porque su amor no tuviera esperas ni vicisitudes. Sí, suspiraba por la unión con Dios, pero más bien que por esto suspiraba por hacer bien a las almas.

El hubiera preferido vivir hasta la consumación de los siglos, dando misiones, trabajando por la gloria de Dios y por el bien de las almas; y hasta en las sublimes locuras de su amor soñaba que Dios encontraría algún medio para que después de su muerte pudiera venir otra vez a la tierra a seguir trabajando por ellas. A la manera que Santa Teresa del Niño Jesús decía que iba a pasar su eternidad regando pétalos de flores sobre la tierra, monseñor Guízar quería pasar su eternidad trabajando por las almas eficazmente.

Se me dirá, otra locura. Sí, pero otra locura sublime de amor, de dos amores que son en el fondo un solo amor: el de Dios, que se explaya, que se extiende en el amor a nuestros hermanos, puesto que el apóstol San Juan nos enseña «que es imposible amar a Dios sin amar al prójimo».

Ese fue el secreto de monseñor Guízar, ésa la clave de su fisonomía, ése el rasgo característico de su alma: fue un hombre que llevó en su corazón un amor apasionado a Dios, un amor apasionado a las almas, y del venero inagotable de ese amor provino lo demás, su desprendimiento, su generosidad, su confianza y todas las virtudes de que le vimos rodeado.

Por eso, su muerte fue dulce, tranquila, como el sueño de un justo; su rostro apareció con yo no sé qué luz sobrenatural que nos hacía pensar en el cielo. Es que el amor que llevaba en su corazón triunfó divinamente de la muerte, y endulzó su amargura, y la ató al carro de su triunfo, convirtiendo la derrota que siempre nos aflige la muerte en un triunfo glorioso, porque el amor es más poderoso que la muerte...

MONSEÑOR LEOPOLDO RUIZ

PRIMERA ORACIÓN FÚNEBRE (1)

Homines divites in virtute, pulchritudinis studium habentes, pactificantes in domibus suis. «Hombres ricos en virtud, cultivadores de la belleza y obradores de paz en sus moradas» (*Eccli.*, XLVI, 6).

No creo faltar a mi deber—al sagrado deber de quien habla en nombre de Dios—si riego con las lágrimas de mi alma las palabras de mi boca y envuelvo los divinos conceptos con que debo alimentar a las almas en la amargura de mi corazón desgarrado...

¡También Jesús lloró!......

Como riego celestial cayeron sus lágrimas sobre la Ciudad Santa cuando desde la atalaya del monte Olivete sus labios le dirigieron palabras de inefable ternura. ¡También lloró Jesús!... Y lloró cuando iba a ejercitar su omnipotencia, cuando iba a arrebatar de las garras de la muerte a su amigo Lázaro; antes de que su voz imperara a la muerte, sus lágrimas cayeron sobre el sepulcro de su amigo.

¡Ah, en vano mis ojos y mi corazón buscan al Padre amorosísimo de mi alma en este templo que fue su catedral, y que está íntimamente ligada con él! Hace treinta años le vi lleno de vigor y entusiasmo recorrer las naves de esta catedral para tomar posesión de su iglesia; muchas veces le vi entrar triunfalmente después de sus múltiples destierros, y en esta cátedra o en su trono episcopal le vi muchas veces en los días más gloriosos para la iglesia de Morelia, los días más dulces para mi corazón; todavía hace un mes estaban aquí sus despojos mortales, por lo menos...; ¡ahora ya no queda a nuestro corazón ni ese último consuelo!

(1) Pronunciada en las honras fúnebres que la archidiócesis de Michoacán celebró el 14 de enero de 1942.

En vano le buscan nuestros ojos y nuestro corazón, repito; no queda de él más que un recuerdo, recuerdo dulcísimo por ser el de un padre, pero austero y amargo por no ser más que un recuerdo...

Mas no dejemos que nos engañe el dolor: queda algo más que el recuerdo del excelentísimo señor don Leopoldo Ruiz, nos queda algo dulce, algo exquisito, algo fecundo. Pudo él haber dicho como el poeta latino: *Non omnis moriar,* «no moriré totalmente»; no sólo porque esperamos que goce en el seno infinito de Dios de eterna vida, sino porque aquí en la tierra su memoria será también inmortal, porque queda algo de él, la luz de su doctrina, la sabiduría de sus consejos, el ejemplo de sus virtudes, y estas cosas son inmortales.

Monseñor Ruiz escribió muy pocos libros; pero escribió uno, y si se me permite la expresión, vivió uno, luminoso y fecundo: SU VIDA, su vida, que es una lección viviente de unidad, de armonía y de paz.

* * *

El gran mérito de una vida es la unidad.

En la unidad inefable de Dios se consuman sus infinitas perfecciones. Y un reflejo de aquella unidad sublime viene a posarse de cuando en cuando sobre las almas y sobre las vidas humanas.

La vida de monseñor Ruiz tuvo una maravillosa unidad, una armonía estupenda. Monseñor Ruiz pudo haber sido muchas cosas, pues había en él notables dones naturales y muy escogidos dones sobrenaturales; pero todos esos dones de Dios se fundieron en la unidad.

Monseñor Ruiz fue una sola cosa: FUE OBISPO.

Sus pensamientos, en cuanto podemos vislumbrar, fueron episcopales, y episcopales fueron sus palabras henchidas de prudencia y de luz, episcopales sus obras, fecundas y santas; episcopal hasta su porte exterior, como si el carácter que llevaba en su alma pusiera su sello hasta en los pormenores de su exterior.

Pero ser obispo no es poca cosa para quien lleva con decoro y santidad la dignidad terrible. Ser obispo es uno de los mejores elogios que pueden hacerse de un hombre. Santo Tomás de Aquino enseña que el estado más perfecto, en la Iglsia de Dios, es el de obispo. El obispo es un hombre consagrado para siempre, totalmente y hasta el heroísmo. El anillo que llevamos es símbolo de compromiso y de

fidelidad, pues estamos perpetuamente unidos a nuestra Iglesia y totalmente consagrados a nuestros fieles. Un día escuchamos en lo íntimo de nuestro corazón la divina palabra de Jesús: *¿Me amas más que éstos?* Y cuando brotó el grito sincero de nuestro amor: *¡Señor, Tu sabes que te amo!*, Jesucristo nos dijo: «Apacienta mis corderos.»

* * *

La virtud propia del obispo es la caridad para con los prójimos. El mismo Doctor Angélico enseña que, en tanto que los religiosos van a la perfección por medio de los consejos evangélicos de pobreza, castidad y obediencia, el obispo camina a la perfección altísima a que es llamado por el ejercicio heroico de la caridad para con el prójimo. El obispo es un hombre que ama a las almas de una manera exclusiva, tan perfecta, tan heroica, que se entrega y consagra totalmente a ellas.

Así se entregó a las almas monseñor Ruiz, cuya muerte lloramos. En los cuarenta y un años de su episcopado santo y fecundo, esto es, en la mayor parte de su vida, no hizo otra cosa: se consagró a las almas, les dio su tiempo, su palabra, su sabiduría, sus penas, sus lágrimas y su sangre... La caridad activa y sólida de monseñor Ruiz se podría expresar con las palabras del apóstol: *Ego autem libentissime impendam, et superimpendar ipse pro animabus vestris.* «De muy buena gana doy todo y me doy a mí mismo por vuestras almas.» Su mano, ¡cómo estaba siempre abierta para socorrer! Sus labios, ¡cómo estaban siempre dispuestos para derramar la luz y el consuelo en las almas! Pero, sobre todo, ¡cómo prodigaba su corazón!

Por eso pienso que el matiz de la caridad propia de él era LA BONDAD. Y la bondad consiste no en dar muchas cosas—se puede no dar nada y ser bondadoso, se puede dar mucho y no serlo, sin embargo—; pienso que la bondad consiste en dar el corazón, en darlo siempre, en darlo todo, en darlo gratuitamente, en darlo sin esperar retribución. Y así, dio su corazón monseñor Ruiz; ¿quién no recuerda haber recibido muchas veces ese don magnífico? Lo daba al niño que se acercaba a besar su anillo pastoral, al anciano o al mendigo que solicitaba su caridad, lo daba a sus amigos y lo daba a sus enemigos. Sobre su escritorio, en el lugar de su destierro, tenía el retrato de un perseguidor de la Iglesia de Méjico, para orar siempre por él y darle de esta manera su corazón.

No cabe duda que la bondad fue algo característico en monseñor Ruiz y uno de los rasgos principales de su fisonomía.

Y ¿por qué no decirlo? Monseñor Ruiz tuvo también sus deficiencias. ¿Quién no las tiene? Solamente hay uno que no las tuvo jamás. Aquel de quien canta la Iglesia: *Tu solus sanctus.* «Sólo Tú eres santo.» Y después de Jesús, la Santísima Virgen María, perfecto trasunto de Jesús. Fuera de ellos dos, todos tenemos deficiencias. Y no duele a mi corazón de hijo hablar de las deficiencias de monseñor Ruiz, porque son honrosísimas; sus deficiencias provenían de su exceso de bondad: de lo único que se le podía culpar era de que a las veces era demasiadamente bueno..., demasiadamente bueno, según nuestro pobre criterio humano; pero sólo Dios sabe el premio que habrá recibido nuestro Padre por sus encantadores excesos de bondad.

* * *

Pero San Pablo nos enseña que la caridad toma todas las formas, la caridad es paciente, es benigna, ignora la envidia, aborrece el orgullo, desconoce la ambición, no busca su propio interés, no se irrita, todo lo sufre, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta. Por lo cual, aunque la caridad es la característica de todos los obispos santos, cada uno de ellos recibe de la caridad un sello especial, pues *apenas hay un alma que en la mitad de su camino se parezca a otra,* como dijo maravillosamente San Juan de la Cruz.

En algunos obispos la caridad es fortaleza, fortaleza indomable, como en Santo Tomás de Cantórbery; en otros es sabiduría, honda sabiduría, como en San Agustín; en otros es elocuencia avasalladora, como en el Crisóstomo; en otros, actividad incansable, como en Santo Toribio de Mogrovejo.

¿Cuál fue el sello que puso la virtud episcopal de la caridad en el alma y en las obras de monseñor Ruiz?

Ninguna virtud se destacó propiamente en el corazón y en la vida de monseñor Ruiz, porque lo característico en él fue LA PONDERACIÓN de todas las virtudes, fue LA ARMONÍA bellísima que existió en su alma y en su vida; a la manera que en un canto polifónico magistralmente desempeñado no se destaca ninguna voz, sino que sólo se siente la impresión armoniosa del conjunto. Muchos pueden superarle en sabiduría, en elocuencia, en fortaleza;

pero en lo que quizá pocos le igualen es en la ponderación, en la armonía, en la unidad de todas sus cualidades y virtudes.

Por eso he querido aplicarle las palabras del *Eclesiástico: Homines pulchritudinis estudium habentes,* «hombres cultivadores de la belleza»; y no porque haya tenido un empeño especial por cultivar la belleza en la forma ordinaria en que suele entenderse esa expresión—por más que no haya carecido de facultades artísticas, nunca tuvo la pretensión de cultivarlas—, sino porque su vida fue una gran obra de arte, una obra de armonía y de belleza.

Quienquiera que le haya tratado en la intimidad, y aun superficialmente, ha sentido esa impresión de armonía, de ponderación; en él no había exageraciones, ni extremos, ni disonancias.

No faltará quien me objete que monseñor Ruiz poseía virtudes singulares, y hasta me podrán enumerar la bondad, la ecuanimidad, la sencillez, etc. Yo también las enumero y las admiro; pero esas virtudes singulares no eran sino las resultantes de su misma ponderación, las resonancias de esa armonía, el perfume de la flor exquisita de su belleza moral.

* * *

El primer perfume que de esa armonía brotaba era su SERENIDAD, una serenidad que le acompañó siempre; lo mismo en los momentos de gozo que en los días de tribulación, siempre le encontrábamos igual, la misma sonrisa en los labios, la misma tranquilidad en el semblante, el mismo acento en su voz episcopal. ¡Ah!, muchas veces debe de haber tenido una inmensa amargura en su alma; pero todo aquello lo ocultaba bajo el manto religioso de su serenidad.

Podría multiplicar los hechos que prueban esta verdad. Una vez estaba oculto en una cabaña del Bajío; era la hora difícil y trágica para los obispos mejicanos. En medio de la noche recibió el aviso de que se había descubierto su retiro y de que iba una fuerza armada a tomarle preso. Monseñor consulta su reloj, y ve que faltan tres o cuatro horas para aquella en que solía levantarse; comprende que no han de llegar los soldados antes, y vuelve a entregarse tranquilamente al sueño hasta que llega la hora de levantarse y emprender la fuga.

Yo lo vi, yo soy testigo de que cuando la tempestad se

cernía sobre su cabeza, él departía y se solazaba tranquilamente con sus amigos.

Del tiempo en que era delegado apostólico conservo como una joya una carta que me dirigió cuando fue desterrado la última vez. ¡Qué conceptos tan elevados! ¡Qué serenidad la que revelan! Y desde las alturas donde volaba en avión, tenía la calma de contemplar el panorama magnífico que se desarrollaba ante sus ojos...

Y no vayamos a creer que su serenidad provenía de su temperamento. Su carácter era vivo, como lo manifiesta la rapidez de sus resoluciones y su puntualidad a las veces alarmante y quizá un poco exagerada. Tampoco debemos pensar que esa ecuanimidad de su alma dependía de la insensibilidad de su corazón. ¡Ah, insensible monseñor Ruiz! Quien lo diga, no le conoció. Su corazón era—me atreveré a decirlo—casi excesivamente sensible. ¿Quién no conoció la delicadeza exquisita de monseñor Ruiz? En él tenían cabida todos los sentimientos humanos; sintió el dolor y la alegría, el temor y la esperanza; pero, sobre todo, sintió el afecto: ¡era tan leal, era tan sincero en los afectos de su corazón!

El secreto de su serenidad estaba en su virtud: porque era rico en virtud, por eso era ecuánime y sereno.

* * *

Pero la armonía de su alma tenía otra consecuencia: LA SENCILLEZ. Monseñor Ruiz fue sencillo, no en el sentido un poco despectivo con que a las veces se toma esta palabra en el mundo; no, él fue sencillo en el sentido elevado y espiritual, según el cual la sencillez constituye una de las más grandes cualidades del alma. ¡Con qué naturalidad hacía todo, lo mismo celebrar devotísimamente la santa misa que ejercitar la eutrapelia graciosamente con sus amigos; lo mismo ocuparse de los grandes negocios de sus cargos que departir con un pobre, con un ingorante o con un pequeño!

Todo en él era sencillez y naturalidad, sencillez que era riqueza y naturalidad que era elevación; semejante a la difícil facilidad del orador de que tanto se ha hablado, semejante a esa naturalidad que tienen las grandes obras de arte que parece que cualquiera podría hacerlas, y que, sin embargo, son el fruto de un genio.

Y esa sencillez le acompañó hasta la muerte, porque murió con la naturalidad con que había vivido, porque

para él la enfermedad y la muerte fueron una de tantas cosas de la vida. Y las recibió como había recibido todo, como recibió el sacerdocio, como recibió el episcopado, como recibió el destierro, como recibió el dolor; así recibió la muerte...

Y pienso que esta sencillez venía de la armonía de su alma. Porque lo que rompe la sencillez es la pasión, aun cuando sea noble, pasión que se desborda, que en medio de ese canto sinfónico domina a las demás voces. Pero cuando todo es armonía, todo es naturalidad, todo es sencillez. Dios es sencillo, porque en Él todo es armonía.

* * *

Sólo me resta considerar otra maravilla que en monseñor Ruiz produjo la armonía de su alma: es LA PAZ.

San Agustín, que tuvo, entre otros privilegios, el de las fórmulas felices, nos dejó esta definición de la paz, comprensiva y profunda: *La paz es la tranquilidad del orden.* Es el orden, es la armonía, pero una armonía que brilla y que resuena, una armonía que produce impresión en torno suyo.

Fray Luis de León, para explicarnos la paz, nos hace asistir al espectáculo maravilloso del firmamento en una noche espléndida. En el cielo sereno, las estrellas titilan y se mueven con una precisión y un orden perfectos; es una armonía que no comprendemos, pero que presentimos. Y poco a poco va entrando sutilmente a nuestro interior, y arrebata nuestro corazón, y nos hace olvidar las vicisitudes de la vida, y nos hace olvidar nuestras penas y nuestras esperanzas, y parece que nos hundimos en el seno inmenso de la paz...

El firmamento produce paz, porque es orden, porque es armonía. También en el corazón de monseñor Ruiz había un firmamento, un orden maravilloso, una armonía perfecta. Por eso en torno suyo difundía la paz: su paz era una paz contagiosa. Cuando nos acercábamos a él sentíamos que algo sedante recorría nuestro espíritu y nuestro ser y ponía en nosotros un destello de armonía, un vestigio de aquella paz.

Monseñor Ruiz fue de esos obradores de paz de que nos habla la Escritura; daba la paz a las almas y daba la paz a la diócesis; dondequiera que él estaba reinaba la paz; cualquier asunto que se pusiera en sus manos podíamos dudar cuál sería la resolución que iba a darle, pero podía-

mos estar seguros de que en aquel asunto pondría su sello, el sello de paz.

Y porque era pacífico y obrador de la paz, Dios, en los últimos años de su vida, dio a monseñor Ruiz una misión grandiosa. Era en los días aciagos para la nación mejicana: los templos estaban sin Jesús, la abominación, la desolación, para emplear la palabra de la Escritura, se paseaba triunfalmente sobre nuestro territorio; los obispos desterrados, los sacerdotes ocultos, los corazones cristianos desgarrados. En lo más recio de la tormenta, el Vicario de Jesucristo, con la intuición que tiene por su cargo altísimo, por su misión divina, puso los ojos en monseñor Ruiz y le nombró su representante, le hizo delegado apostólico.

Y monseñor Ruiz vino a Méjico y puso fin a aquella situación tristísima, empleando un medio sencillo y audaz, tan sencillo que parecía absurdo, tan audaz que parecía increíble.

Ciertamente, lo que él hizo en el memorable año de 1929 no fuè la paz, pero fue el germen de la paz. Era un germen diminuto y pequeño como un grano de mostaza; y monseñor Ruiz tuvo el valor y la fortaleza de tomar aquella semilla diminuta y plantarla en la tierra mejicana.

Muchos sonrieron, otros se escandalizaron, muchísimos, hasta sus amigos, lo vituperaron. Monseñor Ruiz no perdió la serenidad. El Papa había puesto en sus manos la semilla bendita. ¿Qué importaba que todos se levantaran contra él?

Aquella semilla comenzó a desarrollarse con la lentitud de todos los procesos vitales, pero al mismo tiempo con la seguridad de todo lo que es divino.

Y hemos visto crecer la planta; y de aquella semilla pequeñísima brotó un arbusto que está convirtiéndose en árbol. ¿No estamos gozando de libertad y de paz? En buena hora se me dirá que esa paz y esa libertad no llegan todavía a la plenitud del mediodía. ¡Esperad! ¡Esperad! Llegarán muy pronto; el árbol que plantó monseñor Ruiz será un árbol gigantesco en cuyas ramas vendrán a posarse las aves del cielo. Y cuando contemplemos la plenitud del medodía y nos sentemos bajo la higuera y la vid, como los israelitas, para saborear los frutos de la paz, entonces será grande y glorioso el nombre de monseñor Ruiz.

Alius est qui seminat et alius est qui metit.

¡Qué cierto es que uno es el que siembra y otro es el que cosecha! Dios sabe a quién le tocará recoger la mies opulenta; pero a monseñor Ruiz le tocó sembrar, y pienso que

es más glorioso sembrar en el dolor y en las lágrimas que recoger en la satisfacción y en la alegría.

* * *

Ahora, monseñor Ruiz terminó su misión. Le vimos descender como miramos todos los días al sol sepultarse en el ocaso espléndido. Y su ocaso fue glorioso, porque, aun cuando su cuerpo fue destruído por terrible enfermedad, murió como había vivido: en la paz, en la serenidad, en la sencillez, en el amor...

Nosotros recogemos en medio de las lágrimas de nuestros ojos y de la amargura de nuestro corazón sus lecciones preciosas. Pero no pensemos que esas lecciones son únicamente para nosotros los obispos, sino también para los sacerdotes y para los fieles, porque todos debemos tener unidad en nuestra vida, armonía en nuestro corazón, serenidad en nuestra alma, paz en torno nuestro.

Recojamos esas lecciones preciosas, y, después de haber contemplado el ocaso glorioso de monseñor Ruiz, pensemos en dedicarle no sólo los recuerdos íntimos de nuestra alma, sino las plegarias de nuestro corazón.

Acabo de asegurar que monseñor Ruiz tuvo un ocaso glorioso; y bastaría, para justificar mi aserto, pensar que murió en el día más grande para los mejicanos: el 12 de diciembre. ¿Puede pensarse que la Virgen Santísima se le ha llevado en ese día glorioso para otra cosa que para hacerle entrar en el gozo del Señor?

No sé si me engaña mi amor filial, pero tengo la dulce esperanza que desde el día 12 de diciembre monseñor Ruiz goza de la visión de Dios en la dulce eternidad.

Pero, ¿qué sabemos nosotros de la otra vida? ¿Cómo podremos gloriarnos de conocer los designios de Dios? ¡Ah!, no lo sabemos, y por eso nuestro deber de hijos es elevar nuestras plegarias al Señor.

* * *

¡Oh Dios, que en tus amorosísimos designios elegiste a tu siervo Leopoldo para que fuera obispo con toda la grandeza, con todo el heroísmo que es propio de tan alta dignidad! ¡Señor, Tú que envolviste en tu caridad esa alma prócer, que pusiste una armonía divina en su corazón y que le cubriste con el manto de tu serenidad; Tú que le hiciste participar de tu divina sencillez y que le diste la

paz para él y para los demás, oye las plegarias de sus hijos, de los que recibimos la vida, y la luz, y la fortaleza, y el consuelo, y el amor de ese corazón episcopal!

¡Oh Señor omnisciente y misericordioso, di a tu siervo Leopoldo la palabra de la eterna recompensa: «Entra en el gozo de tu Señor», para que allí, en tu seno infinito, encuentre la armonía soberana, la paz eterna, la simplicidad maravillosa del amor, que lo haga feliz por los siglos de los siglos!

MONSEÑOR LEOPOLDO RUIZ

SEGUNDA ORACIÓN FÚNEBRE (1)

Consiliarius tibi sit unus de mille. «Ten por consejero a uno entre mil» (*Eccle.*, VI, 6).

Así como el sol cuando se hunde gloriosamente en el ocaso tiñe el firmamento con múltiples y bellísimos colores, así el excelentísimo y reverendísimo señor arzobispo de Morelia, doctor don Leopoldo Ruiz, al hundirse piadosamente en el ocaso del sepulcro, dejó una estela de simpatía y de cariño y produjo una explosión de plegarias y oraciones que por su alma se han elevado hasta el trono de Dios.

Sin contar las innumerables personas que, en ocasión de la muerte del ilustrísimo prelado, le lloraron, le alabaron e hicieron el panegírico de sus virtudes, los que lo amamos hemos visto con íntima satisfacción que en muchas partes de la República, de una manera oficial, se han hecho solemnes funerales por el alma del excelentísimo señor arzobispo; las diócesis que él rigió, las que tenían con él vínculos espirituales o deudas de gratitud, han expresado su amor y su gratitud celebrando por el alma de monseñor Ruiz solemnes honras fúnebres.

Pero la solemnidad actual tiene una significación más importante y un sentido más profundo. Esta solemnidad no es el cumplimiento de un deber filial, como en las diócesis que él rigió; ni es solamente una manifestación de gratitud, como en las demás diócesis de la República; ni

(1) De la oración fúnebre pronunciada por el excelentísimo y reverendísimo señor doctor don Luis M. Martínez en las solemnes honras fúnebres que el venerable episcopado mejicano celebró en la basílica del Tepeyac, el 16 de abril de 1942, en sufragio del alma del excelentísimo y reverendísimo señor doctor don Leopoldo Ruiz.

siquiera es simplemente un homenaje de amor fraternal que con su trato finísimo y con su gran corazón supo ganarse monseñor Ruiz. No; esta solemnidad es un homenaje que el Venerable Episcopado Mejicano le rinde al excelentísimo y reverendísimo señor arzobispo de Morella, doctor don Leopoldo Ruiz, y un testimonio de que tan ilustre prelado tuvo, durante mucho tiempo, un influjo eficacísimo en todo el Venerable Episcopado Mejicano.

Yo quiero, con la gracia de Dios, considerar en esta ocasión, esta faceta de diamante finísimo que fue el alma de monseñor Ruiz, y exponer este pensamiento: cómo monseñor Ruiz fue durante mucho tiempo el consejero del Venerable Episcopado Mejicano.

Y es mi propósito no solamente señalar el hecho, sino escudriñar las causas por las que monseñor Ruiz ejerció este influjo en sus hermanos en el episcopado, más que para alabarle, para sacar de su vida una lección utilísima y explicar, a propósito de esa vida ejemplar, algo de la doctrina espiritual de la Santa Iglesia, ya que éste ha de ser siempre el fin que debe proponerse todo el que habla en nombre de Dios.

* * *

El hecho es innegable.

Muchos de nosotros recibimos de sus manos la consagración episcopal y de su alma un influjo decisivo en nuestra vida. Por eso le consideramos como padre.

Otros, sin haber tenido vínculos tan estrechos, estuvieron unidos con él por una santa amistad; muchísimos acudían a él en demanda de consejo en sus dificultades y problemas, y todos reconocen y alaban las cualidades de monseñor Ruiz, su espíritu amplio, su corazón inmenso, su generosidad sin límites.

Durante muchos años, desde que se fundó el Comité Episcopal hasta la muerte de monseñor Ruiz, él fue el presidente de ese Comité Episcopal, y, por consiguiente, quien encauzó la actividad colectiva del venerable episcopado mejicano. Y fue presidente del Comité Episcopal por libre y entusiasta elección general, y cada vez que fue preciso le volvimos a elegir con la misma unanimidad.

Más aún: antes de que el Soberano Pontífice le hubiera nombrado delegado apostólico, ya él había prestado singulares servicios a la Delegación apostólica con sus in-

formaciones y sus consejos, como dieron testimonio de ello dos representantes del Soberano Pontífice.

* * *

¿Cómo explicar este influjo eficacísimo en el episcopado mejicano durante muchos años? ¿Cuál fue la virtud que sirvió de base a esa obra que monseñor Ruiz realizó entre sus hermanos? ¿Por qué sus palabras se encontraron tan llenas de sabiduría. ¿Por qué recibimos de él direcciones preciosas y decisivas?

Porque monseñor Ruiz poseía de una manera singular una virtud preciosa, una virtud rara, una virtud que dirige a las demás, que les señala su cauce, les marca su grado y las coordina de manera admirable. ¿Lo hemos comprendido? Me refiero a la prudencia. Y no a esa prudencia que debemos tener todos para la santificación de nuestra alma, ya que sin la prudencia no hay virtud perfecta, sino a esa prudencia rara y preciosa que sirve para dirigir a los demás.

Sí, preciosa, porque es una virtud profundamente estética, la virtud de la armonía, la virtud de la unidad maravillosa. Y es una virtud rarísima, como lo aseguran las palabras del *Eclesiástico: Consiliarius tibi sit unus de mille.* «Ten por consejero a uno entre mil.»

Porque, a la verdad, son tales las cualidades y prerrogativas que se necesitan en un alma para que pueda aconsejar con acierto, que no es posible que se multipliquen en el mundo los consejeros. La Escritura, repito, lo ha dicho admirablemente: «El consejero debe ser buscado uno entre mil.»

Pudiérase creer que la prudencia, por ser virtud intelectual, no necesita otra cosa sino una inteligencia clara y un criterio recto. Pero la prudencia, aunque es virtud de luz, tiene, sin embargo, como todas las demás virtudes, sus raíces profundas en el corazón. Para ser prudente no basta ser inteligente e ilustrado, sino que es preciso ser tranquilo, tener en el alma el silencio de la serenidad que es indispensable para escuchar esa *palabra omnipotente que no desciende de su regio trono, sino en medio del silencio augusto del alma* (2).

Para que venga a nosotros la palabra de Dios, es preciso que las pasiones de nuestro corazón se hayan sose-

(2) Sap., XVIII, 15.

gado. ¿No sabemos que la mayor parte de nuestros errores vienen de nuestras pasiones? Aun las pasiones nobles llegan a turbar la claridad de nuestro espíritu.

Para que nuestra visión sea clara y profunda, para que tengamos acierto en nuestras resoluciones, es preciso que la paz y el sosiego se hallen establecidos en nuestro corazón. Que se me permita repetirlo: la palabra de Dios no desciende a la tierra, sino en medio del silencio augusto del alma.

Jesucristo Nuestro Señor expresó maravillosamente esta doctrina en aquellas conocidísimas palabras del santo Evangelio: *Discite a me, quia mitis sum et humilis corde.* «Aprended de Mí, porque soy manso y humilde de corazón.»

Dicen los comentaristas que esta expresión no significa que Jesucristo nos invite a imitarlo en esas dos virtudes de la humildad y de la mansedumbre, sino que nos invita a ser sus discípulos, porque tiene las cualidades que se necesitan para ser maestro. Las cualidades del maestro deben ser la *humildad* y la *mansedumbre.* Por consiguiente, el sentido de esta frase evangélica es: *Sed mis discípulos, porque Yo soy manso y humilde de corazón.*

Así es, en verdad; para ser maestro, hay que ser manso y humilde. Para ser prudente, para dirigir a los demás, para aconsejarlos, es indispensable que las pasiones se hayan acallado en nuestro corazón. Y por eso Jesucristo de una manera muy significativa dice: *Discite a me quia mitis sum et humilis corde.*

* * *

Y monseñor Ruiz poseyó en grado sumo esas virtudes.

Su mansedumbre era proverbial. Siempre sereno en medio de las vicisitudes que sufrió, tierno y dulce con los suyos, generoso y delicadísimo con sus enemigos, monseñor Ruiz fue un modelo de mansedumbre.

Yo tuve la suerte de tratarle durante muchos años de una manera íntima, y puedo dar testimonio delante de Dios de que jamás le vi irritarse. Tenía una mansedumbre a toda prueba.

Sí, en cuarenta y un años de episcopado que tuvo monseñor Ruiz—¡y qué difíciles y trágicos!—, en medio de las vicisitudes de su vida azarosa, en medio de los peligros de esos años aciagos de nuestra Historia, monseñor Ruiz conservó siempre la calma.

Se vio en dificultades sin término; tuvo enemigos encarnizados; pero ni los grandes sufrimientos de su vida, ni los peligros a que se vio expuesto, ni las privaciones que tuvo que soportar, fueron parte para turbar el sosiego y la serenidad de su alma.

En cuanto a la humildad, en la vida de monseñor Ruiz se encuentran indiscutibles manifestaciones de esa virtud, desde pormenores que a simple vista no tienen importancia, pero que son preciosos, porque revelan un alma grande, hasta rasgos admirables que a las veces rayan en lo heroico.

¡Cuántas veces monseñor Ruiz ayudó la misa a muchos sacerdotes! Y cuando ellos, apenados, querían impedirlo, monseñor Ruiz, con naturalidad y gracia, repetía las palabras de Pío X: *Yo recibí el orden del acolitado; puedo perfectamente ayudar la misa.*

A primera vista es un pormenor sin importancia; pero ¿no es verdad que esos pormenores, a las veces, revelan el misterio de un alma?

Su humildad se manifestó espléndidamente en el gobierno de su diócesis. Su gobierno, si se me permite la expresión, fue un gobierno impersonal, maravillasamente impersonal. Monseñor Ruiz no tenía en cuenta sino el interés de su diócesis. Muchas veces sacrificaba su opinión, sus preferencias, sus gustos personales, para sujetarse a la voluntad de sus colaboradores; se olvidaba de él mismo, desaparecía totalmente para buscar siempre con rectitud y generosidad la gloria de Dios y el bien de las almas.

Monseñor Ruiz practicó esa forma de la humildad que es la más difícil y la más rara: la humildad de inteligencia, la humildad de juicio, sacrificar su opinión, sujetar su juicio a la opinión de los demás, cuando se tiene conciencia de sus vastos estudios, de su amplia experiencia, de su profundo conocimiento de los hombres; sujetarlo cuando se tiene, al mismo tiempo que una inteligencia clara, una voluntad enérgica; esto es una maravilla de humildad que raya en heroísmo. Y monseñor Ruiz la tenía, sabía sujetarla rápida y fácilmente, con naturalidad y con dulzura, su opinión a la opinión de los demás.

Así, pues, porque era humilde y manso, su alma tenía aquella serenidad constante que permitía a la palabra de Dios iluminar su alma.

* * *

Porque el sosiego del alma no es más que un preliminar de la prudencia; en un alma sosegada desciende la luz de Dios, porque la prudencia brota de la luz divina y significa una visión clara, profunda, exacta de la vida y de sus complicadísimos problemas.

Pero no basta esa inteligencia clara y exacta para ser prudentes. Hay muchos verdaderamente sabios que se mueven con facilidad increíble en las alturas de la especulación, pero que no aciertan a poner su planta en esta tierra prosaica y miserable. Si se me permite usar una palabra de actualidad, yo diré que hay espíritus que pueden elevarse, pero que no saben *aterrizar*; que vuelan y fácilmente se mantienen en las alturas; pero que nunca descienden de ellas y se sienten embarazados entre las mallas complicadísimas de lo concreto.

Hay otros espíritus que viven en la tierra y no se les escapa pormenor alguno de la realidad; todo lo ven, todo lo palpan. ¡Ah!, pero no saben volar, no saben comprender profundamente la realidad. La ven de una manera superficial y fragmentaria; pero no vuelan, no suben a las alturas, no ven las cosas humanas desde la atalaya excelsa de los principios, que es donde se encuentra la visión completa de la realidad.

Si se me permite de nuevo una comparación tomada de las cosas actuales, diré que el hombre prudente debe ser como esos aviones poderosos que vuelan en regiones excelsas, pero que tienen la flexibilidad suficiente para bajar con rapidez hasta cerca de la tierra, y después de realizar su obra, lanzarse gallardos y victoriosos hasta las alturas.

Así es el prudente, sabe volar y sabe aterrizar; vive en las alturas y tiene la flexibilidad suficiente para bajar con rapidez hasta las cosas humanas.

Así era el espíritu de monseñor Ruiz. Vivía con tanta naturalidad en las alturas excelsas, como se paseaba en la tierra prosaica y miserable. No perdía jamás de vista los principios; sus ojos, los ojos de su espíritu, estaban clavados en Dios; no dejaba de ver las nociones eternas de la justicia y de la verdad; pero con la misma facilidad con que volaba en las alturas, bajaba a la tierra y se ponía en contacto con la realidad humana.

Todavía próximo a su fin conservaba monseñor Ruiz esa maravillosa adaptabilidad. En aquellas largas horas de soledad y de sufrimiento que precedieron a su muerte, vivía en las alturas.

—¿Qué hace vuestra excelencia?—le preguntó alguien.

—*Repaso los años de mi vida en la amargura de mi alma.*

Pero todavía treinta horas antes de morir estaba aún dando disposiciones conformes a la realidad del momento, diciendo quiénes habían de hospedarse en su casa y qué había de prepararse para el día siguiente.

Esa facilidad para vivir en las alturas y para ver lo humano conforme a la realidad, le sirvió admirablemente para realizar la misión que atinadamente le confió el Soberano Pontífice.

El captó a maravilla la realidad mejicana. No, no era él como hay tantos que quieren aplicar a nuestra patria las normas y los procedimientos que han tenido éxito en las naciones más cultas de Europa. No, monseñor Ruiz conocía a su patria, sabía perfectamente lo que significa la realidad mejicana, y nunca trató de forjarse ilusiones ni se dejó deslumbrar por vanos espejismos, por más atractivos que fueran. Supo captar la realidad, porque sin dejar las alturas de los principios, no perdía uno solo de los pormenores prosaicos de la vida.

* * *

Pero ni la serenidad, ni esa luz, ni esa visión clarísima son suficientes para que alguien sea prudente.

¡Cuántos hay que piensan admirablemente, pero que no pueden ejecutar. No basta conocer nuestras dificultades, es preciso vencerlas; no basta saber lo que debe hacerse, sino que es indispensable salvar la distancia que separa la concepción de la práctica. ¡Cuántos hay que por cobardía o por timidez no pueden realizar lo que piensan!

El hombre prudente no solamente sabe lo que debe hacer; sabe también la manera cómo debe llevarlo a la práctica. Y así era monseñor Ruiz.

Tenía una santa osadía, una sencilla audacia que a veces hacía estremecer a los que le veían.

Le llamaron *el obispo sin dificultades,* porque las vencía todas, en realidad, lo mismo en el orden público que en el orden privado, lo mismo en su diócesis que en las demás de la República.

Cuando fue delegado pontificio monseñor Ruiz, tenía todas las cualidades de un consejero, no se detenía ante dificultad alguna, era prudente y al mismo tiempo audaz, porque era un hombre de Dios.

Nada le detenía en sus propósitos, porque no buscaba el aplauso ni la aprobación de los demás; miraba hacia el cielo, y con toda la rectitud de su alma iba hacia el fin propuesto, sucediera lo que sucediera.

Los que vieron a monseñor Ruiz condescendiente y pacifista creyeron que tenía un espíritu acomodaticio y que cedía por comodidad, para no sufrir. ¡Ah!, monseñor Ruiz no temblaba ante el sufrimiento. Dio muestras clarísimas de ello. Soportó tres destierros. Tuvo el valor de protestar contra las leyes contrarias a la Iglesia, y en los momentos difíciles hablaba, hablaba con la precisión que las circunstancias exigían y con la entereza de un hombre que nada teme.

Si era condescendiente, no era porque tuviera temor su corazón lleno de fe; era que él veía la realidad, porque él sabía lo que era conveniente para su nación.

Y tenía el valor de ser condescendiente.

En cierta manera tiene sus halagos la actitud gallarda de la intransigencia y de la combatividad; pero cuando la prudencia pide que se aleje la gallardía, entonces es preciso tener el valor de aparecer ante los demás como débiles. Condescender y tener la fortaleza necesaria para aparecer débiles ante los demás cuando así lo exige el deber, es una fortaleza gloriosa, que raya en lo heroico. Tales cualidades poseía monseñor Ruiz.

* * *

Pero no son suficientes aún para comprender esa maravilla de su prudencia. El apóstol San Pablo tenía una frase extraña: *Nolite esse prudentes apud vosmetipsos* (3). «No seáis prudentes para vosotros mismos.»

La prudencia no debe ser egoísta, la prudencia debe ser caritativa como toda virtud cristiana.

Hay quienes son prudentes en lo que les atañe, piensan en lo suyo y reflexionan y aciertan, pero no se preocupan de los demás.

Monseñor Ruiz no era así, no era prudente para sí mismo, sino que llevaba en su corazón un tesoro de generosidad. Se preocupaba de las diócesis extrañas, se preocupaba de todos y quería hacer el bien a todos, aun a sus enemigos. Yo soy testigo de la delicadeza y aun de la ternura con

---

(3) Rom., XII, 16.

que trataba a sus enemigos y del anhelo de su alma por hacerles bien. Con mayor razón era generoso hasta la abnegación con sus amigos y con sus hermanos.

Imaginémonos que monseñor Ruiz hubiera pensado nada más que en su diócesis, abandonando a las demás; no habría podido ser el consejero del episcopado. Pero, al contrario, todo el que se encontraba sediento de consejo y de luz, no tenía más que acercarse a monseñor Ruiz, que sentía como propio cualquier problema que le fuera presentado.

Y al mismo tiempo que era bondadoso, inspiraba una grande confianza. Cualquiera derramaba sus confidencias en aquel corazón tan grande, cualquiera vaciaba en el alma de monseñor Ruiz su corazón ávido de consuelo. Monseñor Ruiz había vivido tanto, había amado tanto, había sufrido tanto, que comprendía todos los problemas.

Visión clara y profunda, santa audacia y generosidad de corazón, fueron las cualidades que hicieron que monseñor Ruiz llegara a ser el consejero del episcopado mejicano.

* * *

He expuesto a grandes rasgos las causas por las cuales monseñor Ruiz tuvo tan exquisita prudencia. Pero pienso que en monseñor Ruiz había algo más.

La Santa Escritura, en una frase breve y lapidaria, como todas las suyas, nos da a conocer la diferencia que hay entre la prudencia divina y la prudencia humana: *Cogitationes mortalium timidae et incertae providentiae nostrae* (4). «Los pensamientos de los mortales son tímidos y sus providencias inciertas.»

No se podría expresar mejor la diferencia entre la prudencia humana y la divina; porque, aun cuando la virtud de la prudencia sea un don precioso, lo maneja nuestra pobre razón, que pone siempre en sus actos el sello de su flaqueza.

Pero hay una prudencia divina, el *don de consejo*.

El don de consejo, superior a la virtud de la prudencia, es un instrumento maravilloso del Espíritu Santo, cuyo pensamiento no es tímido ni inciertas sus providencias. Manejado por el Paráclito, este don celestial es profundo en sus intuiciones, acertado en sus disposiciones, rápido y eficaz en su actividad.

---

(4) Sap., IX, 4.

Yo sospecho que este don precioso guiaba el alma de monseñor Ruiz; lo creo, por la facilidad con que resolvía todos los problemas, por el acierto con que llegaba al fondo de los asuntos, por la manera tan atinada que tenía de hallar la resolución más adecuada; porque era rapidísimo en sus resoluciones, rapidez que no venía tan sólo de su temperamento, sino que era fruto de la luz del don de consejo.

¡Cuántas veces, cuando los demás examinaban un asunto, después de muchos estudios y razonamientos, llegaban a la misma conclusión que él rapidamente había visto con su visión clara y profunda!

¡Oh!, no era la prudencia humana, incierta, tímida, la que regía su alma, era el Espíritu Santo con su don de consejo.

Y aun puedo ampliar mi observación y asegurar que la serenidd de su alma no era sencillamente la paz lograda por la lucha victoriosa contra sus pasiones; era la paz divina que emana del don de la sabiduría. Y su audacia venía del don de fortaleza, y toda su vida y todas sus virtudes eran el fruto de los dones del Espíritu Santo que poseía y gobernaba el alma de monseñor Ruiz.

Me confirma en mi juicio la intensidad y la hondura de su vida interior. Su alma estaba íntimamente unida con Dios, y de la abundancia de su contemplación procedía su actividad exterior.

¡Qué oraciones tan largas y tan devotas hacía monseñor Ruiz! ¡Cómo se quedaba silencioso y devotísimo ante el Sagrario! ¡Con qué unción nos hablaba de las cosas divinas! ¡Qué amor tan ferviente a Jesucristo! ¡Qué ternura para con la Santísima Virgen! ¡Qué fervor el de su alma!

Algún día se conocerán las páginas bellísimas que escribió monseñor Ruiz sobre las cosas divinas, páginas que no tendrán ni la elegancia de los grandes escritores ni las galas de la elocuencia humana, pero que tienen el hechizo encantador de la sencillez, la unción dulcísima de las almas humildes y pacíficas.

Para expresar con dos palabras este nuevo aspecto de monseñor Ruiz, repetiré lo que dijo de tan ilustre prelado en varias ocasiones, Su Santidad Pío XI: ES UN HOMBRE DE DIOS.

Lo dijo el Papa. Nosotros lo pudimos comprobar.

Y porque fue un hombre de Dios, por eso tuvo esa pru-

dencia exquisita, esa prudencia rara y preciosa que hizo de él el consejero del venerable episcopado mejicano.

Esta solemnidad tiene ese sentido trascendental, es un testimonio que le damos sus hermanos en el episcopado, es un homenaje que le rendimos al que fue nuestro consejero durante muchos años.

Yo le doy gracias a Dios de que me haya concedido ser el portador del episcopado en esta solemnidad. Pero no nos hemos reunido únicamente para meditar en las lecciones preciosas de la vida de monseñor Ruiz, sino también para elevar al cielo nuestras plegarias, nuestra plegaria colectiva, la plegaria de los pastores y de los fieles, por el eterno descanso de tan ilustre prelado.

Arrodillémonos y levantemos nuestro corazón a Dios para rogar por él.

* * *

¡Oh Señor!, que enriqueciste el alma de tu siervo Leopoldo con gracias y dones celestiales, que le diste la paz y la luz y la audacia para que fuera el consejero del episcopado mejicano e hiciera el bien a muchas almas, a muchas diócesis y a toda la nación mejicana; acoge nuestras plegarias, las plegarias de sus hermanos y las plegarias de todos los fieles que, formando un solo corazón y una sola alma, elevamos al cielo para pedirte que pagues a tu siervo Leopoldo lo que hizo por nosotros, lo que hizo por todos.

Dale la paz cumplida, dale la luz infinita, dale la felicidad eterna; sé Tú, ¡oh Señor!, su espléndida recompensa, consérvale en la región de la luz, del amor y de la felicidad, guárdale en tu seno infinito por Jesucristo, tu Hijo, que contigo vive y reina en la unidad del Espíritu Santo por los siglos de los siglos. Amén.

PIO XI

ORACIÓN FÚNEBRE

Laudemus viros gloriosos et parentes nostros in generatione sua... pulchritudinis studium habentes, pacificantes in domibus suis. «Alabemos a los varones gloriosos que tuvieron el estudio de la belleza, que derramaron la paz en sus moradas» (1).

No sé cuándo aparece Dios más grande ante las miradas atónitas de los hombres, si cuando saca de los tesoros de su sabiduría, de su poder y de su amor, almas excepcionales, singularmente dotadas para que realicen sobre la tierra una misión nobilísima y fecunda; o cuando, haciendo uso de su soberanía, Dios recoge de la tierra esas almas y las lleva a su seno precisamente cuando pensábamos que estaban en la plena madurez de su misión, cuando creíamos que iban a producir sus frutos más ricos y opulentos.

Lo primero es una manifestación de su poder; lo segundo me parece una ostentación de su fecundidad inagotable: borra de la tierra a los grandes hombres para que sepamos que su poder, de nadie tiene necesidad, que su acción no está indisolublemente vinculada con ningún instrumento y que cuando los necesita sabe forjarlos, y, como dice la Escritura, *es capaz de hacer de las piedras hijos de Abraham.*

Hace diecisiete años Dios hizo a su Iglesia el don magnífico de un Papa excepcional. Apareció en el Vaticano Pío XI, de mirada profunda, de amplia visión, de corazón inmenso, de voluntad audaz. No sabemos si la posteridad le irá a llamar el Papa de las Misiones o el Papa de la Acción Católica; no acertamos aún a definir si su mayor

(1) *Eccle.*, XLIV, 1-6.

gloria fue firmar los tratados de Letrán o dar al mundo las maravillosas enseñanzas de sus encíclicas.

Y cuando parecía que había llegado a la plenitud de su acción, cuando habíamos aprendido a conocerle y a amarle, cuando todos los pueblos de la tierra le decían, como los discípulos de Emmaús al Maestro divino: *Mane nobiscum, Domine* (2). «Quédate con nosotros, Señor, porque es ya tarde», Dios Nuestro Señor nos le arrebata, dejando en nuestros corazones la amargura y en nuestros ojos las lágrimas del dolor.

Es verdad que ya Dios Nuestro Señor nos ha dado un Papa devoto, prudentísimo, adecuado a nuestra época; pero el justo regocijo de la coronación del Papa, que fue ayer, la seguridad que tenemos de que Dios siempre da a su Iglescia los hombres que en cada época necesita, no pueden restañar las hondas heridas de nuestros corazones filiales; y aquí venimos el clero y el pueblo con los representantes de las naciones amigas a rendirle al Papa Pío XI el homenaje de nuestro amor filial; aquí estamos con las lágrimas en los ojos, la amargura en el corazón y la plegaria en los labios.

Y cumple a mi deber evocar en estas circunstancias solemnes la figura colosal del Papa Pío XI, y dar a conocer su obra y su misión; esa obra y esa misión que han sido ya consagradas y ungidas por la majestad de la muerte.

¿Cuál fue el rasgo característico de su Santidad Pío XI? ¿Fue, por ventura, su alma un alma de luz, de esas almas que fulguran en el cielo y que iluminan la tierra con sus esplendores celestiales; o fue más bien un hombre que llevaba fuego en el corazón y que difundía en torno suyo torrentes de ternura y de amor? ¿Era Pío XI el hombre de carácter firme, de voluntad audaz, de fe intrépida, que acometió las acciones más heroicas, las empresas que parecían más aventuradas?

Pienso que el rasgo característico de Su Santidad Pío XI no fue ninguno de éstos que acabo de enumerar: fue su ponderación, fue la armonía preciosa que en su alma tuvieron todos estos rasgos. Su vida fue una obra maestra de belleza, su vida fue una verdadera armonía; por eso me he atrevido a aplicarle las palabras del *Eclesiástico: Laudemus viros gloriosos et parentes nostros in generationes sua... pulchritudinis studium habentes, pacificantes in domibus suis.* El tuvo el estudio y la solicitud

(2) Luc., XXIV, 29.

por la hermosura en su propia vida. Su vida fue una armonía, en su alma se aúnan la inteligencia espléndida y el amor delicado y el carácter firme. Examinemos con la gracia de Dios Nuestro Señor esta armonía maravillosa del alma y de la vida de Pío XI que derramó en torno suyo la paz.

I

En las mocedades del Papa, y aun en su madurez, gustaba la exquisita delicia de subir a las alturas y de sentir los goces del alpinismo. ¡Cuántas veces monseñor Ratti desde las cumbres excelsas de los Alpes miró cómo ante sus ojos se dilataban horizontes inmensos y cómo bajo sus plantas se desarrollaban panoramas magníficos! Entonces aprendió a mirar las cosas desde arriba, a abarcarlas en maravilloso conjunto. Y cuando Dios Nuestro Señor le colocó sobre la atalaya excelsa del Vaticano, miró como alpinista espiritual que se dilataban ante sus ojos los horizontes del mundo y que aparecía ante su visión, clara y amplísima, el panorama de su época con todos sus pormenores, con toda su armonía.

¿No recordamos que, en el mismo año de su exaltación al trono de San Pedro, Pío XI en su encíclica *Ubi arcano* nos hizo una descripción maravillosa del mundo de entonces? Acababa de pasar la gran guerra europea. Entre las ruinas humeantes que había dejado la terrible catástrofe en Europa no se extinguían aún los odios, quedaban las consecuencias lógicas de la gran conflagración: crisis económicas, problemas políticos que tardaron y han de tardar mucho en resolverse; pero, además, por uno de esos fenómenos difícilmente explicables en la Historia, la gran guerra mundial hizo que aparecieran y se desarrollaran en el mundo corrientes doctrinales y transformaciones de costumbres que vinieron a cambiar la faz del mundo.

Parece que después de la gran guerra surgía de yo no sé qué senos misteriosos una Humanidad nueva. La Historia cambiaba de cauce, era una nueva etapa en la vida del linaje humano. Así podemos comprobarlo ahora; pero Pío XI lo vio desde entonces; vio cómo aparecían sobre la tierra doctrinas que encauzaban a la Humanidad por nuevos derroteros, doctrinas que, llevadas a su exageración, parecían desquiciar al mundo, trocando los fundamentos mismos de la sociedad; y al mismo tiempo, cómo aquellas hórridas doctrinas se difundían por la tierra. Vio

que las costumbres se cambiaban y se transformaban el hogar y la juventud. Todo parecía trocado; era una racha de hielo que se extendía por el mundo y que parecía marchitar las flores preciosas de nuestras santas, de nuestras gloriosas costumbres patriarcales.

Pío XI lo vio desde su atalaya excelsa, y nos describió en la encíclica citada los males del mundo. ¡Qué precisión para describírnoslo, qué finura de análisis, qué sentido profundo de la realidad!

Y no conforme Pío XI con expresarnos los fenómenos superficiales y sus causas inmediatas, su mirada profunda penetró más adentro y nos descubrió que todos los hombres y los pueblos se han apartado de Jesucristo Nuestro Señor, de Jesucristo, que es la vida, y la luz, y el amor, y la paz. Y porque los hombres se han apartado de Jesucristo, por eso hay tantas inquietudes y tantos males sobre la tierra; por eso del fondo de todos los corazones surge un grito, un anhelo, que Pío XI supo captar y llevar en su corazón: el anhelo de la paz.

Para satisfacer los anhelos del mundo era preciso llevar a las almas a Jesucristo; era necesario restaurar, perfeccionar, establecer sólidamente sobre la tierra el reino de Jesucristo. De ese reino brotaría la paz. Y en su mente se dibujó su lema glorioso, y del fondo de su corazón salió ese grito que resonó sobre la tierra: *Pax Christi in regno Christi!*

«La paz de Cristo en el reino de Cristo» fue el lema de Su Santidad Pío XI, y raras veces en la Historia se ha visto una fidelidad tan perfecta y tan grande a su lema como la suya. Su vida, su obra, su misión, fue simplemente la realización de ese lema que aparece en la primera de sus encíclicas: *Pax Christi in regno Christi!*

Si el reino de Jesucristo es el remedio de todos los males del mundo, era preciso que Pío XI en su pontificado trabajara por restablecer, por restaurar, por perfeccionar ese reino celestial y divino, y así lo hizo.

* * *

En el Año Santo de 1925, Pío XI, en una Encíclica prodigiosa, *Quas primas*, nos presenta a Jesucristo Rey, le levanta sobre el pavés, le coloca en el trono: Jesucristo es el Rey del mundo, y así le presenta ante los ojos asombrados de la tierra. Allí está el remedio a todos los males, allí está la saciedad de las aspiraciones humanas, allí está el

Soberano de amor y de paz, que viene a traer a los hombres la satisfacción de sus inmensas aspiraciones: LA PAZ.

Y en otra Encíclica, *Miserentissimus Redemptor*, Pío XI nos revela el espíritu de este reino sacratísimo de Jesús, nos habla del Corazón del Rey, y en él aparecen dos realidades celestiales: el *amor* y el *sacrificio*, que son las que constituyen el espíritu y el alma de ese reino celestial.

Pío XI no hace otra cosa que exponer la doctrina de Jesucristo en sus encíclicas.

¡Las encíclicas de Pío XI! ¡Cuántas veces nos ha parecido al leerlas encontrar en ellas como un eco de las luminosas de León XIII! Pero las encíclicas de Pío XI tienen yo no sé qué espíritu práctico, yo no sé qué de maravillosa adaptación a las cosas actuales.

Pío XI no hace otra cosa que exponer la doctrina de Jesús, la vieja, la eterna doctrina, la que tiene diecinueve siglos, la que no cambia, la que no envejece, la que no se marchita. Pero la Santa Iglesia tiene el privilegio excepcional de tomar las cosas viejas y adaptarlas de tal manera a los tiempos nuevos, que aparecen con perfume de primavera, con encanto de juventud. Ya lo dijo Jesucristo en el Evangelio: *Por eso todo escriba docto, en el reino de los cielos, es semejante a un hombre que saca de sus tesoros cosas nuevas y cosas viejas.* ¡Ah!, lo que Pío XI enseñó al mundo es viejísimo, es la verdad de hace diecinueve siglos; pero lo que Pío XI enseñó al mundo, vuelvo a decirlo, tiene perfume de primavera.

¡Cómo saben los Pontífices romanos adaptar maravillosamente la doctrina de Jesucristo a las necesidades de cada tiempo! Allí están como prueba las encíclicas de Pío XI; en ellas habla del matrimonio cristiano, de la educación cristiana de la juventud; toca los grandes problemas sociales de nuestra época al hacer la conmemoración de la Encíclica *Rerum Novarum*, de León XIII; y luego, haciendo una síntesis maravillosa de todos los errores modernos, en su encíclica sobre el comunismo ateo, define con precisión admirable los riesgos de ese gran peligro que aqueja a la Humanidad y deja vislumbrar los remedios eficacísimos y poderosos que contra el comunismo posee la Iglesia de Jesucristo.

* * *

El reino, el espíritu, la legislación del reino. Pío XI miró todo esto con admirable precisión; pero a medida que el gran Pontífice contemplaba desde más alto el problema

de la tierra y comparaba la situación del mundo con el ideal trazado en el divino Evangelio, pienso que sentiría más su propia impotencia y la necesidad de que Dios Nuestro Señor acudiera en su auxilio. Comprendió que la empresa era gigantesca, que para llevarla a cabo se necesitaba una pléyade de vasallos de Jesús, o más bien, de soldados de Cristo, y entonces Dios vino en su auxilio, y de lo íntimo de su corazón brotó la nueva armada, el ejército nobilísimo del reino de Jesucristo: la *Acción Católica.*

La Acción Católica no es más que eso. Hay que restaurar el reino de Dios; de él brotará la paz. Pero para restaurarlo, ¿bastaremos los sacerdotes? ¿Bastará la jerarquía? ¡Ah!, la obra es colosal; y aunque bastara la jerarquía para llevarla a cabo, es gloria para los fieles cristianos compartir las fatigas y los triunfos del apostolado con su jerarquía.

Y del corazón de Pío XI brotó el nuevo ejército, ejército pacífico que lucha en los combates inmaculados de la Iglesia de Dios, que irá por el mundo llevando en su corazón el espíritu de Jesucristo, en sus labios la doctrina de Jesucristo; que irá por todas partes llevando la buena nueva del eterno Evangelio, restableciendo por todas partes el espíritu de Jesús, recristianizando el mundo, estableciendo ese reino de Cristo de donde ha de brotar la paz de Cristo. ¡Cómo me quisiera detener en cada uno de estos puntos tan importantes de la obra del Papa que lloramos!

* * *

No satisfecho Pío XI con formar ese ejército noble y glorioso que es la Acción Católica, su corazón inmenso miró la lejanía...

Vio cómo hay todavía sobre la tierra regiones hasta donde no ha llegado la buena nueva del Evangelio, hasta donde no ha llegado a resonar el nombre dulcísimo de Jesús... Y debe haber sentido en su corazón el Pontífice lo que sintió Jesucristo hace diecinueve siglos, cuando, sentado en el brocal del pozo de Jacob, contempló las sementeras que estaban ya próximas a la madurez, y les dijo a sus apóstoles con yo no sé qué emoción íntima: «Mirad, mirad las sementeras; muy pronto vendrá la cosecha. ¡Ah!, rogad al padre de familias que envíe operarios a su heredad.»

Lo que entonces sintió Jesús al contemplar la multitud

de almas que esperaban la luz, y el amor, y el consuelo, y la vida, debe haberlo sentido Pío XI cuando desde el principio de su pontificado dirigió su mirada a aquellas regiones en donde hay todavía almas que no conocen a Dios y a su Cristo.

En el mismo año de su exaltación al trono pontificio, al conmemorar el tercer centenario del establecimiento de la Congregación *De Propaganda Fide,* Pío XI dio a conocer su programa misional, programa amplio y completo.

¡Con qué emoción, con qué lirismo, Pío XI, en esa alocución de Pentecostés del año 1922, expresó lo que sentía su alma al mirar en la lejanía esa multitud de confesores que trabajan por llevar las almas al cielo, esa pléyade de mártires que dan su sangre y su vida por la extensión del reino de Dios, esas innumerables vírgenes que se sacrifican en las obras de la más heroica caridad!

Y vio al mismo tiempo cómo millones de almas dejaban las tinieblas y las sombras de muerte donde yacían para volver a los brazos y para entrar en el Corazón de Cristo Nuestro Señor. Y sintió un entusiasmo divino en su alma, y empezó a dar disposiciones atinadísimas para que las Misiones se desarrollaran con mayor empeño y de una manera más perfecta.

Y a la verdad que en ningún pontificado quizá como en el de Pío XI se han desarrollado tan ampliamente las Misiones. Basta estudiar las estadísticas para quedarnos asombrados. Pero era que Pío XI tenía su corazón allí; por eso promovió una magnífica exposición misional, por eso puso su mano en todas las obras misionales, particularmente en la Unión Misional del Clero; por eso levantó un monumento en Roma, el nuevo Colegio de la Propaganda Fide; para que se viera que verdaderamente en el corazón del Papa, en el corazón de la Iglesia había un inmenso anhelo de abarcar en un abrazo colosal a todas las almas que existen sobre la tierra, para que todas vengan a formar un solo rebaño bajo la dirección de un solo pastor.

* * *

Si no temiera alargarme demasiado, hablaría de cómo Pío XI tendió su augusta mano a los orientales. ¡Cómo se aprovechó del centenario de la canonización de un santo oriental para atraer a todos los de Oriente y hacerles fijar su vista en la Iglesia Católica! ¡Cómo en la misma basílica de San Pedro quiso el Papa conmemorar el Concilio de

Nicea con rito oriental! ¡Cómo las bóvedas de San Pedro resonaron con los cánticos bizantinos, y cómo el Soberano Pontífice, con rito oriental, celebró los augustos misterios! Pero imposible decirlo todo: es tan grande y tan fecundo el pontificado de Pío XI, es su obra tan maravillosa, que no es posible exponerla en unas cuantas palabras.

II

Desde la atalaya del sumo pontificado contempló el conjunto de su época, como de las cumbres nevadas de los Alpes, miró los panoramas maravillosos en los días de su juventud.

Pero, ¿Pío XI fue solamente un hombre de visión clara, de ojos profundos? ¿No tenía corazón, y corazón ardiente, y corazón inmenso?

Nosotros nos inclinamos a pensar de ordinario que los intelectuales son fríos; nos parece que un hombre como Pío XI, que pasó los años de su vida en el silencio de las bibliotecas, con los ojos y con la atención fija en viejos pergaminos, no ha de tener corazón, no ha de sentir la dulzura de los afectos humanos. Crece en nosotros esta sospecha cuando consideramos el carácter propio de Pío XI, varonil, austero; ¿cabrían en el corazón de ese hombre el amor y la dulzura?

¡Ah, sí!, y los había en abundancia, en maravillosa abundancia. Pío XI fue un hombre de corazón. Sin perder un ápice de la virilidad de su carácter, Pío XI llevaba en su corazón exquisita ternura.

¿Tendremos que ir a buscar en otra parte las pruebas de esta vedad, cuando nosotos mismos hemos sido objeto de esa tenura incomparable?

¡Ah!, basta saber cómo amó a Méjico. Nosotros somos un monumento de su ternura y de su amor. No es una ilusión patriótica la que me hace pensar que Pío XI nos amó; fueron los propios labios augustos del Pontífice quienes lo dijeron: DECIDLES QUE PÍO XI ES QUIZÁ EL PAPA QUE MÁS HA AMADO A MÉJICO. Y nosotros recibimos el precioso mensaje, y lo guardamos en nuestro corazón, y lo difundimos en torno nuestro.

¡Sí, Pío XI fue el Papa que más ha amado a Méjico! Lo dice la solicitud constante que tuvo por nosotros en los tiempos aciagos por los que hemos atravesado; manifestada, primero, en una Carta apostólica, y después en la en-

cíclica *Iniquis afflictisque;* más tarde, en una alocución en el Consistorio de diciembre de 1926; en 1932, en la encíclica *Acerba animi,* y en 1937, en la Carta apostólica que todos conocemos.

Y cómo en esos documentos Pío XI levantaba su voz airada por los malos tratamientos de que fuimos víctimas, cómo vertía en nuestro corazón el dulce consuelo de su amor paternal, cómo nos marcaba las sendas que nosotros debíamos de recorrer, con una precisión, con una solicitud, no propia simplemente de un maestro, sino, más que todo, propia de un verdadero padre. Y para que no dudemos de su amor, allí tenemos las pruebas inequívocas. En 1933, en la basílica de San Pedro, el Papa celebró con nosotros la fiesta de la Virgen Santísima de Guadalupe, el 12 de diciembre. Yo tuve la satisfacción inmensa de contemplar aquel espectáculo único: el Papa, con todas las insignias de su poder, circundado por los cardenales de la Iglesia romana, por una multitud de obispos que habían acudido allí con motivo del Año Santo, por todas las Ordenes religiosas, estaba allí en la basílica de San Pedro, en tanto que en la *Gloria* del Bernini se miraba la dulce imagen de la Virgen Santísima de Guadalupe, la nuestra, la que nosotros amamos, la que nos ama especialmente. Allí estaban en la gran basílica fundidos los dos amores de nuestro corazón: el amor a la Virgen Santísima de Guadalupe y el amor al Vicario de Jesucristo.

Y el año pasado, la concesión excepcional que el Papa nos hizo de un Jubileo, de un Año Guadalupano que tuvo privilegios análogos a los que suele el Papa conceder en el Año Santo.

Y ahora, poco antes de morir, el Papa aceptó que en el Vaticano los mejicanos levantáramos un monumento a la Santísima Virgen de Guadalupe, para que en aquella ciudad bendita, que es el centro de nuestra fe y de nuestra piedad, estén unidos para siempre esos dos amores de que antes os hablé: el amor de Méjico a la Virgen de Guadalupe y el amor de Méjico al Vicario de Jesucristo. ¿No basta esto para que admiremos la ternura del corazón de Pío XI?

* * *

¡Ah! ¡Y sus sufrimientos! Las amarguras de su alma! El sufrió, y sufrió amargamente. El pudo decir con el apóstol San Pablo: *Quis infirmatur et ego non infirmor? Quis*

scandalizatur et ego non uror? (3). «¿Quién de vosotros sufre sin que yo sufra? ¿Quién se escandaliza sin que yo sienta que arden mis entrañas?» El Papa sintió los males de todos los pueblos, sintió los males de toda la Humanidad. Su corazón estaba henchido de amargura, sobre todo en los últimos días de su vida, cuando Dios Nuestro Señor, con una providencia amorosísima y singular, quiso exprimir en el corazón del Papa la divina amargura del Corazón de Jesús.

Pero no quiero, al hablar del corazón del Papa, dejar de decir una palabra sobre aquella que, según se ha dicho, fue la estrella de su pontificado; me refiero a Santa Teresita del Niño Jesús.

El Papa, con singular entusiasmo, la canonizó, a ella le encomendó especialísimamente su pontificado, la invocó siempre, la tenía cerca de sí, y en los últimos años de su vida, cuando vino la enfermedad, a ella se encomendó y a ella atribuía ese alivio relativo que duró más de un año y que le permitió hacer tantas maravillas.

¿Por qué eligió a Santa Teresita del Niño Jesús para su patrona, para la estrella de su pontificado? ¿Por qué no a San Juan Bosco, el apóstol incansable? ¿Por qué no a San Roberto Belarmino, el infatigable polemista? ¡Ah!, la razón de esta elección no la busquemos en la inteligencia del Papa, busquémosla en el corazón. Eligió a Santa Teresita, a aquella que escribió: *Mi vocación es el amor. Yo, en el corazón de mi Madre la Iglesia, seré el amor.*

III

Una última palabra sobre el gran Pontífice. No sólo llevaba en su espíritu la luz del cielo, no sólo tenía un corazón inmenso, lleno de amor, sino que su carácter era firme, era activo, era ardiente.

Su actividad es proverbial. ¡Cómo trabajó los diecisiete años de su pontificado! Llama la atención de manera especialísima la última época de su vida. Gravemente enfermo, cuando los médicos le prescribían el descanso, él decía: *Nuestros deberes pastorales no nos permiten tomar días de vacaciones.* Y de una manera infatigable, en medio de sus achaques, trabajaba; diríase que si algo le hería de

---

(3) II Cor., XI, 29-30.

la enfermedad, que si algo le hacía sufrir aquella prueba última que Dios Nuestro Señor le mandó, no eran precisamente las molestias de la enfermedad, sino la imposibilidad a que la enfermedad le reducía para proseguir sus labores.

Causa admiración saber todo lo que hizo Pío XI durante el tiempo que estuvo enfermo.

Pero su actividad, no solamente era infatigable, sino que, como característica de su acción, tuvo Pío XI la audacia, la osadía.

¡Qué aventuras emprendió! Allí tenemos una trascendental e importantísima: los tratados de Letrán. ¡Cuántos años hacía que la cuestión romana estaba insoluta; cuántos trastornos para el Papa, cuántos para los católicos!

No era, lo sabemos muy bien, no era la ambición del mando temporal lo que hizo que los Papas protestaran constantemente contra la usurpación de los Estados pontificios, no; lo que ellos anhelaban era la independencia, la libertad del Soberano Pontífice en el régimen espiritual de las almas. Era preciso que todos vieran que el Papa no está ni materialmente sujeto a otro hombre, que goza de plena libertad, que tiene un pedazo de tierra suyo, que en ese pedazo de tierra es soberano, aun cuando no con otra fuerza que la fuerza espiritual y divina.

La cuestión estaba insoluta; Dios Nuestro Señor otorgó a Pío XI el privilegio de resolverla, y la resolvió con maestría y con prudencia. Quizá después de que hemos leído los tratados de Letrán, admiramos la sabiduría y la prudencia con que se hicieron; pero antes de que se tuviera ese arreglo, ¿quién hubiera pensado en esa solución? Allí se reveló la firmeza, la audacia del Papa. El no necesita territorio: le basta un pedazo de tierra con tal que en ese pedazo de tierra se pueda edificar una soberanía espiritual.

Y la audacia que tuvo para firmar esos tratados fue la audacia que siempre ha tenido, la firmeza colosal para defender sus derechos, y sobre todo los derechos de sus hijos. Cuando hirieron a la Acción Católica, hirieron a él en el corazón; y como el león que defiende sus cachorros, el dulce Pío XI se irguió, y, enfrentándose a los poderosos de la tierra, defendió a sus hijitos para que pudieran en la libertad y en la paz de Jesucristo continuar su obra meritísima.

Lo hemos visto: Pío XI, el del corazón inmenso, el que miraba ls cosas desde arriba, tenía también fortaleza admirable para enfrentarse a todos los grandes de la tierra, para decir la verdad cuando era preciso decirla. Su forta-

leza y su carácter estaban en proporción de la amplitud de su mirada y de la ternura de su corazón.

Su alma y su vida es armonía, es belleza; y esa alma así, ponderada, armónica, difundió por el mundo la paz. La paz brotará de ese reino de Cristo, restaurado por el Pontífice Pío XI; la paz brotará de sus encíclicas luminosas, de su Acción Católica, de sus trabajos misionales, de los tratados de Letrán, de toda la obra del Pontífice. Pío XI realizó plenamente su lema: *Pax Christi in regno Christi.*

¿Por ventura miró él la paz? No; Dios no le había hecho para que gozara la paz, sino para que la obrara; fue obrador de paz, y aun cuando él haya muerto, su obra perdura: sus sucesores contemplarán la paz.

Quizá el actual Papa, Pío XII, sea el primero que contemple la paz como fruto precioso de los esfuerzos de sus antecesores, y especialmente de Pío XI. ¿Quién conoce el porvenir? Pero en cualquier momento en que llegue al mundo la paz, el mundo debe saber que Pío XI contribuyó poderosamente a realizarla. No la gozó; como Moisés contempló la tierra prometida desde el monte Nuevo, así Pío XI vislumbró la paz en la lejanía... Pero debe haber muerto tranquilo, porque la vio a lo lejos y ofreció sus propios sufrimientos y su propia vida por la paz del mundo.

Laudemus viros gloriosos et parentes nostros in generatione sua... pulchritudinis studium habentes, pacificantes in domibus suis. Alabemos, alabemos a nuestro Papa, lloremos ante su tumba las lágrimas de nuestro amor filial y, sobre todo, oremos por él:

¡Oh Jesús, Rey de los pueblos y de los individuos, Rey de paz, Rey de amor, Rey de luz, ten misericordia de tu siervo Pío, que consagró su vida al establecimiento de tu reino, para que de ese reino divino brotara la paz que anhela el mundo. ¡Oh Señor, ábrele los brazos inmensos de tu amor al que buscó en la tierra tu reino; dale tu gloria en el cielo al que trabajó por buscarla sobre la tierra; otórgale en tu seno amorosísimo la paz, la divina, la eterna, la paz que no es otra cosa que la efusión de Dios en los corazones y en las almas!

JESUS, EN LA EUCARISTIA Y EN EL PONTIFICADO

En la plenitud de los tiempos vino a la tierra Jesús, el don de Dios, la fuente, el coronamiento de todos los dones divinos, y San Juan pudo decir: *Nosotros hemos visto su gloria, la gloria como del Unigénito del Padre lleno de gracia y de verdad* (1). Sí, Jesús vino a la tierra y nos dijo palabras celestiales, realizó prodigios estupendos, nos enseñó con su propio ejemplo el camino del cielo y consumó su vida con un sacrificio augusto, muriendo por amor nuestro en la cruz.

Y la visita de Cristo no fue fugaz. Aunque haya subido a sentarse a la diestra del Padre, aunque no lo contemplen nuestros ojos mortales ni lo escuchen nuestros oídos de carne ni lo puedan palpar nuestras manos, Jesús no se ha ido, vive con nosotros cumpliendo la divina promesa que nos hizo: *Yo estaré con vosotros todos los días hasta la consumación de los siglos* (2). Pudiéramos decir que, como nunca, desde que subió a los cielos, Jesús está con nosotros y vive en su Iglesia, difundiendo por todas partes su luz, caldeando los corazones con su amor, derramando en las almas los raudales magníficos de su vida.

Le poseemos, desde luego, en el inefable Sacramento de la Eucaristía. Allí está Jesús realmente presente, con su Cuerpo, con su Alma, con su Corazón, con todo lo que es; está al alcance de nuestra mano, está al alcance de nuestro corazón.

Pero no le bastó a Jesús quedarse con nosotros en la Eucaristía, y, a decir verdad, ni a nosotros nos hubiera bastado tampoco. Por grande, por rica que sea la Eucaristía, no era suficiente para las necesidades de nuestro corazón. Era preciso que se quedara de otra manera, y Jesucristo, en el exceso de su amor, encontró esa manera de

(1) Joan., I, 14.
(2) Math., XXVIII, 2.

quedarse con nosotros. Jesús se quedó también en la Iglesia, en el Soberano Pontífice, en el Papa.

Tales son las dos maneras principales como Jesucristo nuestro Señor vive en la tierra: *en la Eucaristía y en el Papa*. Y de las dos quiero tratar en este último capítulo; o, mejor, quiero hacer ver cómo Jesucristo vive en el Papa, comparando esa maravillosa existencia de Jesús en el Soberano Pontífice con esa maravilla de amor que realizó Nuestro Señor viviendo con nosotros en la divina Eucaristía.

* * *

Sin duda, la Eucaristía es algo portentoso; allí encontramos al Jesús íntimo, al Jesús de Nazaret, oculto y silencioso, que tiene con nuestras almas contactos celestiales, que entra sin ruido en nuestro corazón, que nos caldea con su fuego celestial y divino. Pero, ¿no es verdad que a Jesús en la Eucaristía le falta algo, o más bien que a nosotros nos faltaría algo, si no tuviéramos más que la Eucaristía?

¿Qué nos faltaría? Su palabra, porque en la Eucaristía Jesús no habla, está silencioso. Sin duda que habla de aquella manera inefable a la que se refería Santa Teresa del Niño Jesús cuando decía que era un Maestro que enseñaba sin palabras. La palabra de Jesús en la Eucaristía es la palabra íntima, la palabra del amor, la que se dice al oído, la que se recibe en medio de las delicias de una confidencia íntima. Pero no dice en la Eucaristía la palabra solemne, la oficial, aquella que Jesús pronunciaba en medio de las multitudes durante los tres años de su vida pública. En la Eucaristía está el Jesús íntimo, pero no encontraremos allí al Maestro soberano, que tenía palabras de vida eterna y que cautivaba a las multitudes con el hechizo de su palabra soberana.

Pero Jesús proveyó a esta deficiencia, si se me permite la audacia de llamarla así, perpetuando aquel magisterio que ejerció durante los tres años de su vida pública, estableciendo un magisterio solemne, oficial, infalible; y este magisterio supremo se lo confirió al Papa.

De tal manera, que así como bajo los accidentes eucarísticos, en el Sacramento del Amor, está Jesús real y verdaderamente presente, así también bajo la fragilidad humana del Papa está Jesús. Jesús, la luz indeficiente; Jesús, el que no dejó de pronunciar en la tierra las palabras de

vida, las palabras que salvan, transforman y santifican y que llevan a la Humanidad hacia la dicha.

A los ojos humanos, el Papa no es más que un hombre frágil, como lo somos todos, que está sujeto a las vicisitudes de la vida humana, cuya vida tiene término, y que, como todos los demás, desciende al sepulcro.

Los que no tienen fe podrán pensar que es un hombre de una autoridad inmensa, que está a la cabeza de millones de católicos; un hombre excepcional, pero nada más que un hombre.

Pero el Papa no es simplemente un hombre: es Jesús; porque bajo los accidentes humanos está Cristo, el Maestro que enseñó de una manera infalible, el Maestro que está repitiendo a los hombres en el transcurso de los siglos las divinas enseñanzas que esparció en las riberas del Tiberíades y en las sinagogas de la Judea.

Un día, Jesucristo dijo a Pedro: *Satanás ha pedido zarandearos como trigo; pero Yo he pedido por ti para que tu fe no falte, y cuando tú hayas sido confirmado, confirma también a tus hermanos* (3). ¿Comprendemos el don singular que Nuestro Señor hizo a San Pedro al decirle estas palabras que nos ha conservado el Evangelio?

La fe de Pedro no puede faltar jamás. La fe de todas las almas tiene vicisitudes. ¡Cuántas veces se ha visto a los genios vacilar y hundirse en las profundidades del error! ¡Es tan fácil para el pobre espíritu humano extraviarse! Pero si todos los hombres se pueden extraviar, si hasta los genios pueden precipitarse en el error, hay una fe que no falla jamás, hay una palabra que no yerra nunca, un magisterio que tiene la solidez de una roca: el magisterio de Pedro; porque bajo los accidentes, digamos así, del hombre, está Jesús, el Maestro divino, aquel que dijo: «Yo soy el camino, la verdad y la vida.»

«Tú eres Pedro—le dijo en otra ocasión—, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no podrán prevalecer contra ella» (4). La Iglesia está fundada sobre el magisterio de Pedro, sobre su palabra indeficiente, sobre su palabra inmortal. Todas nuestras palabras tienen deficiencias; a las veces, son brillantes, cautivan y seducen el alma; pero después de un triunfo efímero, ¡cuántas veces la palabra del hombre se abate hasta los abismos de la ignorancia o del error! La palabra de Pedro no es así,

---

(3) Luc., XXII, 31.
(4) Math., XVI, 18.

es la roca inconmovible, la roca firmísima en donde nosotros podemos tener la seguridad de que encontraremos la verdad.

En la Eucaristía encontramos sin duda la verdad, una verdad íntima y dulcísima. ¡Cuántas veces cerca del Sagrario hemos aprendido cosas profundas, cosas divinas! Sí, porque en el Sagrario Jesús nos dice la palabra dulcísima del amor. Pero, ¿podemos tener la seguridad de que lo que escuchamos en lo íntimo de nuestro corazón viene de Jesús? ¡Son tan fáciles las ilusiones? ¿No podría nuestro espíritu atribuirle a Jesús lo que es producto de nuestro ingenio o de nuestra iniciativa? Si quisiéramos guiarnos en nuestra vida por la palabra íntima que creemos escuchar al pie del Sagrario, estaríamos sujetos a ilusiones, no podríamos tener la seguridad absoluta de estar en la verdad. Y es preciso estar seguros. Mientras que si no sólo nos acercamos a la Eucaristía, sino también al Papa, y escuchamos su voz, y estudiamos sus enseñanzas, y nos sujetamos a su infalible magisterio, podemos estar seguros que no erraremos jamás: *Los cielos y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán* (5). La enseñanza del Papa no puede tener deficiencias ni eclipses, porque ha recibido de Jesucristo Nuestro Señor el privilegio de la infalibilidad.

En la Eucaristía está Jesús, pero silencioso; en el Papa, Jesús nos enseña. En la Eucaristía está el Jesús íntimo; en el Papa está Jesús Maestro, el que hace resonar durante todos los siglos esas palabras de vida eterna que iluminan nuestros espíritus e inundan nuestras almas de luz.

* * *

Pero ésa no es la única deficiencia de la Eucaristía, permítaseme otra vez esa palabra audaz. En la Eucaristía, Jesús no nos rige, Jesús no nos gobierna. Claro está que influye eficacísimamente en el fondo de nuestro corazón, pero en la Eucaristía no nos da a conocer Nuestro Señor de una manera clara, precisa y sin temor de que no nos equivoquemos, cuál es el sendero que tenemos que seguir, cuál es la voluntad santa de Dios. En la Eucaristía, Jesús ablanda y suaviza nuestro corazón, lo dispone para todo y lo impulsa a cumplir la voluntad divina. Pero, ¡cuántas veces nos debatimos en medio de las perplejidades de nuestro espíritu, no sabiendo con precisión cuál es la voluntad de

---

(5) Luc., XXI, 33.

Dios, qué es lo que debemos hacer! De los problemas tan complejos y tan difíciles que se nos presentan en la vida, ¿cómo podríamos encontrar la solución exacta y segura si no tuviéramos más que la Eucaristía?

Sin duda que en la Eucaristía encontramos la fuerza, el amor y la luz también; pero necesitamos algo absolutamente seguro que no esté sujeto a las vicisitudes de las ilusiones, algo que nos revele de una manera clara y precisa la voluntad divina; necesitamos, por decirlo así, una especie de Sacramento de la voluntad de Dios.

Y todo eso lo encontramos en el magisterio infalible del Papa. En él encontramos al que nos rige, al que nos gobierna, al Pastor de nuestras almas. El habla, y cuando ordena sabemos que Dios es el que ordena, porque Jesús lo dijo: *Lo que atares en la tierra será atado en el cielo; lo que desatares en la tierra será desatado en el cielo* (6). Sus disposiciones, sus mandatos, son disposiciones y mandatos de Jesús. Nosotros, cuando el Papa habla, no tenemos por qué vacilar: estamos seguros, apoyados en esa roca firmísima sobre la cual levantó Jesucristo el edificio maravilloso de su Iglesia.

El Papa nos rige y nos gobierna en nombre de Dios, o, más bien, Jesús, que vive en el Papa, nos gobierna y nos rige por medio de él. Porque no solamente vive Jesús en el Papa para enseñarnos la verdad, sino también para darnos a conocer la voluntad santa de Dios, para ordenarnos lo que debemos hacer, para señalarnos los senderos por donde hemos de encontrar la santificación de nuestra alma y la felicidad de nuestra vida.

En la Eucaristía tenemos la vida. ¡Ah, sí! Es el Sacramento de la vida. Ahí nos unimos a Jesús de una manera inefable; y unido a nosotros, Jesucristo vierte en nuestras almas raudales maravillosos de su propia vida. Por eso dijo: *Si no comiereis de la Carne del Hijo del hombre y bebiereis de su Sangre, no tendréis la vida en vosotros* (7). El Sacramento de la Eucaristía es el Sacramento de la vida.

Y, sin embargo, para que podamos vivir plenamente esa vida que Jesús nos trajo y de la cual dijo con sus propios labios: *Yo vine para que tengan vida, y para que la tengan en abundancia* (8); para que podamos vivir plenamente

(6) Math., XVI, 19.
(7) Joan., VI, 54.
(8) Joan., V, 10.

esa vida, que es participación de la misma vida de Dios, no nos basta la Eucaristía, necesitamos al Papa.

Una mañana radiosa, en las riberas del Tiberíades, se realizó una escena sublime, encantadora (9). Jesús se dirige a Simón Pedro, al que ha apartado de los demás discípulos, y le hace tres veces una pregunta extraña: *Simón, hijo de Juan, ¿me amas más que éstos?* A cada una de estas preguntas, San Pedro da la misma contestación, una contestación mezclada de seguridad y de temor: *Señor, Tú sabes que te amo.*

Sin duda recordaba el apóstol las negaciones de la Pasión y se sentía humillado por haberse atrevido en la noche nefasta a negar al Maestro. ¡Ah!, pero por encima de todos sus temores estaba la sinceridad de su amor que brotaba de su corazón al decir sus labios la frase magnífica: *Señor, Tú sabes que te amo.* Y cada vez que Pedro daba esta contestación, Jesús le hacía un encargo, le daba una misión, le señalaba una empresa: *Apacienta mis corderos,* le dijo la primera vez, y se lo repitió después de que San Pedro hizo la segunda confesión de amor, y cuando por tercera vez Jesucristo le dirigió la misma pregunta: *Simón, hijo de Juan, ¿me amas más que éstos?,* San Pedro le dijo: *Señor, Tú conoces todas las cosas; Tú sabes que te amo.* Y entonces le contesta Jesús: *Apacienta mis ovejas.*

¿Qué significa esa escena misteriosa? Significa que Jesús le confirió a Pedro una misión, la de apacentar los corderos y las ovejas, es decir, los pastores y los fieles. Pedro tiene que apacentar a todos: obispos, sacerdotes y fieles; todos tenemos un pastor, todos recibimos el divino aliento de nuestras almas de la mano de Pedro.

Apacentar no es dar, sino alimentar la vida; pero el Papa no sólo la alimenta, sino que nos da la misma vida. Siempre que recibimos los dones del cielo, ahí está el influjo, misterioso, pero real, del Soberano Pontífice. Nosotros recibimos el alimento de nuestra alma de los sacerdotes; ellos, en nombre de Jesús, nos prodigan los misterios del reino de los cielos, nos perdonan nuestras culpas, nos alimentan con la divina Eucaristía. Los sacerdotes, a su vez, reciben al Espíritu Santo de la mano de nuestros obispos; ellos extienden su mano consagrada, y el Espíritu Santo desciende a los elegidos para darles luz, fortaleza y vida. Pero, ¿no sabemos que sin el Papa no habría ni obispos ni sacerdotes? ¿No sabemos que todo lo que los obispos y los

(9) Joan., XXI, 15-19.

sacerdotes hacen, lo hacen en íntima comunión, en estrecha dependencia del Soberano Pontífice?

Si los obispos y los sacerdotes se separaran del Papa, si rompieran los vínculos santos y sobrenaturales que los unen con él, ¡ah!, su sacerdocio sería estéril y ya no apacentarían a los corderos de Jesucristo, porque del Papa nosotros recibimos todo de una manera ordenada y sapientísima.

Jesucristo estableció en su Iglesia esa perfecta unidad, diríamos una unidad orgánica, una unidad vital, más admirable que la unidad que existe en un organismo. De tal manera, que el principio de la unidad, el principio de la vida en la Iglesia de Jesús, es el Papa, es Jesús, que se oculta en el Papa, que vive en él.

Por eso he dicho que Jesucristo, para cumplir su promesa divina de quedarse con nosotros hasta la consumación de los siglos, encontró dos maneras inefables de vivir en medio de nosotros: en la Eucaristía y en el Papa.

Y las dos maneras se completan mutuamente.

* * *

Pero no son estas consideraciones una simple explicación propia para recrear los oídos o simplemente para instruir el espíritu, no; mi fin es encender en los corazones la piedad, la devoción hacia el Papa; devoción que debe existir en todos los cristianos, pero particularmente en aquellos que forman esa pléyade entusiasta, vigorosa, de la Acción Católica.

Porque la Acción Católica, siendo como es profundamente cristiana, eminentemente jerárquica, debe distinguirse por su piedad, por su devoción hacia la augusta persona del Soberano Pontífice.

Y, entendámoslo bien, la piedad hacia el Papa no es otra cosa que una prolongación del amor que debemos tener a Jesucristo Nuestro Señor. Con cuánta razón exclamaba el apóstol San Pablo: *Omnia et in omnibus Christus*. «Para nosotros todo es Cristo, y en todo lo encontramos a Él» (10).

En la Eucaristía encontramos a Jesús; los ojos iluminados de nuestro corazón descubren, bajo los accidentes eucarísticos, la majestad, el amor, los encantos de Jesús; de la misma manera, en el Papa, los ojos humillados de nuestro corazón descubren también a Jesús, al Jesús que allí se

(10) Col., III, 11.

oculta, que allí vive, que allí obra. Pero así como nuestro corazón se va hacia la Eucaristía, porque allí está Jesús, así es preciso que nuestro corazón se vaya hacia el Papa, porque allí está Jesús. Amar al Papa es amar a Jesús. El amor al Papa es una prolongación de ese amor ardiente, tierno, delicado, que debe existir en los corazones hacia Jesucristo Nuestro Señor.

San Pablo dijo: *Si quis non amat Dominum nostrum Jesum Christum, sit anathema.* «Si alguno no ama a Jesucristo Nuestro Señor, sea anatema» (11). Es un deber, el primer deber cristiano, o, mejor dicho, el conjunto de nuestros deberes cristianos está como sintetizado en el amor a Jesucristo Nuestro Señor; y ese amor que debemos tener a Jesucristo tiene como consecuencia lógica, como prolongación natural, el amor, la piedad, la devoción que debemos tener al Soberano Pontífice.

* * *

Se podrían reducir a tres principales los deberes que tenemos para con el Soberano Pontífice: primero, mirarle sobrenaturalmente; segundo, amarle con lo más exquisito de nuestro corazón; tercero, entrar en comunicación íntima con él.

En el fondo, ¿no son éstos los tres deberes que tenemos con la Sagrada Eucaristía? La Eucaristía es un misterio de fe, como dice la Santa Iglesia en el canon de la misa: *Mysterium fidei.* Y el primer deber que debemos cumplir con la Eucaristía es creer en ese misterio divino. Lo primero que debemos hacer, tratándose del Papa, es mirarle con los ojos de la fe. Decíamos que los hombres miran en el Papa lo exterior, lo que brilla, lo que aparece. No, nosotros tenemos un ojo misterioso en nuestra alma que nos enseña a olvidar todas esas cosas humanas y a encontrar el misterio divino que debajo de ellas se esconde; nosotros en el Papa vemos a Jesús; ante los ojos de nuestro corazón, el Papa se transfigura, es Pedro, o, más bien, Cristo.

El segundo deber que tenemos con la Eucaristía es amarla. ¡Ah!, si es un sacramento de amor, ¿cómo es posible que nuestro corazón no arda cuando nos acercamos a la Eucaristía? Los discípulos de Emmaús, después de que reconocieron a Jesucristo en la fracción del pan, decían: *¡Ah!, con razón nuestro corazón ardía cuando íbamos con*

(11) I Col., XV, 22.

Él en el camino (12). Cuando Jesús se acerca a nosotros, siempre nuestros corazones arden. Si Jesús está también en el Papa, es preciso que cuando de alguna manera, siquiera espiritualmente, a través de las distancias, nos acercamos a Él, sintamos que arde nuestro corazón, porque allí está Jesús.

El segundo deber que tenemos con el Papa es amarle, amarle, no por sus prendas naturales, sino por los títulos sobrenaturales que tiene a nuestro amor. Los Papas, aun vistos desde el punto de vista humano, son grandes, son admirables. ¡Cuántos motivos tenemos, sobre todo nosotros los mejicanos, para amar al Soberano Pontífice por su ternura especial hacia nosotros, por la solicitud que nos ha tenido siempre, por la compasión que tiene por nuestras penas y vicisitudes! La última carta magistral que nos ha dirigido, y en donde están perfectamente marcados nuestros problemas y la solución feliz de ellos, esa carta, no sólo sapientísima y llena de prudencia, sino caldeada con el fuego de un amor paternal, sería suficiente para que amáramos con todo el corazón a Pío XI. Pero no; por encima de todos esos motivos tan justos, tan nobles, para que amemos al Papa, hay otro más hondo y más divino, si se permite la expresión: le amamos porque es Jesús, porque Jesús vive en él, y habla por su boca, y gobierna por su medio, y apacienta a sus ovejas y a sus corderos.

El tercer deber que tenemos con la Eucaristía es ponernos en último contacto con ella por la Comunión. Por la Comunión hacemos que Jesús penetre en nuestras almas, que nos participe su vida. También con el Soberano Pontífice tenemos que estar en estrecha y misteriosa comunión: comunión de fe, porque nuestra fe debe ser la fe de Pedro, la fe indeficiente, aquella por la cual pidió Jesús para que no faltara jamás; debemos estar siempre en comunión estrecha de pensamiento con él; creer lo que él cree, enseñar lo que él enseña, pensar lo que él piensa, conforme a los límites de su magisterio infalible; comunión de voluntades, de tal manera, que lo que él quiera, lo que él disponga, sea para nosotros una regla segura y firmísima que venga a servir de norma a nuestra voluntad. Estar en íntima comunión con él, he aquí el tercero de nuestros deberes para con el Papa.

Agradezcamos a Jesús sus dones magníficos; démosle gracias porque nos dió la Eucaristía, porque nos dió al Papa.

---

(12) Luc., XV, 32.

Sepamos cumplir con nuestros deberes, veamos al Papa con los ojos iluminados del corazón, amémosle con el amor que el Espíritu Santo ha puesto en nuestras almas, obremos en íntima comunión con él; cultivemos, en fin, en nuestros corazones la devoción hacia el Papa para que se realice la palabra de Nuestro Señor, para que pronto en el mundo no haya más que un solo rebaño bajo el cayado de un solo pastor.

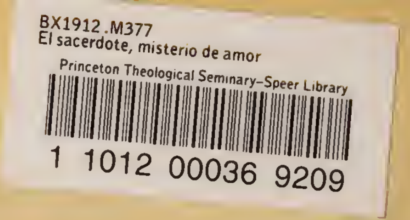
INDICE

Acabóse de imprimir en Madrid, en los talleres gráficos de Bolaños y Aguilar, el día 12 de marzo de 1958, festividad de San Gregorio Magno.

tales se aspiran en este libro, pero sobre todas, el amor a la pureza.

En dieciocho panegíricos nos muestra el autor la grandeza y hermosura del sacerdote. Que su lectura sea una renovación para todos los ministros del altar. (*Virtud y Letras*) Manizales (Colombia.)

"Forma un Tratado completo y modernísimo sobre la encumbrada dignidad del Ministro de Jesucristo, ya sea Prelado, ya simple sacerdote, que puede ponerse en parangón con los que otros Obispos escribieron en la Iglesia de Dios, comenzando por el Crisóstomo. Nosotros sólo nos atrevemos a señalar el lenguaje castellano, limpio de todo americanismo, como si el libro se hubiera redactado en Tierra de Campos, con elocuencia sobria y elegante, que delata en el Primado de Méjico a uno de los buenos maestros del habla española en nuestros días. Ignoramos si pertenece a la Academia Española de la Lengua; pero pocos habrá que tengan mejores títulos para ello. En cuanto a la parte formal de esta obra, bien harían los seminaristas en sus últimos ejercicios para órdenes si leyeran y meditaran sus enseñanzas." (*Revista "Manresa". Madrid.*)


BX1912 .M377
El sacerdote, misterio de amor
Princeton Theological Seminary-Speer Library
1 1012 00036 9209


EX-
LIBRIS
JULIO
STVDIVM


DISTRIBUCION
EXCLUSIVA
DIFUSORA DEL LIBRO
~ BAILEN 19 ~
MADRID